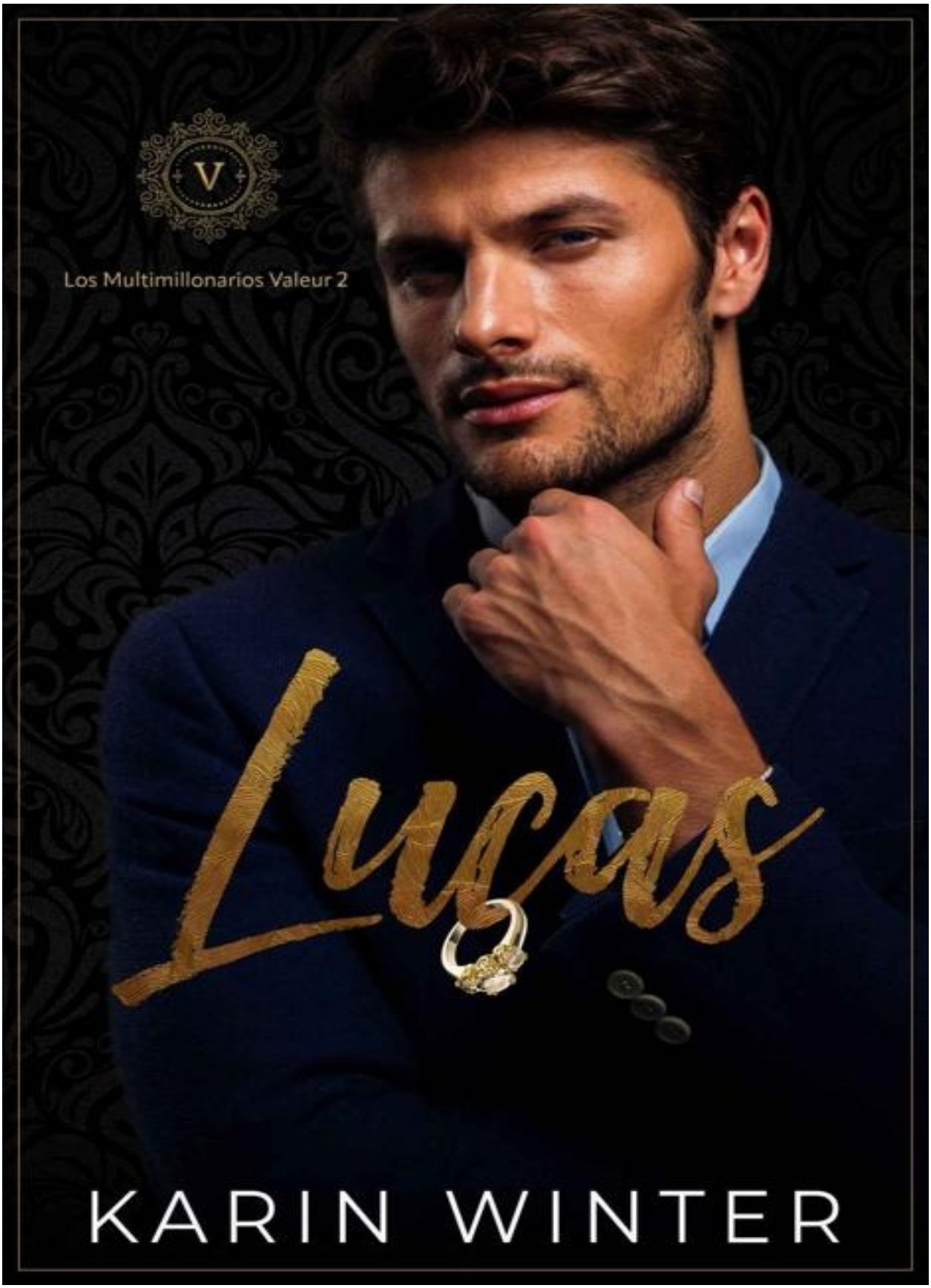

V
Los Multimillonarios Valeur 2
Lucas
KARIN WINTER

Lucas

LOS MULTIMILLONARIOS VALEUR

LIBRO DOS

KARIN WINTER

Copyright © 2024 por Karin Winter

Todos los derechos reservados.

Contacto con la autora: https:// linktr. ee/ karinwinter

Editora: *Killing It Write*

Portada: Karin Winter

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por medios electrónicos o mecánicos, incluidos sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, salvo para el uso de breves citas en una reseña literaria.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, cosas, lugares o eventos reales es pura coincidencia.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Acerca del Autor

Uno



LUCAS

—¿Una orgía, Lucas? ¿Has perdido completamente la cabeza? ¡Y encima hay una foto! —Mi padre levanta la vista del periódico y se endereza en su sillón de cuero. Agita el periódico hacia mí, haciendo que las páginas crujan.

—No fue una orgía, padre. Están exagerando. Y ocurrió en Hong Kong. A nadie le importa lo que pase allí —me levanto del mullido sofá y le quito el periódico de las manos para echarle un vistazo.

Hay una foto mía en algún exclusivo bar en la azotea, con los brazos rodeando las esbeltas cinturas de dos impresionantes modelos internacionales, una rubia y otra morena. Todos estamos impecablemente vestidos, yo con un esmoquin Brioni a medida de diez mil dólares, y ellas con vestidos de cóctel de alta costura cubiertos de cristales. No veo cuál es el problema. *Nadie está desnudo* .

Arrojo el periódico sobre la mesa de café. El proyecto de construcción de alto perfil en Hong Kong definitivamente tomó algunos giros... fascinantes durante las pocas noches que pasé allí. Pero no hubo ninguna orgía, a pesar de lo que afirman los tabloides. Qué exageración.

Sacudiendo la cabeza, camino hacia el amplio ventanal con vista al patio trasero, observando cómo nuestro chico de la piscina recoge las hojas errantes del agua turquesa reluciente con una larga pértiga telescópica, su esfuerzo crea ondas hipnotizantes en la superficie.

Detrás de mí, mi hermana Cora deja escapar una risa divertida mientras hojea el último número de Vogue Paris. Me giro y le lanzo una mirada irritada, pero ella parece imperturbable, sin siquiera levantar la vista de las páginas brillantes.

Mi padre refunfuña.

—Puede que tú pienses así, pero a la directiva definitivamente le importa. Tienen oídos en todas partes, y ciertamente no les gusta ver este tipo de artículos sobre ti. Ya he oído rumores de que algunos no creen que estés capacitado para dirigir la división inmobiliaria. Han hablado de reemplazarte.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—Me importa un bledo lo que piensen.

—Tal vez a ti no, pero a mí sí —dice mi padre, con el ceño fruncido.

Me giro y fijo mi mirada en él, tratando de mantener bajo control mi

creciente ira. Odio esta ética de trabajo anticuada.

—Las ganancias de la empresa han estado en su punto más alto desde que estoy al frente, y no voy a ir a ninguna parte. No tienen ninguna razón legítima para destituirme.

—No, pero necesito pararme frente a la directiva y justificar por qué eres la mejor persona para reemplazarme como CEO una vez que me retire. Y no puedo hacer eso cuando sigues apareciendo en los periódicos de una manera tan poco favorecedora —dice mi padre, subrayando sus palabras golpeando con los nudillos el reposabrazos.

Me quedo paralizado, seguro de que debo haber escuchado mal.

—¿Reemplazarte?

—Sí. Lo he estado contemplando durante un tiempo. No me estoy haciendo más joven, y con la ausencia de tu madre, es hora. De que yo me retire de la empresa y de que tú des un paso adelante. Eres el más calificado para hacerte cargo, para asegurar que Valeur permanezca en manos de la familia.

Me hundo de nuevo en el sofá, con la cabeza dando vueltas. Es curioso cómo ni siquiera estaba en la lista de candidatos cuando Logan estaba siendo preparado para esto. Pero ahora que se ha largado para jugar a ser fundador de una startup en Silicon Valley, ¿de repente soy el hombre para el trabajo? Típico.

Hablando de mi querido hermano...

—¿Dónde está Logan? ¿Sabe de tus planes de sucesión?

—Logan está en Londres otra vez con Sloane. Qué demonios tienen que hacer allí todo el tiempo está más allá de mi comprensión —dice mi padre sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera ha puesto en marcha su startup todavía, y ya están constantemente viajando por ello. Necesita enfocarse en construir el negocio aquí primero antes de expandirse al extranjero.

—Tienen contactos comerciales importantes en Londres, padre —dice Cora. Luego se inclina hacia mí y añade en un susurro conspirativo—: Además, razones personales. Se conocieron allí por primera vez, y estoy segura de que disfrutan reviviendo viejos recuerdos. Es tan romántico. Escuché que el London Eye es increíble para las citas —Me guiña un ojo.

Uf. Espero por Dios que no esté insinuando lo que creo que está insinuando. ¿Y el London Eye? ¿En serio? ¿En qué demonios está pensando Logan, comportándose como un recién casado embobado cuando tiene que poner en marcha una nueva empresa?

—En fin —dice mi padre—, Logan tomó su decisión cuando se retiró y decidió iniciar su propia empresa en lugar de trabajar para ascender aquí. No quiere la responsabilidad de dirigir Valeur Enterprises —Mi padre fija su mirada severa en Cora, quien simplemente pone los ojos en blanco—. Y tu hermano

Liam acaba de ser nombrado para estar al mando de Valeur Techo en lugar de Logan. Necesita tiempo para ganar más experiencia, todavía es muy novato.

—Y como Cora ha dejado claro que no está interesada en el puesto tampoco, eso me deja como la última opción —digo, sin molestarme en ocultar mi amargura—. Qué bonito saber que soy el último recurso. Realmente me hace sentir valorado.

Cora se levanta de su silla, dejando caer la revista al suelo, olvidada.

—Creo que esta ocasión requiere un poco de té. Sé que lo necesito si vamos a seguir discutiendo el futuro de la empresa.

—Excelente idea. Iré a ayudarte —Me pongo de pie, ansioso por escapar de esta incómoda conversación.

—Siéntate de nuevo, Lucas. No hemos terminado aquí —ordena mi padre, señalando el sofá con un dedo rígido.

Con un gemido, me dejo caer de nuevo en los cojines, resignado. Adiós a mi plan.

—Eres un excelente ejecutivo, Lucas, pero te estás comportando de manera irresponsable. Y ahora que tu hermana está fuera de la habitación, puedo hablar con franqueza. Ayudaría si al menos parecieras tomarte el papel más en serio. Solo piensas con tu polla. Eso podría haber funcionado cuando eras más joven; ya casi tienes treinta y cuatro años. Ya no eres un niño, pero sigues actuando como uno.

Me burlo.

—Lo dices como si fuera algo malo —Soy mucho mejor en la cama ahora que cuando tenía veinte. Nadie se queja.

—Lucas, sabes que normalmente no interfiero en la vida personal de mis hijos...

—Sí, claro —murmuro entre dientes.

—¿Qué fue eso? —Pausa su monólogo e inclina la cabeza.

—¿Crees que Cora estaría de acuerdo en que no te entrometes en nuestras vidas? —desafío, arqueando una ceja.

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Porque es una mujer. Te guste o no, si ella se comportara como tú, las consecuencias serían mucho más graves para ella.

Niego con la cabeza, asqueado.

—Ni siquiera sé si debería llamar a eso hipocresía o misoginia.

Mi padre suspira.

—Sé que ahora no lo ves así, pero más que nada, quiero que cada uno de ustedes encuentre su propio camino en la vida. Incluso más que mi sueño de que

continúen con el imperio Valeur. Pero quieres este puesto de CEO, ¿no es así?

Asiento, sin estar seguro de que me guste hacia dónde se dirige esto.

—Entonces necesitas mejorar tu comportamiento. Demostrar que entiendes la gravedad de dirigir una empresa como esta. Eso significa que no puedes seguir apareciendo en escándalos vulgares —recoge el periódico de nuevo y lo agita para enfatizar—. Este tipo de artículos y comportamiento tienen que parar. Inmediatamente.

—¿Qué le importa a la directiva con quién paso mi tiempo libre? No afecta mi trabajo.

—Importa porque este tipo de conducta te hace parecer poco serio. Poco confiable. Como un hombre que piensa con la cabeza equivocada. Ningún inversor querrá poner su dinero detrás de una empresa dirigida por un conocido mujeriego.

Resoplo.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que sugieres que haga? ¿Eliminar a las mujeres de mi vida y trabajar sin parar?

Mi padre me mira directamente a los ojos.

—Estoy diciendo que es hora de que te cases, hijo. Por una vez en tu vida, piensa en algo más que follarte a alguien.

Me levanto de un salto del sofá, furioso.

—¡Ni de coña me caso!

Solo pensar en estar encadenado a una mujer de por vida me pone la piel de gallina. Incluso mi padre, que se casó por amor, terminó infeliz. Y ser infiel tampoco es una opción.

—Tienes hasta fin de año para casarte —declara.

—¿En serio me estás dando un ultimátum? —La furia arde por mis venas. ¿De dónde saca el derecho de sermonearme sobre el matrimonio después de lo que le pasó a mamá? Esto tiene que ser algún tipo de broma macabra.

Abro la boca para decirle exactamente dónde puede meterse su ridícula exigencia, pero el timbre de la puerta me interrumpe.

—¿Quién demonios puede ser? —Entrecierro los ojos. ¿Justo ahora, en medio de la conversación más importante de mi vida?

Cora regresa de la cocina casi corriendo y coloca una bandeja de té sobre la mesa.

—Invité a Arlo. Voy a dejarlo entrar.

—Deja que Anika abra la puerta —sugiere mi padre.

Cora inclina la cabeza y se para con una mano en la cadera.

—En serio, papá. Puedo abrir la puerta yo misma. Además, es mi novio, y no voy a enviar al ama de llaves a recibirlo.

Un momento. ¿Mi hermanita tiene novio ahora? ¿Uno con el que ha estado saliendo el tiempo suficiente como para traerlo a casa a conocer a la familia? ¿Cómo diablos me perdí ese acontecimiento?

Me siento más erguido, listo para examinar a este tipo.

Unos momentos después, Cora regresa, riendo y sosteniendo un ramo de rosas rojas en una mano, la otra envuelta alrededor del brazo de un hombre alto y delgado con el pelo oscuro muy corto. Nos sonríe y saluda con un gesto de cabeza.

—Lucas, padre, este es Arlo Stein, mi novio.

Me levanto y extiendo mi mano.

—Lucas. Encantado de conocerte.

La palma de Arlo se siente fría y húmeda mientras estrecha la mía, sus ojos recorren la habitación, absorbiendo todo. Supongo que es un poco impactante venir a la finca Valeur por primera vez. Puedo entender por qué Cora no quería que Anika abriera la puerta; esta situación ya es bastante estresante.

La mirada de Arlo se posa en mi padre, y veo que le tiembla un músculo en la mandíbula. *El pobre está prácticamente temblando en sus zapatos.*

Reprimo una sonrisa burlona.

Cuando Liam estaba en la escuela secundaria, trajo a una chica aquí una vez. Creo que fue la única vez porque cuando mi padre mencionó que la cremallera de sus vaqueros estaba abierta, la pobre casi se ahoga, corrió al baño y se encerró dentro. A Liam le tomó horas convencerla de que saliera, y creo que nunca más se vieron después de ese incidente.

Espero que Cora no le haya contado esa historia a Arlo. Si lo hizo, podría vomitar de puros nervios.

Mi padre se pone de pie y también extiende su mano.

—Peter. Un placer.

Arlo da un paso adelante para estrecharla, pero su pie se engancha en el borde de la mesa de café. Tropieza, derribando la taza de té que Cora acaba de traer. El líquido caliente se derrama por la mesa.

Bajo la mirada para ocultar mi diversión. Hay una probabilidad significativa de que podamos presenciar otra salida apresurada aquí.

—Oh, Dios, lo siento mucho —Arlo agarra una servilleta e intenta secar la mancha que se extiende.

—¡Anika! —llama mi padre.

Nuestra ama de llaves aparece en segundos, sus ojos se ensanchan al ver el desastre.

—Limpiaré eso de inmediato, Sr. Valeur.

Cora tira de Arlo para ponerlo de pie.

—Está bien, no te preocupes. Vamos a sentarnos.

Mientras se acomodan juntos en el sofá, aprovecho la oportunidad para escapar mientras mi padre está distraído por esta nueva interrupción.

—Tengo que irme —anuncio, poniéndome de pie—. Fue un placer conocerte, Arlo. Lo siento, pero no puedo quedarme.

—No te preocupes —responde Arlo con una sonrisa tensa—. Estoy seguro de que nos veremos mucho.

Asiento y me retiro apresuradamente antes de que mi padre recuerde que estaba en medio de darme un ultimátum matrimonial infernal.

No estoy hecho para la monogamia, y tampoco para ser marido de nadie. Cuanto antes lo acepte mi padre, mejor.

Dos

AVA

Mi padre golpea la carpeta sobre mi pulido escritorio de caoba.

—Les has dado un precio demasiado bajo —gruñe, con su rostro curtido enrojecido por la ira. Las venas de su cuello se hinchan por encima del cuello almidonado.

Bajo la voz, muy consciente de lo delgadas que son las paredes de la oficina. Todos afuera pueden oírnos.

—No tuve elección. Prescott Construction presentó una oferta casi un veinte por ciento por debajo de la nuestra. Si no ofrecemos precios competitivos, perderemos todos los proyectos.

¿Acaso no entiende que necesitamos cada contrato, cada dólar de ingresos que podamos conseguir ahora mismo?

—¿Sin elección? —mi padre se burla y levanta las manos—. Siempre hay una elección, Ava. ¿Dónde está ese instinto asesino? No puedo creer que esté entregándole mi empresa a alguien tan débil. ¿Por qué demonios no pude tener un hijo en lugar de ti?

Las lágrimas pican mis ojos, pero las contengo. No dejaré que me vea llorar.

—Acabo de tomar las riendas. Dame algo de tiempo para...

—¿Tiempo? —Se ríe—. Quiere más tiempo —murmura entre dientes—. Cariño, no tenemos más tiempo. Vas a llevar esta empresa a la ruina al ritmo que vas, prácticamente regalando los proyectos.

No, padre. Tú llevaste la empresa a la ruina y luego me dejaste a cargo de las consecuencias, sabiendo perfectamente que yo no podría sacarnos de este agujero. Estamos al borde de la bancarrota. Supongo que querías culpar a tu hija en lugar de asumir la responsabilidad de tus fracasos.

Me muerdo la lengua, las palabras mordaces que anhelo lanzarle resuenan en mi cabeza.

Pero como siempre, no puedo obligarme a decírselas a la cara, a romper el molde de la hija obediente y respetuosa. Así que simplemente bajo la mirada hacia el secante de mi escritorio, el calendario se vuelve borroso mientras las lágrimas nadan en mi visión.

Mi padre se inclina hacia delante, apoyando sus manos en el sillón de cuero frente a mí.

—Tu única salvación es el contrato del proyecto Pearl Garden. Si puedes conseguir ese enorme contrato, podría generar suficiente flujo de efectivo para alejarnos del borde del abismo. Es la gallina de los huevos de oro, Ava. No te

atrevas a joderlo.

Me aferro al nombre del proyecto como a un salvavidas.

—¿Quién es la constructora?

—Lo anunciarán hoy. Pero no importa. Sea quien sea la constructora, necesitas meter tu trasero en su sala de juntas y salir con ese proyecto. Gant Construction abastece a Pearl Garden, o nos hundimos. Es así de simple, joder. ¿Entiendes? —Sus ojos taladran los míos.

Asiento.

—Bien. Ahora, escúchame. Haz lo que sea necesario para cerrar este trato. —Se endereza en toda su estatura, usándola para intimidar como siempre hace —. Y me refiero a lo que sea necesario. No te detengas ante nada. Cuando regrese de Las Vegas, espero ver ese contrato en tu escritorio con su firma al final.

Me desplomo en mi silla y cierro los ojos, exhausta. Nunca debí haber aceptado hacerme cargo de la empresa. ¿A quién quiero engañar? Ni siquiera tengo las agallas para enfrentarme a mi padre.

Pero como única hija de Michael Gant, rehusarme nunca fue una opción.

Gant Construction resurgirá de las cenizas bajo mi dirección o se hundirá en llamas, llevándome con ella. A estas alturas, no estoy segura de qué resultado estoy deseando.

Sabía que la empresa estaba en mala situación, pero no tenía idea de lo grave que era todo hasta que obtuve acceso completo a las finanzas. Nos aferramos a la vida por un hilo, a segundos de hundirnos. Los despidos son inevitables en este punto.

Suspirando, abro mi portátil y escribo «Proyecto Pearl Garden» en la barra de búsqueda con un dedo. Veamos a qué constructora necesito recurrir para mantenernos a flote.

—¿Señorita Gant? —Mi asistente Bridget golpea y asoma la cabeza—. Jason Drewlo está aquí para su reunión.

Miro mi reloj y maldigo entre dientes. Se suponía que debía reunirme con él hace quince minutos.

—Hazlo pasar.

Me enderezo y observo mientras un hombre fornido sosteniendo un casco entra en mi oficina, retorciendo las correas en sus manos mientras se acerca a mi escritorio.

—Por favor, tome asiento —indico hacia la silla frente a mí.

Se sienta, luciendo tenso.

—He sido supervisor en Gant durante una década —comienza—. He dado todo por esta empresa.

Asiento, ya consciente de ello. Revisé su expediente de personal antes, como hago con cualquiera que programa una reunión. Es un empleado veterano con un historial sólido. Incluso ganó el premio de «Empleado del Año» una vez.

—Mi esposa y yo recientemente tuvimos una niña, y...

—Felicidades —digo con una sonrisa cortés.

—Gracias. —Baja la cabeza—. El asunto es que me encanta trabajar aquí, pero han pasado cuatro años desde mi último aumento. Y sé que las otras empresas en la ciudad pagan mejor. —Suelta las palabras apresuradamente como si temiera decirlas—. Le pregunté a Recursos Humanos, pero me dijeron que no habrá aumentos este año. Así que esperaba...

Tomo una respiración lenta, manteniendo mi expresión neutral aunque mi estómago se retuerce. Quiere un aumento. A este ritmo, si no conseguimos el contrato de Pearl Garden, tendré suerte si puedo permitirme seguir ofreciendo café en la sala de descanso.

—Entiendo. Veré qué puedo hacer.

—Gracias. De verdad, muchas gracias. —Se pone de pie, con evidente alivio en su rostro—. Esto significa mucho.

Clavo mis uñas en la palma de mi mano y fuerzo una sonrisa mientras lo veo salir, rezando para que la próxima vez que entre en mi oficina no sea para que le entregue una carta de despido.

Derrotada, abro mi portátil de nuevo y hago clic en el botón de búsqueda. Aparecen los resultados. Mi estómago se revuelve mientras hago clic en el primer enlace, el sitio web de la Comisión de Planificación de South Bay, con una creciente sensación de temor.

Por favor, que sea una constructora con la que podamos trabajar. Alguien razonable y honesto. Cualquiera menos...

El nombre de la constructora parece burlarse de mí mientras llena la pantalla en letras negritas.

Valeur Real Estate LLC.

Mi corazón se desploma y un pánico ardiente surge por mis venas.

Me aparto de mi escritorio y camino hacia las ventanas que dan al centro de San José. Desde esta altura, puedo ver por kilómetros: las bulliciosas calles bordeadas de palmeras, los relucientes rascacielos del distrito financiero, las ondulantes colinas doradas en la distancia. En un día despejado como hoy, incluso puedo distinguir la vívida franja azul de la Bahía de San Francisco brillando en el horizonte. Normalmente, la vista me calma, recordándome por qué amo esta ciudad, este valle de innovación e industria.

Pero hoy, todo parece una cruel burla, un sueño inalcanzable que se me escapa entre los dedos. Presiono mi frente ardiente contra el frío cristal,

intentando regular mi respiración y calmar mi corazón desbocado.

De todas las constructoras en Silicon Valley, ¿por qué tenía que ser la de ellos? Incluso preferiría a Prescott antes que a Valeur. Al menos ellos no tienen una larga y fea historia con mi familia. Pero ¿Valeur? Son enemigos personales de mi padre desde que tengo memoria. Crecí escuchando a mi padre maldecir el nombre de Valeur en innumerables cenas.

Es bien sabido en toda la ciudad que Gant y Valeur no hacen negocios juntos; somos como el agua y el aceite.

Valeur intentó estafar a mi padre en un negocio hace años. El dinero desapareció y tuvieron la audacia de culparlo cuando todo se vino abajo. Casi lo perdimos todo.

Son despiadados, sin escrúpulos y dispuestos a derribar a cualquiera que se interponga en su camino. No es de extrañar que hayan construido un imperio con ese tipo de tácticas implacables.

¿Cómo demonios voy a convencer a Valeur de que le arroje un hueso a Gant y comparta la abundancia de Pearl Garden con nosotros? Será el día del juicio final antes de que ese tiburón tan conocido nos deje coger de su plato voluntariamente.

Mi móvil suena, sacándome de mis pensamientos en espiral. Respiro hondo para calmarme antes de contestar.

—Valeur ganó la licitación de Pearl Garden —digo.

—Lo sé —responde mi padre.

—Nunca aceptarán trabajar con nosotros.

Mi padre maldice entre dientes.

—¿Vas a quedarte ahí parada admitiendo la derrota o vas a mover tu trasero a la oficina de Valeur y hacerle una oferta que no pueda rechazar? Gant Construction necesita este proyecto, Ava. Tu legado depende de ello. *Mi* legado. No permitiré que ese imbécil de Valeur baile sobre nuestras tumbas.

—¿Cómo? ¿Cómo se supone que debo convencerlo? —Camino de un lado a otro en mi oficina.

—Por cualquier medio necesario. Dios mío, Ava, ¿tengo que deletreártelo?

Me quedo paralizada a medio paso cuando caigo en la cuenta con un desagradable escalofrío.

—Espera... No puedes referirte a...

—Vamos, eres una chica lista. O al menos se supone que lo eres. Posees ciertos... atributos, querida. Te sugiero que los emplees.

La bilis sube por mi garganta y trago con dificultad.

—Pero... no puedo...

—Todo el mundo sabe que Valeur tiene una debilidad por las jovencitas,

digamos, un poco tontas. Las cambia más rápido que cambiar de camisa. Un guiño por aquí, una pierna al aire por allá. Si es necesario, ofrécele una experiencia más... íntima. Lo que sea necesario para cerrar el trato.

Cierro los ojos con fuerza para contener el torrente de lágrimas. No puedo creer lo que estoy oyendo. Mi propio padre, ofreciéndome como una vulgar prostituta. ¿Siempre fue ese su plan?

—No... Nunca podría...

—Nunca digas nunca, Ava. Recuerda, los Gant siempre juegan para ganar. Sin importar lo que cueste.

Cuelga, dejándome escuchando el silencio. El móvil se deslizó de mis dedos entumecidos y cayó con un golpe sobre mi escritorio.

Peter Valeur debe estar cerca de los sesenta, la misma edad que mi padre. No puede esperar que yo...

La comprensión de la situación me provoca náuseas. Agarro la papelera junto al sofá y me inclino hacia delante para vomitar y no puedo, solo me ahogo en sollozos que me dejan destrozada.

Un viejo recuerdo surge, golpeándome como un puñetazo en el estómago.

Tengo seis años, mirando fijamente la reluciente bicicleta roja tirada de lado en el césped, con sangre manando de mis rodillas raspadas. Mi padre me dijo que no volviera a casa hasta que aprendiera a montarla.

—Los Gant nunca se rinden —dijo antes de alejarse, dejándome sola en el parque vacío.

Levanto la bicicleta con manos temblorosas e intento de nuevo, tambaleándome y zigzagueando mientras lucho por mantener el equilibrio. Avanzo unos metros antes de caer una vez más, esta vez aterrizando con fuerza sobre mi brazo.

Un dolor punzante recorre mi hombro y rompo a llorar, acunando mi brazo herido contra mi cuerpo. Pero nadie viene.

Lenta y dolorosamente, me levanto del pavimento y cojeo de vuelta a casa, con lágrimas corriendo por mi rostro.

—¿Padre? —gimoteo mientras entro tambaleándome por la puerta principal —. Me he lastimado el brazo.

Él echa un vistazo a mi cara manchada de lágrimas y hace una mueca de disgusto.

—Por Dios, Ava, deja de lloriquear. No tengo tiempo para esto. Solo los bebés lloran —espeta—. Déjame ver.

Extiendo mi brazo, mordiéndome el labio para no gritar cuando una nueva agonía me atraviesa. Está doblado en un ángulo extraño.

—Maldita sea. Ahora tengo que perder todo mi día llevándote al hospital.

No puedo creer lo inútil que eres. Es montar una maldita bicicleta. ¿Qué tan difícil es eso? Patético.

Sorbo por la nariz y me limpio la cara con el dorso de la mano. No es diferente ahora, ¿verdad? Nunca he tenido elección cuando se trata de lo que mi padre espera de mí. Lo ha dejado claro una vez más. Hago lo que sea necesario para triunfar. Para ganar. Aunque pierda mi dignidad y mi amor propio.

Mis deseos, mis necesidades... nunca han importado. Y siguen sin importar.

Tengo que ser yo quien nos salve. Quien salve a Gant Construction. Quien enorgullezca a mi padre.

Con la decisión tomada, respiro profunda y temblorosamente y alcanzo el teléfono de mi escritorio.

—¿Bridget? Organiza una reunión con el CEO de Valeur Enterprises. En algún lugar público, un buen restaurante. Un sitio donde pueda causar una buena primera impresión.

Mi leal asistente duda un instante antes de responder.

—Por supuesto, señorita Gant. Lo arreglaré.

Ni siquiera Peter Valeur armaría una escena en un restaurante lleno de gente.

Mi estómago se revuelve mientras me imagino sentada frente a él, sabiendo lo que mi padre espera que haga. Lo que me está ordenando hacer.

Pero ¿qué opción tengo?

Mi padre fue perfectamente claro.

Cuando un Gant quiere algo, lo consigue.

Sin importar lo que cueste.

Aunque signifique arrojar a su única hija a los lobos.

Tres

AVA

Alizo con mis manos mi ajustado vestido blanco Chanel hasta la rodilla y ajusto el escote pronunciado. Mis dedos agarran la bandeja de aperitivos que traje.

Esta es la primera vez que he aceptado asistir a una de las infames fiestas en casa de Michelle, a pesar de que hemos sido amigas desde siempre. Siempre tenía una excusa lista: demasiado ocupada, demasiado cansada, demasiado estresada. Pero ella me convenció e insistió en que esta vez sería una reunión íntima, solo unos pocos amigos cercanos.

Llamo a su puerta, forzando una sonrisa.

La puerta se abre de golpe y aparece un hombre con el pelo largo cubriéndole media cara. Me mira entrecerrando los ojos, con un porro colgando de sus labios agrietados. El humo se arremolina alrededor de su cabeza en una nube brumosa.

—Oh, lo siento, ¿busco a Michelle Downey?

Él se ríe entre dientes, dando una larga calada antes de soplarme el acre humo en la cara.

—¡Eh, Mich! Hay una tía estirada con un vestido cursi buscándote —se da la vuelta y se mete tambaleándose en las profundidades de la casa sin esperar una respuesta.

Qué elegante, Michelle.

Entro y trago saliva. El lugar está abarrotado de gente. Adiós a la reunión íntima. Parece que Michelle ha invitado a medio San José.

Michelle se abre paso entre la multitud hasta llegar a mí.

—Ava, has venido —su tono es de sorpresa, como si nunca hubiera creído que aceptaría su invitación.

—No, he enviado un holograma en mi lugar —digo.

—Ja, ja —coge la bandeja de sándwiches y la deja caer en la encimera de la cocina—. Venga, te voy a buscar algo de beber y te presentaré a la gente.

Entonces me agarra de la mano y me arrastra hasta el salón.

—Pete, Jennifer, Dom, Mick, Chantal, os presento a Ava. Una amiga de mis locos días universitarios.

Levanto la mano en un pequeño saludo e intento sonreír. El grupo está tumbado en el sofá, con botellas de alcohol esparcidas por la mesa de café.

El tipo del pelo largo, que ahora sé que se llama Mick, tuerce el labio.

—¿Ese es el uniforme escolar? ¿O quizás has saqueado el armario de tu

abuela antes de venir?

Echo un vistazo a mi vestido. Un elegante modelo de diseñador que costó unos miles de dólares, difícilmente un uniforme escolar. Ni de coña.

La pelirroja que está a su lado, Jennifer, se ríe.

—Eso no es un uniforme escolar, Mick. Probablemente se cree que es Audrey Hepburn o algo así. ¿Naciste en los años cuarenta? Bonito vestido, eso sí.

—Ya lo pillamos, tienes dinero —dice Chantal con una risita—. No hace falta que nos lo restriegues por la cara. Te has equivocado de grupo para eso. La riqueza no impresiona a nadie aquí. ¿Verdad, chicos?

Le prometí a Michelle que intentaría conectar con sus amigos, pero está claro que es una causa perdida.

—Lo siento, nací con buen gusto —murmuro.

—No les hagas caso, solo están un poco borrachos —me susurra Michelle al oído—. Ven a sentarte con nosotros.

Me siento en el borde del sofá, juntando las manos sobre las rodillas.

—¿Quieres una cerveza? —Michelle me pasa una botella y la acepto. No soy muy bebedora, pero todo el mundo aquí tiene una botella o un vaso en la mano, así que supongo que es lo que se espera. Al menos me da algo que hacer con las manos.

—Pronto es el cumpleaños de Jennifer —dice Mick—. Tenemos que celebrarlo.

—No quiero que me compréis regalos y participéis en ese despilfarro —Jennifer lo mira—. Aprecio mucho más las flores recogidas a mano de un jardín que los regalos caros. Demuestra que has pensado en ello. ¿No crees, Ava? —su mirada me atraviesa.

Coger flores del jardín de alguien es robar. Pero me limito a asentir y dar un trago a la cerveza. Siguen charlando sobre lo tonto de los regalos mientras yo me rompo la cabeza tratando de averiguar cómo conseguir millones para la nómina, para que mis empleados puedan alimentar a sus familias. El debate del grupo parece mezquino y sin sentido, pero le prometí a Michelle que mantendría la mente abierta, así que sonrío y asiento a todo lo que dicen. Por suerte, no parecen requerir ninguna respuesta real por mi parte.

No entiendo qué ve en esta gente.

Necesitas relajarte. Eso es lo que dijo Michelle, ¿no? ¿No es por eso que estoy aquí?

La carcajada de Jennifer vuelve a llamar mi atención hacia el grupo.

—El lugar más raro donde lo he hecho fue en el baño de un restaurante —resopla—. ¿Qué? ¡No podíamos esperar!

—Eso no es tan raro —se burla Chantal, agitando una mano—. Los baños son un clásico. Yo lo hice una vez en el mismo comedor del restaurante. Me monté a horcajadas sobre él en el reservado del fondo con mi abrigo cubriéndonos.

—Vaya, qué sexy —dice Michelle—. En mi caso, no fue sexo completo, pero una vez se la chupé a un novio en el hospital. Cerramos la cortina, pero tenía tanto miedo de que su monitor cardíaco empezara a pitar como loco —Se le escapa una risita.

No sabía que Michelle fuera tan atrevida. Nunca me había contado esa historia. Mi propia experiencia sexual parece tan insípida en comparación. Nunca hice nada parecido.

—¿Y el monitor no se disparó? —Mick arquea una ceja—. Tal vez necesites mejorar tus habilidades orales.

Michelle le da un manotazo en el brazo.

—¡Oye, grosero! ¿Qué hay de ti? ¿Cuál fue tu lugar más raro?

—No sé si raro —dice Mick encogiéndose de hombros—, pero solía trabajar en un supermercado, y una vez mi novia me sorprendió viniendo a verme, así que la llevé atrás y me la follé contra la nevera.

—Uf. Y luego la gente se comió esa comida —Michelle arruga la nariz.

—No se comieron la nevera en sí, y estaba cerrada —replica Mick.

Chantal se vuelve hacia mí.

—¿Y tú, Ava? ¿Cuál ha sido tu lugar más raro?

Me muerdo el labio.

—Eh...

—Venga, todos hemos compartido los nuestros.

—No me acuerdo.

—No se acuerda —se carcajea Mick, dándose una palmada en la rodilla—. ¿Te han follado alguna vez, señorita Audrey? Ah, espera, probablemente no diga «follar» porque es demasiado vulgar para su delicada sensibilidad.

Los ojos de Jennifer se abren como platos.

—Joder, ¿eres virgen? ¿Cuántos años tienes?

—No soy virgen —espeto—. Y tengo veintiocho años.

—¿Veintiocho años y no puedes contarnos ni una historia de sexo? —Chantal me mira boquiabierta—. ¿En serio?

—Ya os he dicho que no soy virgen —mi voz se eleva junto con mi irritación.

—No eres virgen, pero te crees demasiado buena para intercambiar historias con nosotros, los simples plebeyos. ¿Es eso? Primero la ropa elegante, y ahora esto. Te crees mejor que nosotros.

La ira burbujea en mi pecho, pero la reprimo.

—Bien. ¿El lugar más raro? Una fiesta de disfraces. Estaba vestida de gata. Dejé que un tipo con disfraz de perro me follara por el culo —miento—. ¿Contentos?

Me pongo de pie y los miro fijamente, desafiándolos a que sigan burlándose de mí. —Si me disculpáis, tengo que irme. —Agarro mi bolso y me dirijo a zancadas hacia la puerta, con la humillación ardiendo en mis mejillas. Nunca debí haber venido aquí.

—¡Ava, espera! —Michelle me persigue y me agarra del brazo—. No te pongas así. Solo están borrachas y dicen tonterías. No querían ofenderte. Lo siento por toda la charla sobre sexo. Eso siempre pasa cuando se emborrachan.

Claro que querían ofenderme. Me giro hacia ella, con semanas de estrés y agotamiento a punto de estallar.

—¿Que no me ponga cómo, exactamente? ¿Estirada? ¿Frígida? ¿Aguafiestas?

—Sí, algo así. Antes eras divertida. Solíamos salir y desmelenarnos. ¿Qué pasó con mi mejor amiga fiestera? —Hace un puchero.

—Tu mejor amiga fiestera creció y se hizo cargo del negocio familiar en quiebra, eso pasó —le digo—. Ya no estoy en la universidad, Michelle.

—Espera. ¿En quiebra? —Frunce el ceño—. No sabía que las cosas estaban tan mal. Nunca hablas del trabajo.

—Tú nunca preguntas por el trabajo. Ni por nada de mi vida. ¿Cuándo fue la última vez que me llamaste para hacer algo que no fuera invitarme a otra fiesta loca que sabes que voy a rechazar?

Una mirada herida cruza su rostro.

—Oye, eso no es justo. Lo estoy intentando. La amistad es cosa de dos, Ava. ¿Cuándo fue la última vez que tú hiciste un esfuerzo? ¿Me invitaste a algo? ¿Hablaste conmigo de algo real?

—¿Invitarte a qué, exactamente? ¿A la casa en la que apenas estoy porque me paso el día trabajando hasta el agotamiento para mantener a flote mi empresa? ¿A ocupar el lugar de mi padre cuando fue él quien la llevó a la ruina en primer lugar? —Las lágrimas de rabia me hicieron arder los ojos.

—Mierda, Ava. Lo siento mucho. No lo sabía. —Intenta acercarse, pero me aparto bruscamente.

—No, no lo sabías. Porque nunca preguntaste. No tienes ni idea de quién soy realmente, de las cargas que llevo. Ya no somos niñas, Michelle. No puedo ir a fiestas y fingir que todo es divertido y maravilloso.

Retrocede como si la hubiera abofeteado.

—Mensaje recibido, alto y claro. Lo siento, no estoy a tu nivel.

Se da media vuelta y regresa a la fiesta, cerrando la puerta de un portazo en mi cara. El sonido reverbera en mis huesos.

Me quedo allí un largo momento, temblando. ¿En qué diablos estaba pensando al venir aquí esta noche?

Michelle tiene razón. Ya no encajo. No encajo en ninguna parte.

Nunca me he sentido tan sola.



Me paro frente al restaurante, examinando a los clientes sentados en las mesas. Una pareja, otra pareja, un hombre joven, dos mujeres. Ninguno se parece a Peter Valeur, así que supongo que aún no ha llegado.

Respirando hondo, abro la puerta de cristal, con la mano aferrada al pequeño bolso de mano negro que combina con mi vestido rojo de hombros descubiertos.

—Bienvenida a La Fontaine —me saluda la anfitriona con una cálida sonrisa cuando entro en el fresco interior—. ¿Tiene reserva?

—Sí, he quedado con alguien. Ava Gant, mesa para dos —respondo, enderezando la espalda y proyectando un aire de confianza que no termino de sentir.

Revisa su lista y asiente.

—Por supuesto, por aquí, señorita Gant. Su acompañante ya ha llegado.

¿Ya está aquí? La sigo a través del iluminado comedor, pasando por el bar de caoba y hacia las mesas del centro.

Me giro para darle las gracias, pero las palabras mueren en mi garganta cuando veo al hombre sentado allí.

Lucas Valeur. Con su sonrisa arrogante, cabello castaño oscuro, facciones cinceladas y penetrantes ojos azules que parecen ver a través de mí. Lleva un traje gris marengo a medida que le queda como una segunda piel, resaltando sus anchos hombros y cintura esbelta.

—Lo siento, creo que ha habido un error —digo—. Se suponía que iba a reunirme con Peter...

—Ava Gant, supongo —su voz es un ronroneo bajo y meloso que me hace sentir escalofríos en la columna—. ¿Ya te estás arrepintiendo?

Espero a que se levante, pero no lo hace, así que me siento y cruzo las piernas.

—Sí. Soy Ava Gant. Lo siento, esperaba a su padre.

Arquea una ceja.

—¿Programas una reunión de negocios y no sabes con quién te vas a reunir? Supongo que eso explica mucho sobre cómo opera tu empresa.

Me siento clavada en el sitio por la intensidad de su mirada.

—Lucas Valeur. Encantado. —Extiende su mano sobre la mesa.

La ignoro. Qué grosero de su parte ni siquiera levantarse para saludarme.

Seguí de cerca la trayectoria profesional de Logan Valeur. Parecía que iba a seguir los pasos de su padre, pero luego Logan se retiró tras la revelación de que era adoptado. No había investigado a los otros hermanos, sin esperar que fueran sucesores relevantes, así que no sé nada sobre los otros hermanos.

No soy de las que se dejan llevar por los chismes, pero ¿significa esto que Peter Valeur desheredó a Logan? ¿Y ahora aparece Lucas en lugar de Peter? ¿Qué dice eso sobre sus intenciones?

Lucas retira su mano, sin parecer en absoluto molesto.

—Así que querías reunirte. Supongo que esto es sobre...

—Pearl Garden —lo interrumpo, estudiando su rostro. Su mandíbula se tensa y sus ojos azules se estrechan.

—¿Pearl Garden? ¿Qué pasa con eso?

Llega la camarera y ambos guardamos silencio. Coloca pequeños platos de ensaladas en la mesa, explicando cada uno. Empujo el plato de aceitunas lejos de mí, casi hasta el borde de la mesa.

Lucas me mira inquisitivamente.

—Odio las aceitunas —explico, aunque no tengo por qué justificarme ante él. ¿Qué le importa a él lo que me gusta?

—Qué lástima. —Se mete una aceituna en la boca.

Qué asco.

La camarera termina de servir todo, toma nuestros pedidos de platos principales y se va.

—Estamos interesados en hacernos cargo de la construcción del proyecto —continúo—. Seríamos los contratistas principales.

Una amplia sonrisa se extiende por el apuesto rostro de Lucas, y deja escapar una risa baja y ronca.

Se me encoge el estómago. Maldita sea, ¿por qué tiene que ser tan atractivo? Estaba preparada para su padre, un hombre mucho mayor, no para un hombre que podría ser modelo de ropa interior.

Una imagen de él en calzoncillos cruza por mi mente, y me muerdo el labio para desterrarla.

—¿Oh, hablas en serio? ¿Crees que contrataríamos a una empresa al borde de la bancarrota para construir uno de los mayores proyectos de la zona? Debes estar bromeando. O viviendo en Marte —Sigue riéndose entre dientes.

Me pongo tensa, un escalofrío de sudor frío me recorre la espalda. ¿Cómo es posible que lo sepa? Hemos sido tan cuidadosos en mantener nuestros problemas financieros en secreto por miedo a asustar a nuestros clientes y acreedores. Si esto se llega a saber...

—Gant Construction lleva más de treinta años en el negocio y es una de las empresas más reconocidas del sector. Puedo asegurarle que...

—¿Asegurarme qué? —Inclina la cabeza—. ¿Que no se irán a la quiebra en medio del proyecto? No, no puedes. Porque a diferencia de ti, yo sí investigo con quién me reúno, señorita Gant. Sé que están en aprietos. Y no me impresionan tus ojos verdes ni el escote.

Hago una mueca. Mierda. Realmente ha investigado.

—Podemos manejar el proyecto. Y estamos dispuestos a ofrecer un precio muy atractivo, lo que lo convierte en una situación beneficiosa para ambas partes.

—¿En serio? —Se inclina hacia adelante apoyándose en los codos, curvando los labios en una sonrisa burlona—. ¿Qué más estás dispuesta a ofrecer? —Sus ojos recorren mi cuerpo, deteniéndose en mis pechos.

Cerdo. Para alguien que acaba de afirmar no dejarse influir por mi escote, seguro que no puede dejar de mirarlo.

No saldría con él ni aunque fuera el último hombre en la Tierra. Ni siquiera si hubiera un incendio y él fuera el único que pudiera salvarme.

—¿Está insinuando que si me acuesto con usted, me dará el contrato? —Aprieto los puños bajo la mesa. Sé lo que mi padre me pidió, pero no puedo, no con este imbécil.

—Oh, cariño, ¿crees que te deseo? Difícilmente. Consigo muchos coños gratis. Las mujeres más hermosas del mundo hacen fila por mí. ¿Crees que dejarme follarte significaría algo? —Se burla—. ¿Es por eso que estás tan nerviosa?

Dios, es arrogante. Y repulsivo. ¿Quién se cree que es? ¿Un regalo de Dios para las mujeres solo porque es atractivo?

—No. Estaba ocupada sintiéndome asqueada por usted y la idea de acostarme con usted.

Sonríe.

—¿Es lo mejor que tienes, Ava?

—Es señorita Gant para usted.

—Señooorita Gaaant —dice, alargando las sílabas en un ronroneo profundo que me sacude hasta la médula, su mirada ardiente penetra en mí—. De acuerdo, señorita Gant. Estaré encantado de follarte hasta que pierdas el sentido si me lo suplicas, pero no cambiará ni una maldita cosa sobre el proyecto.

Suelto una risa sarcástica. ¡Vaya chiste! ¿En serio cree que esta basura funciona con las mujeres?

—¿Si te lo suplico? No soy una mujer desesperada buscando un hombre, y no soy una de tus putas. Soy la nueva vicepresidenta de Gant Group. Y tú eres...

—Puedo comerte el coño como un jugoso filete hasta que grites pidiendo más —Se inclina y susurra—: Estarás suplicando por mi polla cuando haya terminado contigo.

Trago saliva con dificultad, el punto entre mis piernas palpita. ¿Qué me pasa? Apenas lo conozco hace diez minutos y ya lo odio.

Suficiente.

—Dios, eres vulgar.

—Soy más que vulgar, nena. Puedo ser grosero de otras maneras también. Y definitivamente sé cómo satisfacer a una mujer en la cama. No hay nada que no haga.

Aprieto los labios y junto mis muslos con más fuerza. Mis pezones se endurecen, intentando atravesar la tela de mi vestido.

—Por lo sonrojadas que están tus mejillas y lo duros que están tus pezones, definitivamente te gustan mis vulgaridades —Su mirada está clavada en mi pecho.

Cruzo los brazos sobre mis pechos.

—Eres insufrible. Debería demandarte. ¿Cómo puede alguien siquiera negociar con un imbécil repugnante como tú? —Me pongo de pie, mi silla raspando el suelo de baldosas.

Lucas permanece sentado, reclinándose con una expresión petulante. —Ese es tu error, señorita Gant —dice en un tono bajo y peligroso—. Yo no tenía intención de negociar.

Cuatro

LUCAS

Las ventanas del suelo al techo ofrecen un panorama impresionante del resplandeciente horizonte del centro de la ciudad, pero apenas le dedico una mirada. Mi atención está completamente enfocada en los ejecutivos de Valeur reunidos alrededor de la larga mesa.

—Las últimas actualizaciones del proyecto Sapphire Towers —anuncio, mostrando los planos revisados con unos cuantos toques diestros—. Pudimos optimizar el diseño y agregar veinte unidades adicionales. Las ganancias proyectadas aumentaron en veinte millones.

Amplío la renderización 3D hasta que llene las pantallas, la reluciente estructura de cristal azur gira lentamente. Murmullos de aprobación recorren la sala revestida de madera mientras resalto los cambios clave.

—Un trabajo impresionante, Lucas —elogia Zachary, el director financiero —. Has llevado este proyecto al siguiente nivel.

El orgullo inunda mi pecho, pero mantengo mi expresión neutral. Inclino la cabeza en señal de reconocimiento.

—Gracias, Zach. Tendré más que informar el próximo mes cuando presente las ganancias trimestrales. Estoy seguro de que superaremos todos los puntos de referencia. —Me permito una pequeña sonrisa—. Eso concluye la agenda de hoy. Se levanta la sesión.

Apago las pantallas, sumergiendo la sala de nuevo en la tenue luz gris de la tarde. Los ejecutivos reunidos se levantan de sus sillas de cuero, recogiendo maletines y tabletas.

—Buen trabajo —me dice Sean al salir por la puerta.

Zachary me sonríe.

—Nos alegra ver que estás sentando la cabeza.

¿Sentando la cabeza?

Benjamin Stone, uno de los directores de la junta, se acerca a mí.

—Creo que hablo por todos cuando digo lo encantados que estamos de ver que has encontrado una pareja adecuada.

—¿Pareja adecuada? —¿De qué diablos está hablando? ¿De qué están hablando todos?

—Elegir a Ava Gant es sorprendente dada la historia de tus padres, pero debo decir que es una jugada brillante. ¿Combinar fuerzas con Gant Construction? ¿Enterrar el hacha de guerra con el enemigo y forjar una alianza? Francamente, es el tipo de pensamiento estratégico despiadado que nos gusta ver en nuestro

futuro CEO. Todos estamos encantados de ver que te alejas de los escándalos y estás sentando la cabeza. Cuando discutimos tu candidatura para reemplazar a tu padre a finales de año, hubo una preocupación significativa sobre tu capacidad para dirigir la empresa mientras estabas... bueno, ya sabes. —Me da una palmada en el hombro—. Me alegra que te lo estés tomando en serio. Estoy seguro de que si mantienes el rumbo, tendrás nuestro apoyo total.

Me guiña un ojo y me da una palmada en la espalda.

—Atrapar un pez gordo como ella... Estoy impresionado, Lucas. Es toda una joya. Hermosa, inteligentísima y bien conectada. Tengo que reconocértelo. No haces nada a medias.

Me río, con la mente acelerada. *¿Qué coño está pasando?* ¿Ava Gant y yo? No existe realidad en la que esa perra frígida y yo seríamos pareja. Preferiría follarme un cactus.

Saco mi móvil del bolsillo de la chaqueta y abro el artículo de la prensa amarillista que sonó en mis alertas justo cuando entraba a esta reunión. El escandaloso titular me mira fijamente.

¡Bombazo: Lucas Valeur y su antigua rival Ava Gant son pareja! ¿Campanas de boda en el horizonte?

Debajo hay una foto con teleobjetivo ligeramente granulada de Ava y yo almorzando ayer. Ella se inclina sobre la mesa, diciendo algo. Yo la miro con una sonrisa burlona por encima del borde de mi copa, pareciendo completamente absorto.

Putos buitres. ¿Acaso un hombre no puede tener una simple reunión de negocios sin que se interprete como algún tipo de aventura amorosa? También le han aplicado algún filtro empalagoso, haciéndolo parecer una escena de enfoque suave de una maldita película de Hallmark.

¿De dónde sacaron la idea de la boda?

Entrecierro los ojos, seguro de que mi queridísimo padre tiene algo que ver con esto.

¿Enamorado? Por favor. El amor es solo una forma en que la gente te manipula. Nunca quiero estar enamorado.

Mi pulgar se cierne sobre la pantalla, con ganas de llamar a mi publicista y exigir una retractación.

Pero...

Ava necesita una inyección de efectivo para mantener a flote su hundida empresa, y yo necesito una prometida respetable para ganarme a la junta y convencerlos de que estoy listo para tomar el lugar de mi padre.

Una sonrisa lenta y malvada se extiende por mi rostro mientras se forma un plan. Oh, esto es simplemente perfecto.

Un matrimonio de conveniencia. O mejor dicho, de manipulación mutua. Le ofreceré un salvavidas... por el bajo, bajo precio de convertirse en mi radiante novia. Es orgullosa, pero también está desesperada. No tendrá más opción que aceptar.

Y en el segundo en que ese anillo esté en su dedo, Gant Construction me pertenecerá. Todo por lo que ha luchado, todo el legado de su familia, será mío.

La desangraré, venderé cada activo, despediré a cada empleado. Mientras tanto, ella tendrá un asiento en primera fila mientras reduzco su imperio a cenizas.

Puedo saborearlo. La venganza definitiva, envuelta para regalo y atada con un lazo de satén blanco.

Una vez que su ruina esté completa, la desecharé como el periódico de ayer. La dejaré destrozada y sin un centavo, una cáscara rota de su antiguo ser.

¿Ava Gant cree que puede jugar en las grandes ligas con los hombres? Ya verá lo equivocada que está.

Cuando nadas con tiburones, nena, más te vale estar preparada para sangrar.

Deslizo mi móvil de vuelta a mi bolsillo y me arreglo la corbata. Tengo una propuesta de matrimonio que planear.

Prepárate, princesa. Tu príncipe azul va a por ti.

Y este es un cuento de hadas que no terminará con un felices para siempre.

Al menos, no para ti.



Me tiendo en mi enorme cama tamaño king, las frescas sábanas de seda enredadas alrededor de mis piernas desnudas mientras miro fijamente un cuadro en la pared. La habitación está tenuemente iluminada, la única luz proviene del muro de ventanas.

Tengo el móvil presionado contra mi oreja, mi otra mano descansando en la parte baja de mi abdomen, los dedos jugueteando a lo largo de la cintura de mis bóxers negros.

—¿Ava? Soy Lucas Valeur.

—Es señorita Gant —corrige ella.

Pongo los ojos en blanco.

—De acuerdo, señorita Gant.

—¿Qué quiere, señor Valeur? ¿Llamó para regodearse de haberme humillado con su pequeño plan?

—¿Qué? —Frunzo el ceño. No es posible que sepa lo que estoy planeando.

—La foto de ayer. Sabía que me avergonzaría. Por eso le avisó al fotógrafo. —Su voz destila acusación.

Una carcajada áspera se me escapa.

—Te estás dando demasiado crédito si crees que me tomaría tantas molestias solo para jugar contigo. No arreglé nada. Créeme, no disfruto que me vean en público con alguien como tú.

—¿Alguien como yo? ¿Y qué se supone que significa eso? —exige ella, con palabras cortantes y frías.

Abro la boca, con una réplica mordaz en la punta de la lengua, pero me detengo. Antagonizar con ella no me ayudará a conseguir lo que quiero.

—Creo que deberíamos reunirnos de nuevo. Tengo una propuesta de negocios para ti.

—Ya te dije que no voy a acostarme contigo. El sexo no es un trato de negocios.

Oh, esa lengua afilada. Odio lo mucho que me excita.

—Y yo te dije que no estoy interesado en follarte.

—¿No lo estás? —suena escéptica. Incluso divertida. Casi puedo ver su ceja arqueada, esa sonrisita irritante.

—No. No eres mi tipo —miento. Es muy hermosa. Pero también es la enemiga. No puedo permitirme siquiera tener ese tipo de pensamientos sobre ella. No importa cómo mi polla se estremezca con el mero sonido de su voz.

—¿En serio? —Exagera las palabras, su tono rebosa incredulidad.

—En serio. Prefiero que mis mujeres sean... más sueltas.

Ella deja escapar un pequeño gemido ronco que va directo a mi entrepierna, tensando mis abdominales.

—Oh, Lucas, eres tan grande. Tan grueso. ¿Quieres probar mi dulce coñito? Está recién afeitado, solo para ti. Y mi clítoris está tan hinchado, necesito que me hagas correr. Por favor, Lucas... Por favor...

Me muevo en la cama, mi erección creciendo, presionando contra el suave algodón de mi ropa interior. Me toco a través de la tela, ahogando un gemido.

—¿Qué estás haciendo, Ava?

—Quiero tomarte en mi boca. Lamerte desde la base hasta la punta y saborear tu líquido. Envolver tu cabeza con mis labios y chuparte hasta que

explotes. ¿Te gusta que te la chupen, Lucas? —Su voz es un ronroneo bajo y ronco, su respiración entrecortada.

Mi mano se desliza dentro de mis calzoncillos, agarrando mi miembro palpitante. Me acaricio, imaginando que son sus delgados dedos los que me agarran en su lugar. Deslizo la yema de mi pulgar sobre la cabeza sensible, esparciendo la gota de humedad acumulada allí.

—¿Quieres correrte en mi boca? ¿En mis tetas? ¿Pintarme con tu semen caliente? —Jadea y gime, y me la imagino acostada en su propia cama, el brillo de su móvil iluminando su rostro mientras se toca. Hundiendo sus dedos en su húmedo calor, rodeando su clítoris. Follándose al sonido de mi voz.

—Joder —gruño, dejando caer mi cabeza contra las almohadas. Me estoy muriendo aquí.

—Estoy tan mojada, Lucas. Mis muslos están resbaladizos solo de pensar en que me folles. ¿Estás duro por mí? ¿Estás acariciando esa gran polla, imaginando meterla dentro de mí? —Su respiración se entrecorta en un gemido, las palabras sucias de alguna manera aún más excitantes susurradas en la oscuridad así, murmuradas a través de la línea telefónica.

—Dios, sí —jadeo, mi mano moviéndose más rápido ahora, deslizándose sobre mi polla. Empujo hacia arriba en mi puño, mis caderas bombeando. Tan cerca ya, vergonzosamente rápido. Pero estoy demasiado excitado para que me importe.

Sus pequeños gemidos sin aliento crepitan a través del altavoz, y es la música más dulce. La quiero extendida en mi cama, retorciéndose sobre mi polla. Quiero enterrar mi cara entre sus muslos y lamerla hasta que grite. Quiero follarla en la enorme ducha de cristal, contra los azulejos fríos, con agua caliente corriendo sobre nuestros cuerpos entrelazados. Inclinarla sobre mi escritorio de caoba, subir su falda recatada sobre sus caderas y hundirme en su apretado calor húmedo. Escucharla gemir mi nombre de verdad mientras la embisto.

Perdido en la neblina de mi orgasmo creciente y fantasías sucias, me toma un momento darme cuenta de que está hablando de nuevo.

—Quieres follarme, ¿no es así? ¿Quieres inclinarme y follarme duro y profundo? —su voz es lenta, casi soñadora.

—Sí —gruño, apretando mi agarre, empujando hacia arriba en el estrecho apretón de mi puño. La enorme cama se mece contra el suelo de madera con la fuerza de mis movimientos. —Joder, sí.

—Pensé que no era tu tipo. Que no estabas interesado —Se burla con una risa ronca en su voz, el tono seductor y sensual cambiando a uno más duro. Más frío.

La inquietud me pica en la base del cráneo, como un cubo de agua helada

sobre mi pasión. Detengo el movimiento de mis caderas con esfuerzo, mi cuerpo tenso como la cuerda de un arco.

—Yo…

—¿Vas a darme el contrato que te pedí? —exige, interrumpiéndome, sus palabras nítidas y profesionales. No hay rastro de la sensual seductora de hace unos momentos.

La ira me atraviesa, caliente y brillante. Saco mi mano de mi ropa interior como si me hubiera quemado.

—No —digo entre dientes apretados.

—Entonces no me interesa nada de lo que tengas que decir.

La llamada se corta.

Maldita sea.

Miro el móvil con incredulidad, mi erección palpita casi dolorosamente.

Me colgó. Me llevó a un puto frenesí, me calentó tanto que podría clavar clavos en la pared... y luego simplemente me dejó con el peor caso de huevos azules que se haya visto en la historia.

Tengo que reír, incluso en mi frustración. La chica tiene agallas, eso se lo concedo. Unos ovarios bastante grandes también.

Tomo unas cuantas respiraciones profundas y calmantes, obligando a mi cuerpo amotinado a volver bajo control. No es fácil, con sus gemidos sin aliento aún resonando en mis oídos, mi polla aún presionando contra mi estómago. Pero eventualmente, mi ritmo cardíaco tronante disminuye a un nivel menos alarmante.

Antes de que pueda dudar de mí mismo, preso de una repentina y temeraria determinación, vuelvo a marcar su número. Ella contesta al segundo timbre.

—No me gustan los mentirosos —dice Ava, sin molestarse siquiera en saludar.

Me acomodo contra el cabecero tapizado, el lujoso terciopelo gris carbón suave contra mis hombros desnudos.

—Sé que Gant Construction está en problemas financieros. Estoy dispuesto a ayudarte con eso... si me ayudas con un problema mío.

—Ay, ¿el pequeño Lucas no está cooperando? Qué triste. Suena como un trabajo para tu médico, no para mí. —Se ríe.

Aprieto la mandíbula tan fuerte que mis dientes rechinan. Mujer insoportable. Quiero ponerla sobre mis rodillas y darle unas nalgadas. Entre otras cosas.

Recuerda, la necesitas . Perder los estribos ahora solo hará esto más difícil.

—Escúchame antes de colgarme de nuevo.

—¿Y por qué debería hacer eso?

—Porque sé algo sobre ti, Ava. Sé que estás desesperada…

—¡No estoy desesperada! —grita.

Continúo imperturbable.

—De lo contrario no acudirías a tu enemigo mortal en busca de ayuda. Y tengo los medios para proporcionar esa ayuda. Dijiste que querías el proyecto de Pearl Garden.

Silencio total. Puedo oír su respiración al otro lado de la línea, un poco inestable a pesar de su valentía.

—¿Ava? —insisto, enrollando la sábana alrededor de mi puño. La tela sedosa susurra sobre mi piel.

—Estoy escuchando.

La satisfacción se despliega en mi pecho. La tengo en mis manos. Puedo sentirlo.

—No puedo darte Pearl Garden. Pero puedo ofrecerte algo casi tan bueno. —No puedo arriesgarme a vincular su empresa con mi nuevo proyecto de desarrollo. No cuando planeo aplastar Gant Construction hasta hacerla polvo mucho antes de que se coloque el primer ladrillo.

—¿No es Pearl Garden? —Suena decepcionada.

—No. Pero obtendrás la inyección de capital que necesitas para mantener tus puertas abiertas. Canalizaré dinero hacia Gant, lo suficiente para sacarte de los números rojos.

—¿Por qué harías eso? ¿Cuál es el truco? —pregunta, su tono agudizándose con sospecha.

Una lenta sonrisa curva mis labios.

—Reúnete conmigo de nuevo y descúbrelo. —Le pongo el anzuelo a ver si muerde.

—Que te jodan.

Muerde, sí claro. Me arranca la cabeza.

La línea se corta por segunda vez.

Dejo el móvil en la mesita de noche. Debería estar molesto, pero estoy casi maravillado.

Ava Gant no me lo va a poner fácil.

Bien. Me encantan los desafíos.

Y este será mi victoria más dulce hasta ahora. La tendré justo donde la quiero: bajo mi pulgar. La destruiré, la consumiré, no dejaré más que cenizas a mi paso.

Es terca, pero yo también lo soy, y apenas estoy empezando.

Mi otra mano aún está dentro de mis pantalones, mi erección nunca se ha desvanecido por completo. Su conversación sucia y ronca me excitó bastante y

me dejó dolorido. Me encantaría arrastrarla a mi oficina y darle un mejor uso a esa boca obscena.

Pero por ahora, mi mano derecha tendrá que ser suficiente.

Cinco

LUCAS

El sol me da directo en la piel, caliente y e intenso, mientras me relajo junto a la piscina con vistas al denso bosque de secuoyas que rodea mi finca. El canto de los pájaros y el lejano murmullo del arroyo que serpentea por mi propiedad llenan el aire, una sinfonía de la naturaleza ininterrumpida.

—¿Así que vas a proponerle matrimonio? ¿Lucas Valeur, el eterno soltero, va a casarse? —Noah alza su botella de cerveza artesanal en un brindis simulado, sus ojos azules bailan con diversión. Noah es el serio de nuestro trío, la voz sensata de la razón. Pero incluso él no puede ocultar su diversión ante la idea de que yo juegue a la casita.

Pongo los ojos en blanco y me estiro en la tumbona extragrande, con el bañador colgando bajo en mis caderas.

—Es un matrimonio falso —le recuerdo, metiendo la mano en la nevera integrada a mi lado para sacar otra cerveza fría. La condensación helada se siente bien contra mi piel sobrecalentada.

Kaleb resopla, despatarrado en la tumbona que hace juego a mi izquierda.

—Falso y un cuerno. He visto fotos de ella. Es jodidamente hermosa, con esos recatados trajes de ejecutiva que gritan: «inclíname sobre un escritorio». Ya sabes lo que dicen de las chicas así: tigres en la sala de juntas, putas absolutas en la cama.

Le hago una señal a Hugo, mi mayordomo, para que traiga otra ronda antes de abrir la tapa de mi botella fresca. Confío en Noah y Kaleb con mi vida. Hemos estado juntos desde que estábamos en el instituto. Están locos de remate, los dos, pero son leales hasta la médula.

—No importa. No planeo acostarme con ella. Es una Gant —digo, dando un largo trago a mi cerveza.

Noah inclina la cabeza, entrecerrando los ojos contra el resplandor del sol.

—No cagues donde comes, ¿eh?

—Algo así. —Inclino la botella de nuevo, bebiendo la mitad de la cerveza helada de un largo trago. Joder, tal vez debería ir más despacio. Apenas es mediodía y ya estoy sintiendo el agradable zumbido de la embriaguez apoderándose de mí.

Kaleb menea las cejas.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a hacer voto de celibato? ¿Cuánto tiempo se supone que va a durar este pequeño plan tuyo?

Me encojo de hombros como si no fuera gran cosa. Y no lo es. He pasado

más tiempo sin mojar el churro, a pesar de lo que todos piensan.

—Tío, no puedes ni pasar una semana sin metérsela a alguna desconocida. ¿Cómo demonios vas a manejar estar falsamente casado durante años sin sexo?

Me irrito, apretando el agarre sobre la botella sudorosa.

—Para que lo sepas, no he estado con nadie desde que regresé de Hong Kong hace dos semanas. —Es un punto de orgullo, en realidad. Prueba de que puedo controlarme cuando lo necesito. Incluso si mis pelotas están más azules que el maldito Pacífico.

Kaleb se limita a sonreír. *Cabrón.*

Noah se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Déjame ver si lo entiendo. ¿Planeas usar a la propia hija de Gant para destruirlo? Eso es frío, tío. Incluso para ti. ¿Qué te hizo ella?

Aprieto la mandíbula, una vieja y familiar ira subiendo por mi garganta como bilis.

—Ella es la nueva CEO en funciones. Eso la hace tan culpable como su viejo corrupto en mi opinión. ¿Crees que no sabe todas las mierdas turbias que ocurren en esa empresa? Intentaron hundir a Valeur, y casi lo logran.

—Pero no lo hicieron —señala Noah—. Ustedes son más grandes de lo que Gant jamás fue.

—No gracias a ellos —escupo—. El querido Michael Gant puede que haya fracasado, pero no por falta de intentos. Y peleando sucio además. Valeur es intocable ahora… pero es cuestión de principios.

Noah suspira y deja a un lado su botella vacía.

—Voy a refrescarme. Diviértanse ustedes dos, supervillanos maquinadores.

Con un fluido clavado, se sumerge en el agua turquesa cristalina de la piscina, dejando apenas una ondulación. Kaleb y yo lo observamos cortar la superficie en calma con una perfecta brazada.

Después de un momento, me vuelvo hacia Kaleb.

—Primero tengo que convencerla de que se case conmigo.

Suelta una carcajada, sacudiendo la cabeza.

—Por lo que me has contado, esa tía es una rompepelotas. No te lo pondrá fácil.

—Nunca me he echado atrás ante un desafío —le recuerdo—. Y este va a ser tan jodidamente dulce cuando gane.

—¿Pero por qué ella? Hay un millón de putas cazafortunas que saltarían ante la oportunidad de casarse con un multimillonario, sin dudarlo. ¿Por qué tomarse toda esta molestia?

—Porque no se trata del matrimonio, se trata de venganza. De cobrar la deuda que los Gant tienen con mi familia. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que

con su preciosa niñita?

No puedo evitar que se note el trasfondo de anticipación salvaje en mi voz. Esto no es solo un juego para mí. Es jodidamente personal.

—No sabe lo que le espera —continúo—. Es perfecto. Se mete en la cama con el enemigo, pensando que está salvando el legado de su papi, y en su lugar firma su sentencia de muerte. Cuando se dé cuenta de que solo es un peón en mi juego final, será demasiado tarde.

Kaleb suelta un silbido bajo.

—Mierda. Recuérdame que nunca me ponga en tu contra.

Le dedico una sonrisa.

—Entonces, ¿cómo vas a conseguir que acepte este plan descabellado?

—Ella no sabrá que pretendo arruinarla. Eso es lo mejor del asunto. Seré el apuesto héroe multimillonario, que llega con una inyección de efectivo para mantener a flote su pequeña empresa. La novia sonrojada será un plus para mi imagen. Es un ganar-ganar... para mí.

Kaleb todavía parece escéptico. Suspiro.

—Mira, Gant Construction está en quiebra. Desangrándose, en las últimas. Pero nadie lo sabe todavía. Ava necesita capital para mantener a raya a los lobos. Y yo necesito un anillo en mi dedo para asegurar el puesto de CEO cuando mi padre se retire. Las estrellas se han alineado, amigo mío. Esta oportunidad es demasiado perfecta para dejarla pasar.

Kaleb considera esto, luego asiente.

—Tengo que decir que es un plan de locos... pero podría funcionar.

—Oh, funcionará. Me aseguraré de ello.

Abre la boca para responder, pero un movimiento junto a las puertas llama mi atención. Miro hacia allá para ver a un hombre alto y delgado vacilando en el umbral.

Le hago una señal para que se acerque.

—Eh, Kaleb Rollins, te presento a Arlo Stein. El novio de mi hermana Cora —digo. Cora insistió en que lo invitara hoy. Algo sobre unión familiar o una mierda así.

Arlo se mueve de un pie a otro, como si prefiriera estar haciéndose una endodoncia.

Somos dos, amigo.

Kaleb entrecierra los ojos mirándolo.

—¿Cora tiene novio? ¿Desde cuándo?

Me encojo de hombros. La vida amorosa de mi hermana está justo por debajo de ver crecer la hierba en mi lista de temas interesantes.

—Desde hace algún tiempo —ofrece Arlo, sin que nadie se lo pida—.

Aunque es la primera vez que vengo aquí. —Sus ojos recorren las extensas terrazas de piedra, los jardines paisajísticos que se funden con el bosque indómito, evaluando. Calculando—. Tienes una propiedad preciosa, Lucas. Me recuerda a la de tu familia.

Emito un gruñido indiferente, sin molestarme en corregirlo. Puede que mi finca sea impresionante, pero está lejos de ser el ostentoso complejo donde crecí. Este es mi retiro, mi refugio lejos del acelerado mundo de la ciudad. Elegí este lugar por la privacidad y la serenidad, no para alardear de mi riqueza.

Noah sale de la piscina y comienza a secarse, su mirada curiosa salta entre Arlo y yo.

—Gracias por invitarme —dice Arlo, rompiendo el incómodo silencio. Coge una botella de mi cerveza artesanal favorita de la nevera y se deja caer en la silla junto a mí como si ese fuera su puto sitio—. Sé que no fue idea tuya.

Se supone que esto es tiempo entre colegas, joder. Lo último que necesito es que el último ligue de Cora arruine nuestro ambiente.

—No te preocupes —miento—. Mi casa es tu casa, y todo eso.

Entrecierro los ojos, con un músculo palpitando en mi mandíbula. Si este payaso cree que puede congraciarse conmigo como una forma de hundir más sus garras en Cora —en el imperio Valeur— le espera una sorpresa. Lo masticaré y lo escupiré, sea o no el juguete de mi hermana.

Se aclara la garganta, ajeno a mi creciente ira.

—Pensé que tus hermanos se unirían a nosotros hoy.

—No. Solo estamos mis amigos y yo. Logan está fuera del país con su novia, y Liam tenía otros planes. —Mantengo mi tono cortante, desinteresado.

Sus cejas espesas se alzan.

—Ah. Oí que Logan dejó Valeur-Techo. Y que es adoptado. Así que no es realmente...

—Elige tus próximas palabras con cuidado —lo interrumpo con una sonrisa falsa—. Estás hablando de mi hermano. Es tan Valeur como yo, que le den al ADN.

Me importa una mierda la sangre. Logan es mi hermano en todos los sentidos que importan. Nosotros cuatro —Logan, Cora, Liam y yo— somos una unidad. Irrompible. Cualquiera que intente interponerse entre nosotros, que siquiera insinúe tratar a Logan como menos... Bueno. Descubrirá exactamente lo que significa cruzarse con un Valeur.

Arlo palidece y levanta las manos.

—Lo siento, tío. No quise ofender. Cora mencionó que había algo de tensión, con lo del retiro de tu padre y todo eso...

Oh, ¿eso dijo ella? Mierda, perfecto. ¿Ya no hay nada sagrado?

Aprieto el cuello de mi botella con tanta fuerza que mis nudillos palidecen.

—No hay tensión. Cuando él se retire, yo tomaré el mando. Fin de la historia.

Seis

AVA

Abro la puerta principal de un tirón y la cierro de golpe.

—¡Ay! ¿Así es como recibes a todos tus invitados? —La voz amortiguada de Lucas se filtra a través de la madera, su pie atrapado en el hueco, impidiendo que la puerta se cierre.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a abrir la puerta de un tirón.

—No eres un invitado. ¿Qué haces aquí? ¿Y cómo conseguiste mi dirección? Esto es acoso, ¿sabes?

Él sonríe con suficiencia, imperturbable.

—Ya te lo dije, tengo una propuesta de negocios para ti. Y tengo mis métodos para obtener información.

—Y yo ya te dije que no me interesa. Quita el pie antes de que te lo rompa. —Pongo todo mi peso contra la puerta, completamente dispuesta a aplastarle los dedos.

Él arquea una ceja.

—No te atreverías.

Desafío aceptado.

Me lanzo contra la puerta con todas mis fuerzas, intentando cerrarla.

—¡Mierda! —grita Lucas, retirando el pie de golpe. Salta sobre una pierna, con el rostro contorsionado de dolor mientras se agarra la extremidad herida.

Me permito una sonrisa satisfecha antes de moverme para cerrar la puerta de nuevo antes de que pueda detenerme.

—¡Abre la puta puerta, Ava! —gruñe, con la voz tensa—. Solo quiero hablar.

Lo ignoro.

—Abre la puerta o la voy a echar abajo.

Apoyo la frente contra la madera.

—¿Y usar la intimidación física es tu idea de hablar?

Un momento de silencio. Luego dice:

—Tienes razón. Me disculpo. ¿Qué tal esto? Abre la puerta, o voy a la prensa con la situación de Gant Construction. Todo el mundo sabrá que están al borde de la bancarrota. En una semana, no te quedarán empleados.

Abro la puerta de golpe, rechinando los dientes.

—No te atreverías.

—Ponme a prueba.

En contra de mi buen juicio, suspiro y doy un paso atrás, permitiendo que la puerta se abra. Lucas se endereza, con una sonrisa petulante en su apuesto rostro.

Cabrón.

—Tienes diez minutos para exponer tu caso. Y si intentas hacer una estupidez, gritaré tan fuerte que me oirán en la Cochinchina. —Cruzo los brazos sobre el pecho, fulminándolo con la mirada.

Él se ríe mientras pasa junto a mí hacia el vestíbulo.

—Cariño, si hago gritar a una mujer, suele ser más bien «Más duro, Lucas» o «Me estoy corriendo».

Resisto el impulso de vomitar. O golpearlo. O ambas cosas. El descaro absoluto de este hombre.

—Eres asqueroso. No me acostaría contigo ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra.

—¿Eso crees? —Sus ojos azules brillan desafiantes mientras invade mi espacio personal, arrinconándome contra la pared. El calor de su cuerpo se filtra en el mío, su colonia fresca inunda mis sentidos—. ¿Ponemos a prueba esa teoría?

Mi corazón traicionero se agita en mi pecho, mi cuerpo cobra vida ante su proximidad. Trago saliva con dificultad, odiando mi reacción visceral hacia él. Preferiría morir una muerte dolorosa antes que admitir que me afecta.

Pongo mis manos en su pecho sólido y lo empujo, ignorando el hormigueo en mis palmas por el contacto.

—Di lo que tengas que decir y lárgate.

—Mandona. Me gusta. —Su sonrisa se ensancha hasta convertirse en una mueca burlona mientras retrocede, con las manos levantadas en una señal de rendición fingida.

Me envuelvo más fuerte en mi fina bata de seda, muy consciente de mi estado de desnudez. Por supuesto que se presentaría sin avisar, pillándome en ropa de dormir.

Lucas da una vuelta lenta por mi sala de estar, examinando con ojo crítico los muebles caros y la decoración de buen gusto. Sin duda comparándola con su propia finca lujosa. Bastardo ricachón.

Deambula hasta el mullido sofá de cuero y se deja caer como si fuera el dueño del lugar, extendiendo los brazos sobre el respaldo.

—Tomaré una cerveza si tienes.

Aprieto los dientes.

—No tengo.

Él se encoge de hombros.

—Una lástima. Habría sido mucho más agradable discutir esto con unas copas, pero como quieras.

Un destello de plumaje brillante capta mi atención, y de repente Cartman

está ahí, posado en el brazo del sofá. Su mirada penetrante se fija en Lucas, con el cuello erizado en clara agitación.

Lucas retrocede, mirando a mi loro.

—¿Qué coño es eso?

Ya no eres tan engreído, ¿eh?

Escondo una sonrisa burlona.

—Lucas, te presento a Cartman. Cartman, saluda.

El loro gris africano ladea la cabeza.

—¡Hola, cara de culo! —chilla.

La ceja de Lucas se dispara hasta la línea del cabello.

—¿Cartman? ¿Como... Eric Cartman? ¿De *South Park* ?

—Sí, follacerdos. —Cartman se acicala, luciendo bastante satisfecho consigo mismo.

Una carcajada sorprendida escapa de Lucas.

—Oh, eso es impagable. Déjame adivinar, ¿le enseñaste tú esas frases coloridas?

—No exactamente —evado—. Llegó a mí con ese vocabulario preinstalado.

—¡Gilipollas! —interrumpe Cartman—. ¡Gilipollas!

Hago una mueca.

—Su dueño anterior era... pintoresco.

Lucas sonríe con suficiencia.

—Bueno, puedo ver por qué os lleváis tan bien.

Le lanzo una mirada fulminante, nada divertida por la comparación.

—Muy gracioso. Ahora, si me disculpas un momento...

Extiendo mi brazo hacia Cartman, quien salta y aletea hasta clavarse las garras en mi piel.

—Vamos a llevarte de vuelta a tu habitación, ¿eh? —murmuro, acariciando su suave cabeza.

—¡Chúpame las pelotas! —gorjea, acurrucándose en mi pelo.

Lo llevo a la habitación del fondo que hace las veces de su aviario, ignorando la expresión divertida de Lucas.

Después de dejar a Cartman en su percha favorita con estrictas instrucciones de usar su voz interior, regreso a la sala de estar. Dejar a Lucas Valeur solo y sin supervisión en mi espacio personal, aunque sea por un momento, parece un error táctico flagrante. Quién sabe qué micrófonos o cámaras ocultas ha plantado en mi ausencia.

Quizá suene paranoico, pero no me extrañaría nada de él.

Lo encuentro como lo dejé, desparramado en mi sofá como si fuera el rey del mundo, desplazándose por su móvil con expresión aburrida.

Levanta la mirada cuando entro, arqueando una ceja.

—Asumo que el pollo malhablado está asegurado.

—Es un loro —corrijo—. Un loro yaco. Y sí. Aunque no es asunto tuyo.

—Solo me aseguraba. No querría que interrumpiera nuestra... negociación —su voz se vuelve sugerente en la última palabra.

Cruzo los brazos sobre el pecho y le lanzo mi mirada más gélida, decidida a no caer en su provocación.

—Basta. O me dices lo que quieres o te largas de mi casa.

—No eres divertida —hace un puchero, lanzando su móvil sobre la mesa de café—. Bien. Al grano, entonces.

Se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. Todo rastro de diversión desaparece de su rostro, reemplazado por una intensa astucia que acelera mi pulso. Este es el verdadero Lucas Valeur, me doy cuenta. El tiburón detrás de la sonrisa.

—Nuestra pequeña charla causó bastante revuelo —dice—. Esa foto de nosotros en el restaurante tiene al molino de chismes trabajando horas extra. Somos la comidilla de la ciudad, la pareja imposible que el público no sabía que necesitaba.

Frunzo el ceño, sintiendo una inquietud que me recorre la espalda.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Una sonrisa lenta y maliciosa curva su boca.

—Bueno, no son los únicos entusiasmados con la idea de una fusión entre los imperios Gant y Valeur. La junta directiva de Valeur está prácticamente orinándose de la emoción. Creen que somos una pareja hecha en el cielo corporativo. La pareja más poderosa.

Lo miro fijamente, negándome a encajar las piezas. No puede estar sugiriendo...

—Necesito una esposa, Ava. Y tú vas a serlo.

El mundo se inclina sobre su eje. Me agarro al respaldo de un sillón para no tambalearme, una burbuja histérica de risa se abre paso por mi garganta mientras me hundo en el asiento.

—Lo siento, creo que acabo de alucinar. ¿Podrías repetir esa última parte? Porque sonó mucho como si acabaras de proponerme matrimonio.

—Matrimonio de conveniencia —aclara, teniendo la audacia de parecer impaciente. Como si yo fuera la absurda—. Parece que mi hábito de buscar aventuras se considera una desventaja. Quieren la seguridad de mi capacidad para sentar cabeza, para poner a la empresa primero. Una esposa calmaría sus

temores sobre mi... impulsividad.

—No puedes pensar en serio que aceptaría esta locura. Encadenarme a ti en una especie de matrimonio falso. ¿Para qué? ¿Para tu beneficio profesional? Preferiría prenderme fuego.

Debe estar bromeando. Estudio su rostro: la fuerte mandíbula tensa, los labios apretados en una línea firme. No parece que esté bromeando.

Parece una estatua que debería estar en una plaza central para que todos admiren su belleza. *La destrozaría a pedradas.*

Chasquea la lengua.

—Qué dramática. Y yo que pensaba que tú eras la pragmática. Solo escúchame. Solo necesitaríamos mantener las apariencias en público. Sonreír para las cámaras y asistir a algunos eventos del brazo, pero a puerta cerrada, sería estrictamente una relación de negocios. Sin expectativas más allá de interpretar nuestros papeles.

Cruzo los brazos sobre el pecho, dejando escapar un resoplido poco femenino.

—Oh, ¿eso es todo? Pan comido. No debería tener ningún problema en fingir estar locamente enamorada del hombre que me pone la piel de gallina. Tienes razón, eso no suena para nada como el infierno en la tierra.

Una esquina de su boca se eleva.

—Dices eso, pero tu cuerpo cuenta una historia diferente. Tu pulso se ha acelerado desde que entré. No dejas de cruzar y descruzar las piernas. Si tuviera que adivinar, diría que no es repulsión lo que sientes ahora, sino... ¿atracción?

Sus ojos azules brillan, y maldigo mi piel clara mientras un rubor caliente sube por mi pecho hasta mis mejillas.

Cabrón. Quiero borrarle esa mirada engreída de su cara estúpidamente perfecta de un bofetón.

—Estás delirando. No me siento atraída por ti. Estoy conmocionada y horrorizada por la pura audacia de este ridículo plan tuyo —¿Y qué si mi cuerpo traidor a veces reacciona a su sexualidad profunda a un nivel puramente primario? No significa nada. Aún no lo soporto.

Se encoge de hombros.

—No busco amor, Ava. El amor es una debilidad, una distracción. Le da a la gente el poder de manipularte, de ponerte de rodillas. No me sirve para nada — Algo oscuro y doloroso cruza sus ojos antes de que lo oculte rápidamente detrás de su habitual barniz de encanto calculado.

—Déjame simplificártelo —dice—. Necesito una esposa para asegurar mi posición como CEO. Tú necesitas una inyección de capital para evitar que Gant Construction se hunda.

Mi corazón se agita en mi pecho. Acabo de caer por la madriguera del conejo y aterrizar en algún extraño universo alternativo.

—Estás loco. No hay forma de que acepte esta farsa, no importa cuántos ceros le añadas a tu soborno.

—No es un soborno, es un incentivo. Y uno jodidamente generoso. Corrígeme si me equivoco, pero Gant tiene, ¿qué, ciento setenta millones en deudas pendientes? ¿Acercándose rápidamente a la gran línea roja de la bancarrota?

Me quedo rígida, el hielo cristalizándose en mis venas.

—¿Cómo demonios sabes eso? —susurro—. Esa es información privilegiada, no un registro público.

—Tengo mis fuentes. El punto es que te estoy ofreciendo una tarjeta de salida de la cárcel gratis. Todo lo que tienes que hacer es ponerte un anillo y derramar algunas lágrimas de alegría para la cámara. Nada más.

Luchando por mantener la compostura, clavo mis uñas en las palmas de mis manos lo suficiente como para dejar marcas de media luna. Por mucho que me mate admitirlo, no se equivoca. Gant está sangrando dinero a un ritmo alarmante, y mis opciones para una inyección de efectivo son pocas o ninguna. Ningún banco en su sano juicio extendería crédito a una empresa en quiebra, y buscar inversores externos en este punto sería equivalente a vender mi alma.

—Esto es mucho para asimilar —esquivo, odiando el temblor en mi voz—. Necesitaré algo de tiempo para pensarlo.

—Por supuesto —se pone de pie y camina hacia la puerta, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones de sastre—. Solo no pienses demasiado. La junta está ansiosa por seguir adelante con el anuncio. Y tu padre ya ha dado su bendición a la unión.

Giro la cabeza tan rápido que casi me provoco un latigazo.

—Perdona, ¿qué?

No. De ninguna manera. Ni siquiera la avaricia desmedida de Michael Gant por el poder y el dinero lo llevaría a vender a su única hija al mejor postor. Y menos aún a un Valeur. Puede que nuestra relación sea tensa, pero no es un monstruo.

¿O sí?

Lucas se detiene con la mano en el pomo de la puerta, con la cabeza ladeada como si estuviera saboreando mi conmoción.

—Oh, ¿olvidé mencionarlo? Qué tonto soy. Sí, tu queridísimo padre aceptó nuestro pequeño acuerdo ayer. Dijo que era la respuesta a todas sus plegarias.

La sangre se me va del rostro y un zumbido sordo me llena los oídos. Está mintiendo. Tiene que estar mintiendo. Todo esto es un juego enfermizo, una

retorcida jugada de poder en la interminable pugna entre nuestras familias.

Pero incluso mientras intento rechazar la idea, la fría sensación de pavor en mis entrañas me dice que es cierto. Mi padre siempre ha puesto el legado por encima del amor, el deber por encima de la devoción filial. Si cree que prostituirme a un Valeur salvará su imperio en ruinas...

—Esperaré tu llamada —dice Lucas, escabulléndose hacia la oscuridad de la noche, dejando solo el leve rastro de su colonia y las ruinas de mi vida a su paso.

Me quedo paralizada en el vestíbulo durante largos momentos, mirando fijamente la puerta como si pudiera contener las respuestas a cómo mi mundo acaba de ponerse patas arriba.

Casada. Con Lucas Valeur. Un hombre de una familia que me han enseñado a odiar, que representa todo lo que desprecio en este mundo: codicia, arrogancia, sentido de derecho. Un hombre que me eriza la piel y me hace hervir la sangre a partes iguales.

Un hombre que puede ser lo único que me separe de la ruina total.

No puedo hacer esto. Va en contra de cada fibra de mi ser, de cada principio que aprecio.

Pero ¿qué opción tengo? Las paredes se cierran por todos lados, la espada de Damocles pende de un hilo.

Ciento setenta millones de dólares. Suficiente para saldar nuestra deuda, para mantener a raya a los lobos. Para salvar a mis empleados de la indigencia.

Ciento setenta millones de razones para prostituirme al diablo.

Dios mío. Creo que voy a vomitar.

Cartman elige ese momento para soltar un obsceno silbido de lobo desde la habitación contigua, seguido de una carcajada maníaca.

—¡Puta estúpida! ¡Puta estúpida!

Y realmente, ¿quién soy yo para discutir con semejante sabiduría?

Saco mi móvil del bolsillo de la bata y busco el número de mi padre antes de perder el valor. Suena una vez, dos veces...

—Ava. Supongo que ese chico Valeur ya te ha hecho su propuesta —la voz de mi padre suena distante, todo negocios. Como si no acabara de negociar a su hija como si fuera ganado.

—¿Cómo pudiste? —grazno, con lágrimas calientes cayendo por mis mejillas sin control—. ¿Cómo pudiste aceptar esta... esta locura? ¿Tanto me odias?

—No seas tan dramática —espeta, con un latigazo de hielo y desdén en su voz—. Esto no se trata de ti ni de tus preciosos sentimientos. Se trata de supervivencia. La supervivencia de la empresa.

—¿Y mi supervivencia no significa nada, es eso? ¿Mi felicidad es un

sacrificio aceptable en el altar de tu orgullo?

—La felicidad es una ilusión para niños y tontos. Eres una Gant, por el amor de Dios. Compórtate como tal. Te casarás con el heredero Valeur, y lo harás con una sonrisa en la cara.

La amenaza tácita pesa entre nosotros, tan fría y despiadada como el hacha de un verdugo.

Obedece o serás borrada.

Crudo. Efectivo. *El estilo Gant.*

—Entiendo —digo. El fuego dentro de mí reducido a cenizas y polvo—. Haré lo que ordenas. Como siempre lo he hecho.

—Esa es mi niña —dice, con una mueca triunfante en la voz—. Ánimo, Ava. Con el tiempo, verás que es lo mejor. No hay beneficio en el amor, solo en el poder. Cuanto antes lo aceptes, más feliz serás.

Termino la llamada sin decir una palabra más, demasiado vacía para despedidas. Para cualquier cosa, en realidad.

Acabo de aceptar venderme a Lucas Valeur por ciento setenta millones de dólares y la dudosa promesa de la aprobación de mi padre.

Un pacto con el diablo, sin duda.

Siete

LUCAS

—Estás cometiendo un error colosal —dice Cora mientras entra a zancadas en la sala de estar, sosteniendo una gran bandeja con una tetera y tazas. La coloca sobre la mesa de café con un estrépito—. ¿Unirte a la familia Gant? ¿Has perdido la cabeza?

Sonrío.

—Es como en la época medieval cuando casaban a dos reinos para hacer las paces.

No le he contado sobre el plan para acabar con la empresa constructora de Gant. Su corazón es demasiado puro; no le gustaría la idea. De todos modos, nunca se interesó por nuestra rivalidad.

—No estamos en la época medieval, Lucas —la voz de Cora se eleva en tono —. ¿Piensas hacer las paces con ellos ahora? ¿Darle el castillo? ¿Matar al dragón? ¿Traerla a casa de nuestro padre? Sé que estás enojado con él, pero ¿quieres destruirlo? —Camina de un lado a otro, sus tacones repiqueteando en el suelo de madera.

—¡Él fue quien insistió en que me casara! —grito.

—No se refería a la familia Gant —continúa Cora—. De todas las mujeres del mundo, ¿ella? ¿No podías encontrar a alguien más?

—Tengo mis razones. Y quiero una boda grande y de alto perfil. Quiero que se informe en todas partes, que el anuncio aparezca en todos los periódicos. Y lo quiero pronto, como en un mes.

—¿Cuál es la prisa?

—Solo quiero acabar con esto de una vez.

Cuanto antes nos casemos, antes podré lograr que la junta confíe en mí y terminar el matrimonio.

Cora entrecierra los ojos.

—¿Qué estás tratando de hacer? Esto no es una buena idea. Nuestro padre nunca estará de acuerdo.

Paso la lengua por mis dientes. Tengo la boca seca.

—Confía en mí, estará complacido. ¿Tienes algo de whisky?

—¿Estás enojado porque te está obligando a casarte? ¿Es de eso de lo que se trata? ¿Venganza? Porque debo señalar que casarte con una Gant para molestar a mi padre no es la mejor manera de hacerlo.

—No estoy tratando de vengarme de nadie —me encojo de hombros—. ¿Por qué no tienes un ama de llaves o algo así? ¿Cómo consigue uno un whisky por

aquí?

—Levantándose y buscándolo. Ya sabes, como un ser humano —Cora sacude la cabeza y se acerca al carrito de licores—. ¿Con hielo?

—Solo.

Sirve en un vaso de cristal, camina hacia mí y extiende su mano desde unos metros de distancia.

Tengo que levantarme para tomar el vaso, y sé que lo está haciendo a propósito para molestarme.

—Sabes, nunca hablamos de lo que pasó en la reunión familiar, la bomba que soltaste —se sienta en el sofá frente a mí, inclinándose hacia delante—. ¿Por qué dijiste que mamá se suicidó? ¿Culpas a papá?

—No, no lo culpo. No por su muerte, de todos modos. Pero sé que no fue un simple accidente de coche. Ella aparentaba que todo estaba bien, pero cuando nadie miraba, dejaba caer la fachada y estaba miserable. Estaba triste todo el tiempo. Las cosas no iban bien entre ella y papá. Cada vez que él intentaba tocarla, ella se apartaba.

Cora niega con la cabeza.

—Eso no puede ser. Yo estaba allí. No vi nada de eso.

—Tenías como cinco o seis años en ese momento, probablemente no lo notaste.

—Pero papá la adoraba.

—Al principio, sí. No en los últimos dos años, sin embargo —me reclino, haciendo girar el whisky en mi vaso—. Hubo una vez en que estaban hablando, sin saber que yo estaba cerca, y lo escuché disculpándose. Estaba pidiendo perdón, y mamá respondió: «Lo hecho, hecho está. No puedes retroceder el tiempo».

Los ojos de Cora se abren de par en par.

—¿Qué pasó? ¿Qué hizo él?

—No lo sé exactamente. No escuché esa parte. Pero por la conversación, me dio la impresión de que la engañó. Creo que tuvo una aventura y ella lo descubrió —me bebo el resto de mi whisky de un trago.

—Imposible —la voz de Cora es apenas un susurro—. Él la amaba. Todavía la ama. No ha estado con nadie más desde que ella murió, y han pasado años.

—Porque se siente culpable —dejo mi vaso vacío sobre la mesa con un golpe seco—. Creo que ella sufría de depresión, y él no vio las señales. Él era la única persona que estaba allí para ella, el único con la oportunidad de salvarla si hubiera prestado atención a tiempo. Sabes que mamá no tenía familia, era hija única y la abuela y el abuelo fallecieron mucho antes. Nuestro padre probablemente estaba demasiado ocupado con su infidelidad para darse cuenta.

El rostro de Cora se endurece.

—Entonces sí lo culpas.

—No, él se culpa a sí mismo. Creo que es un cobarde. Debería haber pedido una separación en lugar de engañarla. Ella es quien eligió acabar con su vida, ella eligió dejarnos, no él. Tenía cuatro hijos. ¿No éramos lo suficientemente valiosos como para vivir por nosotros?

Cora respira profundamente, se inclina y pone una mano sobre mi rodilla.

—Así que la culpas a ella. Estás enojado con ella.

—¡Sí, estoy enojado! —me pongo de pie—. Nos dejó solos.

Cora se levanta, enfrentándome.

—No estamos solos. Tenemos a papá y nos tenemos el uno al otro. Y si tienes razón, si no fue un accidente, debe haber estado en una situación terrible para tomar esa decisión. No creo que la infidelidad por sí sola lleve a alguien al suicidio.

—Tal vez sí, tal vez no. Quizás fue la gota que colmó el vaso, como dicen.

—Deberíamos preguntarle a nuestro padre al respecto. Pedirle que nos lo cuente.

Niego con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no? Él sabe lo que pasó. Lo confrontaremos con lo que acabas de decir, y finalmente sabremos la verdad.

—No —mi voz es firme, sin dejar lugar a discusión.

Cora frunce los labios y me lanza una mirada iracunda.

—Hay una razón por la que no nos lo ha dicho. No creo que todos estén listos para escuchar la verdad. No sé si estoy lista para escuchar la verdad. Quizá nuestro padre tuvo razón para decir que fue un accidente. ¿Qué bien haría que todos supieran que la engañó? ¿Que su amor no duró? ¿Que ella se quitó la vida porque no éramos suficientes? Lo he pensado mucho, su decisión. Creo que hizo bien en ocultárnoslo. Prefiero no hurgar en el pasado.

—Entonces, ¿por qué me lo estás diciendo ahora?

—Porque me lo preguntaste. Tal vez cometí un error al soltar esa bomba en la última reunión sin pensarlo, pero aparte de ti, nadie más ha cuestionado cómo murió ella. Creo que eso demuestra que no están listos para escucharlo. Y está bien. Nada bueno saldrá de saberlo.

Miro fijamente el gran cuadro en la pared. Sus colores audaces, las líneas fuertes. Refleja cómo me siento ahora mismo. No hay nada bueno en saber que tu padre es un infiel, que el amor no existe, que tu madre no te amó lo suficiente como para quedarse en este mundo.

Me recuesto con un fuerte suspiro.

—En fin, Ava ha aceptado el matrimonio. Pronto le enviaré un contrato, y la boda se llevará a cabo. Así que por eso estoy aquí. Quiero contratarte como nuestra organizadora de bodas.

Cora se burla.

—Ni hablar. No voy a involucrarme. Sea cual sea tu plan malvado, y estoy segura de que lo hay, no cuentes conmigo —se sirve una taza humeante de té.

—¿Es un juego de té nuevo? —inclino la cabeza hacia la tetera en la mesa. Cora siempre ha tenido un gran aprecio por el té.

—Viejo, más bien. Antiguo. Lo compré en una subasta. Me encanta encontrar tesoros en mercados y subastas. Tienen las cosas más únicas si sabes qué buscar. Es de los años veinte —contempla las tazas con afecto.

—Siempre has tenido buen ojo. Es hermoso.

—¿Verdad? —sonríe—. También compré unos jarrones especiales en esa subasta. Creo que serían centros de mesa preciosos para una boda. Tienen carácter, no es algo que se vea hoy en día.

—Úsalos en mi boda —vuelvo al tema ahora que la he ablandado—. Sé que eres la mejor organizadora de bodas que existe. ¿Preferirías que recurriera a Weddings for All? ¿Que todo el mundo vea una boda Valeur no diseñada por una Valeur?

—Oh, Dios, no —Cora casi escupe su té—. Son terribles.

—¿Eso significa que aceptas?

Suspira.

—Sí, está bien, me has convencido. Pero maldita sea, esto significa que tendré que hablar con ella. No quiero hablar con Ava Gant. Podría terminar escupiéndole en la cara. ¿Realmente vas en serio con esto? No es demasiado tarde para cambiar de opinión.

—No. No tengo arrepentimientos. Planea la boda más asombrosa que jamás haya existido para mí. No escatimes en gastos.

Cora me mira fijamente.

—De acuerdo. Pero no esperes que esté feliz por ello. Y no vengas llorando cuando todo se derrumbe.



—¡Mierda! —grito a la pantalla del ordenador, mirándola fijamente como si mi mirada por sí sola pudiera cambiar el resultado. ¿Cómo perdimos la licitación frente a Malino Real Estate? Sé que presentamos una propuesta sólida, yo

mismo la revisé. Marco el número de Logan pero cuelgo antes de que la llamada se conecte. Todavía está en Londres y es medianoche allí. Si lo despierto, Sloane me matará.

Uf. Necesito su mente fría y racional para entender qué pasó y por qué perdimos. Nuestras conversaciones siempre me ayudan a aclarar mis ideas y reenfocarme. Es perspicaz, siempre capaz de analizar los tratos hasta el mínimo detalle para llegar a una conclusión lógica. No es de extrañar que papá lo prefiriera como sucesor antes que a mí.

Nunca se lo admitiré a Logan en su cara, por supuesto —su ego ya está bastante inflado—, pero es mejor gerente que yo.

Aunque Sloane lo ha cambiado. Ahora es más blando. Como siempre, el amor te manipula. Estaba seguro de que el frío e insensible Logan nunca caería en esa trampa, pero también lo he perdido a él.

Me froto la cara.

Volviendo al punto, ¿cómo ganaron? Malino es una empresa más pequeña que Valeur, lo que significa que tienen menos recursos, no más. Su oferta es sospechosamente baja. Tendrían que haber presentado una oferta con pérdidas solo para vencernos. A menos que tengan un proveedor más barato.

Llamo a mi gerente de construcción.

—Por favor, averigua quién es el proveedor de Malino. Quiero saber cuánto están pagando —Tenemos una breve conversación y cuelgo. Ha sido un largo día en una semana aún más larga, y estoy funcionando con las últimas de mis reservas.

La puerta de mi oficina se abre de golpe, y mi secretaria aparece en el umbral con un brazo extendido a través del cuerpo de Ava, bloqueándole la entrada.

—Lo siento, señor Valeur. No pude detenerla —jadea.

Ava se abre paso a través de la débil barrera de mi secretaria con un vestido negro hasta la rodilla que se ajusta a su cuerpo, agarrando un montón de papeles, con el cabello alborotado y los ojos ardientes. Dios, se ve increíble. ¿Cómo es posible que lleve un vestido completamente abotonado y aun así se vea increíblemente sexy?

—Está bien —asiento, y mi secretaria se va, cerrando la puerta tras ella.

Me recuesto en mi silla, entrelazando los dedos detrás de mi cabeza, adoptando una expresión indiferente mientras mi polla se contrae en mis pantalones.

—He recibido tu contrato —Ava agita el montón de papeles en mi cara.

Ah. Así que de eso se trata.

—Sí, mi abogado te lo envió según lo indicado. ¿Hay algún problema?

—¡Aquí dice que tengo que vivir contigo! —su pecho sube y baja mientras

exhala las palabras. Vaya, se ve hermosísima cuando está enojada, aunque no tengo idea de por qué.

—Necesitamos vivir juntos, Ava, o los paparazzi lo descubrirán en un segundo. El matrimonio tiene que parecer creíble.

—Pensé que viviríamos en mi casa. En la ciudad —se muerde el labio inferior.

—No voy a vivir en ese agujero tuyo.

—Mi «agujero» consta de 682 metros cuadrados de espacio habitable. Está lejos de ser un agujero.

Hago un gesto con la mano.

—No importa. No tengo intención de mudarme a la ciudad. Me gusta mi espacio.

—¿Dónde está exactamente tu casa? Intenté buscar esta dirección en los mapas y aparece en medio de la nada. ¿Vives en un bosque o algo así?

—O algo así —sonrío—. ¿Qué pasa, le temes a un poco de naturaleza?

Ella se burla.

—Difícilmente. Simplemente prefiero la civilización. Ya sabes, cosas como restaurantes, tiendas, gente. Vida.

—Oh, tengo mucha vida en mi casa. Vida silvestre, eso sí. Tal vez un oso te coma y resuelva todos mis problemas —sonrío con suficiencia.

—Ya quisieras —ella pone los ojos en blanco—. No quiero vivir lejos de la oficina.

—No está tan lejos. Yo también trabajo en la ciudad, ¿sabes?, y viajo todos los días. Tu oficina está cerca de la mía, así que definitivamente no es un problema. Si te preocupa el lugar, mi casa es más grande que la tuya. Tengo suficientes habitaciones, y no tendrás que dormir conmigo. A menos que quieras, claro —le guiño un ojo.

—Qué asco. Por supuesto que no me refería a dormir en la misma habitación contigo —se dirige a la ventana de mi oficina y mira hacia afuera.

—Tú te lo pierdes. Me han dicho que soy bastante... hábil en la cama —dejo que mi mirada recorra su cuerpo.

Se gira para mirarme, con una expresión de asco en su rostro.

—Creo que acabo de vomitar un poco en mi boca.

Me llevo la mano al pecho fingiendo dolor.

—Me hieres, Ava. Y yo que pensaba que estábamos teniendo un momento. En fin, no voy a ceder en esa cláusula. La residencia será en mi casa. Fin de la historia.

Frunce los labios.

—¿Y qué hay de esta cláusula? —señala algo en el contrato—. Dice aquí que

durante nuestro matrimonio, tienes poder de decisión sobre Gant Construction. No estoy de acuerdo con eso.

Me enderezo.

—Gant Construction está al borde de la bancarrota. Voy a gastar doscientos millones para rehabilitar tu empresa. ¿Crees que te daré todo ese dinero sin ninguna capacidad de decisión? En el momento en que nos casemos a los ojos del público, todas las miradas estarán sobre mí. No quiero que pierdas mi dinero en más negocios fallidos.

—Yo no he perdido...

—Estas son mis condiciones. Tómalo o déjalo, no me importa. Tú necesitas este trato más que yo. Puedo casarme con quien sea. Estoy seguro de que habrá muchas interesadas en el acuerdo. Soy un soltero bastante codiciado —Sí, sería más difícil para mí desmantelar Gant Construction si la empresa no fuera mía, pero confío en que podría encontrar otras formas si tuviera que hacerlo. Sin embargo, estoy seguro de que no se negará; mi oferta es buena. Al menos en la superficie, y su padre estuvo de acuerdo. Conozco a estas familias tradicionales. Después de todo, crecí en una. Ella no tiene una posición propia. Hará lo que papi diga.

—¿Qué hay de la cláusula de confidencialidad? —pregunta.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No se me permite contarle a nadie sobre los términos del contrato?

Entrecierro los ojos.

—Aparte de la familia inmediata, nadie puede saber que este es un matrimonio de conveniencia, o los inversores no se creerán la historia. No confío en tus amigas chismosas. La gente vende a su propia madre para ganar dinero, y nuestra boda va a tener un perfil muy alto. Los periódicos pagarán mucho por cualquiera que les dé jugosos detalles. No estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—¿Entonces por qué esta cláusula solo se aplica a mí? ¿Tú puedes contárselo a quien quieras? Eso no es justo.

—Yo no voy a hacer nada que me perjudique —me reclino de nuevo—. Tú, en cambio, no tienes ese interés.

Se sienta en la silla frente a mí y cruza las piernas.

—Quiero añadir una condición propia.

Curioso por saber qué pedirá, digo:

—¿Cuál es la condición?

—Dijiste que no se me permite estar con otros durante el matrimonio —dice —. Quiero que se escriba que tampoco se te permite estar con otras mujeres. No quiero leer artículos sobre mí como la esposa engañada. No quiero ser humillada. He leído sobre ti desde que recibí este contrato, y apareces mucho en

la prensa, pero no en un contexto empresarial.

—Ya te lo dije, yo no engaño. Esa es una línea roja infranqueable para mí.

—Entonces no deberías tener problema en añadir la cláusula. Y si te pillan con alguien, pierdes Valeur Real Estate.

—¿Que yo qué? —me pongo de pie de un salto.

—Si te pillan engañándome, nos divorciamos, y yo me quedo con Valeur Real Estate. Dijiste que no engañas, que es una línea roja para ti, así que no hay razón para que esta cláusula te moleste, ¿verdad?

—No puedo renunciar a Valeur Real Estate.

—Si yo tengo que pasar dos años sin sexo y estar comprometida con este matrimonio, tú también.

—Yo no soy el que no quiere sexo —extiendo mis labios en una sonrisa maliciosa.

Cruza los brazos, lo que solo acentúa sus pequeños pechos, y permanece en silencio.

Nos miramos fijamente durante varios segundos cargados de tensión.

Mierda.

—De acuerdo. Acepto añadir la cláusula.

—Genial.

—Hay una cosa más —digo—. No es una cláusula del contrato, pero quiero que traslademos las oficinas de Gant a este edificio.

Frunce el ceño y aparece una pequeña arruga entre sus cejas.

—¿Por qué?

—Porque este edificio pertenece a Valeur. La empresa que estaba en el piso quince se mudó hace un mes, y aún no hemos alquilado sus oficinas de nuevo. Y ya que voy a estar a cargo de la compañía...

—No vas a estar a cargo, solo tendrás poder de decisión.

—Bien. Ya que ese es el caso, y ya que prefiero ahorrar el costoso alquiler de sus oficinas actuales, considerando la situación crítica de la empresa, creo que lo mejor sería que se muden aquí. Tendrán un piso entero sin costo de alquiler. Sus oficinas actuales no están tan lejos, de todos modos, así que no es un cambio tan grande.

—De acuerdo.

Levanto una ceja.

—¿No tienes algo inteligente que decir? ¿Una objeción? ¿Gritos de indignación contra Valeur?

—Esta vez no. Esa propuesta en realidad suena razonable y lógica.

—Verás que soy una persona muy razonable y lógica.

—Lo dudo —sonríe dulcemente—. Pero está bien, estoy lista.

Ocho

LUCAS

—¿Accediste a dos años sin sexo? —Liam se ríe tan fuerte que tiene que sujetarse el estómago y casi se cae de la silla—. ¿Tú? ¿Lucas Valeur?

Entrecierro los ojos.

—No veo qué es tan gracioso.

—Vamos, Lucas. ¿Tú? ¿El famoso playboy? ¿Solo follándote tu propio puño? Oye, vi un anuncio de una muñeca inflable. ¿Sabes? Ahora las hacen bastante realistas. ¿Quieres una? Puedo pedírtela. —Se limpia las lágrimas de risa de los ojos.

—Ja, ja. Te invité a mi casa para que revisaras el contrato, no para que te rieras de mí. Eres bueno con los contratos, ¿verdad?

Liam asiente, sus ojos ya escaneando el documento que le he entregado.

—Por supuesto. El derecho es un campo fascinante, ¿sabes? Las complejidades del lenguaje legal, las posibles interpretaciones… Es como un rompecabezas complejo.

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco. Liam tiene títulos en ingeniería de software y derecho. Hizo la carrera de derecho solo por diversión, ni siquiera trabaja en el campo. Sí, es así. Consigue títulos por placer, como si fueran cromos coleccionables o algo así.

A veces no estoy seguro de cómo somos hermanos. Si hubiera tenido que adivinar quién era el adoptado, habría elegido a Liam.

Liam levanta la mirada, la diversión aún presente en sus ojos.

—Sabes muy bien lo que dice el contrato. Valeur tiene los mejores abogados del país, y estoy seguro de que te lo explicaron. Vas a perder Valeur Real Estate. Solo me estoy asegurando de que Valeur-Techo no se haya colado aquí porque no estoy dispuesto a perder mi empresa por esta locura tuya. —Me devuelve los papeles y se los arrebato de los dedos.

—No tengo intención de perder nada.

Liam se recuesta, con una mirada calculadora en sus ojos.

—Lucas, la estás subestimando. Ava Gant no llegó a donde está por ser tonta. Es un tiburón, igual que tú. Y ahora has puesto sangre en el agua.

Me burlo.

—Por favor. Puedo con Ava Gant.

—¿Cómo manejaste no poner una cláusula arriesgada en el contrato? Admítelo, te ganó en esa. —Liam sonríe.

Lo miro fijamente.

—Ella no me ganó. Dejé que pensara que lo hizo. Todo es parte del plan.

Liam levanta las manos en señal de rendición.

—Si tú lo dices. Pero te conozco, Lucas. Eres impulsivo. No siempre piensas las cosas. Y ese temperamento tuyo... Te va a meter en problemas algún día.

—Mi temperamento está bien —respondo bruscamente.

Liam me lanza una mirada significativa.

—Justo a lo que me refiero.

Respiro profundamente, tratando de controlar mi irritación.

—Mira, aprecio tu preocupación, pero tengo esto bajo control. Ava Gant no sabe lo que le espera.

—Espero que tengas razón. Porque si no, no es solo tu trasero el que está en juego. Somos todos nosotros. Valeur Real Estate, todo el imperio que nuestro padre construyó. Todo se vendrá abajo si la cagas.

El peso de sus palabras se asienta sobre mí. Tiene razón. No se trata solo de mí. Se trata del legado familiar.

—No la voy a cagar —digo, con voz firme de convicción.

Liam me estudia por un largo momento, luego asiente. —Vale. Confío en ti. Pero Lucas... ten cuidado. No la subestimes. Y por el amor de Dios, guárdatela en tus pantalones.

No puedo evitar reírme.

—Vaya, palabras de sabiduría de mi hermano menor. ¿Cuándo te volviste tan listo?

Liam sonríe.

—Siempre he sido el listo. Tú estabas demasiado ocupado persiguiendo faldas para darte cuenta.

Le hago un gesto obsceno.

—Que te jodan.

Todo estará bien. No me voy a convertir en mi padre. Lo dije y lo dije en serio. Solo los cobardes engañan, y yo no soy un cobarde.

—Por supuesto, ¿sabes que papá te va a matar cuando lea esta cláusula? ¿Qué estás poniendo la empresa en riesgo? Valeur Real Estate fue la primera empresa del imperio. Le tiene un cariño especial. —Liam arquea una ceja, la que tiene una cicatriz atravesándola.

—No lo sabrá si tú no se lo dices. —Entrecierro los ojos—. No tengo intención de dejar que lea el contrato. Para eso te tengo a ti.

—¿Qué dijo sobre el matrimonio?

Me lamo los labios.

—Bueno, no estaba encantado, pero ve el panorama general.

Liam no dice nada.

—¡Hugo! —llamo.

Mi mayordomo entra en la sala de estar.

—¿Sí, señor?

—Cenaremos ahora en el solárium.

—Sí, señor. —Sonríe y sale de la habitación.

—¿Quién sabe sobre este acuerdo? —pregunta Liam.

—Por ahora, tú. Le contaré a nuestro padre sobre el acuerdo pronto, menos algunos detalles. —Me muerdo el labio inferior—. Se lo diría también a Logan, si se molestara en pasar algo de tiempo en casa. Espero que mantengas esto confidencial, ¿vale?

Él asiente.

Nos dirigimos al solárium en el otro lado de la casa. Me encanta sentarme aquí siempre que tengo la oportunidad. Las paredes y el techo de la habitación son de cristal, dándote la sensación de estar en medio del bosque. Los árboles lo rodean completamente, y todo lo que ves es verde interminable. Respiro profundamente, aunque las ventanas están cerradas.

—Siempre olvido lo hermoso y pastoral que es aquí —dice Liam mientras entramos y nos sentamos a la mesa puesta—. Entiendo por qué te gusta vivir aquí, lejos de todo.

Miro alrededor. Hay pocos placeres en esta vida. Mujeres, comida, naturaleza y ciclismo de montaña. El ciclismo me mantiene en buena forma, y combina la naturaleza. Dos de cuatro en un solo pasatiempo.

—¿Cómo convenciste a Ava de aceptar la cláusula donde tienes poder de decisión en su empresa? ¿No entiende lo que estás tratando de hacer?

Hugo entra con platos en las manos.

—Ensalada de hojas con granadas en aderezo de balsámico reducido.

Espero a que salga de la habitación antes de responder.

—Le expliqué que no voy a poner doscientos millones sin asegurarme de que el dinero se invierta adecuadamente. Claramente no es la gerente más brillante del mundo. De lo contrario, no estaría en esta situación en primer lugar. —Sonrío con suficiencia—. Será como quitarle un caramelo a un bebé.

Liam se ríe.

—Es un plan inteligente, quitarle la empresa de una manera completamente legal. Cuando se dé cuenta de que ella misma causó la destrucción de su legado, le dolerá más que si hubieras tomado el control comprando acciones. Esa será una dulce venganza. Aunque estás renunciando a dos años de tu vida aquí.

—Sí —asiento—. Es un precio alto, especialmente cuando ella es tan molesta e intolerable. Pero no demasiado alto por la victoria en una guerra de veinte años. Si hubiera intentado tomar el control desde fuera, es muy probable

que hubieran notado la compra masiva de acciones. De esta manera, no sabrán qué les ha caído encima.



Ava y yo salimos a una cita al restaurante más prestigioso de la ciudad. A diferencia de la última vez, cuando no tenía idea de cómo los fotógrafos sabían que estábamos allí, esta vez, yo filtré la información de la cita. Quiero todas las fotos. Y lo mejor es que Ava me dio la idea de hacerlo.

Me acerco a la puerta del pasajero, la abro para Ava y la ayudo a salir. Lleva un vestido largo de color azul profundo con la espalda descubierta. La tela comienza justo encima de su trasero, ni un centímetro más. Es el vestido más atrevido que le he visto, y he hecho mi búsqueda. ¿Lo habrá usado para mí?

Coloco mi mano en su espalda desnuda y ella se estremece.

—Relájate, abejita. Se supone que estamos enamorados —susurro.

—No me llames así.

Mantengo mi mano en su espalda, su suave piel arde bajo mi tacto, y tomo una respiración profunda. El hecho de que la odie a ella y a la familia Gant no disminuye mi atracción hacia ella, y eso me irrita.

La guío hacia adentro, muy consciente de los flashes de las cámaras. Nos sentamos en una mesa central donde todos pueden vernos. La vela en el centro de la mesa parpadea.

—Lo organizaste todo, ¿eh? —Ava mira alrededor, con una sonrisa falsa pegada en su rostro—. Estamos sentados en el lugar más fácil de fotografiar.

—Necesito asegurarme de que nuestra relación sea bien publicitada antes de que anunciemos el compromiso. No quiero que parezca que salió de la nada. El matrimonio tiene que parecer real para que mis inversores crean la idea de que he cambiado.

Ava sonríe, y esta vez parece genuina.

—Eres un depredador, solo esperando el momento adecuado. Si creen que vas a cambiar, son unos idiotas.

—¿Me estás comparando con un lobo? Me siento halagado —hago una señal al camarero para que venga a tomar nuestros pedidos, y él obedece de inmediato —. Yo pediré el filete, y la dama pedirá el pollo. Y para empezar, pediremos el carpaccio de ternera —le entrego el menú—. Ah, y una botella de Domaine Leroy Musigny Grand Cru 2009.

—No, yo también pediré el filete —dice Ava, con furia en sus ojos—.

Gracias.

El camarero hace una reverencia y se aleja de la mesa.

Ava se recuesta.

—Estás acostumbrado a tomar las decisiones, ¿verdad? ¿A tomar lo que quieres por la fuerza?

—Rara vez necesito esforzarme para conseguir las cosas, y no necesito usar la fuerza. La gente quiere complacerme.

El camarero reaparece con la botella y me deja probarla. La apruebo y sirve en nuestras copas.

Ava toma su copa y bebe un sorbo. Inclina la cabeza y hace girar la copa.

—Este vino es excelente.

—A treinta mil por botella, más le vale serlo.

Ella traga y me mira fijamente.

—¿Acabas de gastar treinta mil en una botella de vino? Con ese precio puedo pagar dos salarios.

—Yo también. Y también puedo comprar una botella de vino si quiero —miro fijamente sus ojos verdes que se ven oscuros en el espacio tenuemente iluminado—. Puedo ser bueno contigo. No necesitas luchar contra mí —será más fácil ganar si baja sus defensas.

—Eso no va a suceder, señor Valeur. Necesitará mucho más que una botella de vino para convencerme de que hay bondad en usted. Después de todo, es parte de la conocida familia Valeur.

Se lame los labios, atrayendo mi mirada hacia su boca llena y entreabierta. ¿Cómo se sentirían esos labios alrededor de mi polla, su lengua afilada...? Detengo ese tren de pensamientos. Necesito que esto siga siendo profesional.

—Ni siquiera lo pienses —dice ella, atrapándome.

—¿Pensar qué? —Finjo inocencia—. Solo estaba pensando que tengo hambre.

El camarero llega y coloca el carpaccio y el pan frente a nosotros.

—*Bon appétit.*

Ella arranca un trozo de pan y lo moja en el aceite de oliva de su plato.

—Este pan es divino —ronronea y echa la cabeza hacia atrás—. Vaya —Coge otro trozo, y su mano vaga por su cuello, bajando hacia su escote. Gime suavemente.

—No hagas eso.

—¿Qué cosa? —vuelve su mirada hacia mí—. Solo estaba pensando en lo delicioso que es.

—Está bien, has dejado claro tu punto —digo, con mi polla ahora dura y dolorosamente apretada contra la cremallera de mis pantalones. Me contengo de

intentar ajustarla para no atraer la atención. Por suerte, me puse una servilleta en el regazo antes—. Entonces, ¿de qué quieres hablar?

—No me interesa hablar contigo.

—No me importa si estás callada en el coche o en casa, pero estamos en público con paparazzi alrededor. No puedes ignorarme durante toda la comida —plasmo una sonrisa falsa en mi rostro—. Todos nos están mirando.

Ella parece pensativa por un momento.

—Vale, entonces hablemos de la boda. Quiero un evento pequeño.

—Eso no va a pasar —Termino el carpaccio y dejo el tenedor.

—¿Qué quieres decir con que eso no va a pasar? Es mi boda.

—La mía también. Y necesito una boda grande y de alto perfil por las apariencias.

—¿Así que no tengo voz ni voto en la planificación de mi boda?

Me encojo de hombros.

—No en el lugar o la lista de invitados. Pero si quieres participar en el diseño, puedes hablar con Cora.

—¿Cora?

—Mi hermana. Es la mejor planificadora de bodas que existe, y no lo digo porque sea mi hermana.

Ava sonríe ampliamente, pero la mirada en sus ojos me dice que está furiosa.

—¿Así que se supone que debo planear la boda con tu hermana, que probablemente también me odie porque es una Valeur, pero eso está bien porque es la mejor?

—Exactamente.

El camarero trae nuestros platos principales y nos quedamos en silencio. Ava mantiene su sonrisa, pero su postura está rígida como una tabla. Está enojada, y se nota.

—Necesitas relajarte un poco, Ava. Son solo negocios. Nada más, nada menos.

—¿Relajarme? —su mandíbula se tensa—. ¿Esa es tu solución para todo? ¿Que solo me relaje y todo estará bien?

—Mi solución para todo es un orgasmo. Si quieres, estoy dispuesto a darte uno —Le guiño un ojo—. O tres.

—Eres insoportable.

Noto a un hombre de pie justo detrás de la ventana, tratando de esconderse detrás de un arbusto.

—Hay un fotógrafo justo frente a nosotros.

—¿Dónde? —Ava gira la cabeza.

Extiendo la mano y agarro su barbilla para evitar que se gire.

—No mires. Tenemos que darle un espectáculo.

—¿Un espectáculo?

—Un beso. Algo que valga la pena para los titulares de mañana —Sigo sosteniendo su rostro, mi pulgar acariciando su mandíbula—. Quiero que publiquen nuestra foto.

Ella niega con la cabeza.

—No había nada en el contrato sobre besos. No estoy de acuerdo con que me beses.

—¿Por qué? —La comisura de mi boca se eleva con diversión—. ¿Tienes miedo de que te guste?

—No le tengo miedo a nada, y tú eres la última persona en la Tierra a quien disfrutaría besar.

—Entonces no deberías tener ningún problema en besarme ahora —Me levanto de mi silla para inclinarme hacia ella y plantar mis labios sobre los suyos.

Mantengo el beso casual, pero me detengo lo suficiente para asegurarme de que el fotógrafo consiga la toma que está esperando.

—Mierda —Me aparto, lamiéndome el labio inferior y saboreando sangre—. Me has mordido.

Nueve

AVA

—Me besaste —Arqueo una ceja, tratando de parecer indiferente a pesar del calor que recorre mis venas—. Sin permiso.

Mierda, mi cuerpo se siente como si estuviera en llamas, cada terminación nerviosa hormigueando. Paso la lengua por mis labios, saboreándolo allí, el rico sabor del vino mezclándose con su esencia masculina única. Incluso ese breve roce de sus labios contra los míos me hace temblar, anhelando más.

—La próxima vez, aprenderás que no significa no. ¿O siempre te impones a las mujeres? —lo desafío, enfrentando su mirada directamente.

Él entrecierra los ojos, reclinándose en su silla con una gracia casual que desmiente la tensión en su mandíbula.

—¿Otra vez con esto? No necesito imponerme a nadie. Son ellas las que se me lanzan encima.

Estoy segura de que lo hacen. Si así se siente un mero beso robado con él, solo puedo imaginar cómo me consumiría uno real. Pero no puedo olvidar que él es el lobo feroz, no el Príncipe Azul.

—Yo no —Sonrío, batiendo mis pestañas con fingida inocencia—. No me lanzaré sobre ti.

Sus labios se presionan en una línea recta, y me fija con la mirada.

—Ya te lo dije, son solo negocios. Nada más, nada menos. Es un juego.

Bajo la mirada a mi plato, cortando mi filete con más fuerza de la necesaria, tratando de no perderme en esos penetrantes ojos azules que parecen ver directamente en mi alma.

Presiono mis piernas juntas bajo la mesa, tratando de aliviar el palpitante dolor y la creciente presión, pero solo lo empeora.

Solo estoy excitada porque ha pasado mucho tiempo desde que un hombre me tocó, eso es todo. Nada personal.

—Le conté a mi padre sobre el contrato —suelto de repente, necesitando cambiar de tema para distraerme del calor que se acumula entre mis muslos.

—Genial —Continúa comiendo, sin siquiera levantar la vista de su plato.

—¿No quieres saber qué dijo?

Haz lo que tengas que hacer para conseguir el dinero.

Parpadeo, tratando de disipar las lágrimas que amenazan con formarse. Es mi única familia, y me vendió sin pestañear, sin pensarlo dos veces.

—No. Firmaste, y eso es todo lo que me importa. Leíste la cláusula de incumplimiento de contrato. Sabes lo que está en juego. Su opinión es

irrelevante —Lucas se encoge de hombros y toma un sorbo de su vino.

Sí, lo leí. Si no sigo adelante con la boda y los dos años que me exige en el contrato, si no finjo que estamos enamorados, tendré que devolverle doscientos millones.

Doscientos millones que no tengo, porque ahora mismo me estoy ahogando en los enormes préstamos que mi padre contrajo.

¿Cómo demonios se supone que voy a pasar dos años de mi vida con este hombre terrible?

Esto es un gran error.

Parpadeo de nuevo, conteniendo las lágrimas que amenazan con caer.

—¿Estás bien? —se detiene con el tenedor a medio camino de su boca, un ligero surco apareciendo entre sus cejas.

—Sí. Por supuesto —respondo en un tono enojado, uno que cubrirá el ligero temblor en mi voz.

Pincho un trozo de filete.

Es solo un contrato. Solo dos años. Contrario a lo que mi padre piensa, porque ni siquiera se molestó en preguntar, ni siquiera se supone que deba acostarme con Lucas. No hay ninguna cláusula así en el contrato, y dormiremos en habitaciones separadas. Mantendremos la distancia el uno del otro, y todo estará bien. Estoy comprometida a un evento por semana y uno extra cada mes. No es mucho, puedo manejarlo.

Miro a Lucas de nuevo, estudiándolo. Está concentrado en su comida, la luz de las velas proyecta sombras sobre sus rasgos cincelados, acentuando la línea afilada de su mandíbula, la plenitud de sus labios. Sus ojos azules están ocultos por pestañas oscuras y largas, injustamente largas para un hombre.

Odio lo atractivo que lo encuentro, cómo mi cuerpo reacciona a su más mínimo toque. Es una debilidad que no puedo permitirme.

Necesito recordar por qué estoy aquí, por quién y por qué estoy luchando. Mi empresa, el legado de mi padre, el trabajo de su vida. No puedo dejar que Lucas Valeur destruya todo, sin importar lo tentador que pueda ser.

—Toma una foto, durará más —Su voz profunda me sobresalta y me saca de mis pensamientos. Me sonríe con suficiencia, con un brillo de conocimiento en sus ojos.

El calor sube a mis mejillas al ser atrapada mirándole.

—No te halagues. Solo estaba pensando lo desafortunado que es que seas mi única opción.

—Ay —Coloca una mano sobre su corazón en un gesto de falso dolor—. Realmente sabes cómo herir el ego de un hombre, señorita Gant.

—No es lo único que sé hacerle a un hombre —Las palabras se me escapan

antes de que pueda detenerlas.

Sus ojos se oscurecen, su mirada baja a mi boca.

—¿Ah, sí? —Se inclina hacia adelante, su voz bajando a un ronroneo—. Tal vez tenga que poner eso a prueba algún día.

Mi respiración se entrecorta, mi pulso se acelera ante la sugerencia descarada.

Contrólate, Ava . Me sacudo mentalmente. No puedo dejar que me altere así.

Fuerzo una risa, el sonido frágil incluso para mis propios oídos.

—En tus sueños, Valeur.

—Cada noche, cariño —me guiña un ojo, esa sonrisa irritante aun jugando en sus labios.

Aprieto los dientes, mis dedos aprietan el tenedor hasta que mis nudillos se vuelven blancos. Me está provocando, tratando de sacarme de mis casillas. Y, joder, lo está logrando.

Necesito recuperar el control de esta situación, de mí misma. No puedo dejar que vea cuánto me afecta.



—Creo que este es el indicado —Cora me mira con ojos grandes, sus manos juntas con emoción—. Es perfecto. Tú eres perfecta. Lucas va a morirse en el acto.

Estamos de pie en medio del salón nupcial, y me contemplo en el espejo, asimilando la vista.

Ella olvida que a Lucas no le importo y que no estamos enamorados. Apenas puedo soportarlo, y las otras citas falsas que tuvimos no mejoraron la situación entre nosotros. Pero no digo nada para corregirla.

Me inspecciono. El vestido, ajustado en el corpiño y la falda esponjosa con una larga cola de encaje, abraza mi cuerpo como una segunda piel. Los detalles en el corpiño son una obra de arte. Piedras y encaje han sido delicadamente entretejidos, dándole un aspecto encantador.

—También hay una capa —Cora coloca una capa de tela transparente pesada con encaje sobre mis hombros, atándola en el cuello.

Ya he elegido otro vestido más para la recepción. Ceñido de arriba abajo, y otro más ligero en un tono dorado para el evento previo.

Asiento con la cabeza, con una sonrisa juguetona en los labios.

—Sí. Este es el elegido. Si algo puede hacer que el frío y muerto corazón de

tu hermano se salte un latido, es este vestido.

Cora se ríe, negando con la cabeza.

—Todavía no puedo creer que ustedes dos se vayan a casar. Es decir, la forma en que hablan el uno del otro.

—¿Con desprecio y desdén apenas disimulados? —Levanto una ceja, con tono seco.

—Exactamente. Es como ver un combate verbal cada vez que están juntos.

—¿Qué puedo decir? Es un don. —Me encojo de hombros, alisando la tela sedosa del vestido con mis manos—. Tu hermano simplemente saca lo mejor de mí.

Cora resopla.

—Más bien saca tus garras.

Ambas estallamos en carcajadas, rompiendo la tensión.

—Pero en serio —dice Cora—, te ves impresionante, Ava. Como una princesa. El pobre Lucas no sabe lo que le espera.

—Pobre Lucas, en efecto —murmuro, mi mente divagando hacia mi irritante futuro esposo. El arrogante, molesto y ridículamente atractivo Lucas.

Sacudo la cabeza, desechando el pensamiento. No puedo permitirme pensar en él de esa manera, no puedo permitirme sentir nada más que desprecio por el hombre que tiene mi destino en sus manos.

—Entonces, ¿has pensado en tu algo viejo, algo nuevo, algo prestado, algo azul? —pregunta Cora, sacándome de mi ensimismamiento.

—Mi algo viejo es mi odio por tu hermano, mi algo nuevo es este vestido, mi algo prestado son los dos años de mi vida que estoy sacrificando por esta farsa de matrimonio, y mi algo azul… —Hago una pausa, pensando—. Mi algo azul es el color que tendrán los testículos de Lucas cuando termine con él.

La boca de Cora se abre de par en par antes de estallar en carcajadas, agarrándose el estómago.

—¡Dios mío, Ava, no puedes decir cosas así!

—¿Por qué no? Es verdad. —Me encojo de hombros, conteniendo una sonrisa.

—Eres terrible. —Niega con la cabeza, aun riendo.

—Lo sé.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Cora suspira, pero está sonriendo.

—¿Apoyarme y ayudarme a esconder el cuerpo cuando finalmente pierda la cabeza y asesine a tu hermano?

—¡Ava! —me regaña, pero vuelve a reírse.

—¡Es broma! Más o menos. —Le guiño un ojo.

Cora solo niega con la cabeza, sus hombros aún tiemblan de risa.

—Venga, vamos a ayudarte a quitarte este vestido antes de que planees más homicidios.

—¿Y tú? —pregunto, ladeando la cabeza—. ¿No quieres casarte?

—En realidad, estoy saliendo con alguien, pero aún no hemos hablado de esas cosas. —Pone una mano en mi brazo, dándole un apretón tranquilizador—. Está bien, solo tengo veinticinco años. Tengo tiempo. Mis óvulos aún no están gritando.

Sonrío.

—Oh, mira ese perro tan lindo. —Señala a un cachorro que camina con su dueño fuera de la ventana, su rostro se ilumina—. ¿Te gustan los perros?

—Sí. Pero no puedo tener un perro porque tengo un loro.

—¿Hablas en serio? —Sus cejas se disparan hacia arriba.

—Sí. Lo adopté después de que estuviera en terribles condiciones, casi sin plumas, y lo rehabilité. Ahora está bien físicamente, pero maldice mucho.

La boca de Cora se abre.

—¿Maldice?

—Insultó a Lucas. —Sonrío al recordarlo.

—Mierda, pagaría por escuchar eso. —Se ríe, sus ojos brillan.

—Tal vez tengas la oportunidad porque se mudará conmigo y se volverán a encontrar. —Sonrío, imaginando la escena.

—Escucha, Ava, me muero de hambre. ¿Quieres que vayamos a comer juntas? ¿O prefieres que comamos por separado y nos encontremos más tarde para continuar? —ofrece, con un tono casual—. Sé que soy su hermana y que no querías mi ayuda, así que entenderé si prefieres no sentarte conmigo. No me ofenderé.

Me quedo en silencio por un momento, considerándolo. Pasé la mañana con ella y, contrario a lo que esperaba, he disfrutado el día hasta ahora. Es agradable, divertida, cariñosa y accedió a cada petición tonta que hice. Tal vez todo sea un acto para que confíe en ella, pero hay algo en ella que se siente real. Auténtico.

—Me encantaría comer juntas. ¿Conoces algún buen lugar cerca?

—El mejor. —Sonríe, con los ojos arrugándose en las esquinas—. Vamos. Tengo un almacén que mostrarte después.

Cora puede ser una Valeur, puede ser la hermana del hombre con el que me están obligando a casarme, pero ahora mismo, se siente como una amiga. Y eso es algo que necesito desesperadamente, aunque no pueda confiar plenamente en ella.

Así que sonrío, me río y comparto historias sobre mi loro malhablado mientras nos dirigimos a almorzar, decidida a aferrarme a este sentimiento todo el tiempo que pueda. Ahora mismo, en este momento, solo soy Ava. No una

Gant, no una futura novia, solo una chica riendo con una amiga.

Y eso es suficiente. Por ahora, es suficiente.

Llegamos al pequeño y discreto restaurante, el delicioso aroma de comida casera nos da la bienvenida.

—¿Qué es este lugar? —Miro alrededor, observando el humilde entorno—. Tengo que admitir que esto no es lo que esperaba.

—No juzgues por las apariencias. Aquí tienen la comida más deliciosa de la zona. El dueño cocina todo él mismo. Cuando la olla se vacía, no hay más. Esperemos que aún queden albóndigas. —Me guiña un ojo.

Ella pide las albóndigas en salsa, celebrando cuando el camarero le dice que aún quedan algunas, y yo pido lo mismo. Tengo que probarlo para entender tanto alboroto.

—¿Y eso del almacén que quieres mostrarme? —pregunto, dejando que la curiosidad me gane mientras esperamos nuestra comida.

—Todos los artículos especiales están en mi almacén privado. Si quieres involucrarte en el diseño general, te llevaré allí para que lo veas por ti misma. No tienes que hacerlo, por supuesto. La mayoría de las parejas prefieren que elija yo sola. Para eso me pagan. —Se encoge de hombros, tomando un sorbo de agua.

Asiento. Había investigado su empresa antes de conocernos. Sus diseños son impresionantes, sin duda, y es muy conocida. Lucas no mentía cuando dijo que era una de las mejores en el negocio.

El camarero llega y coloca grandes cuencos de albóndigas y pan frente a nosotras. Resoplo cuando recuerdo lo que hice con el pan ayer.

—¿Qué es tan gracioso? —Cora me mira, con una expresión interrogante en su rostro.

—Estaba pensando en la comida que tuve con tu hermano el otro día y en lo diferente que fue a esta —pruebo la albóndiga y gimo de placer—. Dios, ¿qué le ponen a esto? ¿Cómo puede ser tan delicioso?

—¿Verdad? —sonríe Cora—. He estado intentando descubrir el ingrediente secreto durante años, pero no puedo. ¿Qué piensas de la finca de mi hermano? ¿Te gustó?

Hago una pausa a mitad de masticar y trago con dificultad.

—No he estado allí —doy otro bocado a la divina albóndiga—. Pero me la puedo imaginar. Él es muy extravagante, así que supongo que la finca también lo será —lo que significa que no es de mi gusto.

—Sí, es enorme —suspira Cora—. Pensé que te ibas a mudar con él.

—Después de la boda. Pero aún no la he visto —confirmo, perdiendo repentinamente el apetito ante la idea.

—¿Cómo puedes mudarte a un lugar que ni siquiera has visto? —Cora arruga la nariz hasta que aparece una pequeña arruga entre sus cejas.

—No es como si tuviera opciones, ¿recuerdas? Todo está en el contrato —la sonrisa desaparece de mi rostro. Vendí mi vida por dos años. Suena tan... definitivo. Tan ineludible.

Cora extiende la mano sobre la mesa y la coloca sobre la mía, con una expresión comprensiva.

—Lo siento. Mi hermano puede ser un verdadero idiota.

Retiro mi mano, no estoy lista para el consuelo, la lástima. No estoy segura de poder confiar en ella después de un día. Es totalmente posible que vaya directamente de aquí a contarle a su hermano cada palabra que he dicho. Aunque no importa, el contrato ya está firmado. Todo está ya decidido. No hay vuelta atrás.

—Está bien —digo, eligiendo mis palabras cuidadosamente—. Firmé el contrato por mi propia voluntad —Aunque esa voluntad estuviera fuertemente influenciada por la desesperación de mi padre.

—Bueno, solo para que lo sepas, me enojé cuando me enteré de su plan. Es decir, no me malinterpretes, gran parte del enojo fue porque eres una Gant, y no entendía qué tenía que ver él con la familia Gant, pero también porque no creo que un matrimonio por contrato sea una buena idea. Es primitivo —Sacude la cabeza con disgusto—. Es como si hubiéramos vuelto a la Edad Media o algo así.

—¿Y qué piensas de mí ahora? —pregunto, con la voz más dura de lo que pretendía—. Sigo siendo una Gant.

Se encoge de hombros.

—Me caes bien. Aún no he decidido si puedo confiar en ti, no nos conocemos lo suficiente, pero he disfrutado el día de hoy —dice, con la mirada directa.

—Yo también —Sus palabras hacen eco de mis propios pensamientos de antes. Somos más parecidas de lo que esperaba.

—Entonces, ¿qué piensan tus padres sobre la boda? —pregunta Cora, cambiando de tema.

Me tenso, apretando el tenedor con la mano.

—Mi madre falleció cuando me dio a luz —digo, con la voz firme a pesar del viejo dolor en mi pecho.

—Oh, lo siento mucho —El rostro de Cora se ensombrece, la simpatía brilla en sus ojos.

—Está bien. Nunca la conocí. No hay nada de qué lamentarse. Y mi padre, bueno, se podría decir que me obligó a aceptar esto —Me encojo de hombros,

tratando de parecer indiferente como si no me desgarrara hasta los huesos.

—¿Te obligó? —Se inclina hacia delante, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Nada es más importante que el apellido familiar, ¿verdad? —digo con una risa amarga—. Me enseñaron a obedecer. A hacer lo mejor para el apellido Gant.

—A mí también —dice Cora, perdida en sus pensamientos por un momento —. Nos criaron con la idea de que algún día dirigiríamos la empresa. Mi padre se enojó cuando no quise ser parte de ella.

—¿En serio? —Levanto las cejas. Siempre asumí que los Valeur estaban unidos, un frente sólido.

Asiente.

—Sí. Esperaba que todos sus hijos trabajaran en Valeur. Pero al final, entendió que no todos tenemos las mismas aspiraciones. Me habría podrido en un trabajo así. Me encanta el diseño, el arte y la interacción con la gente —Se queda en silencio por un momento—. ¿Tú siempre quisiste trabajar en la empresa de tu padre?

Aprieto los labios, considerando la pregunta. ¿Siempre lo quise?

—No conocía nada más. Las opciones no son algo que exista en la familia Gant —digo, con la voz tensa—. No sé por qué te estoy contando todo esto.

Cora pone su mano sobre la mía otra vez, y esta vez no la retiro.

—A la gente le gusta contarme cosas. Ser planificadora de bodas es como ser psicóloga —Sonríe—. No te preocupes, no le diré nada a Lucas, lo prometo —levanta la mano en un juramento de scout—. Entonces, ¿estás lista para mi almacén?

Asiento, agradecida por el cambio de tema. Terminamos nuestra comida, charlando sobre cosas más ligeras, las travesuras de Cartman hacen reír a Cora hasta que se limpia las lágrimas de los ojos. Luego nos dirigimos a su almacén.

Al entrar en el vasto espacio lleno de tesoros y objetos asombrosos, una chispa de emoción se enciende dentro de mí. Tal vez, solo tal vez, pueda hacer esta boda mía, aunque el matrimonio esté fuera de mi control.

Terminamos el día eligiendo el diseño y finalizando los detalles de la boda. Mientras salgo al fresco aire de la noche, una extraña mezcla de emociones se arremolina dentro de mí. Emoción, temor, un leve indicio de esperanza.

He encontrado una aliada inesperada en todo este lío, pero no puedo bajar la guardia. No todavía. No hasta que sepa con certeza dónde están las lealtades de Cora. Mientras tanto, tengo una boda que planear y un papel que interpretar. La novia perfecta y sonrojada, locamente enamorada de su apuesto novio.

Diez

AVA

Miro fijamente mi reflejo en el espejo, con el pecho agitado y las manos aferradas a mi cuerpo. No puedo creer que esto esté sucediendo. No puedo creer que hayan pasado dos meses desde que firmé ese contrato. ¿Será demasiado tarde para huir?

Los sonidos de la multitud afuera parecen un zumbido ensordecedor en la habitación cerrada.

El día de mi boda.

—¿Qué está pasando allá afuera? —le pregunto a Cora, quien está dando instrucciones a la maquilladora y a la estilista, revoloteando a mi alrededor con ajustes de último minuto.

—¿Afuera? Mmm... Nada especial.

—Eres una pésima mentirosa —le sonrío. Desde aquel primer día, hemos pasado largas horas juntas planeando la boda. Le di mucha libertad de elección una vez que vi que me entendía, para poder concentrarme en mi verdadero trabajo en Gant Construction. Pero tengo que admitir que, en este momento, es alguien que me alegra tener a mi lado.

Le pedí a Michelle que se quedara con los demás invitados, y estoy bastante segura de que se ofendió. Nos reconciliamos después de nuestra última pelea, pero aun así...

Le di pequeñas tareas como verificar que las flores estuvieran en su lugar, aunque sabía que Cora ya se había encargado de todo, pero no podía decirle a Michelle la verdad sobre este matrimonio, y en estos últimos momentos antes de que estalle la tormenta, prefiero no fingir lo enamorada y emocionada que estoy por mi falsa boda. No puedo fingir. No ahora.

—Sí, tienes razón —admite Cora con una risita—. Bueno, hay cerca de dos mil invitados afuera con vestidos de noche y joyas que podrían mantener a un pequeño país.

Toso, atragantándome con el aire atrapado en mis pulmones.

—Recuerda, tú preguntaste —se ríe.

Intento respirar profundamente, pero el corsé me lo impide. Mi corazón está a punto de romper mi caja torácica, y late tan fuerte que estoy segura de que todos lo oirán cuando camine por el pasillo.

—¿Ha llegado Lucas?

—No lo sé. ¿Quieres que vaya a ver? ¿Estás preocupada?

—No. No hace falta —me apresuro a decir porque no quiero que se vaya. No

quiero quedarme sola aquí. Sé que Lucas vendrá porque de lo contrario perdería el dinero y su honor, y sé que ambos son mucho más importantes para él que yo.

Cora corre la cortina un poco y echa un vistazo.

—Parece que las estatuas antiguas están atrayendo mucha atención. Fueron una buena idea.

—Fue tu idea incluirlas.

—Por eso dije que fue una buena idea —sonríe—. Estoy segura de que muchos clientes las pedirán después de hoy.

¿Muchos clientes? Esas malditas estatuas cuestan decenas de miles cada una solo para alquilarlas por una noche. Yo nunca gastaría esa cantidad de dinero para decorar de boda. ¿Pero el dinero de Lucas? Definitivamente. Desperdiciaré tanto dinero de los Valeur como sea posible. El dinero obtenido por fraude a costa de Gant.

Somos tan diferentes, Lucas y yo. Él ama este estilo de vida ostentoso y extravagante. Vive para impresionar, y yo daría cualquier cosa en un segundo por una familia que me ame. Nada de este esplendor me atrae.

La maquilladora coloca el velo sobre mi cabeza, y trago saliva. Si quiero huir, este es el momento. No es que pueda correr con este vestido tan pesado. Ahora entiendo por qué los hacen así. Es para que la novia no pueda escapar.

Cora mira la pantalla de su móvil.

—Lucas está aquí. Todo está listo. ¿Tú lo estás?

No.

—Sí.

Cora asiente.

—Voy a salir para asegurarme que todo esté en su lugar. Ya sabes cuál es tu señal.

Agarro su brazo, y ella me mira parpadeando. La suelto.

—Estarás bien —me asegura Cora—. Sé que este no es un matrimonio por amor —susurra para que la maquilladora y la estilista que están saliendo de la habitación no la escuchen—, pero Lucas es un buen hombre. Él te cuidará. Estarás bien.

Asiento y salgo de la habitación momentos después de Cora para encontrar a mi padre esperando afuera.

El lugar se ve increíble. Masas de flores blancas llenan el pasillo a ambos lados. Sobre nosotros, una planta trepadora con hojas verdes y flores de color lavanda cuelga de un enrejado de hierro decorado. A través del enrejado, se puede ver la cúpula del cielo. Todos los ojos se vuelven hacia mí, y aprieto el agarre en el brazo de mi padre.

Dos niñas pequeñas de la extensa familia Valeur caminan delante de mí,

esparciendo pétalos blancos. Me quedo paralizada, mis piernas se niegan a llevarme hacia delante. Levanto la vista y me concentro en Lucas, vestido con un esmoquin negro. No está sonriendo, pero sus ojos están fijos en mí, con la cabeza inclinada. Respiro profundamente y, sin apartar la mirada, camino hacia adelante.

En el momento en que encuentro mi lugar a su lado, solo miro hacia delante y me desconecto de la situación. No necesito escuchar el discurso, los votos matrimoniales. La falsedad. Solo necesito sobrevivir. Inhalar. Exhalar. Inhalar...

—...Puede besar a la novia.

Me giro hacia Lucas, sacudiéndome de mis pensamientos. ¿Ya? Sus ojos azules se ven oscuros, con las pupilas dilatadas. Está bien afeitado, sin la barba incipiente que suele adornar su mandíbula. Y el esmoquin le sienta bien a su cuerpo ancho, abrazando sus brazos.

Estoy temblando. Ni siquiera sé si es estrés, emoción o simplemente decepción. Pasé por esta boda sin desmayarme, pero ahora mismo, estoy muy cerca de hacerlo.

Lucas cierra la pequeña distancia entre nosotros y me rodea la cintura con un brazo. Tomo una respiración más antes de que sus labios desciendan sobre los míos, probándome. Apenas puedo mantenerme en pie, y agradezco su cuerpo contra el mío, evitando que me caiga.

Calor. Confort. Sus labios son ardientes y suaves, y abro la boca para permitir que su lengua entre y explore. Dejo que el momento se apodere de mis pensamientos, que me vacíe. El temblor en mi cuerpo disminuye mientras me rindo a su beso, a su sabor, y mi pulso salta a nuevas alturas.

Levanta la mano y acuna mi rostro, su pulgar acariciando mi mandíbula por un último segundo antes de apartarse de mí y girarse hacia el público. Mierda. Por un momento, olvidé que todos nos estaban mirando y que este no era un beso real.

Sonrío, y por el ardor en mis mejillas, deben estar rojas como un tomate.

—Relájate —murmura Lucas para que solo yo pueda oírlo, luego toma mi mano en la suya y la aprieta, su pulgar dibujando pequeños círculos en el interior de mi palma.

Círculo, círculo, círculo.

Movimientos pequeños y reconfortantes. Concentro toda mi atención en ese punto. Lo hizo a propósito, me besó así para calmar mis nervios alterados, y ahora me está tomando de la mano. No esperaba un gesto tan delicado de su parte.

Fuerzo una sonrisa en mi rostro, abrazando a todos y sonriendo a los invitados que se acercan a felicitarnos.

Después de la ceremonia, pasamos al salón de recepción. El espacio se ha transformado, bañado en una suave luz dorada que emana de las arañas de cristal en el techo. Los centros de mesa que Cora y yo elegimos adornan cada mesa: jarrones de plata antigua rebosantes de rosas blancas y lirios. Todo es impresionante, elegante y, sin embargo, no exagerado. Una mezcla perfecta de mi gusto y lo que se espera de una boda Valeur.

La banda toca una melodía suave y sensual, y Lucas me lleva al centro de la pista de baile para nuestro primer baile como marido y mujer. Mientras nos mecemos al ritmo de la música, su mano se desliza más abajo en mi cintura, atrayéndome contra él hasta que no queda espacio entre nosotros. El calor de su cuerpo se filtra a través de las capas de mi vestido, enviando un escalofrío por todo mi cuerpo.

—Te ves exquisita —murmura, sus labios rozan el contorno de mi oreja—. He estado imaginando cómo quitarte este vestido toda la noche.

Me estremezco, mi piel hormiguea de anticipación.

—Lucas... —Es una advertencia, pero sale entrecortada y necesitada.

Él se ríe, el sonido vibrando a través de mí.

—Relájate, esposa. Es solo un baile. —Pero la forma en que su mano se extiende por mi espalda, sus dedos trazando patrones en mi piel, se siente todo menos inocente.

Nos movemos juntos como uno solo, nuestros cuerpos en sincronía, generando un calor que no tiene nada que ver con la sala abarrotada. Me hace girar hacia afuera y luego me atrae de vuelta, inclinándome hacia abajo. Me aferro a sus hombros, conteniendo el aliento mientras me levanta de nuevo, mi cuerpo se desliza contra el suyo. Nuestros rostros están a centímetros de distancia, sus ojos oscuros e intensos se clavan en los míos.

—¿Lo sientes, Ava? —susurra, su aliento caliente contra mis labios—. ¿Este fuego entre nosotros? Es solo cuestión de tiempo antes de que nos consuma a ambos.

Trago con dificultad, mi corazón está latiendo a un ritmo frenético contra mis costillas. Lo siento, por mucho que desearía no hacerlo. Esta atracción no deseada e innegable que arde bajo la superficie cada vez que estamos cerca el uno del otro.

—Estás delirando —digo, pero mi voz tiembla, traicionándome.

Él sonríe con suficiencia, su mano deslizándose hasta la parte baja de mi espalda, presionándome aún más cerca.

—¿Lo estoy? Tu cuerpo cuenta una historia diferente.

Me sonrojo, excitada y enojada al mismo tiempo. ¿Cómo se atreve a presumir que sabe lo que quiero, lo que siento?

La canción termina, y él me inclina de nuevo, aún más bajo esta vez, sosteniendo mi peso con facilidad. Sus labios rozan mi clavícula, dejando un rastro de fuego antes de reclamar mi boca en un beso abrasador que me roba el aliento de los pulmones. Es caliente y hambriento y lleno de promesas no dichas, y me derrito en él, olvidando por un momento dónde estamos y quién podría estar mirando.

Cuando se aparta, liberándome del hechizo de su beso, me quedo tambaleando, mis labios hormigueando y mi cabeza dando vueltas.

—Solo le doy a la gente lo que quiere —murmura, su pulgar rozando mi labio inferior—. La imagen de una pareja feliz, locamente enamorada.

Parpadeo, la realidad de nuestra situación cae sobre mí como un balde de agua helada.

Cierto. Todo esto es un espectáculo, una actuación. Nada de esto es real, sin importar cómo reaccione mi cuerpo traicionero.

—¡Enhorabuena! —Cora aparece a mi lado, envolviéndome en un abrazo. Por encima de su hombro, veo a mi padre, de pie solo al borde de la pista de baile, con una copa de whisky en la mano. Nuestras miradas se encuentran, y él asiente, levantando su copa en un brindis silencioso. Le devuelvo el gesto, formándose un nudo en mi garganta.

Sé que él piensa que hizo lo mejor para nuestra familia. Que este matrimonio nos salvará. Pero mirándolo ahora, no puedo evitar preguntarme a qué costo y si sobreviviré a esto.



Es tarde cuando llegamos a la casa de Lucas después de la boda. Mientras la limusina serpentea por el largo camino bordeado de árboles, observo la mansión que aparece ante mis ojos a través de la ventana tintada. Incluso en la oscuridad, es evidente que es enorme.

Esplendorosa e impresionante. Exactamente como esperaba.

El coche se detiene frente a la gran entrada, un amplio conjunto de escalones de piedra que conducen a unas ornamentadas puertas dobles. El conductor se apresura a abrirme la puerta del coche, inclinándose ligeramente.

Lucas sale primero y entra a zancadas mientras yo lucho por salir del vehículo con las voluminosas faldas de mi vestido. El corsé se clava en mis costillas, y no me permite hacer ningún movimiento.

Debería haber elegido un vestido más suelto para la fiesta, como Cora

sugirió. Pero ya es tarde para arrepentimientos.

Salgo, casi tropezando con el dobladillo mientras subo los escalones. Entro en el vestíbulo y me detengo, mis ojos se agrandan al contemplar el opulento espacio. El techo se eleva muy alto, una araña de cristal reluciente proyecta un suave resplandor. Las paredes están adornadas con grandes marcos dorados que albergan lo que parecen ser pinturas al óleo originales.

Lucas ya se ha quitado la chaqueta del traje y ahora se está quitando los gemelos y entregándoselos a otro hombre que los toma y desaparece de la vista.

—¿Quién era ese? —pregunto.

Lucas se gira, con una ceja levantada como si estuviera sorprendido de verme de pie en su casa.

—Ese era Hugo. Mi mayordomo. Está aquí para cumplir cualquier petición. Le he dado instrucciones para que también responda a tus necesidades, por supuesto.

—Por supuesto —repito, tratando de no erizarme ante la implicación de que soy solo otra tarea que su personal debe manejar—. ¿Hay algún otro miembro del personal que deba conocer?

—Sí, pero solo Hugo está aquí todo el tiempo. El resto viene y va durante el día según sea necesario.

—¿Él vive aquí?

—Sí, pero no en la mansión. Tiene una casa adjunta a esta.

Asiento, reprimiendo un bostezo que amenaza con dislocarme la mandíbula. Los eventos del día me están pasando factura, la adrenalina que me había estado sosteniendo se desvanece.

—¿Podrías indicarme dónde está mi habitación? Estoy bastante cansada.

Lucas señala a la izquierda.

—Al final del pasillo.

—¿Y tú?

Lucas señala en la otra dirección.

—Estoy allí. En la habitación más alejada de la tuya.

—Genial —murmuro, sin saber si sentirme aliviada u ofendida por el claro mensaje en la distancia que está poniendo entre nosotros.

—Tus pertenencias ya han sido llevadas a tu habitación —Camina hacia una mesa lateral donde varios decantadores de cristal tallado y vasos a juego reposan sobre una bandeja de plata. Se sirve una generosa medida de un líquido ámbar, whisky a juzgar por el color—. ¿Quieres un poco?

—No, gracias —Me abrazo a mí misma—. ¿No es un problema que Hugo sepa que dormimos en habitaciones separadas?

Lucas se encoge de hombros, aparentemente despreocupado.

—Todo mi personal me es leal y lleva años conmigo. Ninguno conoce los detalles específicos de nuestro acuerdo, por supuesto, pero incluso si los conocieran, nada se filtraría. Confío en ellos.

Levanta el vaso a sus labios, sus ojos recorren mi cuerpo de una manera que me hace consciente de cada curva abrazada por el ajustado corpiño, cada centímetro de piel revelado por el escote bajo. Su mirada se detiene en mi escote antes de volver a mis ojos mientras toma un lento sorbo de su bebida.

Lucho contra el impulso de cruzar los brazos sobre mi pecho, negándome a mostrar incomodidad bajo su audaz escrutinio. Pero en realidad, estoy demasiado exhausta para lidiar con cualquier juego que esté jugando ahora.

—Me voy a mi habitación, entonces. Buenas noches.

Las puertas dobles ya están abiertas, dándome la bienvenida al espacio que será mi dominio privado en el futuro previsible. Entro y me detengo. La habitación es inmensa. Una cama con dosel domina el centro, envuelta en un edredón mullido y apilada con almohadas. Frente a ella, una chimenea de piedra ocupa la mayor parte de la pared.

Dos ventanas del suelo al techo flanquean la chimenea, sus ricas cortinas de brocado están recogidas para revelar los extensos jardines. A la luz de la luna, apenas puedo distinguir las formas de los setos cuidadosamente podados y el resplandor de una piscina reflectante.

Avanzo más en la habitación y mis pies se hunden en la gruesa alfombra. A la derecha, un área de estar está dispuesta alrededor de una mesa de café baja, completa con una bandeja que sostiene una tetera humeante y un plato de pequeños sándwiches cortados con precisión.

Alguien ya ha organizado todas mis pertenencias, colocando mi ropa en el armario y disponiendo mis artículos de tocador en el tocador de mármol del baño privado. Incluso mi amado tocadiscos vintage ha sido instalado en la esquina, con una pila de mis álbumes favoritos esperando a su lado.

Con un suspiro, me quito los tacones altísimos, moviendo los dedos de los pies en la mullida alfombra. Mis pies palpitan de alivio después de horas de confinamiento. Me dirijo a la esquina donde está la jaula de Cartman, cubierta con un paño según mis instrucciones. Echo un vistazo debajo y veo que está durmiendo. Tendré que encontrar un lugar más permanente para él más tarde, pero por esta noche, lo quiero cerca. ¿Quién sabe lo que Lucas podría hacer si se queda a solas con mi emplumado amigo malhablado?

Un toque de color llama mi atención, y me acerco al área de estar, donde una profusión de flores se derrama de varios jarrones de cristal. Tomo la pequeña tarjeta blanca anidada entre las flores.

Felicitaciones por tu boda, Jill.

No tengo idea de quién es Jill. No sé por qué todas estas están aquí y quién las envió, pero no tengo energía para eso ahora.

Me dirijo al armario, abriendo las ornamentadas puertas de madera para revelar toda mi ropa, planchada y colgada con cuidado. Paso mis dedos por las telas familiares, encontrando consuelo en la presencia de algo conocido en este lugar extraño.

Abro el cajón superior y me detengo. Incluso mi ropa interior ha sido doblada y organizada, dispuesta como delicados origamis. La idea de que un extraño haya manipulado mis prendas íntimas me da escalofríos. Cierro el cajón de golpe.

Me giro y me dirijo hacia el baño, empujando la puerta y deteniéndome en seco. La habitación es majestuosa, cubierta de mármol reluciente y accesorios dorados. Una enorme bañera ocupa el lugar de honor en el centro, lo suficientemente grande como para que dos personas se relajen cómodamente. El tocador es más grande que todo mi baño en casa, surtido con todos los artículos de tocador de lujo imaginables.

Considero darme un baño, pero el agotamiento que me presiona hace que la idea de relajarme en una bañera se sienta más como una tarea que una indulgencia. Todo lo que quiero es liberarme de las limitaciones de este vestido y caer en la cama.

Extiendo la mano hacia mi espalda, contorsionando mi brazo para desabrochar la larga línea de pequeños ganchos que mantienen cerrado el corpiño. Pero después de varios minutos de intentos frustrantes, me doy cuenta de que es inútil. El corsé está demasiado apretado, y los ganchos son demasiado pequeños y numerosos. No hay forma de que pueda desabrocharlos todos yo sola.

Me paro frente al espejo de cuerpo entero, girando de un lado a otro, tratando de agarrar los cierres, pero el vestido se ajusta como una segunda piel, moldeado a cada una de mis curvas. No hay holgura, no hay forma de maniobrar.

En un ataque de desesperación, incluso intento acostarme en la cama y frotar mi espalda contra el marco, esperando que los ganchos se abran. Todo lo que logro es clavarme dolorosamente el metal y enredar mi cabello en un gancho o dos.

Me dejo caer de espaldas en la cama, mirando el ornamentado dosel sobre mí. No tiene sentido. Estoy bien y verdaderamente atrapada.

Tengo dos opciones. Puedo resignarme a dormir con este vestido que es un aparato de tortura, incapaz de respirar, y mucho menos relajarme, o puedo buscar a alguien que me ayude.

Y cuando digo alguien, me refiero a Lucas. La única otra alma en esta vasta

casa es Hugo, y no voy a golpear la puerta del servicio en medio de la noche para pedirle que me desvista.

No, para bien o para mal, mi nuevo esposo es la única opción.

Me quedo allí por un largo momento, sopesando mi vergüenza contra mi desesperada necesidad de libertad y comodidad. Al final, realmente no hay elección.

Con un suspiro pesado, me levanto de la cama, mi vestido cruje a mi alrededor mientras me dirijo a la puerta. El pasillo está tenuemente iluminado, la mullida alfombra amortigua mis pasos mientras camino en la dirección que Lucas me mostró antes.

Me siento como una intrusa, arrastrándome por esta extensa y silenciosa casa. Es difícil recordar que este es mi hogar ahora también. Que tengo todo el derecho de recorrer estos pasillos, de hacer ruido, de ocupar espacio.

Navego por las vueltas y giros de la larga galería hasta que doblo una esquina y me encuentro en un pasillo más corto con varias puertas. Solo una tiene luz filtrándose por debajo.

Respiro profundamente, me armo de valor y dejo que mis nudillos golpeen contra el pesado roble.

La puerta se abre de golpe como si hubiera estado esperando al otro lado, y allí está Lucas, completa y totalmente desnudo.

Mis ojos se abren de par en par, un sonido ahogado escapa de mi garganta mientras desvío la mirada, el calor subiendo a mis mejillas. Pero no antes de llevarme una buena vista de hombros anchos, abdominales esculpidos y un oscuro camino de vello que conduce hacia…

No. Cierro la puerta de golpe a ese pensamiento, fijando mis ojos firmemente en un punto sobre su hombro izquierdo.

—Yo... lo siento, no quise... interrumpir —balbuceo, mi lengua se enreda con las palabras. Joder, ¿qué estaba haciendo?

Parece el mismísimo diablo, con un cuerpo hecho para el pecado. Para la tentación.

Lucas se apoya en el marco de la puerta, aparentemente demasiado cómodo en su desnudez. Una sonrisa lenta y maliciosa se extiende por su rostro mientras observa mi evidente incomodidad.

Mi corazón martillea contra mis costillas, mi piel se siente demasiado apretada, demasiado caliente. No puedo formar un pensamiento coherente, mucho menos una frase.

Mis ojos me traicionan, desviándose para absorber la extensión de piel bronceada, el ondular de los músculos bajo la superficie. Es magnífico, como una estatua tallada en mármol, cada centímetro de él perfeccionado.

Una gota de sudor se desliza por mi espalda, mi cuerpo reaccionando al suyo incluso cuando mi mente retrocede.

Esto es un error.

Aparto mis ojos con esfuerzo, forzándome a concentrarme en su rostro. Su expresión es hambrienta y depredadora, esos ojos azules devorándome como si ya estuviera imaginándome sin este vestido.

Las palabras no logran salir de mí. Esto no es apropiado. Está desnudo. Me las arreglaré. Dormiré sentada o algo así.

Once

LUCAS

—¿Qué haces aquí? —Las palabras salen casi como un gruñido.

—Yo…yo... —Sus mejillas se sonrojan y sus ojos vagan por todas partes, incluyendo mi cuerpo desnudo, antes de apartar la mirada.

Me gusta que me mire. Alimenta a la bestia hambrienta dentro de mí, la que quiere devorarla por completo.

—Si no viniste aquí para hacer algo al respecto, tal vez deberías irte. —Por un momento, un destello de esperanza parpadea en mí, pero sé que no hay posibilidad de que haya venido por la razón que espero, así que es mejor que se mantenga alejada de mí.

—No importa. —Se da la vuelta para irse.

Maldita sea.

—Espera. —Agarro su brazo, deteniéndola. Su piel es suave y cálida bajo mis dedos, y tengo que resistir el impulso de acercarla más hacia mí—. ¿Qué querías?

Sus ojos bajan de nuevo antes de volver rápidamente a mi cara.

—Ne…necesito ayuda para quitarme este vestido. No puedo alcanzar los ganchos.

Doy un paso atrás y abro más la puerta, haciéndole un gesto para que entre.

—Pasa. A menos que quieras desvestirte en el pasillo.

Su pecho sube y baja, enfatizando la plenitud de sus senos presionados contra el corpiño de su vestido. Duda, mordisqueándose el labio inferior. La acción atrae mi mirada como un imán, haciéndome preguntarme cómo se sentirían esos labios contra mi piel, contra mi polla.

—No muerdo. —Hago una pausa, mi boca curvándose en una sonrisa maliciosa. —A menos que me lo pidan. —Imágenes de ella debajo de mí, sin aliento y suplicando, inundan mi mente. Me pregunto a qué sabe. Si es tan dulce como parece.

Sacudiéndome de mis fantasías, me hago a un lado, permitiéndole entrar. Pasa rozándome, su falda susurra contra mi pierna y enviando una descarga eléctrica a través de mí.

Entra y se queda de pie en medio de la habitación, de espaldas a mí.

Me acerco lentamente, como si fuera un ciervo asustadizo que pudiera huir en cualquier momento. Me pongo detrás de ella, lo suficientemente cerca para sentir el calor que irradia su cuerpo, para oír la agitación en su respiración cuando invado su espacio.

Incapaz de resistirme, paso mis dedos por la nuca de su cuello, apartando los pocos mechones de cabello que se han escapado de su peinado. Su piel es como el satén, suave y tersa, rogando ser tocada. Se estremece bajo mi caricia, un temblor apenas perceptible que me hace querer acercarme más, sentir ese estremecimiento contra toda la longitud de mi cuerpo.

Pero no lo hago. En su lugar, me obligo a concentrarme en la tarea en cuestión. Mis dedos se deslizan por su columna, encontrando la parte superior de la interminable fila de pequeños ganchos que mantienen su vestido unido. Respiro profundamente, tratando de calmarme, pero se vuelve en mi contra cuando inhalo el embriagador aroma de ella: vainilla, jazmín y algo únicamente de Ava.

Se veía impresionante hoy en la boda, y cada vestido que se cambió era más hermoso que el anterior. Tan hermosa que olvidé mi enojo cuando vi cuánto costó la boda. Que gastó mucho más del presupuesto. Un presupuesto que podría haber bastado para un pequeño país.

Todo fue olvidado cuando la vi caminando hacia mí, vestida con el traje blanco, su cabello cayendo sobre sus hombros, pareciendo un ángel descendido del cielo.

Hermosa. Elegante. Sexy.

Sé que nuestros invitados quedaron impresionados. Es una elección adecuada para mí, y no hay razón para que nadie dude de la autenticidad de nuestro matrimonio. Su temblor como una hoja fue el único signo revelador, pero ciertamente podría explicarse por la emoción.

Empiezo a desabrochar los ganchos, uno por uno, y su piel se me revela, blanca y suave y tan tentadora. Me demoro en cada movimiento, mi pulgar rozando su piel, aunque sé que no debería.

Joder, esto fue un error. Hacer esto, tocarla, mientras estoy desnudo y ya medio loco de deseo por ella. Me pongo más duro a cada segundo, mi cuerpo se tensa de necesidad.

Abajo, amigo.

Intento distraerme, pensar en cualquier otra cosa. Informes trimestrales. El acuerdo de Hong Kong. El sonido de mi cuenta bancaria creciendo. Estadísticas de béisbol. Joder, incluso recitando tablas de multiplicar. Geometría. Triángulos. Círculos. Pelotas. Polla. *Mierda* .

Nada funciona. Cada pequeño sonido que hace, cada movimiento de su cuerpo, me devuelve justo al momento, a la abrumadora realidad de ella.

Esto es tortura. Pura y exquisita tortura. Y no puedo soportar mucho más.

Estoy a un suspiro de tirarla sobre la cama, al diablo con las consecuencias, cuando deja escapar un pequeño suspiro entrecortado.

Me alejo, poniendo algo de distancia muy necesaria entre nosotros antes de hacer algo de lo que ambos nos arrepentiremos. Escaneo la habitación, mis ojos aterrizando en unas tijeras sobre el escritorio.

Caminando a zancadas, las agarro y vuelvo a ella, la determinación acelera mis pasos.

Debe oírme venir porque se gira.

—¿Qué estás haciendo? —Sus ojos se ensanchan al posarse en las tijeras en mi mano. Sus labios se entreabren, rosados y exuberantes, suplicando ser reclamados.

No respondo. No puedo. Si abro la boca ahora, no estoy seguro de poder detener el torrente de promesas obscenas que amenaza con derramarse. Promesas de todas las formas en que quiero destrozarla, arruinarla para cualquier otro.

En su lugar, agarro la tela de su vestido por encima, el frágil material se arruga en mi puño. Y entonces, con un movimiento rápido y decisivo, corto. Los sonidos de la tela rasgándose y su jadeo sorprendido llenan el aire mientras corto el vestido desde el cuello hasta el dobladillo, las tijeras se deslizan a través del delicado encaje y satén como un cuchillo caliente por la mantequilla.

No lleva ropa interior. Mis labios se entreabren al ver la curva de su trasero, redondo y perfecto, expuesto ante mis ojos.

Y he perdido el juego.

Un sonido estrangulado se me escapa, algo entre un gemido y un gruñido. Estoy a segundos de perder el frágil control sobre mí mismo.

Ava grita, agarrando la tela y tirando de ella para cubrirse. Todavía está de espaldas a mí, sin darse cuenta de lo que está pasando conmigo abajo, y me alegro. Prefiero que no vea cómo me afecta.

—¿Qué has hecho? —jadea, su voz sin aliento y temblorosa.

—Querías quitarte el vestido. Te lo quité. —Apenas reconozco mi voz. Es tan baja y áspera por la contención. —No tengo la paciencia para pasar toda la noche con estos malditos ganchos. No es como si fueras a usarlo de nuevo de todos modos.

Doy un paso hacia ella, mis ojos recorriéndola, absorbiendo cada centímetro revelado de piel suave.

—Ahora, te sugiero que te vayas. Necesito dormir un poco, y no puedo hacerlo contigo aquí, pareciendo un maldito sueño húmedo hecho realidad.

Su boca se abre de golpe, sus ojos destellan con emociones: sorpresa, indignación y, enterrado debajo de todo, el inconfundible calor de la excitación.

Por un largo y tenso momento, nos miramos fijamente, el aire entre nosotros chispea con tensión y deseos no expresados.

Y entonces se ha ido, aferrándose a los jirones de su vestido mientras huye de la habitación, la puerta se cierra de golpe detrás de ella con un estruendo resonante.



Me dirijo al solárium para desayunar. Al salir del pasillo, miro hacia el ala de Ava, preguntándome si estará despierta. ¿Debería invitarla a comer conmigo?

No sé cómo navegar esta nueva situación, teniéndola aquí en mi espacio. Nunca he vivido con una mujer antes, nunca he tenido que considerar las necesidades o deseos de alguien más en mi hogar. Es inquietante, esta intrusión en mi soledad cuidadosamente construida.

No puedo dejarme olvidar lo que es, quién es. Una Gant, la enemiga. Claro, me atrae. Tendría que estar ciego y muerto para que no fuera así. Pero eso es todo lo que es, todo lo que puede ser. Solo atracción física, una respuesta biológica.

Si me permito verla como algo más, si me permito ser su amigo, eso solo me pondrá las cosas mucho más difíciles, y no puedo permitirme ninguna debilidad, ninguna grieta en mi armadura. No cuando estoy tan cerca de obtener mi venganza. Al final de nuestro contrato, ella se quedará sin nada.

Ese no es mi problema. Es una Gant. No deberían habernos engañado ni robado si no querían enfrentar las consecuencias.

Reviso los mensajes de felicitación en mi móvil, bostezando y estirándome mientras entro al solárium. El día es brillante, y el techo transparente está atenuado para evitar el resplandor.

Ava .

Está aquí.

Sin llevar nada más y nada menos que una bata.

¿Qué hay debajo de esa bata? Dios, espero que esté vestida por debajo, y esta es la primera vez que he deseado que una mujer estuviera vestida.

—Me gustarían dos huevos pasados por agua —le dice a Hugo con una sonrisa.

Hugo le devuelve la sonrisa.

—Por supuesto, señora.

—No es necesario que me llame señora. Ava será suficiente.

Su sonrisa se ensancha.

—De acuerdo entonces, señora Ava.

Ella se ríe.

Mierda. ¿Se conocen desde hace cinco minutos y ya se están riendo juntos?

Me dirijo a zancadas hacia la mesa, sacando la silla frente a ella quizás con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Buenos días.

Ava se gira hacia mí, y justo así, la risa muere en sus labios, su expresión se vuelve seria.

—Buenos días —responde, su tono muy lejos de la calidez de hace un momento.

Mi estómago se retuerce.

—Lo de siempre, Hugo, gracias —digo, y él sale de la habitación.

—¿Dormiste bien? —pregunto, más por la necesidad de llenar el silencio incómodo que por un interés genuino.

—Sí, gracias. —Asiente—. ¿Tienes planes para hoy?

—Sí. —Me aclaro la garganta, ansioso por cambiar de tema—. Necesito ir a la oficina. Ya voy tarde.

Su cabeza se levanta de golpe, con los ojos bien abiertos.

—¿La oficina? Lucas, es el día después de nuestra boda. No puedes hablar en serio.

—Siempre hablo en serio cuando se trata de trabajo. —Frunzo el ceño, sin entender su reacción—. ¿Cuál es el problema?

—El problema —dice lentamente, como si le explicara a un niño—, es que los recién casados normalmente no se apresuran a ir a trabajar el día después de su boda. Van de luna de miel, pasan tiempo juntos, se regodean en la felicidad marital. ¿Te suena algo de esto?

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco.

—No somos exactamente recién casados típicos, en caso de que lo hayas olvidado. Esto es un acuerdo de negocios, no un matrimonio por amor.

—Soy muy consciente de ello. —Su sonrisa es frágil, su tono helado—. Pero el resto del mundo no lo es. Si vas a la oficina hoy actuando como si nada hubiera cambiado, solo alimentará los rumores de que nuestro matrimonio es una farsa.

Hago una pausa, considerando sus palabras. Por mucho que odie admitirlo, tiene razón. El escrutinio de los medios previo a la boda fue intenso, lleno de especulaciones sobre mi repentina decisión de sentar cabeza. Si no mantengo al menos las apariencias en estos primeros días, podría socavar toda la farsa.

—Mierda. —Inclino la cabeza hacia atrás y miro los árboles reflejados a

través de las ventanas tintadas—. ¿Cuánto tiempo crees que necesitamos mantener esta charada?

Tuerce la boca.

—No sé, ¿una semana?

—¿Una semana? No puedo estar ausente de la oficina por una semana. —Suelto un suspiro frustrado, pasándome una mano por el pelo—. Bien. Trabajaré desde casa esta semana. ¿Contenta?

Ella se reclina.

—Extasiada.

—¿No tienes nada inteligente que decir?

—Nop. —Abre su móvil y comienza a deslizar la pantalla, ignorándome.

¿Está enojada por lo del vestido de ayer? Realmente fue por el bien de ambos que ella dejara mi habitación anoche. Especialmente cuando yo estaba achispado por todas las celebraciones y no estaba en control de mí mismo. No es que le hubiera hecho algo, pero no era apropiado.

Hugo elige ese momento para regresar con nuestro desayuno, colocando platos llenos de huevos esponjosos, tocino crujiente y pan tostado dorado. El aroma del café recién hecho llena el aire mientras nos sirve una taza a cada uno antes de excusarse.

Clavo mi tenedor en mi tortilla mientras la escena de ayer se repite una y otra vez en mi cabeza.

Ava se aclara la garganta.

—Noté que mis cosas ya habían sido desempacadas —dice, pinchando un trozo de melón con su tenedor—. Y parece que hay algunas nuevas adiciones a mi guardarropa.

Me encojo de hombros, sin levantar la vista de mi plato.

—Procedimiento estándar. Hice que mi personal shopper se asegurara de que tuvieras ropa apropiada para cualquier evento al que pudieras necesitar asistir como mi esposa.

—¿Y por apropiada, te refieres a...?

—De diseñador. Cara. Sexy. El tipo de cosas que usaría una esposa Valeur.

—Esos vestidos no son realmente mi estilo. No uso lentejuelas ni vestidos provocativos.

—En tu tiempo privado, vístete como desees. Cuando me acompañes, usarás los vestidos que compré para ti. Yo...

—Piensa cuidadosamente tu próxima frase. —Entrecierra los ojos.

Sonrío. Ahí está. Empezaba a pensar que la boda había matado su espíritu luchador.

—Aceptaste esto, Ava. Firmaste el contrato. Así que si digo que necesitas

aparecer en un evento desnuda, lo harás con una sonrisa porque ese es el trato. Durante tu compromiso semanal, me perteneces.

Sus ojos verdes centellean y sus fosas nasales se dilatan.

—Jamás te perteneceré. Puedes comprar mi tiempo, la forma en que me visto e incluso cómo me comporto. Pero no a mí —se pone de pie y aprieta los puños —. ¿Desnuda, dices? —Lleva las manos al nudo de su bata, sus dedos tiemblan mientras lo deshace—. Si eso es lo que quieres, esposo, no seré yo quien te lo niegue.

Y entonces, en un movimiento fluido, se quita la bata de los hombros, dejándola caer a sus pies.

Me quedo inmóvil, conteniendo el aliento en mis pulmones mientras la contemplo. Lleva puesto un retazo de encaje que apenas puede llamarse ropa interior y nada más. Cada gloriosa pulgada de su piel suave está a la vista, desde la elegante columna de su garganta hasta sus senos coronados por capullos rosados. Redondos, pequeños y perfectos.

Trago con dificultad, mi desayuno se convierte en cenizas en mi boca mientras mi cuerpo responde, ardiente e inmediato. Requiere cada onza de mi control mantener una expresión neutral, no dejarle ver cuánto me afecta.

—Disfruta y graba este momento en tu memoria porque es la primera y última vez que tendrás el privilegio de verme desnuda —Recoge la bata del suelo, se la pone de nuevo y sale.

—Mierda —No hay manera de que alguna vez olvide esa imagen.

Me quedo sentado por un largo momento, me olvido de mi desayuno, tratando de recuperar el control de mi cuerpo. No es fácil, no con la visión de ella grabada en mis retinas.

Se ha metido bajo mi piel, en mi cabeza. Y eso es peligroso.

Estos van a ser dos años muy largos.

Doce

AVA

Es mi segundo día en la mansión, o como he empezado a llamarla, «El Palacio Fanfarrón». No entiendo por qué Lucas mantiene este enorme lugar fuera de la ciudad cuando es solo él quien vive aquí solo. Parece un desperdicio, todo este espacio y lujo para una sola persona.

Y ya, en el primer día, me volvió loca. No puedo creer que me desnudara frente a él así, en medio del maldito comedor. ¿En qué estaba pensando? No sé por qué lo hice o qué trataba de lograr. ¿Demostrarle que no me importa? ¿Que no le tengo miedo? ¿A esto?

Mierda. El recuerdo de cómo me miró, sus ojos oscuros y hambrientos mientras recorrían mi carne expuesta. Estaba tan excitada en ese momento, tan atrapada en el calor y la ira y la emoción retorcida de todo, que si hubiera dado un paso hacia mí, existe la posibilidad de que le hubiera permitido...

No. Corto ese hilo de pensamiento antes de que pueda formarse por completo, mis manos apretándose en puños a mis costados. No puedo dejarme llevar, no puedo darme el lujo de tener ese tipo de fantasías. Todo lo que hice fue probarme a mí misma que efectivamente me siento atraída por él, y eso es malo. Muy malo.

Necesito salir de aquí, necesito despejar mi mente.

Decidida, me dirijo al vasto césped. No tengo un destino en mente, solo una necesidad desesperada de distanciarme de la casa, de distanciarme de él.

Solo he dado unos pasos cuando un destello de movimiento llama mi atención. Me congelo, mi corazón salta a mi garganta al notar una figura encorvada en el patio trasero, oculta por un seto imponente.

—¿Disculpe?

La figura se endereza, y descubro a una mujer de unos cincuenta años, su cabello castaño recogido en un moño sobre su cabeza, sosteniendo un montón de hojas verdes en sus manos.

—¡Oh! ¡Hola! —Coloca las hojas en una cesta que antes estaba oculta de mi vista—. Tú debes ser Ava. Soy Lilibeth, la cocinera de la Mansión Valeur.

—¿Te refieres a que cocinas para Lucas, o hay otras personas aquí?

—Oh, cocino para el personal también —explica, señalando hacia un grupo de estructuras más pequeñas detrás de la casa principal—. Se necesita mucha gente para mantener una propiedad de este tamaño. Aunque solo Lucas come en la casa principal. El resto toma sus comidas en los alojamientos del personal.

—Joder, ¿esos también son suyos? —Me cubro los ojos con la mano,

entrecerrándolos contra la brillante luz del sol mientras observo las estructuras de ladrillo rojo—. ¿Hasta dónde llega exactamente esta propiedad?

Lilibeth se ríe, el sonido rico y melodioso.

—No estoy segura, para ser honesta. Los terrenos son muy extensos. Está la granja de caballos en el lado este —dice, señalando hacia un edificio distante, sus paredes blancas brillando bajo el sol—, y también los campos agrícolas que Lucas arrienda a agricultores locales.

—Vaya. —Sacudo la cabeza, tratando de asimilar la magnitud de todo esto. Sabía que Lucas era rico, pero esto...

Un destello de vidrio llama mi atención, y me giro para ver un gran invernadero anidado entre un despliegue de flores coloridas.

—¿Y eso qué es? —pregunto, asintiendo hacia él.

—Ese es mi orgullo y alegría —dice Lilibeth, su rostro iluminándose—. Mi huerto de verduras. Cultivo todo tipo de hierbas frescas y productos allí para mi cocina. Albahaca, romero, salvia... el mejor té, te lo aseguro. ¡Y los tomates! —Se besa las puntas de los dedos como un chef italiano—. Maravillosos como el sol.

Sonrío ante su evidente pasión, su alegría. Es contagiosa, cortando la nube oscura de mi estado de ánimo como un rayo de luz.

—Suena maravilloso. A mí también me encanta cocinar, de hecho. ¿Tal vez podría ayudarte alguna vez?

Ella sonríe.

—Oh, cariño, me encantaría eso. Y estoy tan feliz de que Lucas haya encontrado a alguien. Le falta el toque femenino.

Me muerdo la lengua, resistiendo el impulso de decir lo que realmente pienso. Que Lucas no necesita una mujer. Necesita una patada rápida en el trasero y una lección de modales básicos. Pero no quiero ofender a esta amable mujer, no quiero destrozar la ilusión de los recién casados felices.

Así que, en su lugar, solo aprieto su mano y fuerzo una sonrisa.

—Me alegro de que te tenga cuidándolo, Lilibeth. Debería irme ahora. Quería dar un paseo, y ahora que sé que están allí, iré a ver los caballos.

—¿Hay algo que te gustaría comer hoy? Estaré encantada de prepararte lo que quieras para la cena.

—Me encantaría algo de pasta, en realidad —digo, mi boca haciéndose agua ante la idea—. Con una salsa de champiñones rica y decadente.

Necesito comida reconfortante hoy. Solo un día para permitirme revolcarme en la autocompasión por lo que he hecho antes de levantarme de nuevo.

—Con gusto, cariño. Lucas nunca come pasta. Es un cambio refrescante.

—¿Él es...?

Lilibeth inclina la cabeza, esperando que complete la frase.

—No importa. —No me importa si no come pasta, si no le gusta, o si es alérgico y morirá.

No hay ninguna cláusula en el contrato que dicte lo que se me permite o no comer en las cenas donde no se requiere que esté en su compañía, así que voy a disfrutar de las comodidades aquí.

Observo a Lilibeth volver a su cesta y seguir recogiendo. Echo un vistazo al establo distante. Me gustan los caballos. Durante un breve período, incluso tomé clases de equitación cuando era niña e intenté competir, pero no gané ningún premio, y mi padre decidió que era una pérdida de tiempo.

No tiene sentido perder el tiempo especializándose en algo en lo que no eres excelente. Es mejor encontrar un campo que puedas dominar e invertir tu tiempo allí.

Siempre sobresalir.

Examino los cultivos en los campos mientras camino, disfrutando del sol en mi cara. Este lugar es hermoso. Tal vez esté atrapada aquí sola durante la próxima semana, pero usaré el tiempo para explorar y caminar por los terrenos.

No hay ruido de ciudad, ni ruido de coches, solo silencio y pájaros. Toda esta naturaleza, y estamos a solo una hora y poco de viaje de la ciudad. Todavía no estoy encantada de perder todo ese tiempo viajando todos los días, pero puedo ver lo que Lucas encuentra en este lugar. Debe ser difícil volver a vivir en la ciudad después de acostumbrarse al estilo de vida aquí. La tranquilidad.

Me cuesta conciliar al hombre duro y lleno de lujuria que conozco con este lugar.

El resentimiento que me llenaba hasta ahora por ser obligada a mudarme aquí se disipa.

La naturaleza tiene un efecto calmante en mí, casi meditativo. Además, estoy matando dos pájaros de un tiro porque de esta manera, no tengo que ver a Lucas mientras estoy afuera. Incluso puedo atender mis llamadas de trabajo desde afuera. Todos en la oficina saben que estoy de luna de miel, así que solo tengo que lidiar con asuntos urgentes, y no hay muchos.

No hay muchos porque no tenemos suficientes proyectos en marcha.

Sacudo la cabeza, negándome a dejar que las preocupaciones del negocio se entrometan en este momento de paz. Estoy decidida a aprovechar al máximo este tiempo, a encontrar alguna forma de centrarme antes de tener que enfrentar nuevamente la realidad de mi situación.

Sigo caminando, dejando que mis pies me lleven a donde quieran. Paso por los establos, admirando los elegantes y poderosos caballos que pastan en el prado. Levantan sus cabezas cuando me acerco, observándome con ojos

curiosos. Sonrío, extendiendo una mano para acariciar un hocico aterciopelado.

Hay algo en estar cerca de los animales que siempre me tranquiliza. No juzgan, solo exigen nada más que un toque suave y quizás una golosina. Son simples y sin complicaciones de una manera que mi vida nunca ha sido.

Me quedo allí por un rato, perdiéndome en los movimientos rítmicos de acariciar y rascar, dejando que el cálido sol y los suaves relinchos de los caballos me arrullen hasta un estado de calma. Solo cuando mi estómago gruñe, recordándome que me salté el desayuno, me alejo.

Regreso a la casa, tomando un camino diferente esta vez, uno que serpentea a través de un pequeño huerto. Los árboles están cargados de frutas, el aire perfumado con el dulce aroma de la madurez. Arranco un melocotón de una rama baja, mordiéndolo y saboreando la explosión de sabor en mi lengua.

Son los placeres simples los que hacen la vida soportable. Un melocotón maduro, un día soleado, un momento de soledad. Necesito aferrarme a estas cosas, estos pequeños momentos de alegría, si voy a sobrevivir los próximos dos años.

Me acerco a la casa, la gran fachada aparece a la vista entre los árboles, cuando el sonido me detiene en seco; el timbre profundo y retumbante de la voz de Lucas cruza a través del césped. Me congelo y me escondo detrás de un roble imponente.

Miro alrededor del tronco, mi respiración se entrecorta al verlo. Está caminando de un lado a otro en la terraza, con el móvil presionado contra su oreja, y un ceño fruncido grabado en su apuesto rostro. Incluso desde esta distancia, puedo ver la tensión en sus hombros y el gesto irritado de su mandíbula mientras ladra órdenes al dispositivo.

—No me importa lo que cueste, solo háganlo. Este trato necesita cerrarse para el final de la semana, sin excusas.

Una pausa, luego una risa dura y sin humor.

—¿Necesito recordarte lo que está en juego aquí? Si esto fracasa, no será solo tu trabajo el que esté en peligro. Me aseguraré de que nunca vuelvas a trabajar en esta industria.

Tiemblo ante su tono gélido, implacable y despiadado. Este es el Lucas Valeur que el mundo conoce, el tiburón corporativo, el hombre que toma lo que quiere y aplasta a cualquiera que se interponga en su camino.

Es un crudo recordatorio de quién es, de lo que es capaz. Un recordatorio de que, a pesar de todo el calor entre nosotros, de todos los momentos en los que casi parece humano, no es un hombre con el que se deba jugar.

Termina la llamada con una puñalada viciosa de su dedo, metiendo el móvil en su bolsillo antes de pasarse una mano por el pelo. Por un momento, solo se

queda allí, con la cabeza inclinada y los hombros agitándose con respiraciones profundas y controladas.

Luego levanta la cabeza. Se gira.

Y mira directamente al árbol detrás del cual me estoy escondiendo.

Me congelo, mi corazón se detiene en mi pecho. No hay forma de que pueda verme, no hay forma de que sepa que estoy aquí. Y sin embargo, mientras sus ojos taladran el tronco, juro que el calor de su mirada, la intensidad de la misma, atraviesa corteza y hoja y carne directamente hasta llegar a mi corazón.

Una eternidad parece pasar mientras estoy allí, apenas atreviéndome a respirar, mi pulso un latido salvaje en mi garganta. Y entonces, justo cuando creo que no puedo soportar la suspensión ni un momento más, se da la vuelta.

Observo cómo se aleja de la terraza, desapareciendo en la casa. Solo entonces dejo escapar el aliento que he estado conteniendo, mis piernas tiemblan debajo de mí mientras me desplomo contra el árbol.

Eso estuvo cerca. Demasiado cerca.

Llego a mi habitación sin ser detectada, cerrando la puerta y apoyándome contra ella mientras trato de calmar mi corazón acelerado.

Ver a Lucas así, tan frío y despiadado, es un crudo recordatorio de la cuerda floja sobre la que estoy caminando. Un recordatorio de que, sin importar qué juegos juguemos, sin importar qué fuegos avivemos, nunca, nunca puedo olvidar lo que esto es. Un trato de negocios. Un medio para un fin.



Paso los siguientes días deambulando afuera, comiendo bajo un árbol, o simplemente en medio del campo, disfrutando del sol y la brisa. Mi piel clara incluso ha tomado un poco de color en estos pocos días, y me encanta este nuevo aspecto saludable.

Regreso a la mansión al mediodía, mi estómago gruñe de hambre. Paso por la cocina, el aroma del pan horneándose y las hierbas cociéndose a fuego lento haciendo que se me haga agua la boca.

—¿Lilibeth?

—¿Sí, cariño? —Se vuelve hacia mí, limpiándose las manos en el delantal atado a su cintura.

Dudo, sintiéndome incómoda y fuera de lugar en medio del caos organizado de ollas y sartenes chisporroteantes.

—Me preguntaba, ¿podría preparar la cena hoy? Hace tanto tiempo que no

cocino, y extraño la cocina. —Las palabras salen atropelladamente—. Es solo que se supone que ambos volveremos a la oficina mañana, y sé que no tendré tiempo libre para hobbies, así que pensé...

La sonrisa de Lilibeth se ensancha, sus ojos brillando con comprensión.

—¿Extrañas el caos? —Hace un gesto hacia la locura controlada que nos rodea, los ingredientes esparcidos por todas las superficies, la torre de platos sucios en el fregadero.

Me río, la tensión desapareciendo de mis hombros.

—Sí, de hecho. Lo extraño.

—Entonces la cocina es toda tuya, querida. —Lilibeth da un paso atrás con un ademán, presentándome el espacio como una reina dando un regalo—. Adelante.

—Por favor, no le digas a Lucas que yo hice la comida.

Lilibeth frunce el ceño.

—¿Por qué no? Seguramente quieres presumir tus habilidades culinarias. A los hombres les encanta una mujer que sabe moverse en la cocina. —Me guiña un ojo.

Sacudo la cabeza.

—No, preferiría que no. —Solo usará esa información en mi contra, estoy segura.

—Pues, bien. —Lilibeth hace el gesto de cerrar sus labios con una cremallera —. Mis labios están más sellados que un tarro de mermelada en invierno.

Con eso, se apresura a salir, dejándome sola en la vasta cocina. Respiro profundamente, cuadro mis hombros y me sumerjo en la tarea.

Las siguientes horas pasan en un borrón de picar, cocer a fuego lento y saltear. Me pierdo en los ritmos familiares de cocinar, el chisporroteo de la carne golpeando una sartén caliente, el vapor fragante elevándose de una olla burbujeante. Lilibeth entra y sale, ofreciendo orientación sobre dónde encontrar las mejores sartenes o las hierbas más frescas, pero casi siempre me deja hacerlo todo a mi manera.

Para cuando deslizo el lomo de cerdo asado, brillante con un glaseado de miel y lavanda y anidado entre albaricoques dorados, en el horno, estoy sonrojada y sudorosa pero contenta. Miro el reloj, limpiándome las manos con una toalla.

Mierda. Es más tarde de lo que pensaba. ¿Cómo se las arregla Lilibeth para hacer esto todos los días, cocinar para un pequeño ejército de personal y aun así tener la cena lista a tiempo?

Lilibeth aparece a mi lado, su expresión cálida de aprobación mientras examina el festín dispuesto en la encimera.

—Esto se ve divino, cariño. Un verdadero banquete digno de reyes y reinas.

Agacho la cabeza, complacida pero avergonzada por el elogio.

—Solo espero que sepa tan bien como se ve.

—Oh, no tengo duda —Lilibeth me da una palmadita en el hombro—. Ahora, será mejor que vayas a arreglarte. Ya sabes que al señor Valeur no le gusta que lo hagan esperar.

Me erizo ante eso, mi buen humor se evapora como la niebla bajo el sol ardiente. ¿A quién le importa lo que le guste a Lucas? Casi lo digo en voz alta, las palabras ardiendo en la punta de mi lengua. Pero me las trago, recordándome que se supone que estoy interpretando un papel.

Así que, en su lugar, fuerzo una sonrisa y asiento.

—Por supuesto. Iré a refrescarme. Gracias de nuevo, Lilibeth. Por todo.

Lucas y yo acordamos cenar juntos esta semana para no despertar las sospechas del personal. Solo una cena más. Una actuación más. Y luego mañana, estaré de vuelta en la oficina, de vuelta a alguna semblanza de mi vida real. Ya no estaré atrapada en esta jaula dorada sin más compañía que el personal.

Me escabullo de la cocina y me dirijo a mi habitación, luego me tomo mi tiempo en la ducha, dejando que el agua caliente se lleve el sudor y el estrés. Cuando salgo, mi piel está rosada y radiante, mis músculos sueltos y lánguidos.

Me seco el cabello, dejándolo caer en suaves ondas despeinadas alrededor de mis hombros, y luego me dirijo al armario. Mi mano se cierne sobre la fila de vestidos que eligió la estilista de Lucas, las lentejuelas y los colores brillantes resplandeciendo en la luz suave.

No. Esta noche no. Esta noche voy a ser yo misma.

En cambio, alcanzo una prenda que compré por capricho hace unas semanas.

Es un corpiño, la tela una rica seda que parece brillar contra mi piel besada por el sol. El busto está bordado con relucientes perlas y cuentas.

Abrocho los ganchos, el corsé con varillas ciñendo mi cintura y levantando mis pechos hasta que amenazan con derramarse sobre el borde festoneado.

Un par de pantalones anchos en un tono a juego y una chaqueta de esmoquin ajustada completan el look, el corte afilado contrastando con el encanto femenino del corpiño.

Me examino en el espejo, mis labios pintados de rojo curvándose en una lenta sonrisa. Me veo... poderosa. Sensual. El tipo de mujer que puede poner a un hombre de rodillas con una sola mirada.

El tipo de mujer que Lucas Valeur nunca podría controlar.

¿Lucas piensa que una mujer solo puede verse sexy y atractiva si usa vestidos llamativos llenos de lentejuelas? Bueno, creo que me veo bien así. Me encanta arreglarme.

Con un último arreglo de mi cabello, me dirijo al comedor, mis tacones se hunden en la alfombra mullida. Llego unos minutos tarde, pero no puedo hacer que me importe.

Lucas ya está sentado cuando entro, su cabeza inclinada sobre su móvil, el pulgar deslizándose por la pantalla. No levanta la vista cuando me acerco, ni siquiera cuando aclaro mi garganta.

—Llegas tarde —dice, su tono cortante y frío.

—Así es —No lo niego ni me disculpo. No es un crimen contra la humanidad llegar unos minutos tarde a una cena en casa.

La cabeza de Lucas se levanta de golpe, sus ojos se agrandan mientras me observa. Veo su mirada recorrerme, desde la cascada de mi cabello hasta la subida y bajada de mi busto con cuentas. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, están ardientes y oscuros, llenos de un hambre que envía un escalofrío correspondiente por mi columna.

—¿Qué… —comienza, su voz un ronco susurro que parece vibrar a través de mis huesos— …llevas puesto?

Levanto un hombro en un encogimiento descuidado, y la chaqueta se desliza para revelar la curva de mi cuello.

—Ropa —digo, con toda la inocencia—. ¿Hay algún problema?

Su mandíbula se aprieta, un músculo palpitando en su mejilla.

—No —gruñe, pero puedo ver cómo sus dedos se aprietan alrededor de su móvil, cómo sus ojos siguen desviándose hacia el valle sombreado entre mis pechos—. Ningún problema en absoluto.

—Sé que no te gusta mi estilo, pero no estamos en un evento obligatorio, y por lo tanto puedo usar lo que quiera.

Inclina la cabeza.

—Nunca he dicho que no me gusta tu estilo.

—¿No? ¿Entonces por qué llenaste mi armario con ropa completamente diferente?

—La estilista que contraté eligió la ropa, no yo, y la escogió de acuerdo a lo que es popular en la alta sociedad hoy en día —Su mandíbula se tensa.

—De acuerdo a lo que es popular en la alta sociedad hoy en día —repito después de él en un tono burlón.

—¿Entonces cuál es el problema?

—No hay ningún problema.

—A mí me parece que sí lo hay.

Levanto la cabeza.

—Tomaste todo mi estilo personal, la forma en que me visto, y lo enterraste. Ignoraste todo lo que soy yo. Así que perdóname si no estoy complacida.

—¿Qué querías que hiciera? —Frunce el ceño.

—No sé, ¿tal vez preguntarme para comprar vestidos? O quizás, solo quizás, ¿informar a tu personal sobre mis gustos personales antes de enviarlos a comprar montones de ropa?

Tuerce la boca.

—No considero las peticiones de mis empleados.

Levanto mi rostro hacia el suyo y lo miro a los ojos, mis dientes casi castañeteando de rabia.

—Yo. No. Soy. Tu. Empleada.

Se pone de pie, el movimiento repentino y sobresaliente en la quietud cargada de la habitación. En dos zancadas, está alrededor de la mesa y cerniendo sobre mí, una mano apoyada en el respaldo de mi silla, la otra descansando sobre la mesa junto a mi codo, encerrándome.

Acerca su rostro hasta casi tocar el mío.

—No, definitivamente no eres mi empleada —Se acerca aún más, sus labios casi tocando los míos.

Mis ojos se agrandan, y dejo escapar un pequeño jadeo de necesidad. Mi cuerpo está ardiendo, y sus ojos arden mientras me mira como si yo fuera la comida servida en la mesa.

—¿Listos para el primer plato? —Hugo entra, sosteniendo una bandeja, y Lucas se aleja de mí de inmediato, enderezando su camisa.

Los ojos de Hugo se agrandan.

—Lo siento, señor. ¿Debería volver en unos minutos?

—No es necesario. Estamos listos para comer —dice Lucas y regresa a su asiento.

Lucho por recuperar el aliento. ¿Qué acaba de pasar aquí? ¿Iba a besarme? ¿A castigarme? No lo sé, pero fuera lo que fuera que tenía en mente, lo quería. Mi cuerpo quería cada momento y cada toque de él.

Nos sentamos en tenso silencio mientras Hugo coloca la ensalada de queso e higos que preparé antes sobre la mesa, el delicado tintineo de la porcelana es el único sonido en el cavernoso comedor. Mantengo mi mirada fija en mi plato.

Hugo, quizás percibiendo la atmósfera gélida, se retira apresuradamente, dejándonos solos en un silencio asfixiante. Libero el aire atrapado en mis pulmones en una exhalación lenta y medida, intentando aliviar la opresión en mi pecho.

—Me aseguraré de que mi estilista elija ropa nueva de tu agrado —dice Lucas, con un tono lo suficientemente frío como para escarchar las delicadas hojas de la ensalada. Levanta su tenedor, clavándolo en un higo.

—No necesito…

—No voy a discutir contigo sobre esto —me corta, con voz afilada.

—No, estás ordenando —replico, pasando la lengua por mis labios resecos —. No creo que sepas cómo pedir o solicitar. No todo tiene que ser una orden.

El músculo de su mandíbula se contrae.

¿Habré tocado una fibra sensible?

Pero no cae en la provocación. En su lugar, vuelve a comer como si no hubiera hablado, con movimientos precisos y controlados. Frunzo los labios, sintiendo cómo algo caliente y furioso se desata en mis entrañas ante su indiferencia.

¿Eso es todo? ¿No va a objetar? ¿A contraatacar? Extraño.

Terminamos el primer plato en un silencio tenso, siendo los únicos sonidos el roce de los cubiertos contra los platos y el ocasional tintineo de una copa al ser servida. Cuando Hugo entra para retirar los platos, es un alivio.

—Dile a Lilibeth que disfruté mucho la ensalada —le dice Lucas a Hugo mientras le entrega su plato vacío, ignorando mi existencia.

¿Así que así va a ser? ¿La ley del hielo?

Me reclino en mi silla, bebiendo mi vino, mientras Hugo coloca el plato principal frente a Lucas con un ademán.

—Lomo de cerdo asado con albaricoques glaseados en miel y lavanda, señor —anuncia.

Oculto una sonrisa detrás de mi copa, observando a Lucas bajo mis pestañas bajas. Si tan solo supiera.

Acerca su cabeza al plato, inhalando profundamente, un destello de apreciación cruza su rostro antes de que pueda ocultarlo.

—¿Algo nuevo? —reflexiona, tomando su cuchillo y tenedor—. La comida tiene un aroma delicioso. No puedo esperar a probarla.

Oh, tiene más que un aroma delicioso. También tiene un sabor maravilloso. Debería saberlo. Lo probé en cada etapa de la preparación, ajustando los condimentos hasta que quedó perfecto. Pero estoy segura de que si Lucas sospechara siquiera que yo hice la comida, la escupiría y la declararía incomestible, acusándome de intentar envenenarlo.

Ahora ahí hay una idea. Debería haber echado un poco de arsénico en el glaseado de miel y haber terminado con esta farsa de matrimonio antes de que realmente comenzara. Aunque el veneno dirigiría la culpa directamente hacia mí. Usar veneno es femenino.

Observo, con el corazón en la garganta, mientras Lucas da un bocado. Un gemido bajo, casi obsceno, surge de su garganta, sus ojos cerrándose de placer.

—Mmm... esto está excelente. ¿Qué lleva? ¿Albaricoque?

Un pulso traicionero de calor late entre mis piernas ante el sonido, ante la

visión de su lengua rosada saliendo para atrapar una gota de glaseado en la comisura de sus labios. Me muevo en mi asiento, apretando los muslos, furiosa por la reacción de mi cuerpo. Necesito controlarme, esto se está volviendo ridículo. *Ni siquiera me gusta, por el amor de Dios.*

—Albaricoque en miel y lavanda —digo.

Los ojos de Lucas se entrecierran, su mirada agudizándose en mi rostro.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta, con un hilo de sospecha en su tono—. No me digas que también eres experta en cocina gourmet.

Levanto un hombro en un gesto de indiferencia, intentando parecer despreocupada aunque mi corazón acelera su ritmo.

—Sé manejarme en una cocina. ¿Es tan difícil de creer?

Él se burla, dejando escapar un sonido áspero y feo.

—Si eres tan hábil en la cocina como lo eres dirigiendo un negocio, es un milagro que no hayas incendiado tu casa.

—Vete a la mierda —escupo, empujando la mesa con tanta fuerza que mi silla chirría contra el suelo pulido. Estoy de pie y caminando hacia la puerta antes de poder pensarlo mejor, mi visión borrosa por las lágrimas de furia.

Definitivamente debería haberlo envenenado.

Bastardo.

Entiendo de negocios. Los entiendo mejor de lo que él jamás lo hará. Me estoy rompiendo la espalda, sacrificando todo lo que tengo para mantener a flote Gant Construction. Incluso me vendí para preservar el legado que mi padre construyó antes de que sus errores lo hicieran desmoronarse a nuestro alrededor. No tengo nada más que dar.

Sí, mi padre la cagó. Cometió algunos errores, pero eso no lo convierte, —nos convierte— en los villanos de esta historia. Solo nos hace humanos. Falibles.

Y Lucas Valeur es la última persona que puede tirar la primera piedra, con toda la sangre y la suciedad en sus propias manos.

No tengo intención de verlo más allá de lo que el contrato requiera.

Mañana volveré a la oficina, y las cenas compartidas se han terminado.

Trece

AVA

Me despierto temprano para prepararme y regresar a la oficina. No estoy contenta con el hecho de que ahora tenga que levantarme dos horas antes para conducir hasta la ciudad, pero es lo que hay.

Me pongo un vestido color crema y un fino cinturón dorado, la tela abraza mis curvas, y me calzo unos tacones altos dorados que brillan con la luz de la mañana. Unos pendientes de perlas y un delicado collar completan el look, añadiendo un toque de elegancia.

Durante las últimas dos semanas, las oficinas de Gant Construction se mudaron al edificio Valeur, y hoy comienzo mi primer día en el nuevo lugar. Es difícil decir que me hace ilusión cuando cada vez que Lucas y yo estamos en la misma habitación, ni siquiera podemos intercambiar tres palabras sin estallar en una acalorada discusión.

Lista, me dirijo a la puerta principal, donde Lucas me detiene, su alta figura bloquea mi camino. Está vestido con un traje a medida y una corbata azul que acentúa sus penetrantes ojos. Su pelo oscuro aún está húmedo por la ducha, y parece el pecado encarnado.

Un maldito pecado que no quiero conocer.

—No estuviste en el desayuno —dice, su voz profunda enviando un involuntario escalofrío por mi columna.

—Comeré en la oficina —respondo, intentando esquivarlo, pero él se mueve conmigo, manteniéndose en mi camino.

—Espera. Te llevaré. Ahora trabajamos en el mismo edificio —su tono es casual, pero puedo ver el desafío en sus ojos, retándome a rechazarlo.

Lo miro fijamente, levantando mi barbilla.

—Preferiría arrastrarme sobre mi vientre todo el camino hasta la oficina antes que estar atrapada en un espacio cerrado contigo. Así que gracias, pero no, gracias.

Algo destella en sus ojos, oscuro y ardiente.

—Cuidado con lo que deseas, cariño. Sigue poniendo imágenes como esa en mi cabeza, y podría tomarte la palabra.

Mierda. Caí en la trampa.

Alterada, lo empujo al pasar, ignorando la forma en que mi piel hormiguea donde nos tocamos.

—En tus sueños, Valeur.

—Todas las noches —me grita, con risa en su voz.

Con la cara ardiendo, apresuro mi paso, desesperada por poner algo de distancia entre nosotros antes de hacer algo estúpido, como darme la vuelta y borrar esa sonrisa presumida de su cara con mis labios.

No. Ava mala. Ni se te ocurra.

Alterada y desequilibrada, salgo al patio de entrada, las pequeñas piedras de grava hacen que caminar con mis tacones altos sea muy difícil. Me veo obligada a reducir mi velocidad para no torcerme un tobillo o arruinar mis costosos zapatos, y antes de darme cuenta, los pasos de Lucas están detrás de mí, crujiendo en la grava, y sé que me está siguiendo aunque podría fácilmente adelantarme a la velocidad a la que me muevo. Debe estar disfrutando verme luchar, riéndose de mi incomodidad.

—¡Mierda! —maldigo cuando mi tacón se engancha en una piedra grande, y tropiezo, perdiendo el equilibrio. Me preparo para el impacto, para el doloroso raspón de la grava contra mis palmas y rodillas.

Pero el impacto nunca llega.

En su lugar, unos brazos musculosos se envuelven alrededor de mi cintura desde atrás, tirando de mí contra un pecho sólido.

El pecho de Lucas.

Por un momento, nos quedamos congelados así, mi espalda pegada a su pecho, su corazón latiendo contra mi columna. Soy muy consciente de cada lugar donde nos tocamos: la extensión de su gran mano contra mi estómago, el roce de sus muslos contra la parte posterior de los míos, el cálido y húmedo soplo de su aliento contra mi oreja.

Con un suspiro tembloroso, intento salir de su agarre, pero sus brazos solo se aprietan más a mi alrededor.

—Suéltame —digo entre dientes, odiando la calidad jadeante y necesitada de mi voz.

Me suelta, levantando las manos en un gesto de falsa rendición.

—Estabas a punto de caer de cara en la grava. Solo intentaba ayudar.

—No necesito tu ayuda —espeto, mirándolo mientras aliso mi vestido, tratando de recuperar la compostura.

Él pasa su lengua por sus perfectos dientes blancos, un gesto que es de alguna manera tanto irritante como súper sexy.

—Vale. Perdóname por preocuparme por el bienestar de mi esposa. No volverá a suceder.

—No soy tu verdadera esposa —digo con voz ronca, clavando un dedo en su pecho—. Esto es un acuerdo de negocios, nada más. Cuanto antes te metas eso en tu grueso cráneo, mejor estaremos los dos.

Algo destella en sus ojos, aparece y desaparece demasiado rápido para

descifrarlo.

—Oh, soy muy consciente de los términos de nuestro acuerdo, esposita. Créeme, estoy contando los días hasta librarme de ti.

—No si yo me libro de ti primero —murmuro entre dientes, girando sobre mis talones y dirigiéndome a mi Jeep rojo.

Abro la puerta de un tirón y subo, cerrándola de golpe detrás de mí. El sonido hace eco en el tranquilo aire de la mañana, puntuando la tensión latente entre nosotros.

A través del parabrisas, veo a Lucas de pie, observándome, con las manos metidas en los bolsillos y la mandíbula apretada. Por un momento, nuestros ojos se encuentran, y el aire crepita con la fuerza de nuestro odio mutuo.

Dios, lo odio. Odio la forma en que me saca de mis casillas, la forma en que puede alterarme con solo unas pocas palabras escogidas y esa sonrisa sexy. Odio que incluso ahora, con la ira ardiendo en mis venas y respuestas viciosas en la punta de mi lengua, una parte traidora de mí todavía lo desea. Todavía anhela el calor de su toque, el sabor de su beso.

Enciendo el motor, las poderosas vibraciones debajo de mí extrañamente reconfortantes, y piso el acelerador. El coche salta hacia adelante, esparciendo grava.

Lucas está justo ahí, directamente en mi camino.

Presiono más fuerte el acelerador, mi corazón late con fuerza, mi sangre canta con una emoción oscura y viciosa.

Él se mantiene firme, mirándome fijamente, sus ojos azules abiertos y sorprendidos. Por una fracción de segundo, pienso que va a dejar que lo atropelle, pero en el último momento, se lanza a un lado, cayendo con fuerza sobre la grava y rodando mientras paso a toda velocidad.

Incluso con las ventanillas subidas, lo oigo gritar, un rugido inarticulado de furia e incredulidad.

—¡Joder, Ava! ¿Intentas matarme?

Miro por el retrovisor y lo veo levantándose del suelo, su impecable traje polvoriento y desaliñado. Agita los puños hacia mi coche que se aleja, su atractivo rostro contorsionado por la rabia, y me río. Se lo merece, el arrogante cabrón.

Cuando entro en el aparcamiento del edificio Valeur más de una hora después, estoy agotada, con los nervios destrozados y las sienes palpitantes. El largo trayecto, junto con el desvío inesperado que tuve que tomar para evitar un accidente, me ha hecho llegar tarde en mi primer día de vuelta. No es la impresión estelar que esperaba causar.

Uso mi nueva tarjeta de acceso para entrar en el estacionamiento

subterráneo, la barrera se levanta con un suave pitido, y empiezo a buscar mi plaza asignada. Paso por las secciones reservadas para la alta dirección, notando con un toque de molestia que el elegante Jaguar negro de Lucas ya está aparcado en su lugar designado.

Doy vueltas por el aparcamiento, cada vez más frustrada. No hay ninguna plaza con mi nombre. Ningún lugar reservado para Ava Valeur o Ava Gant. Incluso conduzco hasta la parte más alejada del garaje, solo para asegurarme de que no me lo he perdido, pero no está allí.

No hay ni un solo espacio libre en todo el abarrotado aparcamiento.

Luchando contra las ganas de gritar, saco mi móvil y llamo a mi asistente. Contesta al segundo tono, con voz alegre y animada.

—¡Buenos días, señora Valeur! Bienvenida de nuevo. ¿Qué puedo hacer por usted?

Entrecierro los ojos ante mi nuevo nombre.

—Bridget, estoy en el aparcamiento y no encuentro mi plaza asignada. ¿Podrías consultar con mantenimiento y ver qué número tengo? Tal vez se olvidaron de poner mi cartel.

—Oh, um… un momento, por favor —La oigo teclear en su ordenador, el repiqueteo de las teclas suena fuerte a través de la línea. Luego el tecleo se detiene, reemplazado por una conversación amortiguada que no logro descifrar.

Mi estómago se hunde mientras los segundos se arrastran, una terrible sospecha se arraiga en mí. Finalmente, vuelve a la línea, su voz más aguda de lo habitual, tensa.

—¿Señora Valeur? Lo siento mucho, pero parece que... Parece que no hay ninguna plaza de aparcamiento asignada a usted en el sistema.

Mis dedos se aprietan alrededor del móvil.

—¿Qué quieres decir con que no hay plaza asignada? Eso es imposible. ¿Cómo pudieron olvidarse de asignar un espacio para la CEO? ¿Dónde se supone que debo aparcar? Todo está lleno aquí.

—No lo sé —Bridget suena tan desconcertada como yo me siento—. Debe ser un error. ¿Quiere que me ponga en contacto con Recursos Humanos e intente solucionar esto?

Cierro los ojos, respiro hondo y cuento hasta diez.

—No, está bien. Yo me encargaré. Gracias, Bridget.

Termino la llamada y apoyo la frente contra el volante, tratando de pensar más allá de la neblina roja de ira que nubla mi mente. Esto no es un error. Esto tiene las huellas dactilares de Lucas Valeur por todas partes. Debe haberme excluido de las asignaciones de aparcamiento como una forma mezquina de venganza.

Bueno, este juego es de dos.

Pongo el Jeep en marcha atrás, los neumáticos chillan mientras salgo a toda velocidad y me dirijo hacia la sección ejecutiva del garaje. Cuando llego al espacio de estacionamiento de Lucas, freno bruscamente, deteniéndome a escasos centímetros del reluciente parachoques negro de su preciado coche.

Saltando fuera, me dirijo a la parte trasera de mi vehículo y abro de un tirón la puerta trasera, rebuscando entre el desorden de suministros de emergencia hasta que mis dedos se cierran alrededor del grueso rollo de nylon de la cuerda de remolque.

Mis labios se curvan en una sonrisa viciosa mientras engancho un extremo a mi enganche de remolque y marcho hacia el Jaguar, la pesada cuerda arrastrándose detrás de mí como una serpiente vengativa. Probablemente esté mal por mi parte sentir una satisfacción tan visceral por lo que estoy a punto de hacer, pero ya no me importa.

Él empezó esto.

Me agacho y paso la cuerda por debajo de su eje trasero, haciendo un rápido trabajo con el nudo. Las habilidades de clase obrera que adquirí durante años de trabajo en obras de construcción con mi padre finalmente están siendo útiles, parece. Me enderezo y doy un fuerte tirón a la cuerda, probando la fuerza de mi obra.

Perfecto.

Con una última palmadita casi cariñosa al capó brillante del Jaguar, salto de vuelta a mi Jeep y pongo la marcha.

Centímetro a centímetro, arrastro el lujoso coche deportivo fuera de su lugar y hacia el centro del garaje.

¿Infantil? Sin duda.

¿Muy satisfactorio? Oh, eso puedes apostarlo.

Sonrío como una loca mientras desato la cuerda y la enrollo de vuelta en mi maletero, examinando mi obra con aire de trabajo bien hecho. Veamos qué tiene que decir el señor todopoderoso Lucas Valeur sobre esto.

Silbando alegremente, me deslizo en su ahora vacante lugar, apago el motor y recojo mis cosas.

Con una renovada sensación de energía, camino hacia los ascensores, haciendo un gesto al coche atascado en medio del garaje con mi dedo medio.

Alcánzame si puedes, imbécil.

Catorce

LUCAS

Estoy a punto de salir de mi oficina, con la mente ya puesta en la pila de informes que me espera en casa, cuando mi móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco y frunzo el ceño al ver el nombre de mi padre en la pantalla.

Deslizo para aceptar la llamada y me llevo el móvil al oído.

—Padre. ¿A qué debo el placer?

—Lucas —su voz suena tensa, cortante—. Acabo de hablar por teléfono con Michael Gant. No tiene ni idea. No tiene la más remota idea de lo que está a punto de caerle encima.

Me recuesto en mi silla, una lenta sonrisa se extiende por mi rostro.

—Bien. Así es exactamente como lo queremos.

—Cuando acabes con su empresa, hijo, la victoria será especialmente dulce. Después de lo que ese bastardo le hizo a nuestra familia, ya es hora de que pague.

—Y lo hará —prometo, mi voz se endurece con determinación—. Me aseguraré de ello.

Intercambiamos unas palabras más, ultimando detalles y contingencias, antes de terminar la llamada. Vuelvo a meter el móvil en el bolsillo y me levanto, cogiendo mi chaqueta del traje del respaldo de mi silla.

A esta hora, los pasillos de Valeur Real Estate están mayormente desiertos, ya que la mayoría de mis empleados se han ido por el día. Asiento con la cabeza a los pocos rezagados que aún están encorvados sobre sus escritorios, murmurando buenas noches mientras me dirijo a los ascensores.

Mientras desciendo al aparcamiento, dejo vagar mi mente, reflexionando sobre los extraños giros que ha dado mi vida. Volver a la oficina como un hombre casado ha sido un cambio, por decir lo menos. Las miradas de complicidad, las felicitaciones maliciosas, la curiosidad apenas disimulada en los ojos de todos mientras me ven pasar... Es suficiente para ponerme la piel de gallina.

Y las flores. Las malditas flores. Docenas de ellas. Ramos y arreglos abarrotan cada superficie de mi antes estéril oficina, cada uno un recordatorio de la farsa de la que ahora soy partícipe.

Una parte de mí quiere barrerlas todas al suelo, aplastar los delicados pétalos bajo mis talones hasta que no quede nada más que polvo y tallos rotos. Pero resisto el impulso. En su lugar, sonrío y asiento y actúo el papel del recién casado feliz, mientras grito por dentro que es falso, todo es falso.

El ascensor suena, las puertas se abren revelando la extensión sombría y cavernosa del estacionamiento. Salgo a zancadas, mis pasos hacen eco en la inquietante quietud, las luces fluorescentes parpadean sobre mi cabeza, proyectando sombras entrecortadas sobre el concreto.

Estoy a mitad de camino de mi lugar habitual cuando me detengo en seco, frunciendo el ceño.

Mi coche, mi elegante Jaguar negro, estacionado en medio del carril de conducción, casi bloqueando el tráfico. Alguien lo había reposicionado deliberadamente, sin importarle el caos que causaría. Y en su lugar hay un enorme Jeep rojo.

El Jeep de Ava.

Por un momento, simplemente me quedo mirando, mi mente cansada lucha por darle sentido a lo que veo.

—Hija de puta —murmuro, cerrando los ojos mientras me sorprende la comprensión.

Ava. Por supuesto. Como si casi atropellarme esta mañana no fuera suficiente, ahora está jugando con mi coche. Mi espacio. Invadiendo mi territorio como si tuviera algún derecho, alguna reclamación sobre él.

Repaso todas las cláusulas de nuestro contrato en mi cabeza, pero no hay nada que aborde casos como estos. ¿Quién pensaría siquiera en algo así?

Miro su Jeep de nuevo.

No hay problema. Si quiere empezar una guerra, tendrá una guerra.



Llego a casa y me dirijo directamente a su habitación. Ella aún está en la oficina, lo que significa que su habitación está vacía.

Abro la puerta y entro, mi mirada atraída por las diversas piezas de lencería esparcidas por su cama. Recojo un sujetador de encaje, pasando mi pulgar por la delicada tela, los intrincados patrones del encaje ásperos contra mi piel.

Dios, mataría por verla usando esto.

Mi polla se endurece ante la idea de ella de pie casi desnuda frente a mí en el solárium, con esa piel suave y esas curvas peligrosas. Vuelvo a poner el sujetador donde estaba y recojo unas bragas.

Joder.

Huelen a ella, cálidas y femeninas e intoxicantes, y ahora estoy duro como una roca, mi cuerpo respondiendo incluso a esta pequeña parte de ella.

Pero no es por eso que estoy aquí.

Examino la habitación, mis ojos recorren los toques personales que marcan este espacio como suyo hasta que encuentro lo que estoy buscando.

Agarro la jaula del pájaro con ambas manos, encontrándome con la mirada del loro dentro, que está moviendo su cabeza en movimientos circulares. No parece muy contento con la situación, pero no tengo tiempo para lidiar con eso. Necesito hacerlo desaparecer antes de que ella regrese.

Me dirijo de vuelta a mi habitación pero me detengo a medio camino. Mi habitación será el primer lugar donde buscará. Mejor esconderlo en mi oficina. Ella nunca ha estado allí, no sabe dónde está, y yo soy el único con la llave.

Doy media vuelta y me dirijo a zancadas a mi oficina, deslizándome dentro y colocando la jaula sobre mi escritorio, las barras de metal tintinean contra la madera pulida.

—Cara de polla —grazna Cartman.

—Sí, ya me di cuenta de que te gusta maldecir —murmuro, mirando al pájaro.

—Gusta maldecir, gusta maldecir —me imita.

Tal vez debería enseñarle algo un poco menos... grosero.

—Lucas el rey —enuncio claramente.

—Gilipollas —responde Cartman.

—No, di «Lucas el rey» —intento persuadirlo.

—Ahhh. Ahhhh. Ahhhh —El loro imita los sonidos de gemidos sexuales.

—Joder —Sacudo la cabeza, conteniendo una risa a pesar de mí mismo.

—¡Joder! ¡Joder! —repite después de mí.

—Necesito un trago —Me acerco al carrito de bebidas y me sirvo dos dedos de whisky, sosteniendo el vaso y haciendo girar el líquido ámbar, viéndolo capturar la luz—. Ella va a volverme loco.

—Ella va a volverme loco —repite Cartman.

—Oh, ¿eso es lo que eliges repetir? —Entrecierro los ojos y me acerco al loro.

Salta en su jaula, arriba y abajo, agitando sus alas.

—Eh, cálmate. Está bien —intento tranquilizarlo, pero sigue saltando, y el plato de comida se vuelca, esparciendo su contenido por todo el suelo de la jaula.

—Mira lo que has hecho. ¿Por qué te estás volviendo loco? No voy a hacerte daño —me acerco y abro la puerta de la jaula para voltear el plato.

No llego ni a decir media palabra cuando el loro ya está volando por mi oficina.

—Joder —sigo su errática trayectoria mientras aletea por la habitación, chocando con varios objetos hasta que se posa sobre el globo terráqueo antiguo

en la esquina, acomodándose en la superficie.

Me acerco a él, paso a paso con cuidado, y cuando estoy lo suficientemente cerca, extiendo mis brazos e intento agarrarlo.

El loro chilla y se lanza hacia mí, atacándome con sus garras y pico.

—¡Mierda! ¡Joder, quítate de encima! —grito cuando un dolor agudo me atraviesa el cuello.

—¡Mierda! ¡Joder! —grita Cartman—. ¡Mierda! ¡Joder!

Paso mis dedos por mi cuello.

Sangre. El maldito pájaro me arañó lo suficientemente profundo como para hacerme sangrar. Saco un espejo del cajón de mi escritorio y miro. Feos arañazos sangrantes marcan la piel de mi garganta.

—Vas a pagar por esto. Ven aquí, pequeño cabrón —vuelvo a entrar en la habitación, con las manos extendidas. Tengo que atrapar al bastardo.

Lo encuentro posado en mi carrito de licores, sus viciosas garras aferrándose al asa de la hielera.

—Ven conmigo, Cartman —me acerco poco a poco.

En el momento en que me acerco a dos pasos de él, aletea salvajemente, enviando varios de mis costosos vasos de cristal a estrellarse contra el suelo con un estruendo tremendo.

¿Acaso este día puede empeorar?

Cartman vuela lejos de mí y aterriza en mi escritorio, aun agitando sus alas.

—¡No! ¡El vaso de whisky no! —me lanzo, pero es demasiado tarde. Derriba el vaso, derramando el líquido sobre los papeles esparcidos por mi escritorio.

El aroma del whisky impregna la habitación mientras gotea por el borde del escritorio, formando un charco en el suelo.

Sí. Puede empeorar.

Sacudo la cabeza, observando el caos. La habitación parece una zona de desastre, y todo por un pequeño loro. No sé si reír o llorar.

—Gilipollas —dice Cartman desde su nuevo lugar en la lámpara.

Levanto el dedo medio.

—Tú sí que eres un gilipollas.

Me desplomo en el sillón de cuero marrón en la esquina de la habitación y echo la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos por un momento antes de abrirlos de golpe.

No puedo cerrar los ojos con ese pequeño asesino suelto. Podría atacar. Probablemente esté esperando a que baje la guardia para matarme.

Lo miro con furia mientras se balancea en la lámpara. Juro que está sonriendo.

—Por supuesto, eres el caos y la naturaleza salvaje personificados, igual que

tu dueña. Dos gotas de agua.

Un golpe en la puerta hace que me enderece en la silla.

—¿Sí?

La puerta se abre y la dueña en cuestión entra. Sus ojos se abren de par en par al ver la destrucción.

—Mi loro ha desaparecido y oí ruidos —comienza, luego se muerde el labio al ver la jaula en mi escritorio—. Te lo llevaste.

Exhalo.

—Puedes llevarte de vuelta a tu pequeño monstruo.

—¿Dónde está? ¿Qué le hiciste? —da unos pasos dentro de la habitación, boquiabierta mientras mira el cristal roto esparcido por el suelo—. ¿Qué pasó aquí?

—Está allí —señalo la lámpara—. Y *él* fue lo que pasó.

Ella ahoga una risita, cubriéndose la boca con la mano.

—¿Cartman hizo esto?

—Sí. Es una amenaza —Me pongo de pie, y él aletea y empieza a chillar de nuevo—. Aléjalo de mí.

—Con gusto —dice ella—. No soy yo quien lo trajo aquí, si lo recuerdas. ¿Qué estabas intentando hacer, de todos modos? ¿Robarlo? —se acerca más, entrecerrando los ojos—. ¿Y qué le pasó a tu cuello? Estás sangrando.

Inclino la cabeza hacia atrás, exponiendo las heridas.

—Es un monstruo. Te lo dije.

Ella resopla de nuevo.

—Supongo que te lo merecías. Cartman está muy apegado a mí —mira hacia arriba al loro, que está ladeando la cabeza de un lado a otro—. Ven aquí, cariño —extiende su brazo, y él revolotea para posarse en él.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tenías que hacer? ¿Solo extender tu brazo? He estado tratando de atraparlo durante una hora.

Ella solo sonríe y camina hacia la jaula para colocarlo de vuelta dentro.

—Supongo que aprenderás a no meterte con nosotros —recoge la jaula y se dirige a la puerta—. Haz que te vean esos arañazos. Podrían infectarse —me lanza una sonrisa, echando un último vistazo a la habitación y ahogando otra risita antes de salir.

La miro fijamente, mi sangre hirviendo y mi polla palpitando en igual medida. Maldita mujer exasperante. Maldito pájaro endemoniado.

Paso una mano por mi cara, haciendo una mueca cuando mis dedos rozan la piel sensible de mi cuello. Necesito una ducha fría y un trago fuerte. Y posiblemente una vacuna contra el tétanos.

Pero primero, necesito limpiar este desastre. Borrar la evidencia de mi

humillante derrota a garras del guardaespaldas emplumado de Ava.

Con un suspiro cansado, recojo los fragmentos más grandes de vidrio, con cuidado de no cortarme los dedos con los bordes afilados. Va a ser una larga noche de limpieza y planificación, de reprimir despiadadamente cualquier pensamiento sobre curvas exuberantes y ojos desafiantes, de una lengua afilada como navaja a la que me gustaría darle un mejor uso.

Joder. Estoy tan jodido.

Quince

LUCAS

La luz del sol matutino se filtra a través de las ventanas que van del suelo al techo de la terraza, proyectando un cálido resplandor dorado.

Ava entra y se detiene junto a Hugo, colocando una mano en su brazo mientras se inclina para intercambiar unas palabras en voz baja. Él sonríe y asiente, luego sale de la habitación, dejándonos solos.

Una oleada irracional de celos me oprime el estómago. No me gustan sus conversaciones fáciles, la forma en que lo toca.

¿Qué demonios me pasa? Hugo ha sido un empleado leal durante más de una década. Confío en él. No hay razón para que me irrite su interacción con mi mujer.

Mi mujer. Las palabras aún se sienten extrañas en mi lengua, poco familiares y pesadas.

Ava se vuelve hacia mí, su mirada se fija en los arañazos rojos y furiosos que marcan mi garganta. Una sonrisa burlona tira de la comisura de su boca mientras se acerca con paso despreocupado, deslizándose en la silla frente a mí.

—¿Sexo rudo? —pregunta, arqueando una ceja.

Me llevo la mano al cuello para ajustar el cuello de la camisa, tratando de ocultar la evidencia de mi humillante altercado con su amigo emplumado.

—Sabes muy bien de dónde vienen estos arañazos. Tu pequeño monstruo hizo esto.

—No es un monstruo. —Alcanza la cafetera y se sirve una taza. El rico aroma llena el aire, mezclándose con su ligero perfume floral—. Tú eres el que intentó robarlo. ¿Qué esperabas? Y no te preocupes, no pienso invocar la cláusula de infidelidad.

Lleva un traje blanco a medida con ribetes negros y parece un millón de dólares. Contrario a lo que ella piensa, me gusta mucho la forma en que se viste. Sexy y contenida. Elegante y a medida. Como si hubiera salido de alguna película de Hollywood de los años 40.

—No estoy preocupado. —Me estiro y sorbo mi café—. Nunca tendrás una razón para invocar esa cláusula. Como te dije, la infidelidad es una línea roja para mí.

Se quita la chaqueta y la coloca sobre la silla a su lado. Su sujetador de encaje rosa se asoma por debajo de la blusa semitransparente que lleva puesta.

Joder. Me muevo en mi asiento, mis pantalones incómodamente apretados. Agradezco el pesado drapeado del mantel que oculta mi regazo de la vista.

Tal vez fui demasiado apresurado al dejar que el estilista comprara vestidos para ella sin considerar sus gustos. No me opondría a más de esto.

Me lanza una mirada curiosa, sus ojos verdes brillan bajo la luz de la mañana.

—Sí, dijiste eso. Parece que tienes algo personal con el tema. ¿Alguien te engañó en el pasado?

—No es asunto tuyo, pero no. Nadie me ha engañado. —No permanezco en relaciones lo suficiente como para que eso suceda. Una vez que las conquisto, me voy. No tengo interés en ser manipulado.

—Entonces, ¿qué es? —Apoya el mentón en la mano.

—Nada. Simplemente no me gusta la infidelidad, eso es todo.

—Sí, claro —murmura—. No tienes que contármelo, pero por favor, no me trates como una idiota y me mientas.

Aprieto los dientes.

—¿Seguimos en guerra?

—¿Guerra? —Levanta la cabeza, sus labios se separan.

Podría levantarme, ir hacia ella y tenderla sobre esta mesa ahora mismo. Separarle las piernas y darle una lección.

—Sí. Guerra. Remolcaste mi coche al medio del aparcamiento. ¿Recuerdas?

Se encoge de hombros.

—No me asignaste una plaza en el aparcamiento del edificio y no tenía dónde hacerlo. Tuve que improvisar.

—¿Todo esto por una plaza de aparcamiento?

—Las oficinas se mudaron una semana antes. Está claro que retrasaste deliberadamente la asignación.

—¿Deliberadamente? ¿Crees que me ocupo yo mismo de esas cosas? Tengo una gerente que se encarga de todo el trabajo administrativo. ¿Debo recordarte que estuve aquí en casa contigo toda la semana? Probablemente se le pasó por alto, un error inocente.

—Sí, claro.

—¿No me crees?

—No. Pero supongo que realmente no te importa.

—¿Que no me importa? —Me levanto y camino hacia ella, colocando mis manos en los reposabrazos de su silla e inclinándome para que su cara esté cerca de la mía.

—Cuidado. Podría dejarte sin hombría desde esta distancia. —Baja la mirada.

Miro hacia abajo en la misma dirección para ver su rodilla flexionada y cerca de mi entrepierna.

—¿Me estás amenazando?

—Siempre. —Levanta las cejas, sus labios se estiran en una sonrisa que me desafía.

Joder. Estoy disfrutando esto mucho más de lo que debería. El enfrentamiento con ella, verbal y de otro tipo, se está convirtiendo en una adicción peligrosa.

Me inclino aún más cerca hasta que su respiración rápida roza mis labios. —Esposa —murmuro, bajando mi voz a un tono íntimo—. Te lo dije, si quieres que te toque, tendrás que pedirlo. Amablemente.

—No me llames esposa. —Toma una respiración entrecortada, sus mejillas se sonrojan—. Y tendrás que esperar para siempre.

Sonrío, sintiendo un zumbido de victoria. No está indiferente, por mucho que intente ocultarlo.

—Oh, esposa. Eso solo lo hará más dulce cuando finalmente me lo supliques.

Sus ojos relampaguean.

—Eres el diablo disfrazado.

—No veo ningún problema aquí. —Sonrío y me enderezo en toda mi estatura.

—Estás enfermo.

—Tal vez. Pero ¿en qué te afecta eso a ti? —Dejo que mi mirada se detenga en sus pezones endurecidos, visibles incluso a través de su ropa. Traicionándola. La habitación es cálida y acogedora.

Cruza los brazos sobre su pecho, y mi sonrisa se ensancha.

Me aclaro la garganta, forzando un tono de casualidad en mi voz.

—Bueno, ya que estamos atrapados el uno con el otro en el futuro previsible, tal vez deberíamos tratar de encontrar un terreno común. Conocernos un poco mejor.

Me mira como una gacela que percibe un depredador en la hierba.

—¿Y cómo propones que hagamos eso?

—¿Qué tal un juego de verdad o reto? —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas, quedando suspendidas en el aire entre nosotros como un desafío.

Sus cejas se disparan hasta la línea del cabello.

—¿Disculpa?

—Me has oído. Verdad o reto. Nos turnamos para hacer preguntas o lanzar desafíos. Sin mentiras, sin echarse atrás. Solo pura honestidad.

Me mira fijamente por un largo momento, su expresión indescifrable, pero puedo ver los engranajes girando detrás de esos brillantes ojos verdes, sopesando

los riesgos y recompensas de involucrarse conmigo de esta manera.

—¿Quieres jugar o no? Te prometo que lo que se diga entre nosotros quedará entre nosotros. ¿O eres demasiado gallina?

—De acuerdo, está bien. Verdad —dice ella.

—¿Cuál es la peor cosa que has hecho en el trabajo? —Levanto mi taza de café y la encuentro vacía. Uf. Debato si tomar otra.

Ella baja la mirada, jugueteando con sus dedos.

Por un momento, pienso que no va a responderme, pero luego habla.

—Le mentí a un empleado —susurra—. Le dije que investigaría cómo conseguirle un aumento, aunque sabía que no teníamos el presupuesto para ello. No podía soportar ver la decepción en su rostro. Trabaja tan duro y merece mucho más de lo que puedo darle.

Se queda en silencio, su confesión flota en el aire entre nosotros. Estoy atónito por la cruda vulnerabilidad en su voz, el evidente dolor y culpa que impregnan sus palabras.

En ese momento, se ve tan joven. Perdida. Como una niña pequeña jugando a disfrazarse con la ropa de su madre, tratando de llenar zapatos que son demasiado grandes para ella.

Algo se aprieta en mi pecho, un dolor poco familiar que se siente sospechosamente como simpatía. Como comprensión.

Sé lo que es sentirse inadecuado. Sentir que constantemente te quedas corto, sin importar cuánto te esfuerces. Es una presión amarga e implacable. El peso de las expectativas cayendo sobre ti hasta que sientes que no puedes respirar.

Tal vez Ava y yo tenemos más en común de lo que había notado.

Pero antes de que pueda examinar ese pensamiento, ella se endereza en su silla, el momento de debilidad desapareciendo tan rápido como apareció. La máscara de fría compostura vuelve a su lugar, ocultando cualquier indicio de la tormenta interior.

—Mi turno —dice—. ¿Verdad o reto?

Miro sus ojos brillantes.

—Verdad.

—¿Cuál es tu mayor arrepentimiento?

—No creo en los arrepentimientos —digo—. Lo hecho, hecho está. No tiene sentido darle vueltas.

—¿Y aun así?

Pienso en todas las cosas no tan exitosas que he hecho.

—Supongo que debería haber sido más cuidadoso con mis actividades extracurriculares —digo.

Ava inclina la cabeza, con una mirada curiosa en su rostro.

—¿Por qué?

—Si no hubiera terminado en las columnas de chismes tantas veces, nada de esto estaría pasando. No necesitaría un matrimonio falso y pretensiones. Mi padre no me habría obligado a casarme para obtener su puesto.

Me mira con una expresión casi decepcionada. Mi estómago se contrae.

—¿No te gusta mi respuesta?

—Por un momento, pensé que tal vez lamentabas tu comportamiento, pero solo lamentas que te hayan descubierto.



—Parece que tuviste una noche salvaje. —La voz de Logan destila diversión mientras entro en mi oficina.

Mi hermano está recostado en uno de los lujosos sillones de mi oficina, con sus largas piernas estiradas frente a él.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, la irritación me recorre la piel. Me quito la chaqueta del traje y la cuelgo en el perchero de latón, que monta guardia en la esquina.

—¿Esa es forma de saludar a tu hermano después de haber estado ausente tanto tiempo? —Logan se pone de pie, enderezando su corbata—. Y yo que pensaba que estarías encantado por el honor de mi presencia.

—Mis disculpas. ¿A qué debo el placer de tu compañía, querido hermano? —Mis palabras gotean sarcasmo mientras me dirijo a mi escritorio.

—Quería repasar contigo algunos asuntos de Valeur. Cosas que necesitas saber ahora que estás asumiendo responsabilidades. —La mirada de Logan me sigue, centrándose en mi cuello. Con una sonrisa burlona, estira la mano y tira de mi cuello, exponiendo los arañazos rojos y furiosos que decoran mi piel—. Tu mujer te decoró bien, por lo que veo.

Me aparto bruscamente de su toque, el calor sube por mi garganta.

—¿Eso es lo que parece? Eso explica las miradas y risitas que recibí de camino aquí.

Mejor que piensen que las marcas son de un encuentro apasionado. Solo refuerza mi reputación de playboy desvergonzado. Mucho mejor que la humillante verdad: que perdí ante un demonio con plumas.

—¿Estás diciendo que no es esa la razón? —Logan arquea una ceja, la curiosidad y la diversión luchando en su expresión.

—No —respondo bruscamente, mi paciencia empieza a agotarse—. No la he

tocado.

Los ojos de Logan se ensanchan antes de que componga sus rasgos en una máscara de indiferencia.

—No entiendo. ¿No están durmiendo juntos? ¿Entonces lo estás consiguiendo en otro lado?

—No. —La palabra es un gruñido, arrancado de mi garganta. La vena en mi sien palpita, pulsando con frustración apenas contenida—. No la estoy engañando, si es lo que estás insinuando. Soy muchas cosas, pero un adúltero no es una de ellas. Sabes lo que pienso sobre la infidelidad.

Logan levanta las manos en señal de rendición.

—Sí, sí, conozco tu teoría sobre la aventura de nuestro padre.

—No es una teoría —digo, con voz dura—. Es un hecho.

Logan suspira, pasándose una mano por el pelo revuelto.

—Vale, no entremos en eso ahora. Mira, lo entiendo. Sé lo que se siente una larga sequía. Antes de Sloane, pasé meses sin sexo y nunca me molestó. Pero tú... Tú nunca has podido pasar mucho tiempo sin él.

Frunzo el ceño, dejándome caer en mi silla ejecutiva de cuero. Cruje bajo mi peso, el sonido fuerte en la repentina quietud.

—Todos me hacen parecer una especie de maníaco sexual insaciable.

Logan resopla.

—¿Y no lo eres?

Lo fulmino con la mirada.

—No. Es decir, sí, disfruto del sexo. ¿Qué hombre de sangre caliente no lo hace? Pero todas esas historias en las revistas de chismes, todos esos rumores, son exageraciones desmedidas. No me acuesto con una mujer diferente cada noche. Y ciertamente nunca participé en ninguna orgía. Esos eran solo rumores.

Desesperado por cambiar de tema, pregunto:

—¿Cómo van las cosas entre tú y Sloane?

Una lenta y empalagosa sonrisa se extiende por el rostro de Logan, sus ojos se suavizan y desenfocan.

—Mejor que nunca.

Sacudo la cabeza, desconcertado.

—No entiendo cómo lo haces. Cómo te quedas con una mujer durante tanto tiempo. ¿Dónde está la emoción en eso?

Logan se encoge de hombros, con una mirada distante en su rostro.

—Cuando estás con la persona adecuada, la emoción nunca se desvanece. Simplemente evoluciona. Se vuelve más profunda, más rica.

Lo miro fijamente. El concepto me resulta tan ajeno, tan absolutamente incomprensible.

—He intentado lo de las relaciones. Nunca funciona. Siempre me aburro. ¿Qué se supone que debo hacer con la misma mujer durante años?

El mero pensamiento me hace estremecer. Una eternidad de monotonía, de estancamiento. Una muerte lenta del alma.

Logan chasquea la lengua, con un brillo de reconocimiento en sus ojos.

—Ves, ese es tu problema. Nunca has intentado conectar con una mujer más allá de lo físico. Sloane, ella es brillante, divertida, fascinante. Podría pasar horas simplemente escuchándola hablar, oyendo sus ideas. Estar con ella, compartir mi vida con ella, lo es todo. El sexo es genial, no me malinterpretes. Fenomenal, incluso. Pero no es el núcleo de nuestra relación. Es solo una parte de un todo mucho mayor.

Lo miro parpadeando, sin comprender.

—Suena horrible. Asfixiante.

Logan se ríe.

—Confía en mí, hermano. Cuando conozcas a la mujer adecuada, estarás suplicando por el privilegio de estar encadenado a ella.

Me burlo, escéptico. La idea es absurda. Ninguna mujer podría tener ese tipo de poder sobre mí. No lo permitiré.

—Hablando de eso —continúa Logan, con un tono astuto—, ¿cuál es tu plan con Ava? Te casaste con ella sin siquiera acostarte con ella. Debe haber alguna estrategia en juego.

Me levanto y me dirijo a la caja fuerte de la pared, mis dedos vuelan sobre el teclado. El cerrojo se desactiva con un suave pitido, y alcanzo el interior, sacando una gruesa carpeta de manila. Se la lanzo a Logan, observando cómo la atrapa.

—¿Qué es esto? —La abre, su mirada escaneando las páginas en su interior.

Camino detrás de mi escritorio, con las manos entrelazadas a mi espalda.

—El contrato. Los términos de nuestro acuerdo.

Las cejas de Logan se elevan más a medida que lee, sus labios moviéndose silenciosamente sobre la densa jerga legal. Cuando llega a la cláusula de decisión, inhala bruscamente.

—Lucas —dice lentamente, con cuidado—. Vas a tomar el control de su empresa.

—Sí. —Sabía que lo captaría de inmediato. Siempre ha sido el más inteligente.

—¿Por qué aceptaría ella eso? —Logan me mira, con confusión y algo parecido a la admiración luchando en su rostro.

Permito que una sonrisa de suficiencia curve mis labios, pavoneándome bajo su mirada.

—Porque le vendí una historia. Le dije que estaba invirtiendo en Gant Construction para salvarla de la ruina. Que necesitaba el poder para tomar decisiones ejecutivas para poder hacerlo.

Logan sacude la cabeza, una risa incrédula escapa de sus pulmones.

—Es brillante. Malvado, manipulador y totalmente despiadado, pero brillante.

El orgullo se hincha en mi pecho ante sus palabras. Logan es un genio, un prodigio. Ganar su elogio, su respeto... Lo es todo.

Pero luego su expresión se vuelve sobria y su rostro se vuelve sombrío.

—Sabes que esto no terminará bien, ¿verdad? Cuando se dé cuenta de lo que estás haciendo, de lo que has hecho, te despreciará.

Agito una mano despectiva, despreocupado.

—Ya me desprecia. Somos un Valeur y una Gant. El odio está en nuestra sangre.

Logan me clava una mirada escrutadora, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿De verdad? Porque por la forma en que la mirabas en la boda, no era odio lo que vi en tus ojos.

Me tenso, mi corazón se acelera detrás de mis costillas.

—No sé de qué estás hablando.

—¿No lo sabes? Vamos, Lucas. Te conozco. Vi el hambre en tu rostro, el deseo crudo. La mirabas como si quisieras devorarla entera.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes.

—Es una mujer atractiva. Por supuesto que quiero follarla. Soy un hombre de sangre caliente, ¿recuerdas? Pero eso es todo lo que es. Deseo físico, nada más. Puedo mantener mi polla bajo control. Puedo recordar quién y qué es ella.

—¿Y qué es?

—La enemiga. Un medio para un fin. Una herramienta para ser usada y descartada cuando haya terminado con ella. Es una Gant.

—Es una Valeur.

—¿Qué?

Logan suspira, frotándose la mandíbula con barba incipiente.

—También es una Valeur. Cuando le pusiste ese anillo en el dedo, la convertiste en una Valeur. Ahora es familia, te guste o no.

—No. —Suelto la palabra, tajante y definitiva—. No lo es, y nunca lo será. Es un peón, un peldaño. Destruiré su preciosa empresa, y luego la desecharé. Será la victoria definitiva. Tomaré mi lugar legítimo a la cabeza de Valeur Enterprises y aplastaré a nuestro mayor rival de un solo golpe.

Incluso mientras lo digo, un destello de duda se enrosca en mis entrañas. Una

inquietud que no puedo nombrar.

Me levanto y camino hacia la ventana, mirando el horizonte de la ciudad, mis hombros tensos.

—Eso si ella no me ha asesinado para entonces —murmuro entre dientes.

—¿Asesinato? —La voz de Logan es aguda.

Suspiro, pellizcándome el puente de la nariz.

—Intentó atropellarme ayer.

—¿Qué? ¿Por qué? —Logan se levanta y viene a unirse a mí en la ventana. Señala las marcas en mi cuello—. Esperaba que dijeras que intentó arañarte hasta la muerte o algo así. No esperaba un homicidio vehicular.

—Los arañazos son de su loro —digo entre dientes.

—¿De su loro? —La mandíbula de Logan cae, el shock y la incredulidad grabados en cada línea de su rostro—. ¿Tiene un loro? ¿Qué intentaste hacerle? Es como si hubiera cruzado a un universo paralelo. No entiendo nada.

Me paso una mano por el pelo, la agitación y la vergüenza luchando en mis entrañas.

—Solo quería hacerlo desaparecer por unos días para estresarla un poco, eso es todo.

Logan me mira fijamente por un largo momento antes de estallar en carcajadas, un sonido que me pone los nervios de punta. —Entonces, déjame ver si lo entiendo bien. ¿Ella intentó atropellarte y tú qué? ¿Secuestraste a su mascota como represalia?

Frunzo el ceño, sintiendo que mi cara se acalora.

—También remolcó mi coche del aparcamiento.

Eso solo hace que Logan se ría con más fuerza, agarrándose el estómago mientras jadea en busca de aire. Lo observo, sin encontrarle la gracia, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Sí, fue una estupidez. Ahora me doy cuenta —murmuro, desviando la mirada.

—No me río por eso —dice Logan entre jadeos, limpiándose las lágrimas de risa de los ojos—. Me río porque todavía no entiendes en lo que te has metido.

Frunzo el ceño, sintiendo una inquietud que me recorre la espalda.

—¿Qué quieres decir?

Logan se pone serio, la risa se desvanece de su rostro. Me da una palmada en el hombro, su agarre es firme y tranquilizador.

—Nah. Voy a disfrutar viendo cómo lo descubres por ti mismo.

Dieciséis

LUCAS

Examino las cartas y el correo apilado en mi escritorio, la altura del montón es intimidante. No he tenido la oportunidad de revisarlo en los últimos días, y el volumen que se ha acumulado es abrumador.

Alcanzo el primer sobre, el papel cremoso y pesado con letras doradas en relieve ya sugiere su contenido. Deslizo mi abrecartas bajo la solapa; la hoja corta el costoso papel como si fuera mantequilla.

Mis ojos escanean el contenido, y frunzo el ceño al comprender la situación.

Una gala benéfica. En dos días. Mierda.

Saco mi móvil y escribo un mensaje rápido.

Evento benéfico para niños con cáncer este viernes a las nueve.
Se requiere tu asistencia.

Envío el mensaje y me reclino, esperando la inevitable tormenta. No tarda mucho. Mi móvil vibra menos de un minuto después, el nombre de Ava parpadea en la pantalla.

Esposita
Eso es en dos días.

Casi puedo escuchar la indignación en su tono, ver el fuego chispeando en esos ojos verdes. Mis labios se contraen, la diversión luchando contra la irritación mientras escribo mi respuesta.

Sé leer fechas.

Esposita
Se acordó en el contrato que me darías una semana de aviso antes de un evento al que deba asistir.

¿Porque necesitas tiempo para aprender a actuar como mi esposa amorosa?

Esposita
Porque necesito tiempo para calmarme y poder pasar toda una noche en tu compañía sin vomitar.

Lo siento, pero hay baños en el evento si necesitas vomitar. Y creo que deberías ir a un médico.

Esposita
No voy a ir.

Mi mandíbula se tensa. Por supuesto, está siendo difícil. Por supuesto, está peleando conmigo por esto, como lo hace con todo lo demás.

Oh, claro que irás. No estuve en la oficina durante una semana porque dijiste que necesitábamos una falsa luna de miel, así que me perdí la invitación, y ahora solo quedan dos días. Así que en realidad, es tu culpa. No puedo aparecer solo en mi primer evento público desde la boda.

Esposita
Diles que estoy enferma.

O que tuvimos una pelea.

O que intentaste robar mi loro.

Miro fijamente la pantalla. Tengo que reconocérselo, la mujer es creativa. Exasperante pero creativa.

Y tú intentaste atropellarme. Y remolcaste mi coche. Creo que mi reacción fue leve.

Esposita
Ni siquiera entiendes lo que hiciste mal.

¿De qué está hablando? No le hice nada. ¿O está hablando de nuevo sobre la ropa que no le gusta?

No fuimos a ningún evento en la primera semana, ya me debes dos eventos. Te perdonaré uno. Y no tienes que usar los vestidos que compré.

Ahí está. Nadie puede decir que no cedo.

Esposita
¿Crees que un vestido es lo que me hará ir?

El calor me recorre la columna ante la insinuación involuntaria, mi mente se inunda con imágenes de ella deshaciéndose debajo de mí, a mi alrededor. Me muevo en mi asiento, mis pantalones de repente están apretados.

Joder.

Contrólate, Valeur.

Apartando esos pensamientos, escribo un mensaje, incapaz de resistir el impulso de provocar, de empujar.

¿Entonces quieres venirte? Ya te ofrecí orgasmos.

Esposita
Estoy segura de que no sabes cómo hacer que una mujer se venga. Deben estar fingiéndolo.

Oh, ella no tiene idea.

Nunca he dejado a una mujer insatisfecha. Nunca he fallado en reducirlas a un desastre tembloroso y suplicante, rogando por más, por cualquier cosa que esté dispuesto a dar.

El impulso de mostrarle lo bien que puedo hacerla sentir es repentino y abrumador. Extenderla sobre este mismo escritorio y adorarla con manos y boca hasta que esté sollozando mi nombre, hasta que olvide todas las razones que tiene para odiarme.

¿Te sientes valiente detrás del teclado? Ven aquí y compruébalo por ti misma.

Joder. Ahora trabaja en este edificio, solo a unos pisos de distancia. ¿Y si aparece? Mi polla se contrae ante la idea, y paso una mano por el frente de mis pantalones. Si estas conversaciones continúan, tendré que masturbarme en el baño.

Esposita
Soy mucho más valiente que tú. Solo sé que eres pura palabrería. Eres un bastardo insensible, y gente como tú no puede ser buena en la cama.

¿Un bastardo insensible? Tal vez. Pero conozco bien el cuerpo de una mujer.

Más amenazas y palabras vacías. ¿Tienes el valor de venir y comprobarlo por ti misma?

Esposita
Iré al evento, pero esta es la última vez que me das tan poco aviso.

Dejo el móvil en el escritorio y me doy cuenta de que estoy sonriendo. Cedió. ¿Cómo es posible que disfrute tanto estas peleas?

Me reclino en mi silla y entrelazo los dedos detrás de mi cabeza, la satisfacción vibrando en mis venas. Es una pequeña victoria, pero una victoria al fin y al cabo.

Hay algo en Ava que saca esto de mí. Un lado imprudente e impulsivo que pensé que había dejado atrás hace mucho tiempo. Me saca de quicio como nadie más y me afecta de una manera que no puedo entender del todo.

Mi mente sigue volviendo a ella. A la forma en que sus mejillas se sonrojan cuando está enojada, la inclinación desafiante de su barbilla cuando me enfrenta. El aroma embriagador de su perfume, el balanceo enloquecedor de sus caderas mientras se aleja...

Apretando los dientes, sacudo bruscamente la cabeza, disipando los pensamientos. Esto es exactamente lo que no puedo permitir. Esta preocupación, esta... obsesión.

Alcanzo el siguiente sobre en la pila, mi mente ya está girando hacia todas las tareas que tengo que cumplir antes de la gala, antes de tener que enfrentarla de nuevo, y fingir que no estoy contando los segundos hasta que pueda hacerlo.



—¿Lilibeth? —Mi voz resuena en la espaciosa cocina.

—¿Sí, señor? —Se gira hacia mí, secándose las manos en el delantal, con una sonrisa en el rostro. Las ollas de cobre detrás de ella burbujean y humean, llenando la cocina con los tentadores aromas de su cocina. Respiro hondo.

—¿Podrías hacer de nuevo ese plato especial, el de los albaricoques caramelizados? Me encantó.

La sonrisa desaparece de su rostro.

—Emm...

Frunzo el ceño.

—¿Ocurre algo?

—No, es solo que... Um... —Lilibeth juguetea con las cintas de su delantal, su mirada recorre la cocina, mirando a cualquier parte menos a mí.

—¿Qué pasa, Lilibeth? Es solo un plato. ¿Ya cocinaste algo más para hoy?

—No. Es solo que ella me pidió que no se lo dijera.

—¿Ella? —Entrecierro los ojos y doy un paso más cerca, acortando la distancia entre nosotros—. ¿Te refieres a Ava?

Lilibeth asiente.

—¿Qué es lo que no se supone que me digas? Sabes que trabajas para mí, no para Ava. Ella no puede exigirte nada. —¿Qué demonios podría estar ocultando? ¿Qué es tan importante que no puedo saberlo? ¿Me está envenenando?

—Ella no exigió nada. No es así. —Lilibeth baja la mirada—. No quiero traicionar su confianza.

—Si no me lo dices ahora mismo, puedes considerarte despedida. No mantendré personal que me guarde secretos en mi casa.

Lilibeth levanta la cabeza, con los ojos redondos y alarmados.

—¡No, señor, le juro que no es nada de eso! No hay ninguna conspiración. Es solo que, bueno, ese plato en particular que tanto disfrutó...

—¿Sí?

—Ella lo hizo. Es su receta, y por eso no puedo prepararlo para usted.

Parpadeo. Una vez. Dos veces.

—¿Ava cocinó?

—Sí, señor. Eso es lo que he estado tratando de decir. —Lilibeth me mira como si fuera tonto.

—¿Eso es todo? ¿Por qué quería ocultarme eso? —No lo entiendo.

Lilibeth se encoge de hombros.

—No estoy segura, pero creo que quería escuchar su verdadera opinión sin que usted la elogiara solo porque ella lo hizo.

Yo pienso lo contrario. No quería que lo escupiera si descubría que ella lo había cocinado.

Toda esta situación es extraña. ¿Ava sabe cocinar? No solo cocinar, sino comida gourmet. Lilibeth es una excelente chef, pero ese plato está grabado en mi memoria.

Salgo de la cocina y me dirijo a mi gimnasio en casa.

Después de nuestros mensajes de esta mañana, no hay ninguna posibilidad de que acepte cocinar algo para mí. Preferiría apuñalarme con un cuchillo antes que atenderme.

Abro la puerta del gimnasio de un empujón y me quedo paralizado, atónito por la imagen frente a mí. Ava, vistiendo solo un sujetador deportivo y unos

shorts de lycra tan pequeños que casi son indecentes.

Sus exuberantes curvas se exhiben pecaminosamente mientras corre en mi cinta. Con auriculares puestos, ojos cerrados, labios rosados entreabiertos mientras tararea para sí misma, perdida en su entrenamiento.

No puedo apartar mis ojos de ese trasero perfecto mientras me quedo ahí embobado como un idiota, contemplando la estrecha curva de su espalda que conduce a unas curvas plenas y redondas. Una gota de sudor se desliza por su columna, y me pica la necesidad de lamerla de su piel. Quiero agarrar puñados de sus firmes nalgas, morderlas...

Los ojos de Ava se abren de golpe y se encuentran con los míos en el espejo. Grita, sus brazos golpeando el botón de parada. Sus pies se enredan y cae hacia atrás de la cinta.

—¡Mierda, Ava! —Me abalanzo hacia adelante y la agarro justo antes de que golpee el suelo, atrayéndola contra mi pecho. Mi corazón late con fuerza—. Dios, casi te golpeas la cabeza.

Me mira aturdida, con los labios entreabiertos mientras jadea en busca de aire, el calor de su trasero apenas cubierto entre mis manos. Solo la fina tela separa mis dedos de su piel. Tan cerca, su aroma inunda mis sentidos: flores y sudor. Me hace querer hacer cosas locas y estúpidas.

Maldita sea, me importa más de lo que debería. Me gusta más de lo que debería.

—Podrías haberte lastimado —susurro. Levanto mi mano, rozando mi pulgar sobre su mejilla, acercándome peligrosamente a su boca.

Ella no me detiene, así que sigo acercándome... lentamente. Sus ojos están oscuros, las pupilas tan dilatadas que casi eclipsan el divino verde.

Detenme, Ava. Detenme antes de que no pueda detenerme yo mismo.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, Ava empuja con fuerza mi pecho. La dejo alejarse, tratando de no mostrar cuánto odio que lo haga.

—Claro, como si te importara tanto si me lastimo. —Se ríe—. Podría romperme el cuello y tú lo celebrarías. —El hechizo se rompe—. Y si no quieres que me lastime, tal vez no deberías aparecer así de repente. —Agarra una toalla del estante y la coloca sobre sus hombros.

—No aparecí de repente. Entré por la puerta como siempre lo hago. Solo vine a hacer ejercicio. —Señalo mi ropa deportiva—. No sabía que estabas aquí.

—Disculpa por invadir tu gimnasio.

Maldita sea. La forma en que esas mallas abrazan sus muslos, acentuando la tentadora V entre sus piernas.

—Eres bienvenida a quedarte.

Ella coloca sus manos en sus caderas.

—Sí, claro. ¿Mientras me miras como un pervertido?

—Ja. —Presiono una mano contra mi pecho—. Te tienes demasiada estima. No eres lo suficientemente interesante como para que quiera mirarte.

Un destello de dolor pasa por sus ojos.

—Vete a la mierda, Lucas —dice entre dientes, su cuerpo se pone rígido.

—Con gusto. ¿Quieres acompañarme?

—Eres insufrible.

—¿Así es como le hablas a tu marido? —Paso mi lengua por mis labios. Dios, es hermosa cuando está enojada.

—Hablaré como quiera. —Levanta la barbilla, sus ojos desafiantes—. No soy tu propiedad.

Cierro la distancia entre nosotros, y ella retrocede hasta que su espalda choca con el espejo sin tener a dónde ir. Apoyo mis manos en el espejo a ambos lados de su cabeza, encerrándola.

—Tal vez no, pero si dejas de luchar contra mí, descubrirás lo que te estás perdiendo.

Ella levanta la mirada hacia mí, con el pecho agitado y los ojos abiertos de par en par. No la estoy reteniendo; podría escaparse en cualquier momento. Pero simplemente se queda ahí, con sus ojos fijos en los míos.

Froto mis caderas contra las suyas y ella deja escapar un suave gemido.

Joder.

El líquido preseminal humedece mis bóxers. ¿Cómo es posible estar tan excitado cuando ambos estamos completamente vestidos? ¿Cuando no hemos hecho nada?

—¿Así que no estás interesado en mí, eh? —inclina la cabeza.

Exhalo con fuerza. En mis fantasías, ella está envolviendo sus piernas alrededor de mí mientras la follo con fuerza contra este espejo. Quiero escuchar esa boca sucia suya gritando mi nombre cuando se corra.

—Dime, Ava, si metiera mi mano en tus shorts ahora mismo, ¿estarías húmeda y palpitante? ¿Lista para suplicar por mi polla como una buena...

—Tócame y te daré una patada en las pelotas tan fuerte que las saborearás. —Arquea una ceja.

—Valdría la pena.

Su boca se abre y luego se cierra de golpe.

No me muevo.

—No te preocupes, esposita. Soy un hombre de palabra. Si quieres que te toque, tendrás que pedirlo. —Bajo la mirada—. ¿Verdad o reto?

Ella levanta su rostro hacia el mío, sus ojos verdes brillando mientras me estudia, y finalmente dice:

—Verdad.

Paso la lengua por mis dientes.

—¿Quieres correrte, Ava?

Ella inhala bruscamente, sus caderas moviéndose. Solo un poco, pero lo suficiente para que lo sienta.

—La verdad, Ava.

Sacude la cabeza.

—He cambiado de opinión. Reto.

Sonrío. ¿Así que así quiere jugar? Bien por mí.

—Bésame.

—¿Qué? —Sus ojos se abren aún más, sus pechos subiendo y bajando contra mi pecho.

—Me has oído. Bésame. Como si fuera de verdad.

Ava me mira fijamente, sus pupilas dilatadas, lo verde de sus ojos casi ha desaparecido. No me muevo, apenas respiro. *Bésame, Ava. Solo bésame. Deja de negar esta necesidad entre nosotros.*

Sé que me desea tanto como yo a ella. Es solo físico, no hay nada malo en eso. Quiero que se rinda a sus necesidades, que se entregue a mí. Joder, la deseo tanto.

Sus ojos se cierran justo antes de que presione sus labios contra los míos. Solo por un segundo. Luego se aparta.

Me río entre dientes.

—¿A eso le llamas beso? ¿O es que simplemente tienes miedo? —La estoy provocando, sabiendo que no se echará atrás ante el desafío.

Ella captura mi boca de nuevo, se levanta sobre la punta de sus pies, con las manos en mi cabello, atrayendo mi boca hacia la suya. Sus labios tocan los míos y es eléctrico, haciendo que mi polla palpite.

Gimo y la aprieto contra mí, presionándola contra el espejo. Su corazón late acelerado contra mi pecho. Su lengua empuja dentro de mi boca, caliente y dura, y la dejo entrar, inclinando mi cabeza para profundizar más.

Dios, sabe tan bien. Como cerezas y chocolate, dulce y adictiva. Podría ahogarme en ella. Suavizo el beso, ralentizándolo, chupando su labio inferior. Ella gime y se arquea contra mí.

Mis manos quieren explorar la tierna suavidad de sus pechos, trazar la curva sensual de sus caderas. Estoy dolorosamente duro, mi polla dura como el hierro.

Gimo en su boca, usando cada onza de fuerza de voluntad para mantener mis manos en el espejo en lugar de tocarla como prometí. Mi cuerpo grita, exige estar dentro de ella ahora.

Cuando rompe el beso, ambos estamos sin aliento. Sus labios están

hinchados y enrojecidos por mi barba incipiente, sus ojos ardiendo.

Ambos sentimos eso. Lo sé. Pero ella aún no está lista para rendirse ante mí. Puedo ver la resistencia grabada en sus facciones.

Aun así, compruebo solo para estar seguro.

—¿Quieres pedirlo, Ava?

—Cuando el infierno se congele. —Se escabulle bajo mi brazo y huye de la habitación.

Diecisiete

LUCAS

Me abrocho el último botón de la camisa del esmoquin y me ajusto la pajarita. Esta noche es la gala benéfica, nuestra primera aparición pública como marido y mujer.

Le dije a Ava que podía elegir su vestido, y ahora estoy reconsiderando esa decisión. Fácilmente podría elegir algo para avergonzarme.

Espero que no tengamos que discutir sobre su atuendo; ya vamos tarde. Echando un vistazo a mi reloj, levanto la cabeza.

Joder.

Ava se desliza hacia mí, una visión en un vestido carmesí a medida que se ajusta a sus curvas, con el dobladillo rozando el suelo. El escote de corazón sin tirantes deja al descubierto sus hombros y un tentador indicio de escote.

Mi ritmo cardíaco se acelera.

¿Cómo es posible que esté completamente cubierta y elegante, y aun así lo único en lo que puedo pensar es en lo mucho que quiero quitarle ese vestido? ¿En lo bien que se verá cuando lo haga?

Sus labios, pintados a juego con el vestido, se ven llenos y tentadores.

Me quedo inmóvil, cautivado por su visión. Quiero conquistarla más que cualquier cosa que haya deseado jamás. La necesidad se intensifica cada día que estoy cerca de ella.

—¿Lista? —rompo el silencio cargado, mi voz un poco más profunda de lo habitual.

Ella asiente, y nos dirigimos hacia afuera. Quiero abrirle la puerta, pero ella se me adelanta, y se introduce en el asiento del pasajero.

Suspirando, me deslizo detrás del volante y enciendo el Jaguar. El potente motor ronronea y saboreo el sonido por un momento antes de salir de la entrada.

—Estás callada —comento después de unos minutos de silencio tenso.

No hay respuesta. Ella mira por la ventana, evitando mi mirada.

—¿Planeas darme la ley del hielo toda la noche?

Ava se gira para mirarme, con los ojos esmeralda entrecerrados.

—Esa es la idea, sí.

—¿Por qué? —Arqueo una ceja, mirándola antes de volver a concentrarme en la sinuosa carretera.

—Porque cada vez que abres la boca, me enfadas, y preferiría no tener que fingir ser tu esposa adorada mientras hiervo de resentimiento.

Sonrío con suficiencia.

—Estoy seguro de que un orgasmo alucinante curaría eso. ¿Quieres que me detenga?

Su ceño se profundiza.

—Y ahí está. Sabía que eso vendría.

—¿Qué?

—Tú, convirtiendo todo en insinuaciones sexuales. Déjame adivinar. En tu mundo, ¿los orgasmos resuelven todos los problemas de la vida?

—Más o menos. —Me encojo de hombros, el movimiento hace que mi hombro roce el suyo en el estrecho espacio del coche. Ella se tensa y gira su cuerpo.

—Típico. —Ava sacude la cabeza, la irritación irradiando de ella en oleadas —. ¿Por qué esperaba algo diferente?

—¿Así que vas a ignorarme durante todo el viaje?

—No. Me debes una verdad de nuestro juego, ¿recuerdas?

Aprieto los labios. Cierto. El explosivo beso de ayer en el gimnasio valió la pena para complacerla en este tonto juego.

—Bien. Haz tu pregunta entonces.

Ava estudia mi perfil por un largo momento, mordisqueándose el carnoso labio inferior. La pequeña acción dispara una descarga de pura lujuria directamente a mi entrepierna.

—¿Cuál es tu miedo más profundo y oscuro?

—¿Miedo? —Me burlo—. No le temo a nada.

—Mentira. Todo el mundo le teme a algo. No me refiero a tonterías superficiales como arañas o serpientes. Me refiero a algo profundo del alma, algo que te mantiene despierto por la noche. ¿A qué le temes tanto, Lucas, que te escondes detrás de este constante flujo de bravuconería y comentarios sexuales?

—No estoy escondiendo nada. Simplemente me gusta el sexo. Mucho. ¿Qué tiene eso de raro? —Giro la cabeza para encontrar su mirada, y la miro fijamente por un momento antes de volver a concentrarme en la carretera.

—Estamos jugando a verdad o reto. No se permite mentir.

—No lo estoy haciendo.

Ava simplemente sacude la cabeza, volviéndose para mirar por la ventana de nuevo.

—Ya veo. Exiges honestidad de mí pero te niegas a devolver el favor. Supongo que el juego ha terminado.

Suelto un fuerte suspiro, mis manos apretando el volante. Estamos casados, y ella firmó un maldito acuerdo de confidencialidad irrompible. Puedo decir lo que quiera.

Pero seguimos siendo extraños. Quizás por eso quiero contárselo. Porque,

maldita sea, por alguna razón inexplicable, quiero confiar en ella.

Hay algo en la forma en que Ava me mira, de verdad me mira, con esos impresionantes ojos verdes enmarcados por espesas pestañas. Es como si viera más allá de todas mis tonterías hasta el verdadero yo debajo. Las partes rotas que tanto me esfuerzo por ocultar.

Lo hizo ayer en el gimnasio cuando la atrapé antes de que cayera, mirándome con esa suave y sorprendida maravilla. Por una fracción de segundo, me permití imaginar que podría ser mejor. Que ella podría hacerme querer ser mejor, solo para ser digno de ella.

—Tengo miedo de convertirme en mi padre —susurro, tan bajo que no estoy seguro de que me oiga. Pero Ava gira la cabeza rápidamente, con los ojos muy abiertos mientras observa mi sombrío perfil.

—Mi padre engañó a mi madre. Al menos, estoy bastante seguro de que lo hizo. Eso torpedeó su matrimonio, nos jodió a todos. —Es la primera vez que le doy voz a ese miedo. A alguien.

Ava hace un pequeño sonido, apoyando su mano en mi antebrazo. Su toque es fugaz, está ahí y ya no.

—Dios, Lucas. Lo siento mucho.

—No es tu culpa. —Me encojo de hombros—. Él es el que no pudo mantener su polla en sus pantalones. Nada fue lo mismo después de eso.

—¿Cómo sabes que la engañó? —Su ceño se frunce.

—Recuerdo lo asquerosamente enamorados que estaban antes. Como un par de adolescentes, siempre riendo, siempre encontrando excusas para tocarse. Solía repugnarme. —Suelto una risa seca ante el recuerdo—. Entonces, un día, se detuvo. Como si hubieran apagado un interruptor y extinguido la luz. Pillaba a mi madre mirándolo con esa expresión, tanta desconfianza y dolor en sus ojos. No soportaba que la tocara. Actuaban como extraños educados, que apenas se hablaban. ¿Qué más podría ser?

Eso la destruyó. Y también, a él. Incluso ahora, el recuerdo tiene el poder de desgarrarme por dentro. Pasé años diciéndome a mí mismo que nunca sería ese tipo. Nunca me apegaría. Nunca dejaría que una mujer clavara sus garras lo suficientemente profundo como para destruirme si se iba, como le pasó a papá. Es por eso que follo pero nunca hago el amor. Nunca paso la noche. Siempre mantengo un pie fuera de la puerta.

Y ahora estoy casado con la hija del enemigo. Qué ironía.

—Eso suena horrible. Lamento que hayas pasado por eso —la suave voz de Ava me saca de la espiral melancólica de mis pensamientos. Me sorprende descubrir que sus ojos están húmedos, con las pestañas empapadas de humedad.

—Nunca conocí a mi madre —confiesa después de un momento—. Murió

cuando nací.

Yo sabía eso, por supuesto. Lo leí en el extenso informe de antecedentes que había recopilado cuando investigaba la mejor manera de destruir a su padre. Era solo una nota al pie, un detalle menor. Pero escucharla decirlo en voz alta, presenciar el destello de viejo dolor que empañaba su hermoso rostro... se siente diferente.

Soy un imbécil, pero no soy insensible.

—Debe haber sido duro crecer sin ella —suavizo mi tono. Ava nunca me había mencionado a su madre antes. Pero claro, Ava no menciona nada personal. No tenemos precisamente la costumbre de tener charlas íntimas.

Ella levanta un hombro delgado, tratando de aparentar un aire casual, pero no se me escapa la forma en que sus ojos se vuelven distantes, una sombra oscureciendo el verde vibrante.

—No conocía otra cosa. Tuve que aprender a valerme por mí misma desde muy temprano.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde demonios estaba tu padre?

—Trabajando. Construyendo su imperio. No tenía tiempo para mimarme —su sonrisa es amarga—. Sabía que era mejor no molestarlo con cosas triviales como eventos escolares o hitos de la infancia. Las raras veces que lo hacía, dejaba muy claro que yo era una molestia. Una distracción irritante.

Un músculo en mi mandíbula se contrae mientras la ira fría me recorre la columna.

—Qué maldito imbécil. ¿Alguna vez él...? —No puedo obligarme a preguntar. La idea de que alguien le ponga una mano encima a Ava, de que su padre la maltratara, me enfurece. Me dan ganas de moler a golpes al hijo de puta con mis propias manos.

—No. Nunca me golpeó, si es eso lo que estás preguntando. No es que lo necesitara. El abandono es su propia forma de abuso —baja la mirada, retorciendo el brillante cierre de su bolso de noche.

Dios. No es de extrañar que desconfíe de los hombres. Su padre la colgó como un premio a ganar, una adquisición, sin apreciarla como una hija. Me da náuseas.

Y aquí estoy yo, el imbécil que se abalanzó a recoger ese premio. No soy mejor que él, usándola como un peón para destruir a Gant.

Por primera vez, la vergüenza se agria en mis entrañas ante ese pensamiento.

—Ava. Lo siento. Merecías mucho más —para mi horror, mi voz se vuelve áspera por la emoción. Me arriesgo a mirarla, pero ella está mirando fijamente su regazo, con una lágrima perfecta y brillante en equilibrio sobre sus exuberantes

pestañas inferiores.

—Sí, bueno. No siempre obtenemos lo que merecemos, ¿verdad? —Se limpia los ojos antes de pegar una sonrisa brillante y falsa—. No importa. Es historia del pasado.

Puedo notar por el temblor en su voz que sí importa. Que las heridas aún están crudas y supurando, aunque finja lo contrario.

Quiero decir algo para consolarla, para calmar a esa niña pequeña y perdida que aún vive dentro de ella. Y sin embargo, no tengo la más mínima idea de por dónde empezar. Soy la última persona en el mundo equipada para ofrecer consuelo o ternura. Yo destruyo, no sano.

Esa sensación de opresión vuelve a mi pecho. Se está volviendo más difícil de ignorar. Más difícil pretender que Ava no ha profundizado más que cualquier otra mujer.

Me asusta muchísimo.

Gracias a Cristo, el puesto del valet aparece a la vista, ofreciendo una distracción muy necesaria.

—Ya llegamos —anuncio—. Recuerda, esta noche eres mi esposa amorosa. Sonríe bonito, ríe de mis chistes y desvívete por mí.

—Conozco la rutina —la voz de Ava se vuelve ártica, la molestia desaparece a la chica vulnerable de hace un momento. Se alisa el frente del vestido—. Firmé tu precioso contrato. No necesitas recordarme cómo desempeñar mi papel.

El contrato. Cierto. Ella no estaría aquí conmigo ahora si no fuera por ese pacto con el diablo. Y yo solo estoy aquí para destruir a su padre y, de paso, a ella.

El sentimentalismo no tiene lugar en este acuerdo. Debo dejarme de sentimentalismos y volver al juego.

Me enderezo y salgo del coche, entregando las llaves al aparcacoches y voy hacia el lado de Ava. Después de un momento, ella coloca su pequeña mano en la mía y me permite ayudarla a salir.

Meto su mano en el hueco de mi codo y la guío hacia el salón de baile. La satisfacción se despliega en mi pecho al notar las miradas de admiración dirigidas hacia nosotros. Ella es la mujer más guapa de la fiesta. A diferencia de las otras mujeres que desfilan joyas ostentosas y maquillaje pesado, la elegancia discreta y el aplomo de Ava la hacen destacar.

Hago las rondas con Ava del brazo, su rostro es una máscara perfecta de amabilidad mientras sonríe a la élite de la sociedad que deambula por el salón de baile. Saluda a todos con compostura y refinamiento, interpretando su papel de esposa devota a la perfección. El rojo profundo de su vestido capta la luz mientras nos movemos, la tela brilla como llamas contra su piel pálida.

—Lucas Valeur —la voz presumida corta el murmullo de la conversación, y me giro para encontrar a su dueño.

—Ben —inclino la cabeza.

—¿Y quién es esta criatura encantadora? —Sus ojos oscuros recorren a Ava de una manera que me eriza.

—Ben, ella es mi esposa, Ava. Cariño, te presento a Benjamin Aster, CEO de Aster Group —suelto con una sonrisa forzada.

Ava extiende una mano grácil, pero en lugar de estrecharla, el bastardo la lleva a sus labios, sosteniendo sus dedos en su boca un segundo de más.

Aprieto los dientes.

—Sí, escuché que te habías casado —su mirada se detiene en Ava, ardiente y evaluadora—. Debo decir que hiciste una muy buena elección.

Mi presión arterial se dispara. La idea de sus manos sobre ella me dan ganas de cometer violencia.

—¿Puedo robarte un momento? He estado queriendo consultarte sobre el trato Sunset —aunque se dirige a mí, su atención permanece en mi esposa.

Imbécil.

Le dedico una sonrisa afilada.

—Por supuesto. Discúlpame, cariño —presiono un beso rápido y duro en la mejilla de Ava antes de permitir que Benjamin me guíe hacia el bar.

Mientras él continúa hablando sobre hacer dinero y cuánto del mercado controlan, mantengo un ojo en Ava, observando cómo bebe su champán y se mezcla con otros. Toma menos de un minuto para que una bandada de hombres ansiosos descienda, todos clamando por su atención.

Ella se ríe de algo que uno de ellos dice, echando la cabeza hacia atrás para exponer la elegante columna de su garganta. El gesto parece coqueto.

Algo oscuro y posesivo se despliega en mi pecho.

Ella no se ríe así conmigo. Sin inhibiciones. De verdad.

Un hombre se acerca a su espacio, apoyando una mano en la parte baja de su espalda mientras se inclina para murmurar en su oído. Ava se tensa pero no lo aparta.

—Discúlpame un momento, Ben —No espero una respuesta antes de abandonar mi bebida y cruzar el salón de baile en unas pocas zancadas rápidas.

—Hola —Mi voz podría cortar el cristal mientras me abro paso entre Ava y su admirador, desalojando la mano de él de su cuerpo y reemplazándola con la mía—. No creo que nos hayan presentado. Soy Lucas, el marido de Ava. ¿Y usted es?

El hombre da un paso atrás, inquieto, luciendo desconcertado.

—Jeffrey. Jeffrey Hanover. Solo estaba diciendo lo encantadora que se ve su

esposa esta noche.

—Sí, es cierto, ¿verdad? Soy un hombre muy afortunado —Curvo mis dedos en la cadera de Ava, atrayéndola contra mi costado en una descarada demostración de posesión. Su cuerpo permanece rígido e inflexible contra el mío —. Ahora, si nos disculpa.

Sin esperar una respuesta, guío a Ava lejos, cada músculo tenso con agresión apenas contenida.

En el instante en que estamos solos, ella se zafa de mi agarre y se gira para enfrentarme, sus ojos verdes lanzando fuegos artificiales esmeralda.

—¿Qué demonios fue eso? —susurra, su tono áspero y los puños apretados a los costados. Un rubor rosado tiñe sus mejillas, aunque no puedo estar seguro si es por ira o por el champán.

—Eso era yo evitando que ese viejo bastardo babeara sobre tus tetas.

—Oh, por favor. Estábamos teniendo una conversación agradable. No es asunto tuyo.

—Soy tu marido. Eso lo convierte en mi asunto —Las palabras saben amargas y falsas, incluso para mis oídos. Ambos sabemos que este matrimonio no es real. Aun así, eso no impide que la cosa irracional y desgarradora dentro de mí quiera agarrarla y gruñir que es «*mía* » para que todo el mundo lo escuche—. Es un hombre. Te prometo que solo tenía una cosa en mente.

—Piensas así porque eres así, solo interesado en las mujeres por una cosa. No todo el mundo es así —Sus ojos arden.

—Sí, claro. Sigue creyendo en hadas y polvo de duendes —digo antes de irme para volver a mi conversación con Ben.

Intento escuchar sus explicaciones sobre el proyecto y por qué Valeur debería presentar una oferta, pero no puedo concentrarme. No cuando parece que cada hombre en la sala ha decidido probar suerte con mi esposa.

Puede que no sea realmente mi esposa, pero ellos no lo saben, y aun así, no tienen problema en hacer sus movimientos mientras estoy en el lugar. Tomo nota mental de los nombres de las personas que parecen demasiado amistosas.

Eventualmente, querrán algo de Valeur, y descubrirán que mi memoria es duradera.

—Envíame todos los detalles por correo electrónico, ¿de acuerdo, hombre? Lo revisaré en la oficina —Le doy una palmada en el hombro a Ben y abandono la conversación.

Ava se apoya contra una pared lateral, sosteniendo una copa de champán, y un hombre está frente a ella. Cerca. Demasiado cerca. Justo como yo estaba cuando la presioné contra el espejo en el gimnasio.

El beso surge en mi memoria, y mi estómago se contrae.

Apostaría mi fortuna a que él está pensando en follarla ahora mismo.

Justo como yo quiero hacerlo.

Me acerco a ellos por el lado y tiro de su brazo, alejándola.

—¡Oye! —exclama ella, con una nota de sorpresa en su voz.

—¿Quién es usted? —El hombre me agarra, impidiéndome alejarla.

Bajo la mirada a su mano y luego vuelvo a su rostro.

—Tienes diez segundos para quitar tu mano de mí, o la pierdes —gruño—. Soy su marido. ¿Quién eres tú?

Los ojos del tipo se abren de par en par, casi saliéndose de sus órbitas cuando comprende la situación. Luego quita su mano de mí y da un paso atrás. En medio minuto, está lejos de nosotros.

—Tú... tú... —balbucea ella—. Ni siquiera sé qué eres.

—Lo siento por asegurarme de que cumplas con los términos de nuestro acuerdo.

—¿Acuerdo? ¿Hablas en serio? ¡No puedes simplemente manosearme como una especie de cavernícola cada vez que un hombre respira el mismo aire que yo! Es ridículo, además de insultante. ¿Qué crees que pasará? ¿Intercambiaremos unas palabras y me iré a manchar tu preciosa reputación follando con un extraño en el guardarropa? Solo estábamos hablando.

Guío a Ava a un pasillo sombrío, lejos de los ojos curiosos y las bocas chismosas de los otros invitados. En el momento en que estamos solos, ella se zafa de mi agarre y se gira para enfrentarme, sus ojos esmeralda arden de furia.

—Lo entiendo, ¿vale? Tu padre era un infiel. Eso no te da derecho a proyectar todos tus problemas en mí —Sus palabras me atacan como cuchillas de afeitar, cortando profundamente.

Retrocedo como si me hubiera abofeteado, un áspero suspiro saliendo de mis pulmones.

—No puedo creer que acabes de decir eso.

El arrepentimiento cruza su rostro, y ella intenta alcanzarme, pero me aparto de su toque como si quemara.

—Lucas, lo siento. No quise...

—¿No quisiste echarme en cara mis inseguridades en medio de una maldita fiesta? ¿Usar algo que te conté en confianza contra mí a la primera oportunidad? —Me río, pero es un sonido quebradizo y frágil—. Vaya. Qué tonto fui al pensar que podía confiar en ti con siquiera una pizca de vulnerabilidad. Mi error. No volverá a suceder.

—No. No intentaba herirte. Solo...

Levanto una mano, cortando sus excusas. No puedo quedarme aquí y escucharla tratando de justificar el retorcimiento del cuchillo. No cuando me

estoy aferrando a mi compostura por un hilo.

—Ahórratelo. He terminado con esta farsa de fiesta y he terminado con esta conversación. Vámonos.

Me dirijo hacia la salida sin esperar una respuesta. No miro atrás para ver si me sigue. No puedo. Si lo hago, puede que diga o haga algo de lo que no pueda retractarme.

El aire fresco de la noche me golpea en la cara cuando salgo precipitadamente, pero hace poco para enfriar la ira hirviente y el dolor que arañan mi interior. Aspiro una respiración temblorosa y echo la cabeza hacia atrás hacia el cielo estrellado, tratando de recuperar algo de control.

Pasos tentativos resuenan en el mármol detrás de mí. No me doy la vuelta.

—Lucas —La voz de Ava es baja, vacilante—. Lo siento mucho. Lo que dije allí dentro... Fue cruel e injustificado. Estaba enojada y herida, y ataqué sin pensar. No es excusa, y de verdad lo siento.

—No quiero oírlo —las palabras me saben a ceniza en la boca—. Te has explicado perfectamente. Mi trágico pasado es una debilidad que se puede explotar. Mensaje recibido.

—¡No es eso lo que quería decir! —La frustración se cuela en su tono. Se interpone en mi línea de visión, obligándome a mirarla. Lágrimas sin derramar brillan en sus ojos—. No estaba intentando usar tu dolor en tu contra. Jamás haría eso. Es solo que... odio sentir que no confías en mí.

—Vaya, me pregunto por qué será —el sarcasmo gotea en cada sílaba—. Tal vez tenga algo que ver con que me hayas dejado en ridículo ahí dentro, permitiendo que ese tipo te manoseara.

—¡Por Dios, apenas me tocó! Solo estábamos hablando. Quizás si no me hubieras abandonado en cuanto entramos para ir a hacer relaciones públicas...

—Estaba currando. Haciendo networking y promoviendo el negocio. Ya sabes, la empresa que me estoy partiendo el culo por dirigir. Disculpa si eso es tan inconveniente para ti, Su Alteza.

Ella emite un sonido inarticulado de pura frustración, alzando las manos.

—Eres tan exasperante. No soy una flor delicada que necesita que defiendas su honor cada cinco segundos, Lucas. Puedo cuidarme sola.

Me burlo.

—Sí, manejaste muy bien a ese pervertido. Olvídalo. Coquetea con quien quieras. Pero no esperes que sonría y actúe como el marido devoto mientras me faltas al respeto.

El dolor cruza su rostro, aparece y desaparece. Cuadra los hombros y levanta la barbilla. —Vale. ¿Hemos terminado aquí? Me gustaría irme a casa ahora.

—Sí. Hemos terminado —hago un gesto para despedir al valet que se acerca

y me dirijo al coche, abriendo la puerta del pasajero con mucha más fuerza de la necesaria.

Ava se desliza dentro sin decir una palabra, con la espalda recta como una vara. Cierro de un portazo con un satisfactorio estruendo y rodeo el capó para tirarme detrás del volante.

El trayecto a casa transcurre en un silencio pétreo y cargado. Ava mantiene la cara vuelta hacia la ventana, negándose incluso a mirarme. El músculo de mi mandíbula se tensa mientras subo el volumen del álbum de metal furioso que retumba por los altavoces.

Concentrarme en la carretera es lo único que me impide decir algo de lo que me arrepentiré. O detenerme aquí mismo y atraerla a mis brazos para meterle su ira y la mía por la garganta con mi boca.

Estoy tan furioso que puedo saborearlo, acre y caliente en el fondo de mi lengua. Con ella. Conmigo mismo. Con toda esta jodida situación.

Dios, qué noche más desastrosa. Y solo es el principio. ¿Cómo demonios voy a sobrevivir dos años de esto?

Dieciocho

AVA

El móvil se me escurre de las manos mientras me estiro para alcanzar una carpeta en el estante superior, y la pantalla se agrieta al impactar contra el suelo.

—Joder —murmuro entre dientes, tirando de la pesada carpeta amarilla etiquetada como 2022.

Mi estómago gruñe, un agudo dolor de hambre me recuerda que no he comido desde la mañana. No hay tiempo para eso ahora.

Hundiéndome en la silla de mi escritorio, leo de nuevo el correo electrónico oficial de Valeur Real Estate, asegurándome de las fechas, las palabras se desdibujan ante mis ojos cansados.

—Se solicita a Gant Construction que proporcione todos los registros financieros e informes que abarquen los últimos siete años fiscales —El mensaje incluye las fechas específicas.

Enterrando la cara entre mis manos, dejo escapar un gemido ahogado. Lucas tenía todo el derecho de exigir esto. Incluso lo verifiqué con mi abogado, esperando encontrar algún resquicio legal. Sin suerte.

¿Pero siete años enteros? ¿No es excesivo? Miro de reojo la imponente pila de carpetas en mi escritorio, cada una repleta hasta reventar de papeles.

Bueno, nunca especificó el formato. En ninguna parte dice que tenga que recibir archivos digitales bonitos y ordenados.

Supongo que una caja llena de carpetas físicas tendrá que bastar. ¿Inmadura? Tal vez. Pero aceptaré mis pequeñas victorias donde pueda.

Abriendo la primera carpeta, reviso los documentos, buscando algo sensible que no deba caer en manos enemigas.

Pero estas cifras no cuadran.

Paso las páginas más rápido, frunciendo el ceño cada vez más con cada hoja que volteo. Cuanto más leo, menos sentido tiene.

Nunca construimos ese proyecto de River Heights, entonces ¿por qué está listado aquí?

Es cierto que no trabajaba en Gant Corp ese año, pero aun así conozco el desarrollo. Sé qué contratista ganó esa licitación, y desde luego no fuimos nosotros.

¿Qué está pasando?

Hundiéndome en el suelo, extiendo las carpetas a mi alrededor, sacando más y más de los estantes mientras hago referencias cruzadas.

Nada de esto coincide. Hay demasiadas discrepancias, demasiadas entradas

cuestionables. Esto no puede ser accidental.

Mi estómago vuelve a gruñir, y lo ignoro, demasiado concentrada en la sospecha que se solidifica como una piedra en mis entrañas.

Levantándome sobre mis rodillas, arrastro mi portátil del escritorio y abro nuestra base de datos financiera oficial. Los números de 2022 no coinciden con las copias impresas. Son pequeñas cantidades, pero se acumulan.

Fila tras fila, columna tras columna, me desplazo por los datos mientras un escalofrío inquietante recorre mi espalda con sus dedos helados.

Alguien falsificó estos registros. Y solo hay una persona con el acceso y la autoridad para hacer eso.

Desplomándome de espaldas, miro sin ver las genéricas baldosas del techo de la oficina.

Estoy en un lío aún más profundo de lo que pensaba.

Sacando mi móvil de los restos de su funda destrozada, marco el número del único hombre que podría arrojar luz sobre este embrollo pestilente.

—Padre —intento mantener mi voz neutral, aunque por dentro tiemblo.

—Ava —su ronco barítono crepita a través de la línea.

—Estoy revisando la documentación de 2022 y noto algunas inconsistencias importantes.

—¿Y por qué demonios estarías haciendo eso? —pregunta, con impaciencia y algo más afilado, algo feo, corriendo bajo sus palabras.

—Porque recibí una solicitud formal de Valeur para entregar nuestros registros financieros completos de los últimos siete años.

—Y naturalmente, saltas a obedecer, como una esposa obediente —su burla me hace estremecer, mis uñas se clavan en mis palmas—. ¿Debo recordarte que eres una Gant ante todo? Recuerda dónde están tus lealtades, niña.

—No puedo simplemente negarme. Hice que nuestros abogados lo revisaran. Está dentro de sus derechos. Tú mismo viste el contrato —inhalo temblorosamente, armándome de valor—. ¿Adónde fue el dinero?

Hace un ruido de disgusto como si lo hubiera ofendido con mi atrevimiento. —No puedo creer que mi propia sangre pueda ser tan ingenua. ¿Eres así de estúpida o solo finges serlo?

—No soy estúpida —digo entre dientes, cada palabra precisa y cortante—. Te lo pregunto claramente. ¿Adónde. Fue. El. Dinero?

—¿Adónde crees, Ava? ¿Cómo te imaginas que creciste con una cuchara de plata en la boca? ¿Cómo crees que tuviste todos los lujos, que se satisfizo cada uno de tus caprichos?

—Nunca pedí nada de eso —mi voz se quiebra—. No quería cosas. Solo quería que me amaras.

—¿Que te amara? —suelta una carcajada áspera—. Madura. El amor no vale nada, es una ilusión. El dinero es lo único que importa. Es lo único que es real. Ahora, deja el drama y haz lo que se te dice. Deshazte de esos archivos.

—Eso es ilegal —susurro—. Me estás pidiendo que destruya evidencia. Que cometa un delito.

—Escucha bien, niñita. Te desharás de esos registros, o le dejaré muy claro a tu querido marido que tú eres la responsable de los fondos faltantes.

—¿Qué? ¿Yo? —me pongo de pie de un salto, los papeles se dispersan como hojas caídas—. No puedes echarme la culpa de esto.

—¿No puedo? Ahora eres la directora ejecutiva en funciones de Gant Corp. Tu nombre está en cada formulario, en cada transacción. Es tu trasero el que está en juego, cariño.

Un horror helado me empapa, como si me hubieran vaciado un cubo de pavor sobre la cabeza. Claro que sería capaz, el maldito bastardo. Me arrojaría a los lobos sin pestañear.

—¿De verdad me echarías a los tiburones? ¿A tu propia hija? —ahora estoy gritando, perdiendo el control como arena que se escurre entre mis dedos desesperados.

—No si haces lo que se te dice —su voz se vuelve plana, sin emociones—. Ahora cállate y haz tu trabajo. Deshazte de la evidencia, interpreta el papel de la buena esposa, y todo esto desaparecerá. Pero si dices una palabra, si te sales un poco de la línea, te enterraré. ¿Entiendes?

—Padre, por favor…

Clic.

Miro fijamente mi móvil. Mis rodillas ceden y me desplomo contra el escritorio, sin fuerzas.

Mierda. Me derrumbo sobre mi escritorio, mi cabeza golpea la superficie con un ruido sordo. No puedo creerlo. Me tiró bajo el autobús sin pestañear.

Un sollozo se forma en mi pecho, algo feo y miserable. Lo trago, apretando la mandíbula con tanta fuerza que mis dientes crujen.

No le daré la satisfacción de quebrarme. Me niego a desmoronarme.

Mi estómago gruñe de nuevo, y cedo, poniéndome de pie y llamando a mi asistente.

—Oye, Bridget, ¿puedes traerme algo de comer de abajo?

—Umm... —vacila.

—¿Qué?

—Bueno, es que... Ya son más de las cinco —Un tono de disculpa se entrelaza en sus palabras—. Estaba a punto de irme, y estoy casi segura de que los carritos también están cerrando por hoy.

Miro el reloj.

—Mierda —Tiene razón—. Está bien. Ve a casa. Me las arreglaré —Me arreglo la ropa, me aliso el cabello y salgo corriendo por la puerta.

Si me doy prisa, tal vez pueda encontrar algo antes de que cierren.

Veo el carrito de sándwiches en la acera y me dirijo directamente hacia él, rogando no haber perdido mi oportunidad. El universo me debe esta pequeña misericordia, demonios.

—Hola —saludo, esbozando mi sonrisa más radiante mientras me acerco al vendedor de aspecto cansado. Ya está desarmando el carrito, con las sillas metálicas apiladas a su lado—. Por favor, dime que te queda algo. Lo que sea. Estoy desesperada.

Apenas me dedica una mirada, demasiado concentrado en limpiar los mostradores salpicados.

—Lo siento, señorita, acabo de cerrar.

—¿Por favor? Tomaré lo que sea que tengas —Junto las manos bajo mi barbilla, dispuesta a suplicar si es necesario. El orgullo es un lujo que no puedo permitirme ahora mismo.

Con un suspiro, abre la tapa de la nevera y rebusca en su interior.

—Creo que me queda un sándwich de ensalada de huevo. Probablemente ha estado ahí todo el día, no puedo garantizarlo.

—¡Lo tomo! —Me lanzo sobre el mostrador, arrebatándole el sándwich envuelto en celofán antes de que pueda cambiar de opinión—. Eres un regalo del cielo.

Él hace un gesto para restar importancia a mis efusivos agradecimientos, ya volviendo a sus tareas de cierre.

—Sí, sí. Solo llévatelo. Ya cerré la caja, de todos modos.

—¡Eres el mejor! —le digo por encima del hombro mientras me apresuro a volver adentro, con el estómago rugiendo.

El ascensor tarda una eternidad en llegar a mi piso, y yo me balanceo sobre las puntas de los pies, desenvolviendo mi sándwich con manos temblorosas. El primer bocado es celestial, ambrosía en mi lengua. No recuerdo la última vez que probé algo tan bueno.

Prácticamente inhalo el resto, apenas parando para respirar, y tiro el envoltorio arrugado en la papelera junto a la puerta de mi oficina.

Saltarme el almuerzo no fue una buena idea, pero la comida perdida es el menor de mis problemas ahora mismo.

Mi padre ha estado maquillando los libros durante años. Desviando fondos, falseando números, canalizando fondos a Dios sabe dónde. Probablemente directo a sus bolsillos sobrecargados.

Y ahora espera que le ayude a encubrirlo. Espera que me alinee como un buen soldadito, como siempre.

Que se joda.

Puede que sea muchas cosas: una decepción, un peón, el cadáver descartado de su legado, pero no soy una maldita criminal. No destruiré pruebas. No ayudaré ni seré cómplice de su fechoría. Ni siquiera con la amenaza de su represalia pendiendo sobre mi cabeza como la espada de Damocles.

Eso aún me deja en un lío de los mil demonios. Si no juego su juego, me inculpará de todo este sórdido asunto más rápido de lo que puedo parpadear. ¿Y si lo hago...? Pasaré el resto de mi vida esperando que caiga la otra ficha, sobresaltándome por las sombras y temiendo el golpe de los federales en mi puerta.

Estoy verdaderamente jodida. Condenada si lo hago, condenada si no lo hago.



Oh no. Me retuerzo en el asiento del Jeep mientras mi estómago se retuerce y se agita, una oleada de náuseas me invade. Todavía me quedan al menos diez minutos de camino hasta la finca.

Puedo aguantar hasta llegar allí. Puedo.

Tengo que hacerlo porque de ninguna manera voy a parar aquí en medio de los campos.

Y de todos modos, ¿de qué serviría parar? Necesito llegar a casa.

Oh mierda, un espasmo me agarra el abdomen, y me muerdo el labio, acelerando por encima del límite de velocidad hasta que la gran casa aparece a la vuelta de la esquina. Al verla, exhalo aliviada.

Me meteré en la cama, me acurrucaré bajo las sábanas y todo estará bien. Solo necesito llegar a mi habitación.

El Jaguar de Lucas no está en la entrada. Bien, aún no ha vuelto. Puedo colarme dentro sin que me noten.

Después de ese horrible evento, no tengo ninguna intención de hablar con él nunca más, y ciertamente no ahora cuando todo lo que quiero es acostarme y descansar, no discutir con él.

Me apresuro a entrar mientras otra oleada de náuseas me golpea.

Corro a mi habitación, llegando al baño justo a tiempo para desplomarme de rodillas sobre el inodoro.

Oleada tras oleada sacude mi cuerpo.

Una gran mano recoge mi cabello, sosteniéndolo lejos de mi cara.

—¿Qué te pasa, esposita?

Giro la cabeza para encontrarme con los penetrantes ojos azules de Lucas. Parece preocupado.

—¿Estás en casa? Pensé que no estabas aquí. El Jaguar no está en la entrada.

—Tuve problemas con el coche. Cogí otro. No importa —niega con la cabeza.

—¿Qué haces en mi habitación? —pregunto mientras las náuseas disminuyen y me desplomo contra la pared, agotada. La cama parece tan lejana ahora.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás enferma? —pregunta, con el ceño fruncido, dos pequeñas líneas apareciendo entre sus ojos.

—¿Qué haces en mi habitación? —repito.

—Te oí entrar, quería hablar sobre lo que pasó ayer. Tu puerta estaba abierta —dice las palabras en un tono molesto—. No te estaba acechando, si es lo que estás insinuando.

Me pongo de pie con dificultad, viéndome en el espejo. Ojos rojos, rímel corrido, cabello enmarañado alrededor de mi rostro pálido. Me veo tan miserable como me siento.

Y Lucas está aquí para verme en este estado. *Maravilloso* .

Intento desenredar los peores nudos de mi cabello con los dedos, tratando de parecer algo humana. Ignoro su presencia mientras me salpico agua en la cara y me cepillo los dientes.

¿Por qué debería importarme lo que piense de mí? No debería importarme. Maldita sea.

Me agarro al lavabo mientras otra ola de náuseas me golpea, e inhalo, tratando de mantenerme firme.

—¿Necesitas el inodoro de nuevo? —pregunta Lucas, su mano posándose en la parte baja de mi espalda.

Niego con la cabeza.

—No, creo que ya terminé. Solo quiero dormir.

Él asiente y, sin previo aviso, me levanta en sus brazos.

—¿Qué estás haciendo? —chillo, con la voz vergonzosamente aguda.

—Asegurándome de que llegues a la cama de una pieza. Estás temblando como una hoja.

Demasiado débil para protestar, permito que mi cabeza caiga contra su ancho pecho, respirando su aroma masculino. Por un momento, quiero quedarme así, acunada en su calor, segura.

Luego recuerdo quién es él.

Me deja sobre la cama y se dirige al armario empotrado.

—¿Dónde guardas tu pijama? —Abre cajón tras cajón.

Mis ojos se abren de par en par.

—¡No revuelvas mis cosas!

—Entonces dime dónde están. —Continúa su búsqueda, imperturbable.

—Arriba a la izquierda —le indico entre dientes, y saca un conjunto de pijama de algodón pálido. Estaba segura de que elegiría algún negligé de seda provocativo.

—Toma, cámbiate a esto.

—No voy a desvestirme delante de ti —balbuceo.

—No parecías tener problemas en desnudarte en medio del desayuno el otro día, así que no debería ser un problema ahora. —Su boca se tensa en una línea sombría.

Bueno, ahí me ha pillado. Pero en ese momento estaba enojada, tratando de jugar con su mente. Ahora me siento miserable y avergonzada.

—Date la vuelta.

Me preparo para una discusión, pero para mi sorpresa, se da la vuelta. Me quito la ropa de trabajo y me pongo la suave camiseta y los shorts tan rápido como mis pesados miembros me lo permiten.

—Listo.

Lucas se da la vuelta, y yo me meto bajo las sábanas. Toma mi ropa descartada y la dobla, colocándola sobre la cómoda.

—No soy una bebé —refunfuño.

—Un simple gracias sería suficiente. —Me clava la mirada.

Lo miro fijamente por un largo momento, el aire entre nosotros chispeando.

—Gracias —susurro.

Su rostro se suaviza una fracción.

—¿Qué te pasa?

—Gripe estomacal o algo así, supongo. Solo quiero acurrucarme y descansar hasta que pase. Por favor, no me busques pelea ahora.

—No iba a pelear contigo. No soy un monstruo. Solo quiero ayudar. ¿Necesitas un médico?

—No, solo necesito dormir hasta que se me pase.

—¿Estás embarazada? —Entrecierra los ojos.

—¿Qué? —Mi boca se abre de golpe—. ¡No! Por supuesto que no.

—Si estás embarazada, necesito saberlo. Acabamos de casarnos. Tendríamos que ver cómo darle la vuelta —dice en un tono calmado, pero un músculo se contrae en su mandíbula.

—No estoy embarazada.

—¿Cómo puedes estar segura? Tal vez debería enviar a Hugo a por una prueba…

—¡No! —Me incorporo de golpe, mi mano envolviendo su antebrazo—. Nada de pruebas. —Y ciertamente no con el pobre Hugo como chico de los recados. Nunca podría volver a mirar al hombre a los ojos—. No estoy embarazada.

Lucas inclina la cabeza, una pregunta en sus ojos.

—No puedo estar embarazada porque para quedar embarazada, uno necesita tener relaciones sexuales. O eso me han dicho. Y no he tenido relaciones en... —me detengo, con las mejillas ardiendo—. Mucho tiempo. Siglos. Es solo un virus estomacal o algo así.

Su expresión cambia, un destello de sorpresa cruza su rostro, pero decide no hacer comentarios.

—Te traeré un poco de té. —Sale de la habitación, y yo me desplomo contra las almohadas, tirando de las mantas hasta mi barbilla.

Lucas regresa unos minutos después con una taza humeante y un plato de tostadas secas.

—Bebe. No querrás deshidratarte.

Cierro los ojos de nuevo, tan cansada.

—Luego.

—Ava. Necesitas líquidos. Ahora. —Su tono no admite discusión.

Abro un ojo, encontrando su mirada. Parece preocupado. *Vaya* .

—¿Por qué te importa?

Se encoge de hombros.

—Estás enferma. Es lo que se hace por alguien que está enfermo.

—Nadie me ha cuidado cuando estaba enferma antes. Estoy acostumbrada a arreglármelas sola. No tienes que quedarte.

—¿Tu padre nunca te cuidó? Seguramente cuando eras pequeña...

Niego con la cabeza.

—No. Cuando era muy pequeña, tenía niñeras. A partir de los diez años más o menos, me cuidaba sola. Mi padre siempre estaba demasiado ocupado, y de todos modos no me quería. Era una carga. Aprendí a no molestarlo cuando estaba enferma. Solo se enojaba si tenía que faltar al trabajo.

Lucas se queda inmóvil.

—¿Una carga? Eres su hija.

Me burlo.

—Él quería un hijo. Me tuvo a mí en su lugar. Y no solo eso, maté a su esposa. Mi madre murió al darme a luz. —Mi voz se quiebra con las palabras, un

dolor familiar pulsando en mi pecho.

Lucas está sentado en el borde de la cama, inclinado sobre mí, sus ojos fijos en mi rostro. Puedo sentir su calor, la intensidad.

—Tú no mataste a tu madre. No hay forma de que pudiera ser culpa de un bebé por nacer. Tú no pediste nacer. Fue su elección tener un hijo. Sí, es una tragedia que ella muriera. Por supuesto que él estaba de duelo. Pero tú... eres todo lo que queda de ella. Debería atesorar eso. —Su voz es baja pero feroz.

Creo que el hecho de que me parezca tanto a ella solo lo empeora.

—Él preferiría que yo hubiera muerto y que ella viviera.

Las palabras se me escapan, más un suspiro que un sonido. Nunca me había atrevido a expresarlo, esa certeza que se arrastraba. Pero es la verdad, y ambos lo sabemos.

—Nunca me quiso. Cada vez que me mira, la ve a ella, y recuerda que la perdió por mi culpa. —Mi voz se quiebra, y me froto las lágrimas calientes que se acumulan en las comisuras de mis ojos.

—Por Dios, Ava. Lo siento tanto. —Lucas parece consternado. Toma mi mano entre la suya, mucho más grande—. Ese donante de esperma es una mierda de excusa de padre. Ningún niño merece eso. No es tu culpa. Nada de esto.

Miro fijamente nuestras manos unidas, con los dedos entrelazados.

Se siente bien. Seguro. ¿Y no es esa la mayor broma cósmica? Estoy tan hambrienta de contacto humano básico, de decencia básica, que incluso el toque de mi marido chantajista y supervillano es un bálsamo.

Ridícula. Estoy siendo ridícula.

Saco mi mano de la suya y me hundo más bajo las mantas.

—Creo que me gustaría descansar ahora.

—Vale. Puedo quedarme hasta que te duermas.

Suena casi vacilante. Inseguro. Me sorprende lo suficiente como para echarle un vistazo desde mi capullo de mantas.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé. —Se frota el pelo con la mano—. ¿Me dejas? ¿Por favor?

Oh.

Examino su rostro, buscando la trampa, el ángulo, pero solo veo preocupación. Preocupación y una torpe especie de sinceridad.

Tal vez no sea totalmente un monstruo después de todo.

—Vale —susurro—. Gracias.

Asiente —un movimiento brusco de su barbilla— y se retira al sillón en la esquina.

Me volteo de lado, abrazando una almohada contra mi estómago mientras

mis ojos se cierran. Estoy tan agotada. Exprimida en todos los sentidos.

Lucas está en silencio mientras estoy a punto de quedarme dormida. La única evidencia de su presencia es el ocasional crujido de la ropa y el ritmo pesado de su respiración.

Debería sentirse extraño tenerlo aquí, en este espacio que se ha convertido en mi santuario. Mi escape de él y de la farsa que es nuestro matrimonio.

Pero no es así. Si soy sincera, es casi... reconfortante. Saber que está velando por mí. Que por una vez no estoy sola.

Dejo que ese pensamiento se desvanezca mientras el agotamiento me arrastra, demasiado exhausta para dar sentido a las emociones contradictorias que se arremolinan en mi pecho.

Aun así, incluso cuando me rindo al dulce olvido del sueño, una cruda verdad me persigue.

Todo lo que creía saber, cada secreto, cada pecado...

Se ha convertido en cenizas y polvo.

Mi padre es corrupto. Lo ha sido durante años, quizás toda mi vida. Todas sus diatribas contra Valeur, todas sus historias sobre cómo su traición nos arruinó.

¿Y si todo fuera una mentira? ¿Y si él es el veneno, la serpiente en el jardín y no Valeur?

¿Y qué hará Lucas si descubre esto?

Un escalofrío me recorre y me acurruco en una bola más apretada.

No lo sé. Simplemente no lo sé.

Pero una cosa es cada vez más clara.

¿El hombre que hace vigilia a mi lado?

Puede que sea el único aliado que me queda.

Diecinueve

AVA

Abro los ojos y parpadeo ante la tenue luz del amanecer que se filtra por las cortinas. Al girarme, mi mirada busca el sillón donde Lucas veló por mí anoche.

Una manta yace doblada sobre uno de los brazos, y los mullidos cojines conservan la huella de su cuerpo. La visión provoca un extraño aleteo en mi estómago.

Se quedó. Se quedó toda la noche, cuidándome.

Me levanto de la cama con cuidado, tomándome un momento para evaluarme. No hay náuseas ni calambres. Parece que lo peor de este virus ya ha pasado. Gracias a Dios.

Después de una ducha rápida, me visto para ir al trabajo y me dirijo al solárium para desayunar. Lucas está sentado a la mesa, bebiendo café y revisando su móvil. En el momento en que cruzo la puerta, levanta la cabeza de golpe, sus penetrantes ojos azules me recorren como si buscaran signos persistentes de enfermedad.

—Estás vestida —observa, con un ligero surco entre las cejas.

—Diez puntos por tus agudos poderes de observación —no puedo resistirme a provocarlo. Es demasiado fácil.

Ignora mi sarcasmo y deja la taza sobre la mesa con un suave tintineo.

—¿No estarás pensando en ir a la oficina hoy? Aún te estás recuperando.

Me encojo de hombros, ocupando mi asiento habitual y extiendo la mano hacia la cafetera.

—Me siento mucho mejor, te lo aseguro. Solo fue un pequeño virus estomacal.

Y tengo una cita con cierta pila de carpetas incriminatorias que no puede esperar. La idea de enfrentarme a las pruebas de las fechorías de mi padre me revuelve el estómago. Tengo que lidiar con esto. Preferiblemente antes de que Lucas ponga sus manos en esos libros manipulados y se desate el infierno.

—Todavía te ves pálida —me lanza una mirada severa, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho.

—Estoy bien. Nada que una taza de café y unas tostadas secas no puedan arreglar.

Como si fuera una señal, Lilibeth aparece a mi lado con un plato de alimentos desabridos y poco ofensivos. Galletas saladas, un plátano, un huevo escalfado. Le dedico una sonrisa agradecida.

—Le informé que no te encontrabas bien —explica Lucas, aunque no se lo

pregunté—. Insistió en prepararte algo suave para el estómago.

—Es muy amable. Gracias —mordisqueo una galleta, muy consciente de su mirada de halcón que sigue cada uno de mis movimientos—. Te ves cansado.

Frunce el ceño, frotándose la mandíbula con barba incipiente.

—Estoy bien.

—Ajá. Entonces, ¿no dormiste sentado en el sillón más incómodo del mundo toda la noche?

Su ceño se profundiza, pero no lo niega. Hay una extraña sensación en mi pecho ante la confirmación.

Vaya. ¿Quién diría que el temible multimillonario tenía un lado dulce oculto?

—Bueno, quería asegurarme de que no te ahogaras con tu propio vómito en medio de la noche. Encontrar a tu esposa muerta en el lecho conyugal después de menos de un mes es una terrible publicidad —su tono es cáustico, pero carece de la mordacidad habitual.

Oculto mi sonrisa tras el borde de la taza de café.

—Bueno, como puedes ver, sobreviví la noche, así que tu deber está cumplido.

Apuro lo último de mi café, dejo la taza y me pongo de pie.

—¿Ya te vas? Apenas has tocado tu comida —Lucas frunce el ceño mirando mi plato, los escasos bocados que logré tomar.

—Ya te dije, estoy bien. Comeré más tarde cuando mi estómago esté mejor por completo —la idea de tragar algo más sustancioso me provoca náuseas.

Se pasa una mano por el cabello despeinado y me lanza una mirada que es a partes iguales exasperada y divertida.

—Está bien. Si insistes en trabajar, al menos déjame llevarte.

—¿Quieres que compartamos coche? ¿En serio?

—¿Por qué no? —se encoge de hombros—. Ahorramos gasolina. Es ecológico. Todo eso.

Entrecierro los ojos, percibiendo la excusa por lo que es. Está preocupado, mi dulce y sobreprotector marido. Me irrita y me conmueve al mismo tiempo.

—Vale —no estoy en mi mejor momento, y me alegrará que él conduzca el largo trayecto, aunque no estoy segura de cómo sobreviviré una hora con él en un espacio cerrado.

—Bien. Vamos —se levanta y se va sin esperarme.

¿Qué hice ahora? Parece que el tiempo del Lucas amable y cariñoso se ha acabado, y volvemos al Lucas gruñón y enfadado.

Recojo mi bolso y lo sigo, deteniéndome en seco en la entrada.

—¿Qué es esto?

—Mi coche.

—Pero este no es el Jaguar.

—No, es un Porsche. Me impresiona que puedas notar la diferencia —Camina hacia la puerta del pasajero y la abre para mí.

Me divierte que aunque no le caigo bien, siga abriéndome la puerta.

—¿Dónde está el Jaguar?

Inclina la cabeza.

—¿Tienes algún apego emocional con él o algo así?

—No —entro y me abrocho el cinturón.

Lucas rodea el coche y se desliza en el asiento del conductor.

—El Jaguar está en el taller.

Oh, dijo algo sobre eso ayer, pero no recuerdo qué. No estaba concentrada.

—¿Qué le pasó?

Niega con la cabeza una vez.

—Nada. Está bien.

—Mentira —replico, con la preocupación royéndome las entrañas—. ¿Qué está pasando, Lucas? Habla conmigo.

Un segundo eterno nos separa, denso y cargado de mucha tensión. Finalmente, suelta una maldición en voz baja y se pasa una mano por el pelo.

—Hubo un incidente.

Frunzo el ceño mientras intento descifrar su significado.

—¿Qué tipo de incidente? —se me ocurre una idea que me hiela la sangre—. Oh, Dios, ¿alguien lo chocó? ¿Hubo un accidente? ¿Estás bien?

—No, nada de eso —vacila—. Alguien lo rayó. Arañó algo en la pintura.

Me giro para mirarlo de frente.

—¿Quién hizo eso? ¿Cómo llegaron a tu coche? ¿No estaba en el garaje de la oficina? ¿Qué arañaron? —le disparo preguntas en rápida sucesión.

Sus nudillos se ponen blancos alrededor del volante, y una vena late en su cuello. Sea lo que sea, no es algo menor e insignificante como intenta hacerme creer. ¿Alguien lo está amenazando? Mi estómago se contrae.

—Me estoy encargando de ello —dice entre dientes.

—Entiendo que te estás «encargando», pero eso no responde a mi pregunta. ¿Qué fue lo que escribieron? Estamos casados ahora. Si alguien te está amenazando, también me está amenazando a mí. Necesito saberlo.

Gira la cabeza hacia mí, su mirada alternando entre la carretera y mi rostro.

—No dejaré que nadie te haga daño, Ava. Te lo prometo. Estás a salvo conmigo. Confías en mí, ¿verdad?

Asiento. Puede que no me caiga bien, pero confío en él. ¿Cómo ha pasado esto?

—Quiero saber qué decía.

—Ahora es tu turno —dice—. Eso es lo que estaba escrito.

Una punzada de temor atraviesa mis pulmones, aguda y fría.

—¿Tu turno? No entiendo. ¿Qué significa eso? —La frase suena ominosa.

Él se encoge de hombros, un movimiento brusco de un solo hombro.

—Probablemente nada. Solo algún chico rebelde causando problemas. Solicité las grabaciones de seguridad del garaje, así que averiguaremos quién es el responsable y acabaremos con esto. En cualquier caso, si es una amenaza, lo cual ni siquiera es seguro, parece estar dirigida a mí, no a ti.

—¿Cómo no va a ser una amenaza?

—Quizás querían decir que es mi turno de conseguir un coche nuevo. —Se encoge de hombros y sonríe—. No hay forma de saberlo.

Dejo escapar una risa burlona.

Entramos en el garaje bajo la Torre Valeur y noto que Lucas estaciona el Porsche en su lugar habitual. El que está claramente marcado con su nombre y título.

Pongo mi mano en su brazo.

—¿Tal vez deberías estacionar en otro lugar? ¿Solo por hoy?

Pone el coche en punto muerto y se gira para mirarme de frente, con una ceja oscura arqueada.

—¿Y por qué haría eso?

—Oh, no sé, ¿quizás porque acabas de decirme que alguien rayó una amenaza vaga pero amenazadora en tu coche? Llámame loca, pero parece tentar al destino estacionar en tu lugar designado cuando sabes que te están apuntando.

—Cuidado, esposita, eso casi sonó como preocupación. —El fantasma de una sonrisa juega en los bordes de su boca, apenas una mueca en la comisura.

—No me llames así —respondo bruscamente, pero sin convicción—. Y no, no estoy preocupada por ti. Estoy preocupada por el coche. Sería una lástima que un bonito Porsche quedara atrapado en el fuego cruzado de cualquier concurso de meadas que tengas en marcha.

La sonrisa se ensancha, un rápido destello de dientes blancos y parejos. Las mariposas estallan en mi estómago, un escalofrío de calor recorre mi columna. Maldito sea él y su hermoso e irritante rostro.

—Eres una pésima mentirosa, ¿lo sabías? —Extiende la mano, colocando un rizo rebelde detrás de mi oreja. Sus dedos se demoran, la áspera yema de su pulgar trazando la bisagra de mi mandíbula.

Me aparto como si me hubiera quemado, la piel ardiendo donde me tocó.

—No estoy mintiendo —murmuro, pero la protesta suena falsa incluso para mis oídos.

Él emite un sonido bajo y ambiguo, su mirada pesada sobre mi rostro. Lucho

contra el impulso de retorcerme bajo el peso de esa mirada, de exponer mi garganta en sumisión o salir disparada del coche.

El momento se prolonga, tenso y cargado. Mi mano se contrae con el repentino y loco impulso de alcanzarlo. De suavizar el ceño entre sus cejas y trazar la obstinada línea de su mandíbula. De sentir el calor de su piel, el tambor de su pulso bajo mis dedos.

Me aterroriza esta necesidad de tocarlo. De reclamar algo que no debería desear.

Necesito huir.

Busco torpemente la puerta, desesperada por poner algo de distancia entre nosotros.

—Por divertido que haya sido esto, algunos de nosotros tenemos trabajo real que hacer. Ya sabes, imperios que dirigir, reuniones que presidir, insignificantes peones que aplastar bajo nuestros tacones de mil dólares. Tú entiendes.

Me escabullo del coche antes de que pueda responder, su mirada en mi espalda como una marca entre mis omóplatos mientras me apresuro hacia el ascensor.



Mi móvil suena.

Michelle
¿Recuerdas que hicimos planes para almorzar hoy?

Mierda. Por supuesto, lo olvidé.

Necesito cancelar. No me siento bien.

Mi pulgar se cierne sobre el botón de enviar, vacilando. Es la tercera vez que cancelo con ella. No me creerá. Quiere escuchar chismes sobre Lucas y mi vida de casada. Mejor terminar con esto.

Sí, claro. Encontrémonos cerca de mi oficina. No tengo mucho tiempo.

Michelle
Claro. Tú y tu marido trabajáis en el mismo lugar, ¿verdad? Tráelo también, todavía no lo he conocido aparte de un rápido saludo en la boda.

Mierda. ¿Ahora quiere que venga Lucas también?

Está ocupado.

Salgo del ascensor y me dirijo hacia mi oficina.

Michelle
Estoy segura de que él también almuerza. ¿No coméis juntos? Apuesto a que puedes convencerlo para que se una.

Arrojo mi móvil de vuelta al bolso. Podría ir sola y decirle que está ocupado, pero ella seguirá insistiendo hasta que lo conozca. Michelle siempre ha sido del tipo que consigue lo que quiere.

Cierro los ojos y exhalo. Voy a pagar caro por esta petición.

Michelle, mi amiga de la universidad, quiere almorzar con nosotros. ¿Podrías unirte?

Parecerá sospechoso si no apareces. Se supone que estamos recién casados.

Añado la última parte por si cuela. A ver si así me sale más barato.

Lucas
Pensé que era un bastardo insufrible.

Sonrío. Maldita sea, voy a pagar por esto.

Me pediste que no le contara a nadie, incluidos mis amigos, sobre nuestro matrimonio falso. Así que no tengo otra opción más que fingir.

Ahí está. Echarle la culpa a él siempre es preferible.

Lucas
Está bien. Envíame los detalles.

¿Eso es todo? Miro fijamente la pantalla, buscando un significado oculto.

¿Simplemente aceptó? ¿Sin condiciones? ¿Sin insinuaciones? ¿Sin demandas de favores sexuales? ¿Qué significa esto?

Entro en mi oficina y cierro la puerta. La pila de carpetas de ayer aún me espera en el escritorio. Estoy lidiando con asuntos triviales como citas para almorzar y discusiones con Lucas cuando debería estar pensando en el problema real. ¿Cómo salvo a Gant y cómo evito que Lucas vea estos informes problemáticos?

Me siento en mi silla y me sumerjo en el trabajo.

Cuando suena mi alarma, indicando que es hora de la reunión para almorzar, me levanto y me estiro, masajeando mi cuello y hombros. Mi cuerpo está rígido por estar tanto tiempo encorvada sobre los documentos.

—Yo podría ayudarte con eso.

Levanto la mirada para encontrar a Lucas en la puerta, apoyado contra el marco.

Cierro la carpeta de golpe.

—¿Qué estás haciendo en mi oficina? ¿No sabes llamar?

—Sé cómo llamar. Aunque nunca he dejado embarazada a nadie. —Una sonrisa perezosa se extiende por su rostro.

—¿Tienes algún pensamiento que no esté relacionado con el sexo? —Recojo mi chaqueta y me la pongo.

—Hmmm. No. —Se endereza—. Vamos, no queremos hacer esperar a tu amiga.

—Insufrible —murmuro, rodeando el escritorio y avanzando hacia él. Él extiende su mano, y yo la ignoro.

—Sí, ya lo mencionaste. —Ofrece su mano de nuevo—. Somos recién casados, ¿recuerdas? ¿O prefieres que ponga mi mano en tu trasero en su lugar?

Mis ojos se agrandan y el punto entre mis piernas palpita. Por un segundo loco, imagino qué pasaría si le dejara hacerlo, si le permitiera tocarme, pero coloco mi mano en la suya y él la agarra.

Esto es lo que hace, en lo que es bueno. Tentación. Necesito recordar eso cuando caiga en su trampa.

Caminamos al restaurante cercano y veo a Michelle ya sentada en una mesa. Se levanta cuando nos ve, me abraza, me guiña un ojo y luego abraza a Lucas.

Entrecierro los ojos cuando su abrazo dura más de unos segundos y aclaro mi garganta.

Nos sentamos y Lucas coloca su mano sobre la mía encima de la mesa. Me muerdo el labio inferior, resistiendo el impulso de retirar mi mano cuando todo mi cuerpo hormiguea por su toque, como si cada terminación nerviosa se hubiera despertado en anticipación.

Ordenamos y el camarero recoge nuestros menús.

Michelle sonríe.

—Así que, tortolita, ¿cuánto tiempo lo estuviste ocultando de todos? Porque un día estás soltera y al mes siguiente, ¿casada? ¿Estás segura de que no estás embarazada?

Dejo escapar una risa nerviosa. Fue fácil vender unas cuantas citas falsas a la prensa. Lucas hizo que todo sonara como si hubiéramos estado saliendo por un tiempo y solo lo hicimos público cuando nos comprometimos. Se lo tragaron y pidieron más. Pero Michelle me conoce y no preparamos una historia. Debería haber pensado en respuestas por adelantado.

—Yo... yo... —balbuceo.

Lucas muestra su sonrisa que derrite bragas.

—Cuando lo sabes, lo sabes. ¿Verdad? ¿Cuál es el punto de esperar cuando has encontrado a la persona correcta? Y Ava no está embarazada. Aunque definitivamente tengo la intención de hacerle unos cuantos bebés pronto. ¿Cuántos quieres, esposita? ¿Seis? Ciertamente disfruto del proceso.

Me atraganto.

—¿Necesitas agua? —Lucas me ofrece su vaso, esa sonrisa presumida aún plasmada en su rostro.

Me muerdo la lengua, levanto la pierna bajo la mesa y clavo mi tacón en su pie.

La sonrisa desaparece y su rostro se contorsiona de dolor.

Ahora es mi turno de sonreír.

—Oh, ¿estás bien? —Michelle lo mira con preocupación.

—Sufre de gases terribles. —Bajo la voz—. Es un problema difícil —susurro.

Lucas me lanza una mirada abrasadora, luego se vuelve hacia Michelle.

—Mejor que los ronquidos. ¿Sabes lo difícil que es dormirse cuando ella ronca tan fuerte?

Michelle se ríe.

—Ustedes dos son adorables. —Mira entre nosotros—. No sabía que ya estaban planeando tener hijos.

—No lo estamos —respondo antes de que Lucas pueda hacer otro comentario terrible—. Lucas solo está bromeando. ¿Verdad, cariño? —Coloco mi mano en su muslo y aprieto. Fuerte—. Tiene un sentido del humor loco.

Su muslo es tan firme. *Y grueso.*

Trago saliva, mi mano aún descansa en su pierna.

Él gruñe.

—Sí, solo bromeaba. No quiero hijos pronto. Pero mi esposa aquí quiere

todo un equipo de baloncesto, y conseguirá lo que pida porque ese es el tipo de hombre que soy. Un complacedor de mujeres.

—Sí, un complacedor de mujeres —murmuro entre dientes. Es tan bueno en estas mentiras.

Coloca su mano sobre la mía y la tira hacia él. Mis dedos ahora están peligrosamente cerca de su polla. Cerca pero sin tocar.

¿Qué está haciendo? No va a poner mi mano encima de *eso* , ¿verdad?

Quita su mano de la mía y dejo escapar un suspiro.

Podría retirar mi mano, pero no lo hago. Podría mover mis dedos una fracción y tocarlo. ¿Está duro por mí?

El camarero llega con nuestra comida y aparto mi mano de golpe, juntándolas sobre la mesa. ¿Qué demonios estoy haciendo?

Lucas se ríe.

Él lo sabe. No sé cómo, pero sabe que estuve cerca, que quería tocarlo.

—Entonces, Lucas, ¿tienes hermanos? —pregunta Michelle.

Agradezco la distracción. Necesito pensar en otra cosa además de su cuerpo presionado contra el mío.

—Sí. Tengo tres: dos hermanos y una hermana. ¿No los viste en la boda?

—No estaba segura de quién era tu familia. ¿Alguno de ellos está soltero? —guiña un ojo.

—¡Michelle!

—¿Qué? Tú te conseguiste uno rico y guapo. Yo también quiero eso.

Puedo ver el pecho de Lucas hinchándose desde aquí. No puedo alimentar su ego con cumplidos, así que no respondo a eso en absoluto. Bajo la mirada a mi plato y jugueteo con mi comida.

—Liam es el más joven y todavía está soltero —responde Lucas—. Aunque solo tiene veintiocho años y no creo que esté listo para sentar cabeza todavía. Parece que nadie está a la altura de sus estándares. —Lucas se ríe—. De hecho, ¿él tiene tu edad, no?

—No. —Michelle niega con la cabeza—. Tengo treinta. Dos años más que Ava. Nos conocimos en la universidad, en el programa de negocios. Tuve que volver a tomar un curso. Resulta que no soy tan buena en Gerencia Estratégica.

—¿A qué te dedicas, Michelle? —Lucas da un bocado a su comida y mira a Michelle como si fuera la cosa más fascinante del universo.

Mi pecho se aprieta.

—Vendo equipos médicos. Voy de clínica en clínica, de hospital en hospital, vendiéndoles suministros.

—Parece que implica mucho viaje.

—Sí. Eso es lo que más me gusta. Me encanta interactuar con la gente, ver

nuevos lugares. Pero no estoy mucho en casa, lo que dificulta formar relaciones y amistades. Siempre trato de organizar una fiesta cuando estoy de vuelta en la ciudad para ver a todos de una vez. A Ava no le gusta venir a mis fiestas. Es demasiado seria.

Tuerzo los labios. No soy demasiado seria. Simplemente no disfruto de los amigos irresponsables y despreocupados de Michelle. Treintañeros sin una preocupación en el mundo. Nunca encajé allí.

Lucas me mira, casi curioso.

—Sí, no es muy fiestera, ¿verdad?

—Eso no es cierto. Solo tengo diferentes preferencias. —Bajo los ojos a mi plato y sigo moviendo la comida.

—¿Oh? ¿Como cuáles? —Lucas insiste.

Ambos me miran fijamente, esperando una respuesta.

—¿Qué es esto, el día de acosar a Ava? —Tomo un pequeño bocado y mastico lentamente. ¿Qué disfruto hacer? Estudié en la universidad, obtuve mi maestría. Empecé a trabajar para Gant, reemplacé a mi padre hace solo unos meses, y ahora estoy inmersa en la empresa y todas las tareas involucradas en dirigirla. ¿Qué he hecho en los últimos años además de estudiar y trabajar?

El silencio se extiende incómodamente mientras lucho por encontrar una respuesta. Lucas y Michelle intercambian una mirada.

Lucas se aclara la garganta.

—Oye, sin presiones. Todos tenemos diferentes formas de relajarnos. —Su voz es suave, y agradezco el salvavidas que me ha lanzado.

Michelle asiente, su tono burlón anterior reemplazado por algo más suave.

—Sí, Ava. No quería ponerte en apuros. Tal vez podamos planear algo que te guste la próxima vez que esté en la ciudad.

Logro esbozar una pequeña sonrisa, aliviada de que el momento haya pasado.

—Eso sería agradable.

Terminamos de comer, la conversación derivando hacia temas más ligeros.

Mientras nos preparamos para irnos, Lucas se disculpa porque necesitamos volver rápidamente a la oficina. Abrazo a Michelle, prometiendo reunirnos de nuevo pronto.

—Apenas tocaste tu comida —comenta Lucas en el momento en que ella se aleja.

—Comí lo que quise. ¿Ahora vigilas mis platos?

—¿Necesito recordarte quién te cuidó anoche cuando estabas enferma y casi te desmayaste? Me prometiste que comerías en el almuerzo.

—Y lo hice. No eres mi padre, y no te pedí que me cuidaras, ni ayer ni ahora.

—Elevo mi voz sin querer.

—De acuerdo. Tienes razón. No me lo pediste. —Una sombra parpadea en los ojos de Lucas, pero cambia de tema—. ¿Qué hay de esos documentos que te solicité?

—Estoy trabajando en ellos. Los tendrás pronto. —Aumento mi paso.

—¿En qué hay que trabajar? Solo necesitas hacer clic en unos botones en la computadora y enviármelos. ¿Necesitas ayuda con eso?

—No, nuestros archivos antiguos no están digitalizados. Necesito buscarlos.

—No eres muy buena mintiendo.

—A diferencia de ti. —Me detengo en seco, y alguien detrás casi choca conmigo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. —Retomo mi paso, pero Lucas me agarra del brazo, deteniéndome de nuevo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuándo he mentido?

—¿Qué fue eso en el almuerzo con Michelle? Mentira tras mentira. Ni siquiera parpadeaste. Las sueltas con tanta facilidad como si estuvieras acostumbrado a mentir a diario. Estoy segura de que ni siquiera se te acelera el pulso. Si es que tienes uno.

—No miento a diario. Esas eran mentiras piadosas inofensivas. Y sí tengo corazón. —Toma mi mano y la coloca en su pecho, justo donde los botones de su camisa están abiertos y su piel bronceada queda expuesta—. Puedes sentirlo.

Jadeo, mi pulso acelerándose. Su cálida piel bajo mi palma, mis dedos flotando sobre su carne, sobre el duro músculo. El latido de su corazón es definitivamente palpable.

Bum. Bum.

Bum. Bum.

¿O es mi propio latido?

Estoy de pie con mi mano en su pecho. Él no me está sujetando ni tocando. Soy yo quien lo está tocando. Nos enfrentamos en medio de la acera. La gente fluye a nuestro alrededor desde todas las direcciones, y nosotros estamos en el centro, atrapados en la mirada del otro.

—Joder, Ava —susurra Lucas.

Jadeo cuando pronuncia mi nombre, la aspereza de su voz envía un calor líquido por mis venas. Sería tan fácil ponerme de puntillas, cerrar la distancia entre nosotros y capturar esa boca pecaminosa con la mía. Hundir mis dedos en su cabello y tomar lo que quiero, lo que necesito, como el mismo aire en mis pulmones.

Su pecho sube y baja bajo mi mano extendida, y el salvaje tambor de su

corazón golpea fuerte contra mi palma. Coincide con mi propio ritmo caótico latido a latido atronador, traicionando el deseo desesperado que nos consume a ambos.

Arrastro mi mirada hacia esa tentadora franja de piel bronceada revelada por el cuello abierto de su camisa. Suplica ser tocada, ser saboreada. Adorada con labios y dientes y lengua hasta que él esté temblando e incoherente de necesidad.

Algo está mal conmigo. Debería mantenerme alejada.

¿Qué pasará en el momento en que vea los documentos?

Lo empujo lejos.

—Necesito volver a la oficina.

—Ava, espera —me llama, apresurándose para alcanzarme.

No espero, solo aumento mi zancada.

—¿Qué acaba de pasar, Ava? ¿Por qué estás huyendo?

—No pasó nada, y no estoy huyendo. Tengo trabajo que hacer. Y necesito encontrar tus malditos documentos.

—De acuerdo. —Lucas parece confundido por un momento, luego vuelve a su modo de ejecutivo de negocios—. He preparado un plan de recuperación para Gant Construction que quiero que revisemos juntos. Me gustaría implementar la primera fase dentro del próximo mes. La situación de la empresa es peor de lo que pensaba. Puedo ir a tu oficina ahora...

—¡No! —ladro. Mi oficina está llena de carpetas de las que estoy tratando de filtrar cualquier documento que él no haya solicitado explícitamente. Todo es un desastre en mi escritorio. No puede ver eso.

Él asiente, pero sus ojos destellan.

—Está bien. Te enviaré el archivo y puedes revisarlo sola. Llámame si hay algo que necesites.

—No necesito nada de ti.

—Claro. Nada. Nada excepto doscientos millones de dólares.



Examino la carpeta que Lucas envió, mis hombros se hunden con cada página que leo. Su plan de recuperación incluye despedir al treinta por ciento de la fuerza laboral de Gant Construction.

Esto no es una recuperación, es un asesinato.

Cortar en carne viva.

Todo lo que he intentado evitar estos últimos meses, todo mi duro trabajo:

buscar nuevos proyectos, planificar para el futuro, reducir costos. Y este hombre arrogante entra como si nada, pensando que sabe más, listo para despedir a un tercio de mi personal con un chasquido de sus dedos.

¿A quién dejo ir? ¿A los trabajadores mayores y experimentados que han dado sus vidas a esta empresa y no encontrarán nuevos trabajos fácilmente? ¿O a los jóvenes obreros que hacen el trabajo más duro, sin los cuales no puedo asumir nuevos proyectos?

Maldita sea.

No voy a hacer esto. No hasta que haya agotado todas las demás soluciones.

No voy a despedir a nadie de Gant. Olvídalo.

Lucas
Tal vez seas una princesa mimada acostumbrada a salirse con la suya, pero esto es un negocio real. Y ahora soy tu jefe. Si digo que los despidas, lo harás.

¿Princesa mimada? Después de todo lo que le he contado, ¿eso es lo que piensa de mí? ¿Que soy mimada?

Con la mandíbula apretada, dibujo a un hombre de traje en una hoja de papel, reemplazando su cabeza con un montón de mierda. Luego lo deslizo en la carpeta con su plan propuesto y llamo a Bridget.

—Necesito que lleves esto a Lucas Valeur ahora mismo. —Le arrojo la carpeta a mi secretaria—. Directamente a él.

—Estoy solo...

—Ahora —ordeno, con un tono que no admite discusión.

Ella asiente, con los ojos muy abiertos.

—De acuerdo. —Tomando la carpeta, sale apresuradamente.

El mensaje llega solo minutos después.

Lucas
¿Qué demonios se supone que es esto?

Parece que recibió mi respuesta.

Tiro el móvil sobre el escritorio y reúno los archivos restantes en una pila ordenada. Cabrón. Tengo que encontrar otra manera, algo para salvar a mis empleados.

Los ojos esperanzados de Jason Drewlo cruzan por mi mente, los mismos ojos que me persiguen cada día cuando llego a la oficina. Su súplica desesperada.

—*Mi hija acaba de nacer...*

El plan de Valeur me obligará a despedirlo.

La puerta de la oficina se abre de golpe y yo salto, tropezando un paso atrás.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué me has enviado? —exige Lucas, toda intensidad contenida mientras irrumpe en mi oficina.

Enderezo la espalda y alzo la barbilla.

—Pensé que apreciarías un autorretrato.

Su mandíbula se tensa, un músculo saltando bajo la piel tensa.

—Has dejado claro tu punto. Muy gracioso. Ahora, necesitamos implementar mi plan. Quiero una lista preliminar de despidos en mi escritorio dentro de una semana.

—No.

Se acerca acechante, una de sus grandes manos apoyada en mi escritorio mientras se inclina.

—¿Cómo dices?

Inclino la cabeza, enfrentando su mirada directamente.

—Sé que no estás acostumbrado a escuchar la palabra, pero no significa no. No voy a despedir a nadie ni a implementar tu plan.

—Creo que no entiendes la posición en la que te encuentras. —Su voz es afilada y baja—. Ahora soy dueño de Gant Construction. Tengo la última palabra sobre cada movimiento que hagas. Soy tu superior. No puedes negarte.

—¿Ah, sí? —Rodeando el escritorio, me planto frente a él, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de la ira emanando de su cuerpo. Tal vez esté acostumbrado a que sus subordinados se encojan de miedo, saltando para cumplir cada uno de sus caprichos. Pero yo no le temo—. ¿Qué vas a hacer, Lucas? ¿Despedirme? No tienes la autoridad. No estoy por debajo de ti, y nunca lo estaré.

Algo destella en sus ojos, ardiente y hambriento.

—Nunca digas nunca, esposita. —Su voz baja una octava, áspera y llena de pecado—. Y si terminas debajo de mí, Ava... te prometo que nunca lo olvidarás.

Mi pulso se dispara, pero me niego a dejarle ver cuánto me afecta. Cuánto deseo exactamente lo que está insinuando.

—¿Crees que puedes resolver todo con insinuaciones sexuales, es eso? —pregunto, manteniendo mi posición incluso cuando su cercanía me marea. Me hace desearlo—. ¿Mostrarme esa sonrisa que derrite bragas, pararte lo suficientemente cerca para que huela tu colonia, darme esa mirada, y que simplemente me rendiré a tus pies?

—¿Qué mirada? —murmura, inclinando la cabeza hasta que sus labios flotan

a un suspiro de los míos.

No retrocedo, aunque mi corazón golpea frenéticamente contra mis costillas. Aunque mi cuerpo grita por su toque, su sabor. Tengo que concentrarme, tengo que hacerle entender.

—Algunos de los empleados de Gant han estado aquí veinte años. Son leales, no conocen nada más. Tienen familias que mantener y ningún otro lugar adónde ir. ¿Quieres que los arroje a los lobos porque es la solución fácil? No lo haré. No hasta que haya intentado todo lo demás. No puedo destruir esta empresa por los errores de mi padre.

Lucas frunce el ceño, sus ojos azules escrutando los míos.

—¿Los errores de tu padre?

—Sí —digo entre dientes, mi respiración entra y sale de mis pulmones con dificultad. Mis dientes muerden mi labio inferior, los nervios en carne viva y expuestos—. Los de mi padre.

Veinte

LUCAS

—Ava —susurro.

Está al alcance de mi mano y podría ser mía. Esos labios desafiantes, rosados y carnosos, ese cuerpo hecho para el pecado. Sus senos redondeados se tensan contra su fina camisa, y sus caderas curvilíneas se ensanchan desde su diminuta cintura. Esos ojos verdes furiosos centellean con deseo. Quiero derretirla entre mis brazos, poseerla hasta que su boca ya no pueda insultarme, solo gritar mi nombre.

Es la criatura más sexy que haya visto, y apenas puedo contenerme.

Sus labios se separan y jadea, con el pecho agitado. Estoy seguro de que está húmeda, que necesita liberarse tan desesperadamente como yo ahora mismo. Toda esta energía, si tan solo se canalizara en la dirección correcta.

—Ava —susurro de nuevo.

—¿Qué? —Sus ojos siguen furiosos, pero su cuerpo me dice otra cosa.

—Tengo una propuesta de negocios para ti. —Me acerco más, dejando apenas unos centímetros entre nosotros.

—Si quieres que despida empleados...

—Una propuesta de negocios personal para ti —corrijo.

Se queda en silencio, sus ojos escudriñando mi rostro.

—Sé que te sientes atraída por mí.

Ella niega con la cabeza.

—No es así.

—Está bien. Sé que me odias. No tiene nada que ver con nuestra atracción. Es puramente físico. Yo también me siento atraído por ti, y ambos estamos en un contrato vinculante. Lo que significa que no podemos acostarnos con otras personas, y toda esta energía sexual entre nosotros es electrizante. Ambos necesitamos liberarnos.

—No necesito nada de ti.

Ignoro su débil protesta y continúo.

—Ambos necesitamos sexo. Ambos estamos frustrados. No quieres pasar los próximos dos años así. Admito que estaba seguro de que pasar dos años sin sexo sería pan comido, pero está resultando más difícil de lo que pensaba, y podemos resolver esto fácilmente. Sexo con odio.

Ella inclina la cabeza pero no dice nada.

—Sexo. Solo sexo. Caliente, rudo, lleno de odio como a ti te gusta. Sin compromiso, sin sentimientos, sin abrazos después. Solo liberación física.

Me mira fijamente, y puedo ver por su expresión que su determinación se está desmoronando.

—Sé que lo deseas. Sé que si te toco ahora, estarás mojada y lista. Está bien. Yo también lo siento. —Doy un paso más hasta quedar entre sus piernas separadas, mis caderas rozando las suyas pero sin tocarla aún—. Pero prometí que no te tocaría, así que si lo quieres, tendrás que pedirlo, Ava.

Por favor, pídelo.

Me muero por agarrar sus caderas, por presionar nuestros cuerpos para que pueda sentir lo duro que estoy por ella a través de mis pantalones y su falda de tubo. Pero me contengo, esperando.

Sus labios se separan y los humedece con su pequeña lengua rosada. Un pequeño gemido escapa de su garganta. Me mira con ojos ardientes, el deseo venciendo al odio.

—Con palabras, Ava.

Ella asiente.

—Vale. Acepto. Solo sexo, sin sentimientos. Aún te odio.

—Sin sentimientos. —Coloco una mano en su cintura, sintiendo el calor de su piel a través de la fina tela de su blusa—. Solo orgasmos.

—Aquí no. —Se echa hacia atrás, sus ojos recorren la oficina y las pilas de carpetas. Su escritorio está abarrotado de papeles y archivos, un testimonio de su dedicación al trabajo—. No en mi oficina. Nunca cierro la puerta con llave, y no quiero...

—¿Qué? ¿Que sepan que te acuestas con tu marido? Es normal.

—Aquí no —niega con la cabeza.

—Vale. Vamos. —Agarro su mano, entrelazando mis dedos con los suyos, y la arrastro conmigo, ignorando las miradas curiosas de sus compañeros de trabajo en el pasillo. Nunca me importó la opinión de los demás. La conduzco a la escalera del edificio, la pesada puerta cerrándose tras nosotros con un fuerte ruido que hace eco.

Ella examina el espacio, con el ceño fruncido.

—¿Qué hacemos aquí? —La escalera está tenuemente iluminada, las paredes de hormigón frías y poco acogedoras.

—Vamos. —La llevo hacia arriba, mis pasos urgentes. Ahora estamos en el piso superior, el piso de Valeur.

—Tu oficina tampoco es una opción —dice, ligeramente sin aliento por la subida.

—No pretendía llevarte a mi oficina. —Sigo subiendo, abriendo la puerta de la azotea con mi llave, y salimos al aire libre.

—¿Dónde estamos?

—Esta es la azotea del edificio. No hay nada aquí arriba, y nadie viene aquí tampoco. —La aprisiono contra la pared, cubriendo su cuerpo con el mío—. ¿Suave o rudo?

—¿Qué? —jadea.

—¿Suave o rudo? Estoy súper excitado, no he tenido sexo en meses. Si quieres que sea delicado contigo, dímelo ahora porque será difícil parar una vez que empecemos.

—No me he acostado con nadie en un año —susurra, sus ojos fijos en los míos.

—¿En serio? —Dijo que había pasado mucho tiempo, pero ¿un año?—. Está bien, entonces supongo que seré delicado.

Joder, esto será difícil. Mi miembro podría talar árboles ahora mismo.

Su falda de tubo es demasiado ajustada para levantarla, así que la desabrocho, y ella deja que caiga a sus pies. Contemplo sus piernas desnudas, las diminutas bragas blancas de encaje cubriendo el paraíso que quiero alcanzar. Extiendo la mano, mirándola a los ojos por un momento para obtener su aprobación antes de acariciar su muslo, deslizando mis dedos sobre la suave piel, subiendo.

Su cabeza cae hacia atrás en el momento en que llego entre sus piernas. Sus bragas están empapadas.

Lo sabía. Sabía que estaría mojada.

Paso mi pulgar sobre la delicada hendidura, pero ella está impaciente, bajándose las bragas, quitándoselas de una patada.

Respiro profundamente, tratando de calmarme mientras bebo la visión de su mitad inferior desnuda, brillando de excitación. Deslizo mis dedos a lo largo de su hendidura, maravillándome de lo resbaladiza e hinchada que ya está. Un gemido bajo escapa de sus labios, y sus caderas se mueven hacia adelante, buscando más contacto.

Mis manos separan sus piernas, revelando los pliegues rosados que me esperan.

—Eres hermosa —gruño, cayendo de rodillas.

No me importa que mi traje se esté arruinando en el suelo duro. Tengo un solo objetivo: saborearla, devorarla hasta que se retuerza y grite mi nombre.

El calor que irradia me hace olvidar todo lo demás. Coloco su pierna sobre mi hombro y paso mi lengua por su clítoris. Ella se estremece, su gemido llena el aire mientras tira de mi pelo, acercándome más, exigiendo más.

—¿Quieres mi lengua, verdad?

—Joder, sí —gime de nuevo, tirando de mi pelo con más fuerza. El dolor se mezcla con el placer, volviéndome loco.

Entierro mi rostro en ella, lamiendo, chupando, saboreándola. Su excitación es embriagadora.

Deslizo un dedo dentro de su apretado calor, gimiendo ante la sensación aterciopelada.

—Joder, estás tan mojada —bombeo, observando su rostro contorsionarse de placer mientras introduzco un segundo dedo. Sus paredes internas se contraen a mi alrededor mientras acaricio sus puntos más sensibles.

—*Mmm* , sí... —gime ella, con los ojos revoloteando cerrados—. Más.

Curvo mis dedos, aumentando el ritmo mientras mi pulgar frota círculos firmes en su clítoris. Su excitación cubre mi mano mientras la penetro con los dedos contra la pared.

Estoy tan excitado que mi polla está goteando dentro de mis pantalones, empapando mi ropa interior con líquido preseminal. Ella ni siquiera me ha tocado, y ya estoy al borde.

—¿Te gustan mis dedos, Ava? ¿Te gusta que te folle con mi lengua?

Su respiración se acelera mientras froto más fuerte, más rápido. Sus caderas se sacuden, empujando contra mi cara, exigiéndome más.

—No puedo... Lucas, voy a correrme —se queja, mordiéndose el labio. Una pequeña arruga aparece entre sus ojos mientras se concentra, con los ojos cerrados. La lamo de nuevo, azoto, chupo, pero mis ojos permanecen fijos en su rostro, en la expresión de éxtasis. Es impresionante.

—Mírame, Ava —exijo, y ella abre sus ojos verdes, ahora entrecerrados, sus largas pestañas protegiéndolos mientras me mira enterrado entre sus muslos—. Mírame cuando te corras. Dime quién te hace sentir así.

—Tú —susurra.

—Eso es, nena, déjate llevar por mí —gruño, tocándola más rápido, más fuerte, mi necesidad palpitando. Ella se retuerce y jadea, completamente perdida en la sensación mientras la llevo más cerca del borde.

—Oh Dios, voy a... —Sus palabras se cortan en un grito agudo cuando su clímax la invade. Su sexo se aprieta alrededor de mis dedos, pulsando con las réplicas del intenso placer. Ralentizo mis movimientos, ayudándola a cabalgar las olas antes de retirar mi mano.

Se desploma contra la pared, con el pecho agitado, un brillo de sudor en su frente. Llevo mis dedos húmedos a mi boca, chupando su esencia con un gemido.

—Sabes increíble.

Levantándome, la beso, dejando que se pruebe a sí misma en mis labios.

—¿Ves lo buena que eres? ¿Cuánto necesitas esto? —Muerdo su labio inferior—. ¿Cuánto me necesitas?

Sus ojos se oscurecen con renovada lujuria ante la visión erótica. En un instante, alcanza mi cinturón, desabrochando mis pantalones con manos temblorosas pero decididas. Mi polla salta libre, más dura de lo que puedo recordar haber estado jamás.

Envuelve sus dedos alrededor de mi grueso miembro, acariciándolo de la base a la punta. Dejo escapar un gemido ahogado, apoyando mis manos en la pared para mantenerme erguido.

—Ava —jadeo. Estoy tan excitado que sé que no duraré mucho, especialmente con lo bien que se siente su toque. Detengo sus movimientos—. No, esta vez no.

No puedo aguantar mucho más. Me froto contra su clítoris palpitante, de atrás hacia adelante, sintiendo su humedad cubrirme. La sensación es abrumadora, casi demasiado.

Maldición, podría correrme solo frotándome entre sus piernas.

Los sonidos sexys que hace son como música para mis oídos, grabándose en mi mente. Presiono mis labios contra los suyos, ahogando sus gemidos mientras me froto más fuerte, más rápido. La fricción es enloquecedora, su calor húmedo me está volviendo loco.

El beso se vuelve feroz, desesperado, una batalla de voluntades. Sus uñas se clavan en mi cuello, hundiéndose en mi piel, sin duda dejando marcas que seguramente se verán mañana. Me marca, y eso me excita aún más. Chupo su labio superior, y la punta de mi polla se desliza dentro de ella.

Ella retrocede, empujándome hacia atrás.

Me quedo inmóvil.

—¿Qué pasa?

—Condón. Tienes que ponerte un condón.

—Estamos casados. ¿No tomas la píldora?

—No voy a acostarme contigo sin condón. Te has acostado con la mitad de las mujeres de esta ciudad. No confío en ti.

—Eso no es cierto. Son solo rumores. Y estoy limpio. —Frunzo el ceño, buscando mi billetera en mis bolsillos—. Mierda.

—¿Qué?

—Mi billetera está en la oficina. —Tomo un respiro profundo—. ¿Esperas aquí y voy a buscarla?

—Olvídalo. —Se sube la falda de nuevo.

—No, espera.

Ella se detiene, mirándome.

—Muéstrame cómo te das placer mientras me masturbo para ti. —Sus ojos se ensanchan, y mira hacia mi erección—. No puedo volver a la oficina así. —

Sonrío—. Mastúrbate para mí, quiero ver.

Duda por unos segundos, luego asiente. Su mano se mueve hacia abajo, y separa sus piernas, dejándome ver cómo se toca el clítoris.

Exhalo, cerrando mi mano alrededor de mi polla.

—Dios, te deseo tanto. —Mi mano se mueve más y más rápido mientras la observo darse placer. El lugar se llena con los sonidos de nuestra respiración, los ruidos húmedos de sus dedos moviéndose contra su carne resbaladiza.

Se desliza un dedo dentro, y gimo.

—Joder, vas a ser mi muerte.

Verla así y no poder follarla es una tortura. De ahora en adelante, llevaré un condón conmigo en todo momento.

Me lo pegaré en la frente si es necesario.

Sus ojos se fijan en mí mientras aumenta el ritmo, presionando su clítoris, frotándolo en pequeños círculos.

Mi mano trabaja duro, y aumento la presión, imaginando mi polla deslizándose dentro y fuera de ella. El escalofrío que recorre mi columna señala la aproximación de un poderoso orgasmo, y aprieto mi polla, cerrando mi puño alrededor de ella.

El cuerpo de Ava tiembla, sus ojos se cierran, su cabeza cae hacia atrás, y grita mientras las olas de su segundo orgasmo la invaden. Sus movimientos se vuelven erráticos, desesperados, mientras cabalga su placer.

Ya no puedo contenerme más, y verla correrse frente a mí me lleva al límite. Me corro con fuerza, mi semen sale disparado, aterrizando en sus muslos. Gimo y gruño hasta que las contracciones se detienen, y por un largo momento, solo los sonidos de nuestra respiración agitada llenan el espacio.

—Demonios, Ava, eso fue intenso. —Y ni siquiera la he follado todavía.

Ella aparta la mirada.

Agarro su barbilla, obligándola a mirarme.

—¿Te arrepientes?

Ella niega con la cabeza.

—No.

Gracias a Dios.

—No tienes nada de qué avergonzarte. Estamos legalmente casados.

—También somos enemigos —susurra.

—Cuando estamos juntos, no lo somos. Solo somos Ava y Lucas, dos personas que se sienten atraídas la una por la otra. Eso es todo. Solo somos dos personas, sin pasado, sin historia. ¿Vale?

Ella asiente.

Recojo sus bragas del suelo y las uso para limpiarla, luego las meto en mi

bolsillo.

—Lo siento por eso.

—No, no lo sientes —sus ojos brillan al mirarme.

Sonrío.

—No, no lo siento.

Veintiuno

AVA

Estoy tumbada en la cama de mi habitación, Cartman de pie en su percha.

—¿Qué dices, Cartman? ¿Cometí un error?

—Cometí un error —su voz áspera hace eco de mis palabras—. Error.

Suspiro. Sí. No puedo dejar de pensar en ese momento en la azotea, el momento en que me miró mientras alcanzaba el clímax, sus ojos fijos en los míos y su polla agarrada en su puño. Lo he estado evitando desde entonces, pero no puedo evitarlo para siempre.

No debería haberme rendido ante él. Menos mal que olvidó el condón y nos detuvimos antes de...

Me arrepiento.

No, no me arrepiento.

Quiero arrepentirme de haberme rendido a sus hábiles manos y su lengua traviesa, pero lo único que deseo es hacerlo de nuevo, sentir cada centímetro duro de él estirándome, llenándome, encendiendo un infierno dentro de mí. ¿Cómo es posible que no pueda soportar sus sonrisas arrogantes y sus órdenes autoritarias y, al mismo tiempo, anhele su toque como una droga?

No debería involucrarme con él. Ya es bastante difícil verlo todos los días, en el trabajo, en casa. Y cuanto más reacciona mi cuerpo ante él, más perra me vuelvo. Le digo cosas que nunca me he atrevido a decirle a nadie. Cosas horribles.

Aun así, cuanto más tiempo pasamos juntos, menos lo odio. Y eso me asusta.

Tengo que recordar que al final, cuando expire nuestro falso contrato matrimonial, me hará a un lado como el periódico de ayer y se olvidará de que alguna vez existí. Como todos los demás en mi vida. Como mi padre.

Sin embargo, no puedo quedarme aquí todo el fin de semana, encerrada en mi jaula dorada de habitación. Necesito salir, hacer algo temerario y divertido. Alejarme de su aroma embriagador y sus miradas ardientes. Borrar el recuerdo de cómo se siente su piel deslizándose contra la mía, cómo se ve en medio de la pasión.

Alcanzo mi móvil, mi pulgar flota sobre la pantalla.

Michelle, dime que hay una fiesta.

Michelle
Por supuesto que la hay. Pero nunca quieres venir. ¿Decidiste dejar el nido de amor? ¿Divertirte un poco?

Algo así.

Michelle
Te envío los detalles. ¿Vienes con tu sexy marido?

No. Voy sola esta noche.

Michelle
¿Problemas en el paraíso?

No. Sigo siendo una persona independiente que toma sus propias decisiones, y puedo ir sola.

Michelle
Vale, vale, Ava Gruñona. No hace falta que me arranques la cabeza. Nos vemos allí.

¿Por qué todos asumen que ahora estoy pegada a él? Puede que me haya casado con el bastardo, pero no me posee.

Me levanto y camino hacia mi enorme armario. Esta mansión tiene algo a su favor: el armario es la fantasía de toda mujer. Paso los dedos por mis vestidos, tratando de decidir qué ponerme.

Me lamo los labios, recordando los comentarios desagradables que recibí en su última fiesta. Quizás para las fiestas de Michelle no debería usar mis vestidos a medida. ¿Tal vez tienen razón y parezco una estirada? ¿Es por eso que la gente no me habla y se ríe de mí a mis espaldas?

Miro hacia el otro lado del armario, a toda la ropa que el estilista caprichoso de Lucas me compró para alimentar mi nueva imagen de esposa adinerada. Ni siquiera me he molestado en mirarlos hasta ahora.

Paso mis dedos por las telas. Todo aquí es moderno, atrevido, brillante y revelador. No estoy segura de que esta ropa vaya a llamar menos la atención que la mía.

Me detengo en un pequeño vestido plateado.

¿Qué es esto?

Saco la percha, sosteniendo la prenda a la luz. Es más lencería que vestido:

un micro-mini deslumbrante en plateado, con el dobladillo rozando la curva de mi trasero. El escote pronunciado se hunde escandalosamente bajo, prometiendo un vistazo a las pendientes de mis pechos si inhalo demasiado profundo.

No, esto tiene que ser una broma. El estilista debe haber estado fumando algo y lo metió por error, porque no existe gala benéfica o fiesta de cóctel en la que pueda usar un vestido tan provocativo sin causar un alboroto. Negando con la cabeza, vuelvo a colgar la atrocidad brillante.

Aunque...

Podría usar esto en una fiesta. Ni siquiera llamaría la atención. Tal vez, por una vez, podría parecer que encajo. Como si fuera divertida y sexy en lugar de una mojigata estirada.

Decisión tomada, me doy una ducha larga y relajante, afeitándome e hidratando cada centímetro de mi cuerpo hasta que mi piel brilla como satén. Recojo mi cabello en un moño despeinado, con algunos rizos rebeldes acariciando mi cuello. Con mano firme, me aplico un maquillaje sensual: sombra de ojos ahumada para resaltar mis ojos y un toque de lápiz labial carmesí para mis labios carnosos. Me pongo el escandaloso vestido, la tela metálica abraza cada una de mis curvas como una segunda piel.

Me detengo frente al espejo de cuerpo entero, apenas reconociendo a la seductora que me devuelve la mirada con ojos entornados. Me veo sexy y atrevida, como una mujer diferente. El bronceado dorado que gané en mis caminatas brilla contra la palidez helada del vestido, enfatizando mis piernas y brazos tonificados.

No es mi estilo, e incluso cuando me he vestido de forma reveladora antes, siempre había algo elegante en la prenda. Aun así, tengo que admitir que me encanta la criatura confiada y sensual que se refleja. Parece lista para salir a la ciudad y romper algunos corazones en una fiesta salvaje empapada de champán.

Deslizando mis pies en tacones de tiras que hacen que mis piernas parezcan interminables, le lanzo un beso descarado a mi reflejo para darme valor antes de salir.

Me dirijo por el pasillo, tratando de evitar encontrarme con Lucas en mi camino de salida.

Es tarde, y él suele estar recluido en su despacho a esta hora, mirando hojas de cálculo y haciendo girar un vaso de caro whisky escocés. Creo que estoy a salvo cuando llego al gran vestíbulo, lanzando una mirada furtiva alrededor de la esquina.

Todo despejado.

Alargo mi zancada, con la puerta principal a la vista, la libertad me llama...

—Ava.

Me quedo congelada en el lugar, mi corazón tartamudea y se hunde.

Joder, joder, joder y joder.

Estiro mis labios en una sonrisa y me giro para enfrentarlo.

Lucas se alza ante mí, con su metro noventa de pura masculinidad, su camisa blanca medio desabotonada revelando una tentadora porción de pecho y abdomen bronceados. Se ha arremangado las mangas hasta los antebrazos musculosos, y mi mirada se detiene en las venas marcadas antes de descender hacia sus poderosos muslos enfundados en unos pantalones azul marino a medida. Está descalzo, con el pelo revuelto como si se lo hubiera estado jalando. Tiene un vaso de cristal tallado con un líquido ámbar aferrado en una mano.

—Lucas —inclino la cabeza.

No me devuelve la sonrisa, sus labios sensuales apretados en una línea sombría.

—¿Adónde vas? —Cada palabra es precisa y afilada, como un interrogatorio.

—A una fiesta en casa de Michelle.

—¿Así? —Sus ojos se estrechan hasta convertirse en rendijas.

—¿Qué quieres decir con «así»?

—Ese vestido. No es propio de ti. —Sus fosas nasales se dilatan mientras examina el minivestido ajustado, su mirada ardiendo con una emoción que no logro identificar. ¿Ira? ¿Asco? ¿Celos?

Me cruzo de brazos, alzando la barbilla.

—¿Y cómo sabrías tú lo que es propio de mí? No conoces a la verdadera yo en absoluto. Además, tu estilista compró este vestido. Estaba en mi armario, así que supuse que estaba bien llevarlo.

—No sé por qué compró ese vestido. —Lucas deja su vaso sobre la consola con un golpe seco, el líquido color miel salpicando los lados—. No vas a salir de casa con ese vestido.

—Puedo, y lo haré. —Esbozo una sonrisa vengativa, aunque mis rodillas tiemblan bajo su mirada amenazante—. Obsérvame. —Me doy la vuelta para irme.

Lucas acorta la distancia entre nosotros en una fracción de segundo, me agarra del brazo, me hace girar y me aprisiona contra la pared, sus manos inmovilizándome a ambos lados. El aroma especiado y amaderado de su colonia invade mis fosas nasales.

—No, no lo harás.

Mi pulso se acelera, la ira y la excitación luchando por dominar. Enderezo la espalda, devolviéndole la mirada desafiante aunque tiemblo por dentro.

—Tú. No. Eres. Mi. Dueño —digo, enfatizando cada palabra—. Este matrimonio de mentira no te da derecho a dictar mis elecciones de ropa o cómo

paso mi tiempo libre.

—Sigo siendo tu maldito marido, Ava. —Sus labios carnosos se curvan en una mueca de desprecio, un músculo palpitando en su mandíbula—. Si te has puesto este trozo de tela para cabrearme y provocarme a perder el control, entonces bravo, lo has conseguido. Ahora ve a cambiarte y ponte algo que te cubra el trasero, o te juro por Dios... —Se interrumpe, su voz una oscura promesa.

—¿O qué? ¿Vas a azotarme? ¿Me pondrás sobre tus rodillas como a una niña mala? —No debería provocarlo, pero no puedo evitar seguir hablando imprudentemente. La adrenalina mezclada con el deseo bombea por mis venas, volviéndome temeraria.

—No me tientes —gruñe entre dientes apretados—. Con tu comportamiento ahora mismo, lo estás pidiendo a gritos. Créeme, sería un placer enrojecer ese culito respingón hasta que no puedas sentarte en una semana.

Un gemido se escapa de mis labios ante sus oscuras palabras, ante las ardientes imágenes que inundan mi mente. Mis bragas están más que húmedas ahora, mis pezones duros contra la tela metálica.

No puedo dejar que gane. Tengo que mantenerme firme, demostrar que no soy su esposa sumisa.

Cuadro los hombros, fulminándolo con la mirada.

—Todo tiene que ser siempre sobre ti, ¿verdad? Pobre Lucas, el mundo gira alrededor de su ego gigante. Noticia de última hora: no todo lo que hago es por ti. Quiero ir a divertirme y soltarme por una vez en mi miserable vida, y esto es lo que elijo llevar. Acéptalo.

Un tic pulsa en su terca mandíbula.

—Última oportunidad. Ve a ponerte algo que cubra más que una maldita tirita, Ava. No lo pediré otra vez.

—¿O qué? —le espeto, alzando la barbilla hacia él. Sus amenazas son vacías.

Lucas se inclina hasta que la punta de su nariz casi roza la mía. Su voz es un ronco susurro, erizando todos los pelitos de mi nuca.

—O te acompañaré a este pequeño buffet de pollas para asegurarme de que ningún hombre se acerque a menos de diez pies de ti. Estaré encima de ti toda la noche y fulminaré con la mirada a cualquier cabrón que se atreva a hacer contacto visual. Seré tu sombra imponente y gruñona.

Debería estar irritada por su descarado acto de cavernícola, pero en su lugar, una retorcida emoción recorre mi columna ante su posesividad.

—No hay nada de qué preocuparte, guapo —digo con falsa dulzura—. No tengo intención de violar los términos de nuestro adorable contrato. Mantendré

mis rodillas bien cerradas como una buena chica.

—No es por ti por quien me preocupo, esposita. —Sus carnosos labios se tuercen en una sonrisa maliciosa mientras apoya una mano en la pared junto a mi cabeza, abrumándome con su corpulencia—. Es por todos los pobres idiotas que te echarán un vistazo con este trozo de tela brillante y empezarán a pensar con la polla. Se les caerá la baba intentando meterse en tus bragas.

No puedo contener un resoplido poco femenino ante eso. Abro la boca para soltar una réplica mordaz, pero la cierro de golpe cuando su expresión cambia a algo crudo y hambriento.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —murmura, casi para sí mismo, con un pliegue entre sus oscuras cejas mientras su ardiente mirada recorre mi rostro, catalogando mis rasgos—. ¿Lo jodidamente hermosa que eres? ¿Lo absolutamente follable que te ves, como un ángel pecaminoso? No hay hombre con sangre en las venas que pueda resistirse a ti, toda envuelta como un regalo brillante suplicando ser desenvuelto.

Un vergonzoso gemido se escapa de mis labios entreabiertos mientras sus palabras me bañan. Marcada en cada lugar que sus ojos tocan, mi piel se eriza con la carne de gallina en el aire sobrecalentado.

—¿In…Incluyéndote a ti? —respiro, sintiéndome audaz. Temeraria. Quiero ver hasta dónde puedo empujarlo antes de que ese legendario control suyo se rompa como una goma elástica.

Algo peligroso destella en las profundidades de sus ojos.

—Joder, sí —gruñe—. Especialmente yo. Eres todo en lo que he podido pensar desde que probé tu dulce miel. Me está llevando al borde de la locura. —Su pecaminosa lengua sale para humedecer sus labios.

No puedo apartar la mirada de esa tentadora visión.

—Soy un maldito adicto —añade—, y tú eres mi droga preferida. Quiero más, te quiero toda entera.

Dejo escapar un gemido entrecortado cuando Lucas roza sus dientes sobre mi sensible labio inferior, mordisqueando y tirando. Chispas eléctricas recorren mis terminaciones nerviosas ante la erótica sensación.

—Detenme ahora, Ava —jadea contra mi piel hormigueante—. Dime que pare mientras aún puedas.

Sus hábiles dedos se deslizan bajo los delicados tirantes de mi vestido, rozando mis hombros desnudos y mi clavícula, enviando escalofríos por mi columna mientras traza patrones enloquecedores en mi piel acalorada.

—¿Y si no lo hago? —respiro, mirándolo desde debajo de mis pestañas—. ¿Qué pasa si no quiero que pares?

Mi cuerpo palpita y pulsa, mi sangre se convierte en lava fundida en mis

venas. Nunca he deseado nada tanto como deseo las manos de Lucas sobre mí en este momento.

Sus facciones cinceladas se tensan mientras su ardiente mirada azul me recorre.

—Entonces te tomaré aquí mismo, contra esta pared —promete, sus grandes manos agarrando mis caderas—. Me hundiré en tu estrecho coñito hasta que grites mi nombre y olvides el tuyo. Hasta que la única imagen en tu linda cabecita sea mi polla embistiéndote.

Oh, Dios. La grava y el pecado en su voz me encienden desde dentro hacia fuera. Cuando lo dice así, tocando mi cuerpo como un maestro, me convierto en un desastre fundido y necesitado.

La idea de su cuerpo duro y musculoso presionándome contra la pared, su peso inmovilizándome mientras me toma... No puedo formar un argumento coherente en contra. No quiero detenerlo. Detener esto. Aunque sé que debería.

—Última oportunidad, Ava —advierte, con el pecho agitado—. Dime que pare. Ahora.

Separo mis labios, pero no salen palabras. Lo miro boquiabierta, con el deseo y la indecisión luchando dentro de mí.

—¿Te has quedado sin comentarios ingeniosos, esposita? —arquea una ceja oscura—. Vale. No necesitas esa boca insolente ahora. Solo importa una cosa.

En un borrón de movimiento, aprieta sus puños en la delicada tela de mi vestido y tira con fuerza. La frágil tela se rasga con un sonido agudo, exponiendo mi cuerpo a sus ojos hambrientos. Jirones rotos de plata revolotean hasta el suelo alrededor de nuestros pies.

—¡Mi vestido! —jadeo, tratando de cubrirme.

Lucas captura mis muñecas, inmovilizándolas contra la pared sobre mi cabeza con una de sus grandes manos.

—Ah-ah, nada de esconderse de mí. —Su mirada ardiente recorre mi figura expuesta como una caricia física—. Joder, eres perfecta. Tan jodidamente perfecta.

La cruda reverencia en su voz profunda me roba el aliento. Nadie me ha mirado nunca como lo está haciendo él ahora: como si fuera la única mujer en el mundo. Como si quisiera adorarme y devorarme al mismo tiempo. Ni siquiera mis amantes pasados me hicieron sentir tan deseada, tan poderosa.

Me muevo bajo la intensidad de su mirada, un rubor tiñe mis mejillas. No estoy acostumbrada a ser el foco de un hambre masculina tan descarada. Es desconcertante y emocionante al mismo tiempo.

Una emoción desconocida se hincha en mi pecho. No solo lujuria, sino algo más profundo, más peligroso.

Oh, no. No puedo permitirme sentir esto. No por Lucas. Encariñarme con mi falso marido es un boleto de ida a la Ciudad del Desamor. Solo soy una distracción contratada para él. Un desafío que conquistar.

Giro la cabeza cuando se inclina, evadiendo su boca buscadora.

—No —digo entre dientes—. No podemos. No puedo.

Él se echa hacia atrás como si lo hubiera abofeteado, con los ojos muy abiertos.

—¿No? —La confusión y la frustración luchan en sus facciones.

Manteniendo la mirada desviada, recojo los restos arruinados de mi vestido y los sostengo contra mi pecho como un escudo diminuto.

—No puedo hacer esto.

—¿No puedes o no quieres? —Las palabras son suaves. Teñidas de algo que suena como dolor.

Me arriesgo a mirarlo. Se ve diferente. Vulnerable. La máscara arrogante está ausente por una vez.

¿Es posible que mi rechazo le moleste en algún nivel? ¿Que me quiera como algo más que una calientacamas desechable?

Sacudo esos pensamientos locos. Solo soy un juego para un hombre como él. Una conquista.

Envolviendo el vestido hecho jirones más apretado a mi alrededor, cuadro los hombros.

—¿Importa? El resultado es el mismo.

Suspirando, se pasa una mano por el pelo despeinado.

—Bien. Ve a cambiarte y te llevaré a la fiesta. —Su mandíbula se tensa—. Si aún quieres ir.

Lo miro boquiabierta.

—¿En serio? ¿Después de... esto?

Su mirada se endurece.

—No vas a ir sola. O te acompaño yo o te quedas aquí esta noche. La elección es tuya.

Increíble. El Lucas condescendiente y controlador ha vuelto con toda su fuerza.

—¿Para que puedas actuar como un cavernícola toda la noche? —suelto—. ¿Rondando y gruñendo a cualquier hombre que se atreva a hablarme? No, gracias.

—Haré lo que sea necesario para dejar claro mi punto.

Levanto mi vestido y doy media vuelta.

—Entonces supongo que me quedo en casa. ¿Feliz ahora?

Mientras me alejo pisando fuerte con la cola rota de mi vestido ondeando

detrás de mí como una bandera de batalla brillante, finjo que no siento sus mirada abriéndome un agujero en la espalda todo el camino.

Veintidós

AVA

Apoyo la frente en la superficie fría del escritorio, tratando de aliviar el ardor en mis sienes.

Por mucho que me cueste admitirlo, Lucas tiene razón. Gant Construction está perdiendo dinero a un ritmo alarmante, y no hay forma de equilibrar la ecuación sin despidos.

Incluso si él cubre nuestras deudas ahora, en otro año, estaremos de vuelta en el mismo punto.

¿Cómo dejaste que las cosas se pusieran tan mal, padre?

He estado examinando los números durante días y simplemente no puedo ver una salida. Cuando intenté preguntarle a mi padre al respecto, se enfureció conmigo, acusándome de unirme al bando enemigo.

Vuelvo a revisar las páginas, buscando cualquier cosa, cualquier dato que pueda salvar el trabajo de alguien. Simplemente no puedo aceptar el despiadado plan de reducción de personal de Lucas.

Espera un momento.

Retrocediendo unas páginas, mi mirada se posa en los grandes almacenes que poseemos en las afueras de la ciudad. Están valorados en decenas de millones y están casi vacíos. Nos cuestan dinero. Mucho dinero. Si los vendo, eso podría darnos un respiro muy necesario.

Claro, aún implica despidos, pero estamos hablando de pérdidas de empleos de un solo dígito y empleados a corto plazo. Tenemos algunas otras propiedades infrautilizadas que también podría alquilar, para reducir los costos. Al menos hasta que consigamos un nuevo proyecto. También puedo recortar algunos gastos de varios presupuestos departamentales.

No es ideal, pero es el menor de los males.

Masajeando mis sienes palpitantes, vuelvo a hacer los cálculos. Esto podría funcionar.

Funcionará.

No puedo creer que haya encontrado una solución.

Escribo todos los datos y reviso mi trabajo tres veces antes de imprimir. Agarrando las páginas, salgo disparada hacia las escaleras, subiéndolas de dos en dos hasta el piso ejecutivo.

Irrumpiendo en la oficina de Lucas, agito la carpeta.

—¡Lo logré!

Mi voz se corta y mis ojos se abren de par en par al ver la sala llena de

hombres trajeados reunidos alrededor de la mesa. La secretaria de Lucas se levanta de un salto de su escritorio y se apresura hacia mí.

—Sra. Valeur, no tiene cita en este momento —susurra, mirando alrededor.

—Oh, lo siento. Por favor, continúen —doy un paso atrás, con las mejillas ardiendo. Maldición, debería haberme asegurado primero que estuviera solo. Simplemente lo asumí.

—Espera —la voz profunda de Lucas resuena—. Caballeros, mi mujer necesita mi atención, así que tendremos que reanudar esta reunión en otro momento.

Todos los ejecutivos se levantan para recoger sus cosas, murmurando entre dientes.

—No, de verdad, no es urgente —balbuceo, pero ya están pasando junto a mí hacia la puerta mientras me aprieto contra la pared.

—Lo siento mucho, Sr. Valeur —dice su secretaria una vez que estamos solos—. No tenía idea de que ella irrumpiría aquí sin cita previa de esa manera.

Mi espalda se tensa. ¿Irrumpir? Soy su mujer, no una cualquiera de la calle.

Lucas me lanza una mirada indescifrable antes de dirigirse a ella.

—Mi esposa no necesita cita. Si quiere verme, tiene una invitación abierta en cualquier momento.

—Sí, señor —recogiendo su portátil, me lanza una última mirada de desaprobación antes de salir y cerrar la puerta.

—Ava —Lucas da un paso más cerca, su voz baja.

El aire parece desvanecerse de la habitación, junto con mi capacidad de formar palabras.

—Lo siento, no debería haber interrumpido así. No es urgente —presiono mi espalda contra la pared, necesitando apoyo.

—Como le dije a mi secretaria, siempre eres bienvenida si me necesitas —da otro paso, invadiendo mi espacio hasta que solo nos separan unos centímetros.

—¿Por qué? —la palabra se escapa sin querer.

Él inclina la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué dirías que soy bienvenida en cualquier momento? Me odias —mi pecho sube y baja. Me odie o no, mi cuerpo ciertamente no ha recibido el mensaje. Inhalo profundamente, aspirando su aroma embriagador.

—No te odio, Ava —niega con la cabeza, sus ojos ardiendo en los míos—. Créeme, mi vida sería mucho más simple si lo hiciera, pero no es así —presiona su frente contra la pared junto a mi sien.

—¿Estás bien? —susurro cuando no hace ningún movimiento para alejarse —. ¿Pasó algo?

Respira hondo, se aparta de la pared y da un paso atrás.

—No, todo está bien.

Su lenguaje corporal grita lo contrario, pero no quiero presionar.

—Entonces, ¿para qué necesitabas verme? —se dirige de vuelta a su escritorio y toma asiento, una vez más, retomando su actitud profesional.

El Lucas vulnerable ha desaparecido, reemplazado por Lucas, el imperturbable CEO.

—Tengo una propuesta. —El interés parpadea en sus ojos de acero—. No ese tipo de propuesta —pongo los ojos en blanco, pero no hay verdadera molestia detrás. ¿Cuándo sucedió eso? ¿Cuándo empecé a disfrutar estos intercambios entre nosotros?

—Tengo una propuesta alternativa a tus recortes presupuestarios drásticos —coloco la carpeta en su escritorio y la abro.

Lucas hojea las páginas, revisando mis meticulosas notas y gráficos. Me quedo de pie en tenso silencio, clavando las uñas en mis muslos mientras espero su veredicto. *Por favor, no rechaces esto.*

Después de lo que parece una eternidad, levanta la vista, clavándome con su mirada penetrante.

—¿Quieres liquidar activos de la empresa para financiar la nómina?

Asiento.

—Sí.

—¿Por qué? —se reclina, juntando las puntas de los dedos.

—Porque me niego a dejar en la calle a empleados leales y de larga trayectoria. Tienen familias y le han dedicado años a esta empresa. No puedo simplemente descartarlos como basura. Estoy segura de que una vez que optimice las operaciones, podremos traer nuevos contratos y fuentes de ingresos para...

—Te importa —Lucas me interrumpe, con algo parecido a la admiración en su tono—. Te importa la gente que trabaja para ti.

—Por supuesto que sí —frunzo el ceño—. No son solo números en una hoja de cálculo para mí.

Me mira por un largo momento cargado de tensión.

—No me gusta aprobar la venta de activos fijos para cubrir gastos corrientes. Establece un precedente peligroso.

Mi corazón se hunde hasta los pies. Va a vetarlo. Esa era mi única opción.

—Pero... —comienza, levantando una mano—, en este caso, estoy dispuesto a hacer una excepción porque puedo ver lo mucho que esto significa para ti, y creo en lo que estás tratando de hacer aquí.

Mi boca se abre de par en par.

—¿Estás diciendo que sí? ¿Aprobarás el plan de reestructuración?

—Así es. —Las comisuras de su boca se curvan hacia arriba—. No hagas que me arrepienta.

Antes de que pueda pensarlo demasiado, rodeo el escritorio y le echo los brazos al cuello, atrayéndolo en un fuerte abrazo.

—Gracias —murmuro, respirando en el cálido hueco de su garganta—. No tienes idea de lo mucho que esto significa para mí.

Por un momento, se tensa, pero luego sus brazos rodean mi espalda, atrayéndome contra su pecho musculoso. Me derrito en el abrazo, en él, y la tensión de las últimas semanas suelta su asfixiante agarre sobre mi cuerpo.

Se siente tan bien presionado contra mí, toda esa fuerza contenida y calidez sólida. En este momento robado, me permito admitir cuán desesperadamente he estado anhelando el simple contacto humano. El consuelo de ser sostenida y la seguridad de que todo estará bien. De tener a alguien que me vea, que realmente me vea, y se preocupe.

Como si sintiera mi necesidad, Lucas hunde su nariz en mi cabello y simplemente me sostiene, su gran palma frotando círculos reconfortantes en mi espalda. Por unos momentos de felicidad, dejo que el resto del mundo se desvanezca.

Lentamente, me desenredo de su abrazo, dando un torpe paso atrás. El calor trepa por mi cuello mientras alzo la mano para alisar mi cabello.

—No lo hagas. —Su voz áspera detiene mi inquietud.

—¿Que no haga qué? —Levanto la mirada hacia él.

—No empieces a darle vueltas y a castigarte. Puedo ver los engranajes girando en tu cabeza. Siempre eres bienvenida a venir a mí por un abrazo, sin importar qué. —Se frota la mandíbula con barba incipiente—. Diablos, creo que yo lo necesitaba tanto como tú.

Ahí está esa mirada preocupada de nuevo, la que noté antes. Esta vez, me niego a dejarla pasar.

—¿Vas a decirme qué te está molestando? Estamos casados, ¿sabes? Puedes hablar conmigo.

Por unos segundos, creo que va a evadirme de nuevo, pero luego se pone de pie con un pesado suspiro. Se dirige a un gabinete cerrado en la esquina, saca un sobre y lo arroja sobre el escritorio frente a mí.

—Esto llegó para mí hoy.

Recojo el sobre de marfil impecable, notando la ausencia de un sello postal o dirección de remitente. El costoso cartón del interior tiene dos palabras escritas en el centro en una fuente genérica.

Tu turno.

Un escalofrío helado se desliza por mi columna. ¿Qué demonios?

—¿Esto está relacionado con el vandalismo en tu coche? —Deslizo la tarjeta de vuelta en el sobre sin marcar, hormigueos inquietantes picando mi piel—. Lucas, esto es una amenaza. Necesitamos llevar esto a la policía.

—Aún no. —Se pasa una mano por el pelo oscuro, despeinándolo—. Quiero hacer algunas averiguaciones por mi cuenta primero, ver si puedo descubrir quién tiene algo contra mí. Un investigador privado viene a verme para discutirlo.

—¿Qué hay de las imágenes de las cámaras de seguridad del estacionamiento de la oficina?

—Nada de nada. El perpetrador llevaba una máscara y ropa poco distintiva. No hay características distinguibles en qué basarse.

Se me ocurre un pensamiento inquietante.

—No creerás que fue alguien que trabaja aquí, ¿verdad? ¿Un empleado descontento de Valeur? —Mantengo mi voz baja, consciente de todos los oídos en el edificio.

—Dios, espero que no. No he contratado a nadie nuevo en años. Todos aquí han estado conmigo durante años. —Sus labios se tensan—. Bueno, excepto tú. Eres la única cara nueva que ha tenido acceso sin restricciones a las suites ejecutivas.

Le lanzo una mirada incrédula.

—¿En serio? ¿Crees que ahora te estoy enviando amenazas espeluznantes? ¿Vandalizando tu precioso coche?

—¿Rayar mi coche? Sí. Pero creo que sería más probable encontrar un tosco garabato de un pene que vagos intentos de intimidación si tú fueras la culpable. —Su boca se contrae, con los ojos brillantes.

—¡Disculpa! Que sepas que soy una artista. Mis representaciones de falos vengativos son todo menos toscas. —Resoplo, levantando la nariz en el aire.

Lucas suelta una carcajada sorprendida, algo de la tensión nerviosa escapando de su amplio cuerpo.

Complacida conmigo misma por aligerar el ambiente pesado, me arriesgo a dar un paso más cerca y coloco mi mano en su antebrazo, dándole un suave apretón.

—Hablando en serio, si tuviera un problema contigo, te lo diría a la cara. Nada de notas anónimas de cobarde.

—Lo sé. —Levanta la mano para acunar mi mejilla en su cálida palma. Mi respiración se entrecorta cuando su pulgar roza mi labio inferior—. Porque tú, Ava Valeur, eres la persona más valiente que conozco.

Parpadeo mirándolo, un nudo alojándose en mi garganta ante la cruda

sinceridad en su voz.

—Para nada. Soy un desastre el noventa por ciento del tiempo.

Su pulgar roza mi labio de nuevo, y me estremezco.

—Donde importa, eres la mujer más valiente y genuina que he conocido.

Antes de que pueda planear una respuesta, un brusco golpe en la puerta nos sobresalta y nos separamos. La cálida palma de Lucas se aleja de mi mejilla mientras da un paso atrás medido.

—Ese debe ser el investigador privado. Debería…

—Por supuesto —digo, alisando mi blusa e ignorando la forma en que mi piel aún hormiguea por su toque—. De todos modos, tengo revisiones de presupuesto que implementar.

La máscara del empresario imperturbable se desliza de nuevo sobre sus facciones mientras se dirige a la puerta de su oficina, una vez más muy profesional y calculador. Pero mientras la abre para saludar al recién llegado, me lanza una mirada ardiente por encima del hombro.

—Gracias, Ava. Por la charla.

Mi sonrisa de respuesta se siente demasiado amplia, demasiado brillante.

—Para eso están los compañeros, ¿no? Para apoyarse mutuamente.

Si pongo un énfasis indebido en la palabra compañeros, bueno, eso queda entre mi corazón galopante y yo.

—Cierto. —Sus ojos azules arden en mí un momento más antes de volverse para dirigir al detective a su oficina—. Compañeros.

Cuando la puerta se cierra tras de mí con un clic, presiono una mano temblorosa contra mi mejilla sonrojada y me desplomo contra la pared.

Joder.

¿Qué estamos haciendo?

Veintitrés

AVA

Estoy sentada junto a la piscina, disfrutando de los cálidos rayos del sol, cuando Lucas pasa caminando junto a mí con una botella de agua en la mano, vestido con mallas ajustadas.

Dios mío, qué sexy.

Aparto la mirada del tentador bulto en su entrepierna. Mierda, esos pantalones son tan ajustados que puedo distinguir cada relieve y contorno de su impresionante paquete. Mi cuerpo traicionero se anima con entusiasta aprobación.

—Oye, ¿adónde vas? —pregunto, esforzándome por mantener una expresión neutral.

Se detiene a medio paso y me mira.

—A hacer ciclismo de montaña. Salgo a montar todos los fines de semana.

—Oh. No sabía que te gustaba el ciclismo.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, esposita. —Sus labios se curvan—. Es una de las razones por las que me niego a vivir en la ciudad. Me gusta poder salir en cualquier momento, estar en la naturaleza y devorar kilómetros.

Tengo que admitir que, a pesar del tedioso trayecto, le he tomado bastante cariño a la finca. Los campos y el verdor que nos rodean son sencillamente encantadores.

—¿Quieres venir? —Sus ojos azules brillan con invitación.

—¿Qué? —Me incorporo de golpe, casi cayéndome de la tumbona—. No. De ninguna manera. No puedo.

—Inténtalo. Puede que te guste. —Su sonrisa se ensancha—. Dicen que hay que probar todo al menos una vez.

—Yo... —Bajo la cabeza y jugueteo con un hilo suelto de mis pantalones cortos—. No sé montar en bicicleta.

—¿Cómo dices? —Su mandíbula cae mientras me mira parpadeando—. ¿Nunca montaste de niña? ¿Ni siquiera con rueditas?

—Lo intenté, pero no pude dominarlo. —Omito la parte del brazo roto y los gritos furiosos de mi padre. Nunca volví a subirme a una bicicleta después de eso.

Lucas me estudia durante un largo momento, con algo indescifrable parpadeando en sus rasgos cincelados.

—Podría enseñarte. Si quieres, claro.

Arrugo la nariz.

—¿Por qué querrías hacer eso?

—¿Por qué no? —Se encoge de hombros—. A menos que seas una gallina.

La indecisión libra una batalla dentro de mí. Siempre he lamentado no haber dominado esta habilidad básica de la infancia. ¿Pero y si simplemente no soy capaz? ¿Y si hago el ridículo delante de él?

—Venga, esposita. Puedo ver que estás tentada. No dejes que el miedo dirija tu vida. ¿Qué pasó con esa valentía que elogiábamos el otro día?

Genial, ¿ahora lee mentes?

Mordiéndome el labio inferior, asiento lentamente.

—Vale. Me apunto.

Una enorme sonrisa infantil se extiende por su rostro, haciéndole parecer años más joven. —Ve a ponerte algo deportivo y nos vemos aquí. Comeremos algo después de tu lección.

—No tengo ropa para ciclismo.

—No importa. Solo ponte algo cómodo que no te importe ensuciar. No iremos a los senderos en tu primera salida. —Sus ojos bajan a mis piernas desnudas antes de apartarse rápidamente—. Lo tomaremos con calma. Como en el sexo.

Pongo los ojos en blanco y reprimo una sonrisa. De alguna manera, su escandaloso coqueteo ha pasado de ser molesto a encantador.

—Me encanta cuando sonríes.

Me quedo helada, con el corazón tartamudeando en mi pecho.

¿Le encanta verme sonreír?

Ajeno a mi tormento interior, Lucas me hace un gesto hacia la casa.

—Nos vemos aquí en diez minutos. Iré a buscar unas cosas.

Voy a cambiarme y me pongo ropa de deporte, con la mente dando vueltas mientras me enfundo unas mallas negras ajustadas y una camiseta elástica.

Cuando regreso a la piscina, Lucas está sacando una gran bolsa de lona del cobertizo. Tropieza cuando me ve, su mirada recorriendo mi figura con evidente apreciación.

Me cruzo de brazos, luchando contra el impulso de subirme el escote.

Lucas sonríe.

—Relájate. Lo vas a hacer genial.

Lo sigo mientras me lleva a un pequeño edificio anexo que nunca había notado antes. Abre la puerta y revela lo que parece una tienda de bicicletas en miniatura, completa con relucientes bicicletas de montaña y de carretera de alta gama de todos los estilos.

—¿Por qué tienes tantas? —Inclino la cabeza.

Se encoge de hombros.

—Algunas son de repuesto por si una necesita reparación. Algunas son para carretera, otras para senderos. Además, Liam a veces viene y monta conmigo.

Asiento, tratando de no dejar que un destello de dolor se muestre en mi rostro. En las semanas desde nuestro acuerdo, no he tenido más contacto con su familia que una charla educada en el ensayo de la boda. Sé que Liam ha venido a la casa un par de veces desde entonces, pero Lucas nunca me invita a saludarlo.

Parece que los Valeur prefieren fingir que su nueva nuera no existe. Puede que ahora lleve el apellido familiar, pero han dejado muy claro que, a sus ojos, no pertenezco aquí. No pertenezco a ninguna parte.

Tal vez nunca lo haga.

—Tierra llamando a Ava. —Lucas agita una mano frente a mi cara, sacándome de mis melancólicas reflexiones—. ¿Estás conmigo?

—Lo siento. —Sacudiendo la niebla, vuelvo a centrarme en su rostro—. ¿Qué decías?

—Te estaba explicando los diferentes tipos de bicicletas y sus características, pero supongo que no era un tema apasionante ya que te desconectaste. —Me lanza una sonrisa torcida—. Lo primero es lo primero: el equipo de seguridad.

Agachándose, abre la misteriosa bolsa de lona y empieza a sacar varias almohadillas y correas.

—Querrás ponerte esto. Tenía algunas tallas más pequeñas por ahí de Dios sabe dónde.

Mi respiración se entrecorta cuando se arrodilla frente a mí, sus largos dedos rozando la piel desnuda de mi pantorrilla mientras asegura una almohadilla protectora en su lugar. Incluso ese toque ligero e impersonal envía mis terminaciones nerviosas al límite.

—Esto puede ser exagerado para dar una vuelta rápida por los terrenos, pero es mejor prevenir que curar. —Su cálido aliento acaricia mi muslo mientras ajusta otra correa—. No voy a correr ningún riesgo contigo.

Asiento, sin confiar en mi voz. La visión de mi imponente y obstinado marido agachado a mis pies, tan cuidadoso y protector conmigo, hace que revoloteen inquietantes mariposas en mi barriga.

En poco tiempo, estoy ataviada como un pavo de Acción de Gracias con rodilleras y coderas.

—Y, por supuesto, un casco. —Coge un elegante casco blanco de un gancho y me lo ofrece, evaluándome—. Creo que necesitarás la talla pequeña.

Mis mejillas arden cuando se acerca, ajustando el casco sobre mi coleta. Sus nudillos rozan la articulación de mi mandíbula mientras juguetea con la correa de la barbilla, su aroma masculino y boscoso llena mis fosas nasales.

—Ya está. Todo listo. —Da un paso atrás, con los brazos cruzados sobre su

ancho pecho mientras me examina—. ¿Cómo te sientes? ¿No está demasiado apretado?

—Me siento como una salchicha rellena, pero sobreviviré —arrugo la nariz, extendiendo una pierna exageradamente acolchada—. Aunque esto no es precisamente favorecedor. Incluso mis viejos y gastados pantalones de chándal son más atractivos.

Algo ardiente y evaluador brilla en sus vívidos ojos azules mientras recorren lentamente mi cuerpo.

—Eh, yo no diría eso —murmura, con un tono que me provoca un escalofrío por la espalda—. No hay nada malo con la vista desde donde estoy.

Trago saliva con dificultad, con la boca seca como un desierto. ¿Qué está haciendo? Es desconcertante. Y emocionante.

Una parte de mí quiere regodearse en esta nueva sensación efervescente que se despliega en mi pecho. Coquetear de vuelta y ver hasta dónde puedo empujarlo.

Pero la otra parte, la dominante, endurecida por una vida de amor condicional y abandono, se aleja de su tono íntimo y miradas ardientes. Doy un paso atrás, necesitando distancia.

—Bueno, me siento ridícula —murmuro, evitando su penetrante mirada mientras jugueteo con la correa de mi casco—. Terminemos con esto antes de que cambie de opinión.

Afortunadamente, él permite que el momento cargado pase sin comentarios, entregándome una bicicleta de montaña plateada y ligera con una sonrisa.

—Tu carruaje te espera. Vamos a darle una vuelta, ¿eh?

La siguiente hora pasa en un borrón de torpezas, falsos comienzos y no poca frustración mientras lucho por dominar la simple tarea de pedalear en línea recta sin tambalearme.

Lucas, a su favor, se mantiene paciente, gritando palabras de ánimo y consejos mientras corre a mi lado.

—Eso es. Mantén la cabeza erguida y mira hacia adelante. Confía en que tu cuerpo encontrará su equilibrio.

Mordiéndome el labio en concentración, avanzo unos metros más antes de perder impulso y poner el pie en el suelo para evitar caerme. Otra vez.

—¡Joder! —golpeo el manillar, con lágrimas de frustración picándome en los ojos—. Esto es inútil. Yo soy inútil.

—Eh. Nada de ese discurso derrotista —Lucas coloca una mano tranquilizadora en mi hombro, agachando la cabeza para encontrar mi mirada—. Lo estás haciendo genial, Ava. De verdad. Nadie lo domina de inmediato. Solo se necesita práctica.

—Práctica —repito—. Claro.

Giro la bicicleta para empezar de nuevo.

—Está bien. Un intento más.

A medida que el sol sube más alto en el cielo despejado, encuentro mi ritmo, tambaleándome cada vez menos mientras mis músculos se acostumbran a los movimientos desconocidos.

—¡Sí! ¡Lo estoy haciendo! —pedaleo más rápido—. ¡Estoy montando en bicicleta! ¡Lo estoy haciendo!

—¡Guau! —Lucas corre a mi lado, con una enorme sonrisa infantil iluminando su rostro—. ¡Mírate!

La ráfaga del aire primaveral fragante en mi cara, el estiramiento y ardor de mis músculos, la sensación de equilibrio inquebrantable... es glorioso. Ahora entiendo por qué estaba tan ansioso por compartir esto conmigo.

Estoy tan absorta en mi recién descubierta alegría que no me doy cuenta del pequeño bache que se avecina a tiempo para evitarlo. La rueda delantera lo golpea de lleno, haciendo que el manillar se sacuda hacia un lado. Antes de que pueda siquiera jadear, estoy en el aire.

El dolor explota por todo mi cuerpo cuando golpeo el suelo con fuerza, mi bicicleta cayendo ruidosamente a mi lado.

Me quedo ahí, sin aliento y aturdida, mientras un recuerdo de hace décadas me asalta.

La grava clavándose en mis palmas tiernas. El enfermizo chasquido de un hueso.

—Joder, Ava, deja de lloriquear. No tengo tiempo para esto. Solo los bebés lloran...

—Maldita sea. Ahora tengo que perder todo mi día llevándote al hospital. No puedo creer lo inútil que eres. Es montar una maldita bicicleta. ¿Qué tan difícil es eso? Patético.

La vergüenza me eriza la piel mientras su voz resuena en mis oídos. Incluso ahora, más de quince años después, la herida de aquella humillación aún supura. La amarga decepción y el autodesprecio.

—¡Ava! ¿Estás bien?

El grito de pánico de Lucas hace añicos los recuerdos inquietantes. En un instante, está arrodillado a mi lado, su expresión frenética mientras sus manos recorren mi cabeza con casco, mis hombros, mis costillas.

Parpadeo hacia él, la luz del sol intensa haciendo brillar su cabello oscuro. Hermoso. Tan hermoso.

Una lágrima gruesa rueda por mi mejilla raspada.

—Joder, cariño, háblame. ¿Estás herida? —su voz se quiebra mientras acuna

mi cabeza entre sus palmas—. ¿Qué necesitas?

Preocupación. Suavidad. Compasión.

Abro los ojos y encuentro su hermosa mirada preocupada. La visión de él me destroza. Una segunda lágrima rueda por mi mejilla, seguida de otra.

—Joder, Ava —me atrae hacia él, acunándome contra su pecho—. Estás bien, estoy aquí —me mece en sus brazos.

Sollozo, todos los recuerdos de aquella fatídica caída vuelven a mí. Mi padre gritándome, el dolor de mi brazo roto, las horas que esperé hasta que llegamos al hospital y me pusieron un yeso porque él tuvo que pasar primero por la oficina para una reunión importante.

No derramé ni una sola lágrima entonces, pero ahora parece que todas las lágrimas desde entonces se han acumulado, estallando fuera de mí.

Lucas me sostiene durante largos minutos. No habla ni me apresura, solo me deja sacarlo todo.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? —pregunta cuando mis sollozos se calman, apartándose para examinarme—. Quiero aferrarme a él y no soltarlo nunca—. ¿Dónde estás herida?

—Estoy bien —digo.

—Tu mano —se inclina sobre mí, inspeccionando el feo raspón en mi palma donde amortiguó mi caída.

—Es solo un rasguño —digo entre sollozos.

Sopla aire fresco sobre la herida con sorprendente delicadeza.

—Creo que sobrevivirás. Menos mal que te hice usar esas almohadillas.

Me río. Y lloro. Y me río.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿De qué?

—De lo que acaba de pasar aquí. Porque supongo que no es por esta caída.

Niego con la cabeza.

—De acuerdo —se levanta y extiende su mano, ayudándome a ponerme de pie—. ¿Quieres seguir?

—No. No puedo.

—No estás herida.

—Simplemente no puedo. Nunca lo lograré —niego con la cabeza.

Agarra mi barbilla, inclinando mi rostro para encontrar sus ojos.

—Ava. Terminaste la universidad, obtuviste títulos, eres CEO. Te casaste conmigo para salvar tu empresa, y luchaste contra mí para salvar a tus empleados. No llegaste a donde estás rindiéndote. ¿Verdad, Ava?

Mi corazón se acelera.

—No te dejaré que te rindas contigo misma. Eres fuerte, eres increíble, y te

irás de aquí sabiendo montar en bicicleta. ¿Me estás escuchando?

Asiento.

—Ahora vuelve a subir y demuéstrale a esa bicicleta quién manda.

Después de unos intentos más, con Lucas animándome todo el tiempo, algo hace clic. Estoy pedaleando, y no puedo entender por qué alguna vez me pareció difícil. Doy la vuelta y pedaleo de regreso hacia Lucas.

—¡Estoy montando! —le grito.

Él sonríe, esperando a que llegue hasta él.

—Sí, lo estás haciendo. —Su voz es baja cuando me detengo a su lado—. Te dije que te irías de aquí sabiendo montar.

Sonrío tan ampliamente que me duelen las mejillas. Me quito el casco y lo cuelgo en el manillar, luego las protecciones.

—Gracias, Lucas. No tienes idea de lo mucho que esto significó para mí. —Me lanzo a sus brazos, enterrando mi rostro en su amplio pecho.

No quiero romper este abrazo.

Su aroma me envuelve, limpio y masculino. Y mi cuerpo hormiguea. Estamos presionados juntos, y aun así, no es suficiente. Lo quiero encima de mí, dentro de mí. Me acerco aún más, deslizando mis manos bajo su camisa para acariciar su piel cálida.

Se siente tan bien, tan correcto.

Levanto mi rostro y me encuentro con su ardiente mirada.

—¿Ava?

—¿Mmm?

—Di que sí —susurra con voz ronca, su aliento rozando mis labios.

Un suspiro desesperado se me escapa.

—Sí.

Sus labios rozan los míos, provocando, saboreando. El más ligero susurro de un toque, y aun así enciende una tormenta de fuego en mi vientre. Su dureza presiona contra mi suavidad mientras mueve sus caderas, haciéndome saber cuánto me desea. Cada delicioso roce envía chispas bajo mi piel, mi corazón acelerándose a un ritmo febril.

—¿Deberíamos llevar esto de vuelta a la casa? —su susurro ronco acaricia mi piel hormigueante, erizándola—. ¿A una cama?

Niego con la cabeza, mis dedos aferrándose a sus anchos hombros.

—No. Aquí. Ahora.

La idea de esperar un segundo más es insoportable. Necesito todo de él contra mí, sobre mí, rodeándome. Consumiéndome.

—¿Aquí? —Sus ojos se encienden con un hambre igual. En un parpadeo, tiene su mochila abierta y está sacudiendo una suave manta de picnic para

extenderla sobre la exuberante hierba.

La anticipación vibra por mis venas, cada terminación nerviosa cobra vida mientras lo observo. Mi lengua sale para humedecer mis labios secos. Dios mío, esto realmente está pasando.

Estoy emocionada.

Y asustada.

Y excitada.

—¿Tienes dudas? —pregunta, tomando mi mano—. No tenemos que hacerlo. —Esa mirada vulnerable cruza su rostro de nuevo.

Ese raro atisbo de vulnerabilidad hace que mi corazón se apriete dolorosamente en mi pecho. ¿Desde cuándo el arrogante y presumido Lucas se preocupa por presionarme? ¿Desde cuándo me mira con tanta ternura abierta?

Desde que empezaste a ver al hombre debajo de la máscara del implacable hombre de negocios, susurra una voz traidora. Desde que empezaste a querer más de él que un matrimonio falso y unos cuantos orgasmos.

—No tengo dudas —le aseguro, mi voz saliendo más entrecortada de lo que pretendo—. Quiero esto. Te quiero a ti.

Algo feroz y posesivo brilla en sus ojos mientras me atrae contra su imponente cuerpo. Su calor me quema incluso a través de la ropa, su corazón retumbando contra mi pecho.

—Entonces me tendrás.

En el siguiente momento, su boca está sobre la mía, devorando, conquistando, haciendo arder cualquier duda que quedara. Gimo en el beso, separando mis labios en una ansiosa invitación. No pierde tiempo en profundizar el contacto, su perversa lengua adentrándose más allá de mis dientes para acariciar y mimar. El deseo surge a través de mí, caliente y embriagador, mientras recorre cada centímetro de mi boca como si lo estuviera memorizando.

Sus grandes manos se deslizan por mi espalda para agarrar mis caderas mientras nos hace retroceder, sin romper el beso. Me aferro a sus bíceps cuando nos baja a la manta y coloca todo su peso sobre mí. La deliciosa presión provoca que una necesidad urgente recorra mi columna y palpite entre mis muslos.

Sus labios trazan un camino ardiente por mi mandíbula, bajando por la columna de mi cuello, sus dientes rozan mi pulso acelerado.

—Sabes aún mejor de lo que imaginé —murmura contra mi piel, la áspera barba de su mandíbula creando una exquisita fricción—. Podría darme un banquete contigo durante horas y nunca saciarme.

Enredo mis dedos en su sedoso cabello y lo acerco a mí, arqueándome para darle mejor acceso. Él toma la invitación tácita, moviéndose más abajo para acariciar con la nariz la piel sensible sobre mi clavícula.

Cada beso con la boca abierta envía relámpagos líquidos a mi centro, y estoy jadeando para cuando sus hábiles dedos se deslizan bajo el dobladillo de mi camiseta, empujando la frágil barrera hacia arriba para desnudar la parte inferior de mis costillas. Mi estómago se hunde cuando extiende una palma caliente sobre la superficie temblorosa, su toque a la vez calmante e inflamante.

—Tan suave —murmura, trazando caricias fugaces sobre cada centímetro de piel expuesta—. He estado muriendo por poner mis manos sobre ti así.

—Entonces tócame —respiro, envalentonada por la cruda necesidad en su confesión. Envuelvo mis dedos alrededor de su muñeca y guío su mano más arriba para que cubra mi pecho a través del delgado sujetador deportivo—. Soy tuya.

Un gruñido retumba en su pecho mientras obedece, amasando el sensible montículo, su pulgar roza mi pezón erizado a través de la tela elástica. El placer me recorre, mi espalda se arquea fuera de la manta buscando más de esa decadente fricción. Más de él.

—Eso es, nena —me anima, pellizcando la punta tensa entre sus dedos hasta que jadeo—. Déjame oírte. Quiero aprender todos los sonidos que haces.

Sin importarme cómo sueno, dejo que los gemidos entrecortados escapen de mis labios mientras él continúa su dulce tormento, el deseo convirtiendo mi sangre en lava fundida. Mis caderas se retuercen contra las suyas, buscando presión donde estoy palpitando y vacía.

—Lucas, por favor...

Acallándome con un beso abrasador, quita la tira de mi sujetador por mi hombro, desnudando un pecho sonrojado ante sus ojos hambrientos. Mi timidez se evapora bajo el calor de su gemido apreciativo, mi piel erizándose.

—Perfecto —respira—. Tan jodidamente perfecto.

Luego baja la cabeza y cierra sus labios alrededor del punto adolorido, y siento cómo mi piel se electriza ante el ardiente placer que me atraviesa. Siento una succión húmeda y gloriosa mientras él saborea la carne sensible, su lengua gira y sus dientes rozan hasta que me retuerzo contra él. Mis uñas se clavan en sus hombros, sonidos sin sentido escapan de mi garganta.

Liberando mi pezón con un obsceno sonido, roza la piel húmeda con la áspera almohadilla de su pulgar.

—¿Te gusta eso, cariño? ¿Te gusta tener mi boca sobre ti? —Procede a chupar mi otro pezón—. No tienes idea de cuánto tiempo he soñado con esto. No estaba seguro de si alguna vez estarías de acuerdo.

—¿Qué habrías hecho si yo no hubiera venido? —pregunto con la voz ronca.

Él levanta la mirada hacia mí.

—Habría seguido esperando, con la esperanza de que vinieras, y me habría

masturbado.

—Eso es excitante.

—¿Sí?

—Cuando lo hiciste frente a mí, me corrí solo de verte. Imaginé este momento cada vez que me tocaba en la cama.

—¿Me imaginabas a mí?

Asiento.

—Joder, Ava —acaricia la cintura de mis pantalones, deslizando su mano entre mis piernas con un toque suave. Quiero arrancar la tela para sentirlo en mi piel desnuda.

Mueve su mano hacia arriba otra vez.

—Vuelve a poner tu mano ahí —jadeo.

—¿Dónde me quieres, Ava? Muéstrame —gime, con el rostro sonrojado y la boca abierta. Es tan guapo.

Guío su mano entre mis piernas.

—Estoy mojada.

Mis cómodos pantalones de yoga se sienten asfixiantes mientras me acaricia a través de la tela.

—¿Quieres mi polla o mi lengua? —susurra, deslizando su mano dentro de mi cintura. Su dedo encuentra mi clítoris y echo la cabeza hacia atrás.

—¡Joder! —grito.

Ya no soporto la tela contra mi piel, así que me bajo los pantalones junto con la ropa interior y los descarto. Lucas se detiene y se arrodilla, sus ojos recorriendo mi cuerpo con aprecio. Pasa sus manos sobre mí, de arriba a abajo, acariciando mi piel ardiente.

—Te deseo, Lucas. Desnúdate —suplico.

Se pone de pie y saca un condón de su bolsillo.

—Esta vez tengo uno.

—No quiero que uses un condón. —Confío en él. No mentiría sobre algo así, y quiero sentirlo. Todo él.

Asiente, su respiración acelerándose. Se quita la camisa y los pantalones de montar, quedando ante mí en todo su esplendor desnudo, su erección palpitando en la base.

Guau.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta.

Asiento.

—Ven aquí.

—Espera, quiero saborear este momento. Grabarlo en mi memoria. —Sus ojos están nublados.

Dios, ¿puede decir algo más hermoso que eso?

Vuelve a arrodillarse, abriéndome con sus manos.

—Quiero chuparte, probarte. He estado soñando con esto desde aquella vez en la azotea, dulce y salado y único. Quiero que te corras en mi lengua.

Su pulgar masajea mi clítoris y mis caderas se elevan para encontrarlo.

—¿Qué más quieres, esposita? ¿Quieres correrte en mi lengua?

—Sí.

Se arrodilla entre mis piernas, pasando su lengua en una larga lamida de abajo hacia arriba.

—¡Joder! —grito, tirando de su cabello oscuro.

—Este coño es mío —murmura antes de sumergirse de nuevo, lamiéndome de arriba a abajo, luego chupando mi clítoris, primero suavemente, luego más fuerte. Me retuerzo, abriendo más las piernas, desesperada por su toque. Me lame de nuevo, agregando un dedo y deslizándolo dentro de mí.

Agrega otro dedo, curvándolos y golpeando mi punto G. Casi grito.

—Es demasiado —jadeo.

—No, nena, apenas estamos empezando —dice, volviendo a atormentar mi hinchado clítoris. Mis músculos tiemblan, la presión en mi vientre está alcanzando nuevas alturas. Estoy cerca.

—Te siento apretando mis dedos. Joder, eres divina. —Saca sus dedos de mí y los pone en su boca, chupándolos hasta limpiarlos. Sus ojos se ponen en blanco.

Mis ojos se abren de par en par. Es una de las cosas más sexys que he visto jamás.

Se detiene y me mira con los ojos entrecerrados.

—No pares. Por favor.

—Quieres más, ¿verdad, nena? ¿Quieres correrte?

—Sí, por favor. —Me retuerzo de nuevo. Mi orgasmo está a solo un toque de distancia.

—Aún no. —Aparta su mano.

Exhalo.

—¿No?

El nudo apretado en mi vientre se desenreda y gimo mientras mi orgasmo se escapa como un sueño lejano.

—No. Yo decidiré cuándo estés lista para correrte. —Envuelve su mano alrededor de su polla, acariciándola de arriba a abajo otra vez. Luego se arrodilla entre mis piernas, frotando su cabeza contra mi clítoris.

Adelante, atrás. Una palmada.

Grito.

Se aleja y casi lloro por la necesidad.

—Más.

Sonríe mientras se acerca de nuevo, deslizándose a lo largo de mi hendidura. Su polla está empapada con mi excitación. Es tan bueno, tan bueno. Me golpea de nuevo con su polla y mis caderas se sacuden. Estoy a punto de explotar, más rápido que la última vez.

—Maldición, eres demasiado buena. Estás muy cerca, ¿verdad? ¿A punto de correrte?

Asiento.

—Todavía no, nena.

Se mueve hacia adelante hasta que su polla está justo frente a mi cara.

—Si te pido que te la metas en la boca, ¿lo harás?

Asiento de nuevo.

Pone su pulgar en mi boca, abriéndola más.

—Abre.

Abro y empuja la punta de su polla dentro.

—Joder —gime, echando la cabeza hacia atrás mientras saco la lengua, lamiendo la base.

Empuja más adentro, gimiendo y haciendo que mi estómago se tense. Cubro mis dientes con mis labios y chupo. Sabe a mi excitación y al sabor salado de su piel. Levanto una mano para acariciar sus huevos, luego el punto sensible detrás de ellos.

Sus ojos se ponen en blanco y se empuja tan adentro que me ahogo cuando golpea la parte posterior de mi garganta.

Se queda dentro, la saliva goteando por las comisuras de mi boca, y pierdo el aliento justo antes de que se retire.

Veinticuatro

LUCAS

Ella agarra mi polla, todavía respirando con dificultad. La vista por sí sola podría hacer que me corra, pero entonces aprieta mi miembro, acariciándolo de arriba abajo, haciéndolo hinchar aún más.

Acaricia mis testículos de nuevo, haciéndolos rodar entre sus dedos mientras su otra mano presiona la punta.

—¡Joder! —grito, un escalofrío recorriendo mi columna—. ¿Me dejarás correrme en tu boca? —Me empujo de nuevo hasta el fondo hasta alcanzar la parte posterior de su garganta, y ella se atraganta, con los ojos muy abiertos, luchando por respirar.

Espero unos segundos antes de retirarme.

Asiente, con lágrimas en los ojos.

—¿Lo tragarás? —pregunto.

Asiente de nuevo.

Me retiro.

—Me aseguraré de hacerlo, pero no hoy. —Paso mi pulgar sobre su clítoris, masajeándolo en pequeños círculos hasta que sus ojos se cierran y sus caderas se mueven al ritmo de mi mano. Cuando se acerca a su clímax, me retiro.

—No, no pares. Estoy tan cerca. Necesito correrme —gimotea.

—Todavía no, nena… —sonrío, inclinándome para besarla de nuevo, esta vez con las bocas abiertas, nuestras lenguas bailando juntas. El beso ya no es suave; hemos pasado esa etapa. Ahora es agresivo, exigente. Estoy tomando lo que quiero. Lo que necesito.

No rompo el beso mientras me posiciono en su entrada. Planeaba seguir provocándola, llevarla al límite y luego negarle la liberación. Pero estoy demasiado excitado. Todo es demasiado. Necesito tenerla ahora.

Empujo un poco, y el sonido que hace casi me hace perder el control ahí mismo. Me enderezo, agarrando sus caderas con ambas manos para levantarla. Ahora, solo su cabeza y hombros descansan sobre la manta, con la parte inferior de su cuerpo suspendida, bajo mi control.

Miro donde estamos conectados y empujo hasta el fondo.

—Esta es la vista más hermosa que he visto jamás —murmuro, sus paredes envolviéndome en su calidez—. Y estás tan jodidamente apretada. —Mis ojos se ponen en blanco, y tengo que detenerme y respirar profundamente varias veces para no correrme en el acto.

Inhalo.

Exhalo.

Inhalo.

La sensación es increíble. Piel con piel, siento todo. Su calor me rodea por todos lados, sin nada entre nosotros. Somos uno solo.

Aprieto sus caderas.

—¿Estás bien?

—Necesito que te muevas —susurra.

—Vale, porque tengo que follarte.

Muevo mis caderas, embistiendo dentro y fuera de ella. Al principio, voy despacio, pero pronto pierdo el autocontrol y el ritmo se acelera. Ella se aprieta a mi alrededor, tratando de atraer mi polla aún más profundo. Mis ojos permanecen fijos en sus pechos rebotando con cada embestida. Ella está ardiendo, y yo estoy en llamas.

Uso mis manos para moverla sobre mi polla, encontrándome con cada embestida. Mis testículos se tensan, el placer se arremolina en mi columna, listo para explotar. Pero me contengo, mordiéndome el labio.

—Córrete para mí, nena.

Libero una mano para frotar su clítoris mientras continúo embistiendo dentro de ella.

—Sí. Sí. Sí —gime—. Ya casi.

Aumento la presión, pellizcando su clítoris entre mis dedos. Ella convulsiona, sus ojos se cierran, la boca abierta mientras sus paredes se aprietan a mi alrededor, sus piernas temblando.

—Oh Dios, es tan fuerte —grita, todavía temblando a mi alrededor.

Lleva su mano hasta abajo, apartando la mía de su clítoris sensible. Agarro sus caderas de nuevo, embistiendo con fuerza, nuestros cuerpos chocando juntos con cada movimiento, los sonidos haciendo eco a nuestro alrededor.

Mis testículos se tensan, mi polla se hincha dentro de ella mientras me corro, disparando profundamente en su interior.

—Joder, sí —grito, aprieto mi trasero mientras sigo corriéndome y corriéndome, llenándola.

Exhausto, me derrumbo sobre ella, todavía dentro.

—Eso fue increíble —susurro, mi pecho se expande con cada respiración, el placer inundándome, y una sensación que nunca antes había experimentado.

Sé que dije nada de abrazos, nada de emociones, pero no hay manera de que la deje ir ahora. Me retiro, acostándome a su lado y envolviéndola en mis brazos, sosteniéndola cerca.

Ella no se resiste, y por primera vez desde que nos conocimos, nos quedamos en silencio sobre la manta, recuperando el aliento.

Regresamos a la finca, montando a un ritmo lento, los árboles moteados por el sol proyectando sombras parpadeantes en nuestro camino. Mi pecho se contrae, cada respiración se siente como una daga entre mis costillas. Reduzco la velocidad de mi bicicleta, permitiendo que Ava se adelante para que no pueda vislumbrar la expresión angustiada que estoy seguro que está pintada en mi rostro.

Cuando llega al cobertizo cubierto de hiedra, frena y me espera, sus mejillas sonrojadas y radiantes por el esfuerzo. Me detengo junto a ella, forzando una máscara neutral mientras recojo nuestro equipo y guardo todo dentro.

—Gracias por enseñarme a montar —dice, metiendo un mechón rebelde de su sedoso cabello detrás de la oreja—. Nunca pensé que lo disfrutaría tanto.

—Cuando quieras. Fue un placer... —apunto a un tono ligero y juguetón—. En más de un sentido.

Un rubor tiñe sus mejillas, pero algo cauteloso se cierra detrás de sus ojos.

—Claro. Bueno, debería ir a ducharme.

Da media vuelta y se dirige hacia la casa, con la espalda rígida, antes de que pueda siquiera cerrar el cobertizo.

Huyendo. De nuevo.

Permanezco arraigado en mi lugar, observando su figura desaparecer en la fresca penumbra de la casa. Acordamos: nada de abrazos, solo sexo. Una liberación física, nada más.

Entonces, ¿por qué se siente como si se llevara una parte de mí con ella?

Deambulo hacia la cristalina piscina y me desplomo en una de las tumbonas acolchadas con vista al agua, el ratán tejido cruje bajo mi peso.

Joder.

Presiono un puño contra mi pecho, justo sobre el dolor palpitante que no tiene nada que ver con el sobreesfuerzo. No estoy teniendo un ataque al corazón. No, este dolor es más profundo, profundo hasta el alma.

No estoy enamorado de ella. No lo estoy. Ni siquiera un poco.

El amor es una mentira, una manipulación. Una debilidad para ser explotada.

Lo sé muy bien.

La voz demoníaca en mi cabeza se ríe, burlándose de mí.

¿Estás seguro, Lucas? ¿Es por eso que cediste a su plan de recuperación, algo que nunca hubieras considerado de nadie más? ¿Por qué te saltaste tu

sagrado paseo semanal, el único momento en que puedes apagar tu cerebro y simplemente ser, para pasar el día enseñándole en su lugar? ¿Por qué el solo pensamiento de que otro hombre la toque te hace querer destruir el mundo?

Cierro los ojos con fuerza, los puños blancos a mis costados. No. No puedo dejar que esto suceda.

¿Pero y si ya es demasiado tarde? ¿Y si, a pesar de mis mejores esfuerzos, me estoy enamorando de ella? ¿Sería el fin del mundo?

Es una mujer increíble: fuerte, brillante, compasiva. Las cosas son explosivas entre nosotros, y tal vez ella también podría llegar a quererme. Claramente se siente atraída por mí. Quizás podríamos superar nuestras diferencias y construir algo real.

No seas idiota, —gruñe la voz insidiosa—. ¿Qué pasará cuando derribes su amada empresa? ¿Cuando le arrebates todo por lo que ha trabajado, la deshagas? ¿Crees que estará agradecida? ¿Que alguna vez podrá amar al hombre que destruyó su vida?

Gruño desde lo profundo de mi garganta, hundiendo las palmas de mis manos en mis cuencas oculares hasta ver estrellas. La voz tiene razón. Sea lo que sea esto entre nosotros, tiene fecha de caducidad. Un final inevitable y feo que destruirá cualquier frágil vínculo que hayamos forjado.

Tengo que encerrar estos sentimientos traidores. Enterrarlos profundamente e ignorar su canto de sirena antes de que me atraigan hacia las rocas que se avecinan. Soy el puto Lucas Valeur. Yo no me enamoro. No lo necesito.

Casi tengo mi pulso acelerado bajo control cuando Hugo aparece en la entrada del patio.

—Aquí está, señor. Disculpe la interrupción, pero hay una joven agitada preguntando por usted. ¿La señorita Kaia?

Me enderezo, frunciendo el ceño.

—¿Kaia? ¿Qué demonios hace aquí?

Frotándome la mandíbula con barba incipiente, tomo una respiración profunda y me levanto de la tumbona.

—Por favor, hazla pasar a la sala de estar principal. Estaré allí enseguida.

Me tomo un momento extra para recomponerme antes de entrar a zancadas en la casa, el frío mármol un bálsamo contra mi piel acalorada. Encuentro a Kaia paseando por los relucientes suelos de parqué del salón, con una bolsa de lona púrpura abandonada a sus pies. Lleva unos vaqueros rasgados y una camiseta de banda oversize que envuelve su pequeña figura. Su cabello rubio está amontonado en lo alto de su cabeza en un moño desordenado y manchas de rímel corrido bajo sus ojos enrojecidos.

Se gira para enfrentarme cuando entro, su expresión desmoronándose.

—Sr. Valeur, lo siento mucho por irrumpir así.

—Te dije que mi puerta siempre estaría abierta si me necesitabas, y lo decía en serio. —Mantengo mi voz suave mientras me acerco a ella, colocando una mano tranquilizadora en su hombro tembloroso—. ¿Qué ha pasado?

—Se lo dije a mi padre. Sobre... —Su voz se quiebra, y baja la cabeza, limpiando las lágrimas frescas que caen por sus mejillas enrojecidas.

—Supongo que no reaccionó bien.

—Me llamó fenómeno. Me dijo que me fuera y que no volviera hasta que me «arreglara». Que ya no soy su hijo.

Me mira a los ojos, con la mirada vidriosa.

—No sabía a dónde más ir. Lo siento mucho por irrumpir e imponerme así. Juro que me iré en cuanto encuentre un motel barato o algo. Solo necesito un lugar donde quedarme unos días hasta que...

—Para ahí mismo. —La miro con severidad—. No te estás imponiendo, y desde luego no te vas a quedar en ningún motel de mala muerte. Tengo habitaciones de sobra. Te vas a quedar aquí conmigo hasta que resolvamos esto. Sin discusiones.

Su rostro se desmorona de nuevo, esta vez de alivio.

—No sé cómo agradecerle. Juro que le devolveré cada centavo.

—No harás tal cosa. Yo lo ofrecí, ¿recuerdas? Déjame ayudarte. Por favor.

Ella asiente, mordiéndose el labio inferior.

—De acuerdo. Gracias, de verdad. Es como mi ángel guardián o algo así.

Me río sin humor ante eso.

—Creo que descubrirás que no soy ningún ángel, cariño.

Abro mis brazos en invitación, y ella se derrumba contra mí, dejando que la envuelva en un abrazo feroz.

—Oye. ¿Qué está pasando? —La voz de Ava rompe el silencio cargado.

Suelto a Kaia y me giro para enfrentar a mi esposa, absorbiéndola con la mirada. Se ha cambiado a un vestido vaporoso de verano que se adhiere a su piel húmeda, su cabello oscuro suelto y ondulándose suavemente alrededor de sus hombros. El ligero aroma a miel de su gel de baño me llega. Es una visión, y me duele físicamente apartar mi mirada de ella.

Pasa un momento incómodo mientras la mirada evaluadora de Ava se desplaza entre Kaia y yo, algo inescrutable parpadeando en su hermoso rostro antes de que cierre su expresión.

Me aclaro la garganta.

—Ava, esta es mi amiga Kaia. Se quedará con nosotros un tiempo. Kaia, te presento a mi esposa, Ava.

—Un placer conocerte. —Kaia extiende una mano, ofreciendo una sonrisa

—. Vaya, eres estúpidamente guapa.

Ava devuelve el apretón de manos con una sonrisa educada y de labios apretados que no llega a sus ojos.

—Igualmente. No sabía que mi marido tenía amigas tan jóvenes y bonitas.

Mierda. Esto se ve mal.

—Kaia es más como una hermana pequeña, en realidad —digo apresuradamente.

Kaia toca mi antebrazo.

—Realmente lo siento por irrumpir en vuestra noche así. Sé que sois recién casados y probablemente quiera estar a solas con su espectacular esposa. No quiero incomodar.

Esbozando una sonrisa tranquilizadora, le doy una palmadita en la mano y retrocedo.

—No tienes nada de qué disculparte, te lo prometo. Voy a instalarte en la habitación de invitados azul; tiene baño privado y una hermosa vista de los jardines del este. Y espero que te unas a nosotros para cenar, sin discusiones. Estás en los huesos.

Ella se ríe ante eso, algo de la tensión abandona sus delgados hombros.

—Podría asesinar una hamburguesa, no voy a mentir.

—Ava, ¿puedes asegurarte de que coma algo mientras voy a hablar con Hugo y me doy una ducha?

—Claro —dice, pero su lenguaje corporal es rígido—. Ven conmigo.

Veinticinco

AVA

—¿Entonces no sois parientes? —le pregunto a la joven rubia, mis ojos recorriendo sus rasgos juveniles.

Parece joven, veinte años como mucho. ¿Quién es? ¿Este es su tipo? Mi mente se llena de preguntas.

—No —dice Kaia.

Señalo hacia la cocina y empezamos a avanzar.

—Soy la repartidora en su oficina —explica Kaia.

—¿Qué? —me detengo, girándome para mirarla—. No entiendo.

—Lucas es la persona más increíble que he conocido —dice, sus ojos azules brillando con adoración.

Maldición, suena enamorada. Pongo los ojos en blanco.

—Él me ayudó durante un momento difícil. —Duda por un momento, mordiéndose el labio inferior—. Soy transgénero. —Suelta la bomba, sus hombros se tensan como si se preparara para mi reacción.

—¿Qué? —jadeo.

—Nací como hombre, como Kai. Desde que era niña, sabía que algo no estaba bien. Que estaba en el cuerpo equivocado. Sabía que era una mujer, pero no me atrevía a hacer el cambio.

—¿Cómo entra Lucas en esta historia? —pregunto, extendiendo la mano para tocar su brazo en señal de consuelo.

—Empecé a trabajar en sus oficinas hace unos dos años, después de terminar el instituto. Un día, me encontró llorando en el ascensor con la ropa rasgada. Me llevó a su oficina y no se fue hasta que le conté lo que pasó. —Traga saliva con dificultad.

Me quedo en silencio, dándole espacio para hablar.

—Algunos compañeros de trabajo se enteraron y me acosaron. Se rieron y me arrancaron la ropa. Me dejaron humillada en el suelo. Se lo conté a Lucas. Él averiguó quiénes eran, consiguió sus nombres y los despidió. Luego me preguntó qué necesitaba. Financió mis tratamientos médicos, terapia, hormonas, todo, y me dijo que viniera a trabajar con la ropa con la que me sintiera cómoda. —Su voz se quiebra, una sola lágrima deslizándose por su mejilla.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos, mi corazón siente mucho dolor por lo que ha pasado.

Kaia agarra mi mano, su piel cálida contra la mía.

—Es maravilloso, tu esposo. Incluso estoy celosa de que sea tuyo. Aunque

no me atraen los hombres.

Le devuelvo la sonrisa, pero es hueca. Él no es realmente mío; puede que haya conseguido su cuerpo, pero eso es todo lo que habrá entre nosotros. Él lo dejó muy claro.

—Sí, él es maravilloso. Lucas dijo que te quedarás con nosotros, ¿verdad? —pregunto, tratando de llevar la conversación a un terreno más seguro.

—Por poco tiempo. No quiero imponerme ni nada. Lucas me dio su dirección para emergencias, y mi padre me echó de casa. —Su voz se quiebra.

—Oh, lo siento mucho. Eso es terrible. Y no te estás imponiendo en absoluto. Sé lo difícil que es lidiar con un padre complicado.

No importaba lo que hiciera, nunca podía complacerlo ni hacer que me amara. Me vendió en este matrimonio, después de todo. Nuestras situaciones no son tan diferentes.

Llegamos a la cocina y saco algunas comidas preparadas del refrigerador.

—Entonces, ¿qué quieres comer? —pregunto por encima del hombro.

—De verdad, no quiero molestarte. Cualquier cosa está bien —dice, sentándose en un taburete.

—¿Te parece que me estás molestando? No estoy haciendo nada más que sacar cosas del refrigerador. —Agito una mano despreocupadamente, poniendo las comidas sobre la encimera.

Ella duda, luego señala uno de los recipientes.

—Ese se ve bien, si no te importa.

Asiento y saco dos platos del armario.

Mientras pongo nuestros platos en la mesa, ella respira profundamente, con los ojos fijos en la comida humeante.

—Sabes —dice—, tenía tanto miedo de contárselo a mi padre. Sabía que reaccionaría como lo hizo —su voz tiembla ligeramente, y me inclino hacia delante, prestándole toda mi atención—. Durante el último año, me vestía fuera para que él no se enterara. Temblaba de miedo pensando que alguien que él conociera me viera y se lo dijera, pero ya no estaba dispuesta a esconderme. No quiero vivir así, con miedo. No quiero que otros me digan quién soy. Quiero vivir como mi verdadera yo, aunque me cueste todo lo que tenía.

Me levanto y rodeo la mesa para abrazarla, rodeando su delgada figura con mis brazos.

—Todo estará bien. Tal vez tu padre lo acepte con el tiempo.

Ella niega con la cabeza, su rostro desmoronándose.

—No hay posibilidad. No cambiará de opinión.

—Bueno, incluso si no lo hace, caerás de pie. Estarás bien. Mi padre nunca estuvo satisfecho conmigo, sin importar lo que hiciera.

Todo lo que hice fue por él. Incluso me casé por él, y aún no está contento. Desde esa conversación sobre los fondos, me ha estado ignorando. Sospecho que lo hace para evadir la responsabilidad.

Fuerzo una sonrisa en mi rostro, los músculos tensos.

—Hice lo que tenía que hacer, y no me arrepiento. Lucas también ha sido de gran ayuda para mí. Te ayudará a ti también.

—*Ejem* . —Lucas se aclara la garganta desde la puerta, apoyándose en el marco con los brazos cruzados.

—Ah, hola. No me di cuenta de que estabas ahí.

—¿Cuánto tiempo ha estado escuchándonos? Lleva puestos unos pantalones de chándal grises que cuelgan bajos en sus caderas y una camiseta blanca que se estira sobre su pecho musculoso.

Se pasa una mano por su cabello despeinado, sus bíceps flexionándose con el movimiento. Una franja de piel bronceada queda expuesta en su abdomen plano cuando su camiseta se levanta. Imágenes de él desnudo sobre mí destellan en mi mente: su cuerpo cincelado brillando de sudor, sus ojos azules ardiendo en los míos. Mis mejillas se calientan. Mi cuerpo hormiguea, el deseo se despliega en mi interior.

—Gracias, Ava. ¿Puedo hablar unos minutos con Kaia?

—Sí, por supuesto. —Doy una sonrisa avergonzada, consciente de que lo estoy mirando fijamente, y salgo disparada de la cocina. Me dirijo a mi habitación, con el pulso acelerado.

Camino de un lado a otro en el dormitorio como un animal enjaulado, mis pies descalzos hundiéndose en la alfombra mullida. Cartman pía desde su percha, ajeno a mi tormento interior.

—No sé qué hacer, Cartman —digo, con la voz quebrada—. Mi padre me ha cortado, me ha echado de su vida como si nunca hubiera existido. Y duele. Joder, cómo duele. —Me presiono una mano contra el pecho.

Le dije a Kaia que todo estaría bien, pero mentí. No estoy bien.

Soy tan insignificante para mi padre que ni siquiera dudó. Sacrifiqué todo para salvar la empresa que construyó y me casé con el enemigo por lo mucho que la compañía significaba para él. Todo para que me amara, y ni siquiera eso fue suficiente.

Camino más rápido, mi respiración acelerada y superficial.

Me presionó toda mi vida para que fuera dura. Para no llorar, para no mostrar piedad. Pero no soy dura. Solo estoy fingiendo, y conocer a Kaia ahora, ver su fortaleza, derribó todas mis pretensiones. No soy fuerte como ella. Ni siquiera me acerco.

Y no tengo a nadie.

La soledad me invade, tan vasta y vacía como el océano.

Las lágrimas que he estado conteniendo se liberan, corriendo por mis mejillas. Un sollozo se forma en mi garganta.

Mierda.

No llores. Solo los bebés lloran. Me froto la cara con manos temblorosas.

Suena un golpe en la puerta del dormitorio, y mi corazón salta a mi garganta. Para mi horror, la puerta se abre.

Me giro para enfrentar la pared, dando la espalda a la puerta. Me limpio las lágrimas, pero siguen cayendo otras nuevas.

—¿No te enseñaron a esperar una respuesta? —suelto, tratando de ocultar el temblor en mi voz.

—¿Ava? —dice Lucas.

—Sal de aquí. No te invité a entrar —gruño sin darme la vuelta.

—¿Estás llorando? —pregunta, con preocupación en su tono.

—No —miento, pero mi voz me traiciona, quebrándose en la única sílaba.

Se acerca, sus pasos amortiguados por la alfombra, pero puedo sentir su calor mientras se para detrás de mí, tan cerca, pero sin llegar a tocarme. El aroma limpio y masculino de él me envuelve. Cierro los ojos, mis labios se separan en una respiración entrecortada. Mi corazón late contra mis costillas.

—Por favor, mírame —suplica.

—No —susurro, sin confiar en mí misma para decir más. Sin confiar en que no me arrojaré a sus brazos y le suplicaré que me quite el dolor.

—¿Es por Kaia? ¿Estás llorando por ella? ¿Te molesta que esté aquí? —Suena desconcertado, con preocupación entrelazada en sus palabras.

—No, no tiene nada que ver con Kaia. Ella es maravillosa. Y me contó lo que hiciste por ella. —Mi voz es más firme ahora, pero aún espesa por las lágrimas contenidas.

—Hice lo que cualquiera hubiera hecho. Ella necesitaba ayuda, y yo pude dársela.

—No todos lo harían. La mayoría de la gente simplemente miraría hacia otro lado. —Mi padre nunca acogería a alguien como ella en su casa.

Me giro para enfrentar a Lucas, mis ojos aún brillantes por la humedad.

—¿Qué haremos cuando vea que dormimos separados? —pregunto, desesperada por cambiar de tema.

—Diremos que roncas —dice, con expresión seria, pero el humor brilla en las profundidades de sus ojos azules.

Una risita sorprendida escapa de mis labios antes de que pueda detenerla.

—Yo no ronco. Tal vez eres tú quien ronca.

—Eso está mejor —Sonríe y se acerca aún más—. Ahora estás sonriendo. —

Extiende la mano y acaricia mi mejilla, rozando su pulgar sobre mi piel y trazando la curva de mi pómulo—. Tu sonrisa es hermosa, y me encanta esa boca sucia y descarada tuya.

Mis ojos se cierran ante su toque ligero como una pluma, mi piel hormigueando. Me inclino hacia su mano, saboreando el contacto.

—¿Quieres hablar sobre por qué estabas llorando? —murmura, sus labios cerca de mi oído. Su voz es baja y tranquilizadora, hipnotizante.

—No estaba llorando —niego de nuevo. ¿Qué puedo decir siquiera? ¿Que estoy sola? ¿Que no tengo a nadie que se preocupe por mí? ¿Que el hecho de que mi padre ni siquiera responda a mis mensajes duele?

¿Por qué le importaría a Lucas? Cuando el contrato conmigo termine, hará lo mismo. Cortará todo contacto como si nunca hubiera existido. El pensamiento envía una punzada de dolor a través de mi pecho.

—No tenemos que dormir en habitaciones separadas —susurra, su pulgar aun acariciando mi mejilla.

Sorprendida, mis ojos se abren de golpe para encontrarse con los suyos. Las profundidades azules arden en mí, oscuras con una emoción que no puedo nombrar.

—Si quieres, puedes mudarte conmigo. Es cierto que acordamos no abrazarnos, y estoy seguro de que es difícil para ti creer esto, pero me gusta bastante acurrucarme con una mujer en la cama, y no me importa si calientas tus pies helados conmigo. —Sus labios se curvan en una sonrisa torcida, un hoyuelo juvenil aparece en su mejilla.

No puedo evitar sonreír de vuelta, una sonrisa genuina esta vez. Es bueno en estas charlas motivacionales.

—No creo que sea una buena idea —digo, pero mi determinación se debilita con cada segundo que estoy en sus brazos.

—Sabes que no te forzaré a nada, ¿verdad? No tienes que calentar tus pies conmigo. Podemos simplemente follar. —Mueve las cejas sugestivamente.

Una risa sorprendida burbujea en mí, y me cubro la boca con la mano, con los ojos muy abiertos.

—Hablando en serio, no tiene que pasar nada. Lamento haberte presionado. Sé que te arrepientes de lo que pasó esta mañana.

—No me arrepiento —suelto, mi voz feroz. No importa cómo me sienta ahora, él no merece pensar que hizo algo mal cuando yo quería cada momento que compartimos. El sexo fue el más increíble que he experimentado, y no lamento que haya sucedido. Fue la primera vez en mucho tiempo que me sentí bien. Que me sentí amada. Aunque no fuera real.

—No me debes nada. No hay ninguna cláusula así en el contrato, pero si

quieres hablar conmigo, estoy aquí. —Su voz es suave, sus ojos escrutando los míos.

Se inclina hasta que nuestras narices casi se tocan y espera. No me muevo, congelada en el lugar por la intensidad de su mirada. Dándome tiempo para alejarme, coloca su mano en la curva de mi cintura. Sus dedos se extienden sobre mi cadera, quemando a través de la tela fina. Con un suave tirón, me atrae contra él, nuestros cuerpos alineados desde el pecho hasta los muslos. Encajo perfectamente en el círculo de sus brazos.

Apoyo mi cabeza en su pecho, mi oído presionado sobre su latido. Retumba fuerte bajo mi mejilla.

Bum. Bum. Bum.

—Acuéstate conmigo —susurro, mis labios rozando el hueco de su garganta. No es lo correcto pedir, pero necesito alejar esta soledad, aunque sea por unas horas. Quiero sentir su piel contra la mía, su calor sobre mí y dentro de mí. Quiero ser parte de él. Sentirme menos sola. Levanto la cabeza para mirarlo, mis ojos suplicantes.

Demonios, me estoy volviendo adicta a él rápidamente.

—¿Qué? —Sus ojos examinan mi rostro, tratando de leer mi expresión.

—Te deseo.

Él retrocede, rompiendo nuestro abrazo. El aire frío se precipita entre nosotros, y tiemblo ante la pérdida de su calor.

—¿Qué te pasa? —pregunta, con confusión y preocupación luchando en su atractivo rostro.

—Por favor, Lucas, te necesito.

—Estás usando el sexo como excusa para no hablar conmigo. Eso es más mi estilo —Niega con la cabeza, con un giro irónico en sus labios.

La desesperación araña mi garganta.

Agarro el dobladillo de mi vestido y lo levanto sobre mi cabeza en un suave movimiento. Lo arrojo a un lado, sin importarme dónde caiga. Mis dedos ya están ocupados desabrochando mi sujetador, y me lo quito también, añadiéndolo a la creciente pila de ropa en el suelo. Me paro frente a él solo con mis bragas y los pies descalzos, mis pezones se endurecen en el aire fresco.

Sus ojos se ensanchan, oscureciéndose con un deseo inconfundible. Recorren mi piel expuesta, deteniéndose en mis pechos. Se muerde el labio inferior, un músculo palpitando en su mandíbula mientras la aprieta. Veo el momento exacto en que su control se rompe. He ganado.

—Estás jugando sucio, Ava. No soy lo suficientemente fuerte para alejarme de ti cuando estás parada frente a mí así —Su voz es áspera, enviando calor a través de mis venas. Da un paso hacia mí.

—No quiero que seas fuerte ahora. No quiero que te vayas, Lucas —susurro en respuesta, mi voz ronca. El punto entre mis piernas palpita, la humedad se acumula en mi centro.

Cuando me mira así, como si fuera lo único que quiere, como si me devorara entera, el resto del mundo se desvanece. Nada más importa. Aunque sea solo por un corto tiempo.

—Desnúdate —exige.

Deslizo mi mano en la cintura de mis bragas, quitándomelas.

Su mirada baja, sus fosas nasales se dilatan.

—¿Estás segura?

Asiento.

—Mucho —Quiero que pierda el control como si no pudiera contenerse cuando está conmigo—. No seas gentil ahora. Quiero que me muestres cuánto me deseas.

Me lleva a la cama. Me pongo en cuatro, mirándolo.

—Joder —maldice, sus dedos ya bajando sus pantalones, revelando su miembro erecto—. Dime si es demasiado, ¿de acuerdo?

Asiento, volviendo la cabeza hacia adelante. Estoy a punto de explotar.

—No te contengas.

Se coloca detrás de mí, y no sé qué va a hacer. Mis respiraciones son rápidas, mi cuerpo tenso con anticipación.

Exhala sobre mi entrada, y luego su lengua se desliza sobre mí, de abajo hacia arriba.

Joder.

—Rosa y abierta para mí. Me encanta —murmura, lamiendo de nuevo—. Y tan sabrosa. Me encantaría comerte durante horas, pero me pediste algo.

Sube a la cama. Bajo la cabeza para ver sus rodillas a cada lado de mí.

Agarra una de mis manos, luego la otra, sosteniéndolas juntas detrás de mi espalda, tirando de ellas hacia él. Con su otra mano, empuja mi cabeza hacia el colchón, dejándome a su merced.

Gimo.

No puedo moverme, mi cabeza presionada contra las sábanas, mi trasero levantado.

La humedad gotea por mis muslos.

—¡Aaahh! —grito cuando embiste en mí de un solo movimiento, llenándome completamente. El placer y el dolor inundan mi cuerpo.

Se queda quieto por un momento, permitiéndome adaptarme a él, a la increíble sensación de plenitud.

Luego comienza a moverse.

Veintiséis

LUCAS

Le sujeto los brazos por detrás de la espalda, usándolos como palanca para mis embestidas. Empiezo despacio, pero en cuestión de segundos, pierdo el control. La habitación huele a sexo, la excitación flota en el aire. Los gemidos de Ava son como música para mis oídos, impulsándome a ir más fuerte, más rápido.

Mis embestidas son fuertes, casi violentas. Ella se balancea hacia adelante y atrás con cada empuje y tirón de sus brazos. Me inclino hacia adelante, empujando más duro, más rápido. El sonido de piel golpeando contra piel llena el espacio, más fuerte incluso que nuestras respiraciones entrecortadas.

Estoy sin aliento, al borde, pero ella aún no ha llegado. Tiro de sus brazos un poco más, levantándola de la cama hasta que su espalda está contra mi pecho. Sigo dentro de ella, y ahora tengo acceso fácil. Enredo un brazo alrededor de su cintura, manteniéndola cerca, mientras que mi otra mano acaricia su pecho, dibujando círculos alrededor de su pezón antes de pellizcarlo fuerte.

Grita.

Sonrío y me muevo al otro pezón.

Mis caderas se mueven hacia delante y atrás dentro de ella, el sudor resbalando por mi espalda. Meto la mano entre sus piernas y froto su clítoris.

—Más —gimotea—. Necesito más.

Le doy una palmada en el clítoris, aumentando el ritmo de nuevo.

—Sí, sí.

—Córrete para mí, Ava, hazme sentir, arrástrame dentro. Demuéstrame cuánto ama tu coño tener mi polla dentro. —Bajo la cabeza y muerdo su cuello —. Quiero oírte gritar mi nombre. Dime quién te hace correrte.

—Tú, Lucas.

Sus gemidos y jadeos se aceleran, haciéndose más desesperados. Le doy otra palmada en el coño, y en segundos se aprieta a mi alrededor, gritando mientras su orgasmo la alcanza.

No espero. La giro sobre su espalda, embistiéndola de nuevo, disfrutando de la increíble sensación de estar dentro de ella.

—Mira lo que me haces. Pierdo el control cuando estoy dentro de ti.

Me pongo más duro, liberándome en ráfagas rítmicas. Sigo embistiendo hasta que estoy exhausto, luego me desplomo sobre ella, agotado.

La atraigo hacia mí y enredo mis brazos a su alrededor, rompiendo mis propias reglas. Su cuerpo se amolda al mío, curvas suaves contra planos duros.

—¡Joder, me corro! ¡Joder, me corro! —chilla el loro, su voz aguda atraviesa

el aire.

Levanto la cabeza y lo miro, frunciendo el ceño. Había estado tan callado en su sitio que hasta me olvidé de que estaba aquí.

—¡Sí, Lucas, sí! —grita otra vez, añadiendo un gemido que suena igualito al de Ava.

Una risa me retumba en el pecho y escapa de mis labios.

Ava hunde la cara en la almohada, sus mejillas ardiendo.

—Oh, no —gime, su voz amortiguada por la tela.

Le quito la almohada para poder ver su cara.

—Creo que oír al loro gemir mi nombre es una de las cosas más divertidas que me ha pasado últimamente —le dedico una sonrisa.

—¿Y si alguien lo oye? —pregunta, sus ojos abiertos de par en par, horrorizada.

Me encojo de hombros, despreocupado.

—¿Y qué?

—Entonces sabrán lo que hemos hecho.

—¿Y eso es tan terrible? Somos dos adultos que consienten, y estamos casados, Ava. ¿Recuerdas? Es de esperar que una pareja casada tenga sexo. —Sé que me odia, pero tenía la esperanza de que tal vez un poco menos después de lo que ha pasado entre nosotros. Parece que me equivoqué. Mi corazón se hunde, pero intento mantener mi expresión neutral.

—Ven a ducharte conmigo —me levanto de la cama y la arrastro conmigo, entrelazando mis dedos con los suyos.

Entramos en la ducha, bajo el chorro de agua caliente. El agua se desliza por nuestros cuerpos, lavando cualquier rastro de nuestro acto. No me toca, aunque es lo que quiero más que nada, pero tampoco se aparta cuando cojo el jabón y la enjabono, pasando mis manos por cada centímetro de su piel sedosa.

Empiezo por sus brazos, mis dedos trazando los delicados huesos de sus muñecas. Luego rodeo su cuello como un collar y bajo hasta sus hombros, masajeando la tensión de sus músculos. Enjabono sus pechos perfectos, observando cómo las burbujas se deslizan sobre los montículos pálidos. Luego me muevo a su cintura y su estómago.

Me arrodillo ante ella, listo para adorar su cuerpo con mis manos y mi boca.

—¿Qué estás haciendo? —Sus increíbles ojos me miran, con confusión y recelo en sus profundidades.

—Limpiándote —murmuro, presionando un beso en su cadera.

Ahora desciendo, prodigándole atención a cada uno de sus muslos. Me detengo cuando llego a una pequeña cicatriz en su pierna izquierda, trazándola con la yema de mi dedo.

—¿Cómo ocurrió esto? —pregunto, mirándola.

—Me caí de la bici —susurra.

Me levanto, con las manos en su rostro.

—¿Una caída grave? ¿Es por eso que no querías montar?

Asiente, su cabello mojado pegado a sus mejillas.

—Joder. Me lo deberías haber dicho. —Le paso el pulgar por el pómulo, limpiando una gota de agua.

—No, necesitaba que me impulsaras para lograrlo.

Le levanto la barbilla, obligándola a mantener el contacto visual.

—No me necesitas para lograr nada, Ava. Lo haces por ti sola.

—¿Aún quieres que me mude a tu habitación?

—Te lo ofrecí, ¿no? —levanto una ceja.

—Vale —dice tras un momento—. Solo por ahora, para que no sospechen mientras Kaia esté aquí.

Una calidez me inunda. No estoy seguro de poder compensar años de rivalidad entre nuestras familias, pero mientras estoy aquí mirándola, sé sin lugar a dudas que me he enamorado perdidamente.

La quiero, y no solo lo que esté dispuesta a darme. Quiero su corazón. No estoy seguro de que alguna vez esté dispuesta a entregármelo, pero joder, voy a intentarlo.

Estos últimos días, he estado intentando averiguar qué hacer con todos estos sentimientos extraños. Traté de negarlos, de reprimirlos, pero ahora no tengo duda alguna de que estoy enamorándome de ella.

Nunca me perdonará cuando lleve a cabo mi venganza contra su padre. Se convertirá en un daño colateral, y no habrá vuelta atrás.



Ella está en la puerta de mi habitación, abrazando la almohada contra su cuerpo. Lleva unos cortos pijamas que dejan poco a la imaginación y una camiseta a juego. Su cabello cae desordenado sobre sus hombros en ondas sueltas.

—¿Te has traído tu propia almohada? —le señalo a mi cama, que está llena de al menos seis almohadas.

Se encoge de hombros, sus delicados hombros subiendo y bajando.

—Estoy apegada a ella.

Sonrío, una calidez florece en mi pecho. Va a dormir aquí. Conmigo.

Joder, necesito convencer a Kaia para que se quede más tiempo, así Ava

seguirá durmiendo conmigo. La necesito aquí tanto como sea posible. Necesito mostrarle cuánto significa para mí.

Me quito la camiseta y la lanzo a un lado.

—¿Así es como duermes? —pregunta, con los ojos bien abiertos mientras recorren mi pecho desnudo.

Me giro hacia ella, levantando una ceja.

—Sí. ¿Por qué?

—Estás desnudo.

Miro hacia abajo, luego de vuelta a ella.

—No estoy desnudo. Llevo ropa interior. Espera, ¿te preocupa que no puedas resistirte a saltar sobre mí durante la noche? Porque si es así, está bien. Eres bienvenida a hacerlo. Puedo manejarlo —le sonrío, mis ojos brillando.

—Insoportable —murmura para sí, observando la habitación—. ¿No tienes un sofá o algo donde pueda dormir aquí?

—No.

—Bueno, supongo que podría dormir en la alfombra. —Mira la alfombra suave y peluda al lado de mi cama. Es cómoda—. Estaría feliz de follarte sobre ella, pero no es adecuada para dormir.

—Puedes dormir conmigo en la cama —le doy una palmadita al colchón.

—No me interesa, gracias. Es solo por la apariencia, ¿recuerdas? —Sigue mirando la habitación, buscando una alternativa.

—¿Preferirías que durmiera en la alfombra? —pregunto.

—Sí.

Mierda, no pensé que diría que sí cuando lo ofrecí.

—Está bien.

Reúno mi almohada y una manta de la cama y me acuesto en la alfombra. Intento colocarme en una posición que no me haga daño en la espalda, girando y moviéndome sobre la dura superficie debajo.

Me retuerzo de nuevo, intentando encontrar una posición cómoda. Voy a pagar por esto por la mañana.

Ava se acomoda en mi cama y apaga la luz.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

El silencio desciende durante largos minutos, roto solo por el sonido de nuestra respiración.

—¿Verdad o reto? —susurra, su voz suave rompiendo el silencio.

—Verdad —respondo sin dudar.

—Cobarde. Hmm... ¿Cuál es tu mayor arrepentimiento?

Joder. Mi mayor arrepentimiento es Ava. No el matrimonio, sino el contrato

y mi cruel plan de desmantelar su empresa y empujarla a salir, derrotada y arruinada. El plan que ya no tengo intención de llevar a cabo y que ella nunca descubrirá.

—Umm... Bueno, reto entonces, para que no me llames cobarde —digo, agarrando la cuerda de salvamento que me lanzó para cambiar de opinión.

Ella se mueve en la cama y su cabeza aparece por el lado, mirándome con una sonrisa.

Entrelace mis dedos detrás de mi cabeza, poniéndome cómodo.

—Te reto a que me muestres la foto más vergonzosa de tu móvil —dice, sus ojos brillando de travesura.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo? Esperaba algo terrible. —Me siento y busco mi móvil en la mesita de noche. Desplazo las fotos.

—Oh, no —murmuro al llegar a lo que sin duda es mi foto más humillante.

—Déjame ver. —Ella extiende la mano, haciendo un gesto de agarre.

—¿Demasiado tarde para volver a la verdad? —escondo la pantalla contra mi estómago.

—Dámelo. —Ahora está sonriendo, estirando el brazo hacia mí.

Hago como que le voy a pasar el dispositivo, pero en el momento en que sus dedos lo rozan, lo jalo de vuelta. Ella agarra más fuerte, negándose a soltarlo, y yo tiro más.

Ella grita al caer de la cama, aterrizando sobre mí.

—Joder —maldigo mientras me golpea con todo su peso. Puede que sea pequeña, pero el impacto duele.

—Oh, ¿te he lastimado? —canta en un tono que no suena para nada a disculpa.

—Quítate. —Intento empujarla para que se aleje, mi polla ya notando la situación y despertándose.

—Dame la foto. —Intenta sentarse, pero ambos seguimos agarrando el móvil, ninguno dispuesto a soltarlo. Ella lucha conmigo, y yo tiro más fuerte, sus labios a escasos centímetros de los míos.

Nuestras miradas se encuentran, ambos jadeando ahora. Ella sonríe, lenta y traviesa.

Es tan jodidamente hermosa.

Mi polla se endurece, presionando contra mi ropa interior, y sé que ella puede sentirlo.

Sus ojos se agrandan y se mueve, frotándose contra mí.

—Joder... —gimo.

Ella sigue. Torturándome. Mis ojos se cierran con fuerza.

Ella arrebata el móvil de mi agarre aflojado y salta a sus pies.

—¡Ah! —Abro los ojos y me siento. —Me has engañado.

Ella ríe desde el otro lado de la habitación.

—Es tan fácil manipular a un hombre. —Mira mi móvil, una gran sonrisa estirando sus labios—. ¿Qué es esto?

—Soy yo perdiendo una apuesta. —Me siento en la alfombra, pasándome una mano por el cabello.

—¿Un tutu rosa? —sigue sonriendo.

Me encojo de hombros. Aposté contra Kaleb y Noah y perdí. Tuve que caminar por la calle vistiendo solo un tutu rosa y zapatillas de ballet. Ellos documentaron todo, por supuesto. Afortunadamente, no salió en las páginas de chismes.

—Te ves lindo.

Coloco una mano sobre mi corazón.

—Oh, no.

—¿Qué pasa?

—Me llamaste lindo.

—¿Cuál es el problema?

—Llamar a un hombre lindo es el mayor golpe al ego. Puedo ser guapo, sexy, masculino, atractivo. Pero no lindo.

—Aww, ¿te he herido el ego, lindo? —me provoca con un destello juguetón en su mirada.

Gruño y me lanzo hacia ella, agarrando su cintura y tirando hasta que vuelve a caer sobre mí.

—Lucas —gime, su voz ronca.

—Dímelo de nuevo.

—Lucas —susurra, su aliento acariciando mi cara.

—Joder. —Levanto la cabeza y la beso. Suave al principio, pero se vuelve intenso. La atraigo hacia mí, entrelazando mis dedos en su cabello mientras bebo de sus labios como un hombre muriendo de sed. Su boca es suave y maleable. Rozando mis dientes sobre su labio inferior, la incito a que se abra para mí, y luego le doy mi lengua. El beso se convierte en una batalla de voluntades, ambos luchando por la dominación.

Gimo en su boca, mi mundo reduciéndose al sabor y la sensación de ella.

Me separo de sus labios solo para seguir besando su cuello, mordiendo y lamiendo su clavícula.

Ella jadea, los ojos cerrados, perdida en la sensación.

Me detengo, retrocediendo.

Mi polla está dura y adolorida, ambos esparcidos sobre la alfombra. No hay nada que desee más en este momento que darle la vuelta, sujetarle los brazos

detrás de la espalda y follarla profundo y duro.

Pero no voy a ser un idiota y manipularla para que lo haga.

El viejo Lucas lo habría hecho, seguro. Pero no yo, no el nuevo Lucas. El Lucas que quiere más que solo su cuerpo.

—Buenas noches, Ava —digo, mi voz áspera de deseo que me obligo a contener.

Sus ojos se abren de golpe y se escabulle de mí, poniendo distancia entre nosotros.

Quiero llamarla de vuelta, decirle que se quede en mis brazos, pero me contengo.

—Buenas noches, Lucas. —Se levanta y regresa a la cama, deslizándose bajo las sábanas.

La observo irse, extrañando ya su calidez, la sensación de sus suaves curvas contra mí.

Sé que he tomado la decisión correcta, aunque mi cuerpo grite en protesta. Si quiero una verdadera oportunidad con ella, tengo que demostrar que no soy el hombre que ella cree que soy.

Tengo que demostrar que he cambiado, que soy digno de su confianza, de su corazón.

Incluso si eso significa negarme el placer de su cuerpo, el éxtasis de perderme en su calor.



—¿Puedo ir contigo a la oficina? —pregunta mientras llegamos a los coches, el sol de la mañana brilla sobre el metal pulido—. ¿Dónde está Kaia?

Me quedo paralizado, el corazón salta en mi pecho. Le ofrezco un aventón cada mañana, y ella siempre se niega. La esperanza florece en mi pecho, cálida y efervescente.

—Kaia se fue antes. Consiguió un coche con alguien del equipo. ¿Por qué quieres venir conmigo? Ah, admítelo, estás enamorada de mi coche. —El Jaguar ha vuelto del taller, brillando en la entrada.

—No, solo tengo algunas cosas importantes que hacer de camino, y prefiero no conducir.

Se le nota preocupada, ni siquiera intenta burlarse de mí como suele hacer, a pesar de la oportunidad perfecta que le doy.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? —pregunto, estudiando su rostro en

busca de pistas.

Entreabre los ojos.

—¿Puedes conseguirme el proyecto Pearl Garden?

Abro la puerta del coche para ella, y se desliza dentro, su falda se sube un poco para revelar un vistazo tentador de su muslo.

Me meto en el asiento del conductor y enciendo el motor, saboreando el poderoso ronroneo por un momento. He echado de menos este coche. Ella puede no amarlo, pero yo, desde luego, lo hago.

—En realidad, sí. Puedo —Cambio de marcha y salgo del aparcamiento, los neumáticos crujen sobre la grava.

—¿De verdad? —Coloca su mano en mi brazo, sus dedos cálidos a través del tejido de mi chaqueta.

—Pero, ¿por qué haría eso, esposita? —Levanto una ceja, la esquina de mi boca se alza en una media sonrisa.

—Dios, se me olvidó por un segundo lo insufrible que eres. Déjame adivinar, ¿quieres una mamada a cambio? —La ira chisporrotea en sus ojos verdes, convirtiéndolos en trozos de jade.

Sonrío. Ahí está, mi explosiva guerrera con esa boca astuta que quiero silenciar con la mía. Se ve gloriosa cuando se enfada.

Ella se acerca a mi hebilla del cinturón, sus dedos torpes con el cierre.

—¿Qué estás haciendo? —la agarro de la muñeca, deteniéndola. No puede estar hablando en serio.

—Lo que querías, ¿verdad? Quieres una mamada, así que vamos a acabar con esto. —Se libera de mi agarre y vuelve a intentar desabrocharme los pantalones, sus movimientos bruscos y apresurados.

—¿Acabar con esto? —Freno de golpe, y el coche chirría al detenerse, arrojándonos hacia adelante.

Ava me mira, los ojos muy abiertos.

—¿Acaso quieres matarnos?

Me paso una mano por la cara y exhalo, tratando de contener mi temperamento.

—Sabía que pensabas mal de mí, pero no sabía cuánto.

Mierda, duele.

De verdad duele.

Estoy enamorado de ella, y ella piensa que soy una escoria. No es solo una broma o un juego. Ella en serio cree que soy un bastardo de verdad.

—No pienso mal de ti —dice, pero suena vacío.

—¿No? Claro, piensas tan bien de mí que intentas darme una mamada a cambio de un proyecto. No sé ni qué decir. Estaba seguro de que después de todo

el tiempo que hemos pasado juntos y de este fin de semana, sabrías quién soy. —Giro mi rostro hacia la ventana, parpadeando con fuerza contra la repentina punzada en mis ojos.

La tensión en mi garganta se intensifica, amenazando con ahogarme. Quizás me lo merezco. Enamorándome de una mujer que nunca me amará. Dios sabe que he dejado a muchas mujeres cuando me dijeron que se estaban enamorando de mí. Hice exactamente lo mismo.

Así que así es como se sintieron ellas.

—Te conté cosas que nadie más sabe sobre mí, y aún piensas que te pediría favores sexuales a cambio de algo. Que solo estoy a un paso por encima de un violador. —Mi voz se quiebra en la última palabra, traicionando la profundidad de mi dolor.

—No es eso lo que pienso. En absoluto. —Sus ojos se agrandan, un destello de arrepentimiento en sus profundidades—. De verdad, no es eso.

Sacudo la cabeza, negándome a encontrar su mirada.

—Lucas. Mírame —suplica, su voz suave.

Arrastro mis ojos hacia los suyos, preparándome para lo que pueda ver allí. ¿Pena? ¿Desdén?

—Eso no es lo que pienso de ti. No sé por qué dije eso. Eres un buen hombre. Sé que nunca harías algo así conmigo. Estoy frustrada, y lo saqué contigo sin pensar. Discúlpame de verdad. —Sus palabras salen atropelladas, sinceras y contritas.

Asiento.

—Disculpa aceptada.

¿Puede alguna vez verme como algo más que el empresario despiadado, el playboy sin escrúpulos?

Deseo con todas mis fuerzas que conozca al verdadero yo, al hombre debajo de la fachada perfecta. Al hombre que está desesperadamente enamorado de ella.

Pero tengo miedo de que ese hombre nunca sea suficiente. Que nunca pueda amarme como yo la amo.

—¿Puedo compensarlo? —Coloca una mano en mi muslo—. Quiero darte una mamada. De verdad. Tienes un pedazo de polla increíble, gruesa, grande y caliente. Puedo hacer que esté muy mojada. —Se lame los labios—. Métela profundo en mi garganta.

Mierda, me estoy poniendo duro otra vez. ¿Qué voy a hacer con esta mujer?

Ella intenta tocar el frente de mis pantalones, pero la detengo de nuevo.

—No.

Me mira, confundida.

—Puedes compensármelo dejándome comerte.

—¿Qué?

—Quiero que te corras en mi lengua, Ava.

—No entiendo.

—¿Qué hay que entender? Quiero abrir tus piernas y comer tu coño mojado y necesitado hasta que te corras sobre mi cara. ¿Está claro?

Traga saliva con dificultad, su pecho sube y baja.

—¿Quieres eso, Ava? —Mi voz es más áspera de lo habitual, y mi polla duele contra la cremallera.

Ella asiente.

Sus pupilas están dilatadas, como platos negros ocultando el verde de sus ojos.

Estamos en el camino hacia mi finca, en un lugar visible, pero no me importa. Nada me detendrá ahora.

Salgo del coche, y la saco conmigo.

—¿Qué estás haciendo? —jadea.

No encuentro las palabras. La empujo contra el capó, dejándola caer sobre él.

—Mi peso dañará el coche. El capó se abollará. —Intenta deslizarse, pero la detengo.

—No me importa.

—¿Qué pasa si pasa alguien?

—No hay nadie a kilómetros a la redonda.

—¿Qué pasa si alguien aparece inesperadamente?

—Entonces tendrán una experiencia interesante. —Levanto su falda, revelando su tanga—. ¿Rojo, esposita? ¿Escogiste el rojo para mí?

Abro sus piernas, apartando su tanga antes de que se dé cuenta de lo que está pasando. —¿Estás mojada por mí, Ava? ¿Qué encontraré cuando deslice mis dedos dentro de ti?

—Intenta y verás —me desafía.

Mierda sí. Me inclino, besándola mientras mis dedos juegan con su clítoris, haciéndola retorcerse. Luego deslizo un dedo dentro y lo saco, llevándolo a mi boca y chupándolo.

Veintisiete

AVA

—Padre —me pongo de pie con una sonrisa en el rostro. Está aquí. Vino a la oficina. ¿Significa esto que está listo para hablar? ¿O ha pasado algo? —Me alegro de que hayas venido.

Su rostro se endurece, sus ojos destellan de ira.

—Estoy aquí porque me han informado de tus actividades recientes. Aún tengo gente leal a mí. ¿De verdad creíste que podrías ocultarme tales asuntos?

—¿Qué? —¿De qué está hablando? No lo entiendo.

—¿Estás liquidando nuestros activos? ¿Los cimientos mismos de esta empresa? ¿Has perdido completamente la cabeza? —Su voz se eleva, haciendo eco en las paredes de la oficina.

—Tuve que reducir costos para poder mantener a los empleados y no despedirlos —cuadro los hombros, enfrentando directamente su mirada furiosa.

—No, no tenías que hacerlo. No puedo creer que seas mi hija. Quizás tu madre fue menos que fiel. Debe haberlo sido —murmura entre dientes—. No puedes ser posiblemente mi hija biológica. Eres tan estúpida.

¿Habla en serio?

—Sé lo que estoy haciendo. Estudié. Tengo un título.

—¿Crees que asistir a una universidad prestigiosa te califica para ser gerente? No necesitas un título para liderar, necesitas astucia callejera. Necesitas saber cómo explotar las situaciones a tu favor. No eres capaz de dirigir Gant Construction. Eres una don nadie. Un fracaso. Llevarás esta empresa a la ruina, y no lo permitiré. Cometí un error terrible al dejarte tomar el control. Un error que pienso corregir ahora mismo —grita, su rostro tornándose rojo—. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Me esfuerzo por no dejarle ver cuánto me duelen esas palabras, cerrando las manos en puños hasta que mis uñas se clavan en las palmas.

—Estoy salvando Gant Construction, y voy a devolver el dinero robado. Vi los números. Sé lo que hiciste.

—¿Qué crees que sabes? —Se ríe, un sonido áspero y burlón—. No entiendes nada. Estoy involucrado en un juego de estrategia, uno que no estás capacitada para comprender. He tomado todas las medidas necesarias para preservar la posición de nuestra familia. Y te aseguro que si le dices una palabra de esto a alguien, te encontrarás implicada junto a mí.

—¿Mantener la posición de nuestra familia? ¿Hablas en serio? Nunca tuvimos una familia. Siempre fuiste solo tú. Tú y tú y tú. Lo único que te

importa eres tú mismo. Nunca te importé yo. Nada de lo que hiciste fue por mí —mi voz tiembla, años de resentimiento reprimido derramándose.

—Voy a recuperar la empresa e intentar salvar lo que has arruinado —grita, golpeando mi escritorio con la mano.

Me estremezco por el impacto pero mantengo mi posición, levantando la barbilla en desafío. —No te lo permitiré. No te dejaré destruir todo lo que he hecho. Esta empresa es mía ahora. Mía para dirigir, mía para salvar.

Nos miramos fijamente, el aire crepitando de tensión. En este momento, no somos padre e hija. Somos enemigos, dos titanes encerrados en una batalla de voluntades.

Él se burla, un sonido áspero y chirriante que raspa mis nervios en carne viva.

—No tienes la más mínima idea de lo que estás haciendo. No eres más que una niña ingenua disfrazada de empresaria. Te falta la fortaleza necesaria para el liderazgo, la capacidad de tomar decisiones difíciles. Eres tan débil e ineficaz como lo era tu madre.

La mención de mi madre, la mujer cuya vida se truncó al traerme a este mundo, enciende en mí una furia tan intensa que me quita el aliento.

—No te atrevas a hablar mal de ella.

Él da un paso más cerca, alzándose sobre mí, tratando de intimidarme con su tamaño, su presencia. Pero me niego a acobardarme, me niego a encogerme ante él. Ya no más.

—Vete —digo de nuevo, mi voz baja y tensa de rabia—. Sal de mi oficina, sal de mi empresa, sal de mi vida. Estoy harta de ti, de tus mentiras y tus manipulaciones. Estoy harta de dejar que me controles, me menosprecies, me hagas sentir pequeña e inútil.

—No puedes echarme —gruñe, su rostro retorcido de ira y algo más, algo más oscuro, más desesperado—. Construí esta empresa de la nada. Es mía, siempre será mía. Y tú también. Mi hija, mi sangre, mi legado.

Una risa áspera se me escapa, frágil y dentada.

—No soy tuya. Nunca lo fui. Nunca me viste, nunca me conociste. Solo viste lo que querías ver, un peón en tus juegos, una herramienta para tu ambición. Pero soy mucho más que eso. Soy fuerte, soy inteligente, soy capaz. Y no te necesito. No te quiero.

El silencio desciende, pesado y cargado, mientras nos miramos fijamente a través del campo de batalla de mi oficina. El aire se siente espeso, sofocante, presionándome con el peso de una vida de palabras no dichas, heridas no resueltas.

Y en ese silencio, lo veo. Lo veo realmente, quizás por primera vez.

Un hombre quebrado por su propia codicia, su propio orgullo. Un hombre tan temeroso de la debilidad, de la vulnerabilidad, que destruyó todo y a todos los que debería haber apreciado.

Incluyéndome a mí. *Especialmente a mí.*

La comprensión me golpea como un puñetazo, robándome el aliento de los pulmones. Todos estos años, todo este esfuerzo y postureo y lucha. Todo fue por él. Para ganar su aprobación, su afecto.

Pero nunca pude porque él no es capaz de darlo. No realmente.

Veintiocho

LUCAS

—¿Sr. Valeur? —pregunta una voz femenina desde el otro lado de la línea, metálica a través del altavoz del móvil.

—¿Sí? —No reconozco la voz ni el número.

—Lo siento mucho por molestarlo. Soy Bridget, la asistente de Ava —explica, las palabras saliendo torpemente. La tensión crepita a través de la línea.

Me enderezo, con el corazón latiendo contra mis costillas.

—¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo a Ava?

—El señor Gant llegó a su oficina, y se oyen gritos desde dentro —la voz de Bridget tiembla.

—¿Gritos? —Me pongo de pie de un salto, ya poniéndome la chaqueta del traje, con el móvil acunado entre la oreja y el hombro—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Simplemente irrumpió en su oficina y empezó a gritarle. Cerraron la puerta, y temo que pueda hacerle daño. No sabía qué hacer —El pánico se percibe en sus palabras.

—Mierda —murmuro entre dientes—. Lo has hecho bien, Bridget —Salgo corriendo de mi oficina, mis zapatos resuenan en la alfombra mullida.

En el último segundo, grito al móvil:

—Voy para allá.

No espero el ascensor, en su lugar bajo volando por las escaleras, saltando los escalones de dos en dos. En el momento en que irrumpo en el piso de Gant, oigo sus voces haciendo eco en las paredes.

Llego a la puerta de su oficina, con la respiración agitada y rápida. Bridget está afuera, caminando de un lado a otro, retorciéndose las manos. Su frente se arruga de preocupación.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —exijo, con el pulso rugiendo en mis oídos.

—No lo sé. Simplemente apareció sin cita ni nada. No pude detenerlo. Entró, y entonces empezaron los gritos. Temo que pueda hacerle daño. Él es... —Duda, mordiéndose el labio—. No es un hombre tranquilo.

Intento girar el pomo de la puerta, tirando de él una y otra vez, pero no cede. Cerrada.

—Ha cerrado la puerta con llave —dice Bridget, con voz pequeña y asustada.

Me vuelvo para encararla, mi mente trabajando a toda velocidad.

—¿Tienes otra llave? —intento calcular la distancia que necesitaré para

correr y derribar la puerta con mi hombro.

—Um... No lo sé. Espere... —Sus ojos se agrandan—. Cuando nos mudamos a las nuevas oficinas, el administrador del edificio me dio un montón de llaves de repuesto. Debe haber una llave ahí —Corre a su escritorio y saca un llavero del cajón, el metal tintineando.

Le arrebato las llaves y las reviso hasta que encuentro la que coincide con el número de la habitación de Ava. La meto en la cerradura y giro. La puerta se abre.

Entro, mis ojos recorriendo la habitación, captando la escena en un instante.

Ava está de pie detrás de su escritorio, con las manos apretadas en puños a los lados, los nudillos blancos. Está furiosa, la rabia emana de cada línea de su tensa figura.

Furiosa es bueno. Furiosa significa que no está herida.

Gracias a Dios por eso, porque de lo contrario, habría matado al bastardo en el acto.

Mis ojos se entrecierran cuando se posan en Michael Gant, de pie frente a su escritorio con una mueca torciendo su rostro.

—Sr. Valeur —dice mi nombre como si fuera algo repugnante, con el labio curvado—. No recuerdo haberlo invitado a esta fiesta.

—No necesito una invitación —gruño, avanzando más en la habitación hasta que estoy al lado de Ava. Coloco mi mano en la parte baja de su espalda, sintiendo cómo tiembla ante mi toque.

—Cierto. Esa es tu especialidad, ¿no? Tomar lo que quieres cuando lo quieres, destruyendo todo a tu paso —Michael Gant escupe las palabras como veneno, su rostro moteado de ira.

Qué absoluta mierda. Sabe muy bien quién es el matón aquí, y ciertamente no soy yo.

—No eres bienvenido aquí —digo, con voz baja y controlada, aunque me cuesta cada gramo de mi fuerza de voluntad no dejar que mi rabia se filtre.

—Y tú no eres bienvenido en mi empresa —Da un paso amenazador hacia adelante, sus puños apretándose y aflojándose a sus costados.

Si fuera cualquier otra persona, ya lo tendría en el suelo, jadeando por aire. Pero este es el padre de Ava, y me obligo a contenerme, aunque cada músculo de mi cuerpo grita por ponerlo en su lugar.

—Lamento informarte, amigo, pero esta empresa ya no es solo tuya. Me invitaste cuando aceptaste el contrato.

El rostro de Michael se contorsiona, tornándose de un alarmante tono carmesí.

—He trabajado toda mi vida por esta empresa, y que me parta un rayo si dejo

que se desmorone y caiga ahora en mis años dorados. Sigue siendo mía, y sea lo que sea que estés intentando hacer aquí, no funcionará.

—Te sugiero que salgas de mis oficinas. Ahora —dejo que un toque de acero entre en mi tono de advertencia.

—¿Ah, sí? ¿Qué piensas hacer? ¿Recurrir a la violencia física? —Suelta una risa burlona—. Me intrigaría mucho presenciar tal intento. Agredir a un caballero de la tercera edad... eso se desarrollaría espléndidamente en los tribunales —Dirige su mirada a Ava, luego de vuelta a mí, con una sonrisa cruel jugando en sus labios delgados—. No me rendiré sin luchar. Cometí un error al dejar que ella dirigiera mi empresa. La estoy recuperando.

—Gracias por el aviso, pero pronto descubrirás que no tienes forma de hacer eso. Eres libre de intentarlo, por supuesto. No tengo ningún problema en enviar a mis abogados para que se ocupen de ti. Ni siquiera sentiré sus honorarios, pero tú... ¿Crees que puedes permitirte millones en gastos legales durante los próximos años? —Le dedico una sonrisa llena de dientes, sin calidez. Los músculos de mi mandíbula duelen por lo fuerte que la estoy apretando, conteniéndome.

Los ojos de Michael destellan con rabia impotente. Se vuelve hacia Ava, apuntándola con un dedo.

—Veo que has elegido un bando. Te has puesto del lado del enemigo. ¡Yo soy quien te crio, por el amor de Dios! —Escupe las palabras, y Ava retrocede como si la hubiera golpeado—. Tienes razón. No tenemos una familia. No eres hija mía. Es increíble que yo pudiera haber engendrado una hija tan absolutamente inútil.

Ava baja la mirada, con los hombros encorvados hacia dentro. Sus manos tiemblan a sus costados, y hasta un ciego podría ver cuánto la hieren sus palabras, cada una un puñal en su tierno corazón. Mi pecho duele en simpatía, en dolor compartido.

Un gruñido se forma en mi garganta, y la atención de Michael vuelve a mí de golpe.

—No. Le. Hablarás. A. Mi. Esposa. Así —pronuncio cada palabra, sin admitir argumentos—. No le hablarás en absoluto. La próxima vez que lo hagas, te mataré con mis propias manos, y me importará un comino la conexión familiar. ¿Me oyes? —Cierro la distancia restante entre nosotros hasta que estamos nariz con nariz, usando mi altura superior para alzarme sobre él. El miedo brilla en sus ojos antes de que oculte su expresión.

Bien.

—Aléjate de mi esposa. No te acerques a ella de nuevo sin consultarlo conmigo primero —Mis manos deseosas de rodear su garganta y apretarle el

cuello hasta que se ponga morado.

Michael abre la boca como si fuera a discutir, pero algo en mi rostro debe convencerlo de la absoluta estupidez de esa acción. Cierra la mandíbula con un chasquido audible.

—Ahora lárgate de mi oficina y no vuelvas a aparecer por aquí.

Por un momento tenso, pienso que podría negarse. Luego da media vuelta y sale hecho una furia, azotando la puerta tras de sí con tanta fuerza que las paredes tiemblan.

Tan pronto como se va, me vuelvo hacia Ava. Hacia mi mujer.

Mi mujer.

Esta es la primera vez que lo digo y lo siento de verdad. La primera vez que me permito sentir todo el peso y la maravilla de ello.

No es solo un acuerdo, un trato de negocios. Es una persona viva y respirando. Una persona a la que amo tanto que me asusta.

Maldito amor. Amor real, desordenado, complicado y glorioso.

Ella no me ama. Lo sé. Pero está bien. No espero que deje de odiarme de la noche a la mañana, que olvide los años de animosidad entre nuestras familias. Pasaré los próximos dos años, el resto de mi vida si me lo permite, demostrándole que he cambiado. Que puedo ser el hombre que necesita, el marido que merece.

La apoyaré, la valoraré, en todas las formas que sé. Y no le pediré más de lo que esté dispuesta a dar. Necesita saber que no es por eso que la quiero, no es la razón por la que la elegí. Haré lo que sea necesario para convencerla de que se quede.

Está temblando ahora, finos temblores recorren su cuerpo. Cierro la distancia que queda entre nosotros y abro mis brazos en una invitación silenciosa, luego espero. Después de un momento de duda, ella entra en mi abrazo, dejándome envolverla en el círculo de mis brazos.

—Estás bien, esposita —murmuro en su cabello, frotando círculos reconfortantes en su espalda—. Todo estará bien. Estoy aquí ahora.

Su delgada figura se estremece contra mí, y aprieto mi agarre, deseando pasarle mis fuerzas.

—No te vas a reunir con él a solas nunca más. ¿Me oyes? Si se atreve siquiera a enviarte un mensaje, me lo dices inmediatamente.

—Él no me quiere. Nunca me quiso —Las palabras están amortiguadas contra mi pecho, empapadas de una desesperación tan resignada que me parten el corazón justo por la mitad.

Acuno su rostro entre mis manos e inclino su barbilla hasta que sus ojos brillantes se encuentran con los míos.

—¿Qué quieres decir con que nunca te quiso?

—Me dijo que nunca quiso hijos. Quería enfocarse en su carrera, y los niños no le interesaban. Mi madre quedó embarazada por error. Él quería que abortara —Nuevas lágrimas se derraman, trazando brillantes surcos por sus mejillas.

Niego con la cabeza, una punzada de ira me atraviesa ante la implicación.

—Me dijo más de una vez que yo la maté —su voz se quiebra en un sollozo.

—Tú no elegiste nacer, no es tu culpa. Y estoy seguro de que tu madre te amó desde el momento en que supo que existías —Paso mis pulgares por sus mejillas húmedas, atrapando sus lágrimas.

—Él nunca me quiso. Y luego resulté ser una niña en lugar de un niño, y mi madre murió, y él se quedó atrapado conmigo. Soy su castigo —Su rostro se arruga y se deshace en lágrimas, sus delgados hombros se agitan.

—Mierda —La aprieto contra mí, luchando contra mis propias lágrimas. ¿Qué puedo decir frente a tal crueldad casual, tal rechazo vicioso? —Lo siento tanto, cariño. Lo siento tanto, joder.

La sostengo mientras llora, susurrando palabras sin sentido de consuelo incluso mientras una rabia impotente me carcome las entrañas. Quiero matarlo, lenta y dolorosamente.

Sus sollozos se calman, y se aparta, limpiándose el rostro destrozado.

—Perdón por derrumbarme así contigo —murmura, sin encontrar mi mirada.

—No tienes nada de qué disculparte. Fue un abrazo, y yo lo ofrecí. ¿Estás bien? —inclino mi cabeza, tratando de captar su mirada.

—No —suelta una risa húmeda—. Sí. No lo sé.

—Tu padre tenía razón en una cosa: no debería haber tenido hijos —digo, manteniendo un tono suave.

Su cabeza se levanta de golpe, el dolor y la traición reemplazan la tristeza en sus ojos verdes.

—Porque un hombre como él no merece tener hijos —me apresuro a añadir —, y ciertamente no merece una hija increíble como tú. Lamento que sea tu padre, Ava. Nadie debería tener un padre tan cruel. Él está demasiado ciego y es demasiado egoísta para ver lo que se está perdiendo, pero yo no. Estoy tan agradecido de que existas. Estoy agradecido de que estés aquí, conmigo —La atraigo de nuevo a mis brazos, necesitando sentir el cálido y vital peso de ella. *Estoy agradecido de que estés aquí porque te amo, añado en silencio porque ella aún no está lista para esas palabras.*

Este no es el momento. No cuando está vulnerable y herida, no cuando un avance inoportuno podría romper la frágil confianza que crece entre nosotros.

Algún día, sin embargo. Algún día las diré en voz alta y rezaré para que me crea. Rezaré para que me dé la oportunidad de demostrarle cuánto lo digo en

serio.

Veintinueve

AVA

—Yo voy —detengo a Hugo, lo esquivo y abro la puerta de la mansión.

—¡Hola! —me lanzo hacia Michelle, envolviéndola en un fuerte abrazo.

Ella me mantiene a distancia, entrecerrando los ojos mientras me examina de pies a cabeza.

—Te ves diferente. ¿Por qué pareces diferente?

—¿Diferente bien o diferente mal? —pregunto, con un toque de nerviosismo en mis palabras.

—Bien. Estás vestida diferente, y estás bronceada, saludable. ¡Y esas piernas! —silba, su mirada demorándose en mis extremidades desnudas.

Estiro mis piernas, enfundadas en unos diminutos shorts de jean. Debajo de mi camiseta sin mangas y los shorts, llevo puesto el nuevo bikini azul real que compré.

—Diferente sexy —añade Michelle con una risa, sus ojos recorriendo el lugar, absorbiendo el entorno—. ¿Así que aquí es donde vives ahora? ¿Este es el famoso Palacio Fanfarrón?

Sonrío. Le he contado muchas historias sobre este lugar durante las veces que he deambulado sola y aburrida.

—Sí. La Mansión Valeur Dos.

—¿Dos?

—Supongo que la casa de su padre se considera la primera —me encojo de hombros—. ¿Quieres un tour?

—Definitivamente. ¿Dónde está tu hombre?

—Fuera —no tengo idea de dónde está. Me desperté esta mañana y él ya se había ido.

La llevo a la cocina, presentándole a Lilibeth y Hugo, luego al salón, el solárium, el gimnasio y el cine en casa.

Abro una puerta con un gesto florido.

Michelle chilla.

—¿Bolos? ¿Tiene una maldita bolera? ¿Dentro de la casa?

—Sí. Y ni siquiera la usa. Al menos no que yo haya visto —cierro la puerta de nuevo—. No tengo ni idea de por qué está aquí.

—¿Dónde está tu dormitorio?

La llevo a los aposentos de Lucas.

Michelle jadea cuando entramos.

—Vale, ahora esto es lo que yo llamo un dormitorio —gira alrededor, observando el enorme espacio, luego se deja caer en la cama con dosel gigante. El colchón rebota bajo su peso—. Mierda —maldice y se pone de pie de un salto —. Olvidé que ustedes hacen cochinadas aquí. Puaj.

Me río, pero la verdad es que nunca hemos tenido sexo en esta cama. Ahora dormimos en la misma cama, pero él tiene cuidado de no tocarme.

El hecho es que no me ha tocado desde aquella mañana en que fuimos juntos al trabajo en coche, y no es por falta de ganas de mi parte. He intentado insinuarme, he hecho todo menos lanzarme sobre él. Supongo que ha perdido el interés, como con todas sus otras conquistas. Una vez que las conquista, sigue adelante. Sabía que así sería. No sé por qué estoy tan decepcionada.

—Entonces, ¿es tan bueno en la cama como se ve? —Michelle mueve las cejas sugestivamente.

Esta pregunta, al menos, puedo responderla sin mentir.

—Sí. Sabe cómo usar su equipo.

—Así se hace, tía —Michelle levanta la mano para chocar los cinco—. Ahora cuéntame los detalles. Estoy en una sequía, necesito algo con qué fantasear.

—Puaj, no.

—Siempre eres tan mojigata. Yo te lo cuento todo.

Me encojo de hombros.

—No me gusta hablar de cosas que se supone deben ser privadas.

—Privado, en el pasado, soy tu mejor amiga. No tengo nada emocionante en mi vida. Quiero vivir a través de ti —se agarra a mi brazo, pestañeando—. Cuéntame algo. Lo que sea. ¿Es bueno con la lengua?

Echo la cabeza hacia atrás y gimo.

—Sí.

—¿Y bien? Puedes decirme un poco más que eso.

—Detuvo el coche de camino al trabajo —digo, sin creer que le esté contando esto.

—¿Y?

—Y me tendió sobre el capó y me dio sexo oral.

—Joder, tía, ¿en medio de la carretera? ¿Y llegaste?

—El orgasmo más fuerte que he tenido —admito, con las mejillas sonrojadas.

—Dios mío. Ahora estoy caliente.

Entrecierro los ojos.

—Sea lo que sea que estés pensando, ni se te ocurra. Entonces, ¿lista para broncearte un rato junto a la piscina?

—Definitivamente.

Mientras nos acercamos, noto que Kaia está descansando junto a la piscina. Se sienta, protegiéndose los ojos del sol mientras nos acercamos.

—Kaia, hola —la saludo con una sonrisa—. Esta es mi amiga Michelle.

—Hola —dice Kaia, poniéndose de pie con un gesto amistoso—. Justo iba a entrar. No quiero entrometerme en su tiempo juntas.

—No te entrometes para nada —le aseguro—. Quédate si quieres.

Kaia niega con la cabeza, recogiendo sus cosas.

—Gracias, pero de verdad debería irme. Tengo que hacer algunas maletas. Lucas me ayudó a encontrar un apartamento.

—¡Excelentes noticias! —respondo, genuinamente contenta por ella.

—Fue un placer conocerte, Michelle —dice Kaia con una sonrisa de despedida antes de dirigirse hacia la casa.

Tan pronto como Kaia se aleja y ya no puede escucharnos, Michelle se acerca.

—¿Quién es ella? —susurra, con evidente curiosidad en su voz.

Suspiro.

—Es... una larga historia —y no me corresponde a mí contarla—. Es una amiga.

Afortunadamente, Michelle no insiste más.

En la piscina lateral, la cascada ya ha sido encendida, y noto que dos tumbonas han sido cubiertas con toallas para nosotras, con una pila de toallas extra colocadas cerca. Todavía no puedo acostumbrarme al hecho de que Hugo se ocupe de todos estos pequeños detalles.

Michelle se acomoda en una tumbona.

—Vaya. Este lugar es el paraíso. No puedo creer que este sea tu hogar ahora.

—Yo tampoco —me siento, me pongo las gafas de sol, me quito la camiseta sin mangas y la arrojo sobre la silla a mi lado.

Michelle se quita su vestido de playa y se estira a mi lado. Ambas cerramos los ojos, dejando que el sol acaricie nuestra piel.

—Señora Ava.

Abro un ojo y me cubro la frente con la mano.

—¿Sí, Hugo?

—¿Le gustaría algo de beber?

—Una margarita —pide Michelle—. O un cosmopolitan.

Le lanzo una mirada.

—No sé si Hugo sabe cómo hacer...

—No hay problema —Hugo sonríe a Michelle—. Le traeré una margarita. ¿Y usted, Sra. Ava?

—Solo Ava está bien —lo corrijo cada vez, y aun así, él insiste en el honorífico—. Lo mismo para mí, por favor.

Hace una reverencia y se va.

Michelle me agarra del brazo.

—También hay margaritas. Joder, Ava, te sacaste la lotería. Tumbada junto a la piscina bebiendo margaritas. ¿Qué es este lugar?

Después de que Hugo nos trae nuestras bebidas, doy un sorbo y me volteo boca abajo.

—Tengo que ir al pueblo a hacer unos recados, Sra. Ava. ¿Necesita algo más antes de que me vaya?

—No, gracias —digo, y él se marcha.

Estamos solas. Pura felicidad.

Desato la parte superior de mi bikini para aflojarlo. No quiero las marcas del bronceado.

Me quedo dormida bajo el cálido sol, y el rostro de Lucas se filtra en mi sueño. Sonrío.

—Jesús.

La exclamación desconocida me despierta de golpe. Abro un ojo.

No es Lucas.

Me miro a mí misma. Mientras dormitaba, debo haberme dado la vuelta sin darme cuenta, y ahora mis pechos están expuestos a la mirada de este desconocido.

—*¡Ahhh!* —grito, agarro una toalla del montón y me cubro.

Michelle también se despierta, incorporándose con una expresión desconcertada en su rostro.

Lucas viene corriendo.

—¿Qué pasó? —Mira entre todos nosotros—. ¿Por qué gritaste?

—¿Quién es ese? —Señalo al extraño que se está riendo—. ¿Y por qué me está mirando desnuda?

—¿Mirándote desnuda? —A Lucas se le cae la mandíbula y se vuelve hacia el hombre—. Noah, ¿estabas mirando a mi esposa desnuda? —Levanta la mano y le da un golpe en la cabeza.

—Ay —grita, frotándose el cráneo—. No es como si lo hubiera hecho a propósito. Simplemente estaba ahí tumbada con las tetas al aire. Pero fue solo por un segundo. Lo juro, casi no he visto nada.

—Mierda —maldice Lucas—. ¿Por qué estás tomando el sol en topless? —Agita las manos hacia mí—. Voy a tener que matarte, Noah.

—No sabía que ella estaría aquí, tío —dice Noah, levantando las manos en señal de rendición.

—Pensé que estábamos solas —le grito—. ¿Por qué traes gente aquí sin avisarme? —La ira y la vergüenza luchan dentro de mí, calentando mi rostro.

—No soy gente —dice el hombre, extendiéndome la mano—. Noah Monroe. Soy amigo de Lucas.

No le estrecho la mano y cruzo los brazos sobre mi pecho en su lugar, asegurándome de que la toalla esté bien sujeta.

Su sonrisa se apaga, pero le ofrece la mano a Michelle, que lo mira con una expresión que solo puedo describir como embelesada. ¿Qué demonios?

Lucas niega con la cabeza.

—A veces, nosotros nos reunimos aquí en la piscina los fines de semana. No sabía que estarías aquí fuera. De lo contrario, te habría avisado.

—¿Quiénes son «nosotros»? —Inclino la cabeza, frunciendo el ceño.

—Noah, Kaleb y yo.

—¿Así que hay otro más? —Michelle sonríe, sin apartar los ojos de Noah.

Vaya por Dios.

—Sí, pero Kaleb no pudo venir hoy —Noah le sonríe—. Suerte la mía.

Me reajusto el bikini bajo la toalla, atándolo y asegurándome de que todo esté en su sitio antes de dejar caer la toalla.

Los ojos de Lucas se abren de par en par, y me cubre de nuevo con la toalla.

—¿Qué estás haciendo? —digo con voz ronca, apartando sus manos.

—No estás vestida.

Me quito la toalla una vez más.

—Ahora sí. Tengo un traje de baño puesto. Y tu amigo ya me vio sin él de todos modos —Miro fijamente a Noah, que tiene la decencia de parecer avergonzado.

Lucas aprieta la mandíbula.

—Voy a sacarle los ojos por eso. Y eso no es un traje de baño, es apenas un trozo de tela —Su mirada me recorre, ardiente y posesiva.

—La tienda no estaría de acuerdo, especialmente dado lo que pagué por este trozo de tela. Voy a nadar un rato. Hace calor —Me vuelvo hacia Michelle—. ¿Quieres meterte en el agua?

Michelle me mira, luego a Noah.

—¿Quieres unirte? —le pregunta con un tono coqueto en su voz.

Él asiente y se quita la camisa, revelando un pecho musculoso y tatuado.

Michelle le sonríe, y se dirigen juntos a los escalones de la piscina, ya inmersos en una conversación.

Lucas me agarra del brazo, deteniéndome.

—¿Tal vez deberías quedarte aquí?

—¿Por qué?

—Dales algo de privacidad. Parece que le gusta —Señala con la barbilla hacia donde Michelle y Noah están de pie con el agua hasta los muslos, riendo por algo.

Michelle está de pie en los escalones, acostumbrándose al agua mientras Noah la salpica. Definitivamente está interesado en ella, y parece mutuo. Pero la piscina es lo suficientemente grande como para que no estorbe. *Lucas está poniendo excusas para que no esté cerca de su amigo.*

Me gusta que esté celoso, me hace sentir que le importo.

Estudio sus ojos azules, tratando de encontrar una pista de sus pensamientos.

—¿Adónde fuiste esta mañana?

—A dar un paseo. Recuerda, te dije que salgo a montar todos los fines de semana. Me fui más temprano de lo habitual porque quería hablar también con mi padre antes de que llegaran Noah y Kaleb.

—¿Y lo hiciste?

—No, no estaba en casa. Tendré que buscar otra oportunidad.

—¿Algo importante?

—Nada de lo que debas preocuparte.

Ahí va de nuevo, cerrándose conmigo.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué crees que pasa algo?

—No lo sé. ¿Tal vez porque has estado actuando raro últimamente? —¿Recibió más amenazas? ¿Está en peligro? El miedo me inunda, y me siento fría por dentro.

—No es así.

Frunzo los labios.

—Voy a nadar un rato.

—Voy contigo —Se quita la camisa.

Me encojo de hombros y me dirijo a la piscina, con Lucas detrás de mí.

Entro en el agua fresca, jadeando cuando el frío me golpea, mis pezones se endurecen contra la delgada tela de mi top.

Lucas parece casi enojado mientras me ve entrar en el agua, y luego se zambulle en la piscina, nadando bajo el agua hacia el lado opuesto.

Sigo la sombra de su forma. Emerge en un suave movimiento y se pasa una mano por el pelo, echándoselo hacia atrás. Los músculos de su brazo parecen casi deliciosos, brillando con gotas de agua.

Maldición, mi estómago se contrae en respuesta. No tuve problemas para pasar un año sin sexo, y ahora, apenas una semana después de aquella mañana en el coche, ¿estoy excitada y no puedo controlarme? ¿Qué tiene este hombre que me vuelve loca?

Aparto la mirada, apoyando los brazos en el borde de la piscina. Los hombros me arden un poco. Supongo que quedarme dormida al sol no fue la mejor idea.

Michelle nada hacia mí.

—Necesito que me sigas el juego, ¿vale?

Giro la cabeza, arqueando una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Quiero salir con Noah.

—Pues invítalo —digo mientras muevo los pies, flotando boca arriba.

—No quiero parecer desesperada.

—¿Qué quieres que haga?

—Voy a contarte sobre una fiesta increíble que haré en mi casa mañana, y tú y Lucas vendrán, por supuesto.

—¿Que haremos qué?

—Di que vendrás porque te encantan mis fiestas, y luego le diré a Noah casualmente: «Oye, ¿quieres venir también?»

—¿Y en qué se diferencia eso de simplemente invitarlo?

—Porque no es una cita, es una fiesta. Estoy invitando a todos, no solo a él. Y tú estarás allí. Se sentirá cómodo asistiendo —se gira y apoya la espalda contra la pared de la piscina—. Vamos, sé una buena amiga y ayúdame.

—Creo que diría que sí aunque solo lo invitaras. Es obvio que está interesado en ti, no se han separado desde que llegó hace quince minutos.

—Ava —me regaña, entrecerrando los ojos.

—Está bien, está bien, invítame a la fiesta. Pero no estoy segura de que Lucas quiera venir. Probablemente ya tenga planes —Espero que tenga planes o alguna otra excusa para librarme de ir. No me entusiasma la idea de estar con sus amigos otra vez.

—¿Qué planes pueden ser más importantes que tú? Eres su esposa, ¿no? —Sonríe y hace un gesto con la mano, llamando a Noah y Lucas.

Los hombres se acercan, y Noah sonríe, con la atención fija en Michelle.

Es un hombre muy guapo, sin duda.

Lucas se coloca detrás de mí y me rodea la cintura con el brazo, atrayéndome contra su pecho. Todo mi cuerpo se relaja contra él, amoldándose a su forma.

Michelle me lanza una mirada significativa.

—Vendrás a mi fiesta mañana, ¿verdad?

—Por supuesto —sonrío fingidamente—. No me perdería una de tus fiestas.

Lucas parece pensativo.

—No sabía que había una fiesta. Ya hice planes.

—¿Yo también estoy invitado? —pregunta Noah a Michelle con una sonrisa

encantadora.

—Claro —Michelle le sonríe radiante, luego me mira de reojo.

—¿Ves? Te lo dije —le digo en silencio, moviendo solo los labios.

Lucas aprieta su agarre, sus dedos clavándose en mi cadera.

—Vale, iremos.

Espera, ¿qué?

—Creí que tenías planes, cariño —giro la cabeza y le sonrío dulcemente, tratando de insinuar que quiero escapar, pero no capta la indirecta.

—Los cancelaré —dice en un tono que no admite discusión—. No quiero perderme una fiesta organizada por tu amiga.

Me desinflo. Todo estaba arreglado. Noah ya había aceptado ir a su fiesta, y yo podría haberme librado de ver a sus molestos amigos otra vez, pero no, Lucas siempre tiene que hacer lo correcto, y ahora tengo que soportar otra velada con ellos riéndose de mí a mis espaldas.

Salgo de la piscina y me envuelvo en una toalla, sintiendo frío a pesar del cálido sol.

Lucas me sigue. No se molesta en secarse, y el agua se acumula a sus pies. Las gotas corren por su pecho, trazando las líneas de sus abdominales, y no puedo apartar la mirada.

—...a la fiesta mañana? —Su voz penetra la niebla de deseo que nubla mi mente.

—¿Qué? —Levanto la cabeza de golpe y lo encuentro sonriendo. Supongo que me pilló mirándolo, pero no puedo obligarme a que me importe. Estoy excitada, el deseo palpita en mis venas.

—Te pregunté si quieres que reserve la limusina para ir a la fiesta mañana —repite, con la diversión brillando en sus ojos.

—Eh... sí —murmuro, luego coloco mi mano sobre una gota de agua en su pecho, trazando su camino por el esternón, sobre el sexy hueco entre sus abdominales, hasta la cintura de su bañador con la punta del dedo.

Maldita sea. Estoy mojada, y no por la piscina.

—¿Qué estás haciendo, Ava? —Su voz es baja, ronca, tocando cada una de mis terminaciones nerviosas.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —Levanto los ojos para encontrarme con los suyos, el azul casi eclipsado por el negro de sus pupilas.

—No empieces algo que no tengas intención de terminar —advierte, pero hay un rastro de esperanza bajo las palabras, una pregunta.

—¿Quién dice que no tengo intención de terminarlo? —Mis dedos juguetean con el cordón de su bañador, rozando la cálida piel de su bajo vientre. Sus músculos se tensan bajo mi toque.

Envuelve mis muñecas con sus dedos, deteniendo mi mano. Por un momento nos quedamos así, atrapados en una mirada ardiente, el aire chispeando de tensión. Luego, en el siguiente instante, me está arrastrando dentro de la casa, casi corriendo.

—¿Adónde vamos? —pregunto, tropezando tras él, con el corazón acelerado.

—A terminar esto —Su voz es una promesa oscura que envía escalofríos por mi columna.

Oh, mierda.

Se detiene en la primera puerta del pasillo y la abre, tirando de mí para que entre tras él.

Una mesa de billar domina el centro de la habitación, un gran bar ocupa una esquina, y una enorme chimenea de mármol llena otra.

Lucas cierra la puerta con llave sin soltar mi muñeca y se dirige a la mesa.

Mis respiraciones son superficiales y rápidas, y el punto entre mis muslos palpita.

Me empuja contra la mesa, luego me levanta y me sienta en el borde. Sus manos separan mis rodillas.

—¿Es esto lo que quieres, esposita?

Sus dedos se clavan en mi carne y encuentran mi clítoris hinchado bajo la delgada tela de mi traje de baño.

Gimo, el sonido haciendo eco en la habitación silenciosa.

—¿Quieres correrte, esposa? —Agarra mi garganta e inclina mi cabeza hacia atrás, obligándome a encontrar su mirada ardiente.

—Sí —La palabra es un susurro, pero resuena con necesidad, con desesperación.

Estrella sus labios contra los míos, devorándome, consumiéndome.

—Joder, sí. Extrañaba tu sabor —gruñe en mi boca, mordisqueando mi labio inferior.

Enredo mis dedos en su pelo y lo atraigo más cerca, más profundo. Lo quiero dentro de mí. Necesito sentirlo estirándome, llenándome. Bajo mis manos hasta su traje de baño y se lo bajo, liberando su dura longitud.

No quiero juegos ni preliminares. Ahora. Duro.

Lo agarro con mi mano y lo guío a mi entrada, la punta rozando mis pliegues húmedos.

Lucas gime mientras me penetra, la gruesa cabeza de su miembro venciendo mi resistencia inicial.

—Espera.

No le dejo hacer una pausa. Con un movimiento de mis caderas, lo tomo dentro, gritando ante el dulce ardor.

—Joder —maldice Lucas, sus dedos dejan marcas en mis caderas.

Dejo caer mi cabeza hacia atrás, deleitándome en la sensación de plenitud, el delicioso dolor de su tamaño estirándome por completo.

—Dame un segundo, o esto terminará en menos de un minuto —dice entre dientes, deteniendo los movimientos inquietos de mis caderas y respirando profundamente—. ¿Qué te ha entrado hoy?

—No me ha entrado nada. Tenemos un acuerdo, ¿no? Gratificación física sin complicaciones. Fue tu sugerencia, si mal no recuerdo —le recuerdo, apretando mis músculos internos alrededor de él y haciéndonos jadear a ambos.

—Sí. —Sale de mí, la fricción haciendo que se me enrosquen los dedos de los pies, luego me mira a los ojos—. Tenemos un acuerdo.

Empuja de nuevo hacia dentro, y mis ojos se ponen en blanco. Se siente tan bien, tan correcto.

—¿Te gusta Noah? ¿Es por eso la repentina calentura? —Agarra mi cintura y me sujeta con fuerza mientras embiste dentro de mí, con un ritmo castigador. Ambos estamos jadeando, los sonidos húmedos de nuestra unión llenan el aire.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! ¿Por qué pensarías eso? No estoy interesada en él.

Solo en ti. Siempre en ti.

—Voy a sacarle los ojos a ese cabrón. —Aumenta el ritmo, golpeando contra mí una y otra vez hasta que la pesada mesa cruje en el suelo con su fuerza.

—Él está interesado en Michelle. No en mí. Y creo que es mutuo —murmuro, pero mi mente está nublada, mis pensamientos se dispersan como hojas al viento.

El nudo en mi vientre se aprieta más, los característicos hormigueos de un inminente clímax chispeando a lo largo de mis terminaciones nerviosas.

—¿Es por eso que querías venir conmigo mañana? ¿Estás preocupado de que haga algo con Noah?

—No —dice entre dientes, luego se inclina sobre mí, cambiando el ángulo para frotar contra ese punto dentro de mí que me hace ver estrellas.

Jadeo, retorciéndome bajo él mientras la presión externa de alguna manera se traduce en una caricia interna. Es como si se estuviera acariciando a sí mismo sobre ese lugar perfecto, ese tesoro oculto de sensaciones que…

Oh Dios.

Voy a desmoronarme.

—Sí, esposita —gruñe, frotándose contra mí en círculos apretados que coinciden con el pistón de sus caderas.

Y lo hago, mi cuerpo se tensa y convulsiona a su alrededor mientras ola tras ola de éxtasis me invade. Mis ojos están fuertemente cerrados, y veo estrellas,

galaxias explotando detrás de mis párpados.

—¡Sí, Dios, sí! —grito, una y otra vez, mientras él sigue embistiendo, sigue frotando, exprimiendo cada gota de placer de mi cuerpo tembloroso.

Lucas engancha mis piernas sobre sus hombros y envuelve sus brazos alrededor de mis muslos para sujetarme. La nueva posición le permite ir más profundo, y establece un ritmo implacable, inhumano, que me tiene gimiendo, mi segundo clímax se forma sobre los talones del primero.

Creo que me desmayo por un segundo porque lo siguiente que sé es que está dejando escapar un profundo gemido gutural, y su miembro está pulsando dentro de mí, pintando mis paredes con su liberación. Se sacude contra mí unas cuantas veces más, errático, descontrolado, y luego se derrumba sobre mí, su frente sudorosa presionada contra mi hombro mientras jadea por aire.

—No quiero que vayas a fiestas así sola. Te lo dije la última vez. Si quieres ir, vas conmigo —dice entre respiraciones pesadas, su voz ronca, casi enojada.

Mi pecho se contrae ante sus palabras, algo agudo y caliente alojándose bajo mi esternón.

Ni siquiera estoy molesta por el comentario autoritario. ¿Qué tan jodido es eso? Lo quiero conmigo. Quiero su presencia protectora a mi lado siempre.

Lo quiero a él.

No solo su cuerpo. No solo el sexo alucinante y los orgasmos que me hacen enroscar los dedos de los pies.

Lo quiero todo de él. Su corazón, su alma, su amor.

Quiero un matrimonio real, no esta farsa, este acuerdo de negocios disfrazado de relación.

Quiero un para siempre con él.

Oh Dios. Estoy enamorada de él. Un amor profundo hasta los huesos, que consume el alma, absolutamente aterrador.

¿Cuándo sucedió eso? ¿Cómo sucedió?

Cierro los ojos con fuerza, la desesperación se siente como si tuviera plomo en el estómago. Soy una idiota. Me estoy ahogando en una fantasía de mi propia creación, una que no tiene relación con la realidad.

Cuando este contrato termine, me dejará de lado sin mirar atrás. Me quedaré sin nada más que recuerdos y un corazón roto.

Qué tonta. Qué ingenua y esperanzada tonta.

Treinta

AVA

—Te ves increíble —susurra Lucas en mi oído mientras estamos de pie junto a la mesa de bebidas en la fiesta de Michelle. Su aliento cálido acaricia mi piel, haciéndome estremecer.

Llevo puesto uno de mis vestidos elegantes, no uno que él me haya comprado. Es rojo y ajustado, con una abertura alta en la pierna. Ya no intento encajar con los demás; que se adapten ellos a mí por una vez.

Esta soy yo, y así es como me gusta vestir.

Lucas me entrega una bebida, y observo a la multitud. Michelle y Noah están afuera en el balcón, absortos en una conversación.

Sus amigos, esos que no me agradan particularmente, están por todas partes.

Mick, el tipo que dijo que me vestía como una colegiala nerd, se acerca a nosotros y mi cuerpo se tensa.

—Hola —dice, recorriéndome con la mirada de una manera que me pone la piel de gallina.

Me acerco más a Lucas, buscando su presencia reconfortante.

—Hola.

—Bonito vestido —Mick sonríe y llena su vaso con vodka, el líquido transparente chapoteando.

—Gracias —intento devolverle la sonrisa, pero los músculos de mi cara no cooperan. Mi mente corre, tratando de pensar en respuestas que pueda usar si dice algo asqueroso y me insulta de nuevo. Pero él solo mira entre Lucas y yo sin decir nada más. Supongo que tener a Lucas a mi lado es suficiente disuasión.

Después de que Mick se aleja, Lucas se inclina para susurrarme al oído.

—¿Quién era ese?

—Mick, uno de los amigos de Michelle —doy un sorbo a mi bebida, el alcohol quema en mi garganta.

—¿Te hizo algo? —la voz de Lucas se endurece, sus ojos azules se estrechan.

—No —niego con la cabeza, sin mirarle a los ojos.

Lucas agarra mi barbilla y gira mi rostro hacia él.

—Ava. ¿Te. Hizo. Algo? —su mandíbula se tensa.

Niego con la cabeza de nuevo, pero no puedo sostener su intensa mirada.

—Aunque me encanta que te aferres a mí así, prácticamente te me has trepado encima. ¿Le tienes miedo? —La preocupación suaviza las facciones de Lucas, su pulgar acariciando mi pómulo.

—No, solo me dijo algunas cosas insultantes la última vez, eso es todo —Me encojo de hombros, tratando de restarle importancia.

—Entonces, sí te hizo algo. ¿Por qué me estás mintiendo? —El rostro de Lucas se endurece de nuevo, sus ojos destellando de ira.

—No es nada —Intento dar un paso atrás, pero Lucas no me deja, su mano aprieta mi cintura.

—No es nada si le tienes miedo. ¿Qué te dijo, Ava? —Su voz no admite discusión, exigiendo una respuesta.

—Solo que soy una niña mimada. Nada que tú no me hayas dicho —Lo miro, alzando una ceja.

—¿Cuándo te dije algo así? —Inclina la cabeza.

—Lo escribiste. Cuando dije que no despediría a los empleados de Gant —El recuerdo aún duele, sus crueles palabras grabadas en mi cerebro.

—Lo siento. Estaba enojado. No creo que seas mimada, y definitivamente tampoco una niñita. Eres una mujer sexy y asombrosa —susurra contra el lóbulo de mi oreja, sus labios rozando mi piel—. Y voy a ir a decirle exactamente lo que pienso.

—No —Mis dedos se clavan en su brazo, manteniéndolo en su lugar—. No quiero una escena. Por favor, no lo hagas.

Lucas me mira por un largo momento antes de ceder con un suspiro. Respiro un poco más tranquila.

—Gracias. ¿Puedes traerme algo de comer? —Señalo la mesa del bufé al otro lado de la habitación. Parte del grupo se ha reunido allí, y preferiría evitarlos.

—Claro —Me deja y se dirige hacia allá, cruzando la distancia en unos pocos pasos rápidos.

No hay una sola persona en la sala que no lo note cuando pasa. Tiene una presencia difícil de ignorar. Y es mío. Mi pecho se hincha de orgullo. Me encanta llamarlo mío.

Al menos por ahora.

Lucas se demora junto a la mesa, luego regresa con dos platos, entregándome uno.

Hay un pequeño montón de aceitunas al lado de su plato. Lo miro fijamente, mi corazón dando un extraño vuelco.

—Sé que no te gustan, así que las saqué de la ensalada para que pudieras comerla —dice, dando un bocado a su comida.

—¿Cómo recordaste eso?

—Recuerdo todo sobre ti, esposita —Me mira, sus ojos cálidos y suaves.

Trago con dificultad, la emoción se atora en mi garganta.

—¿Por qué no querías venir aquí? —pregunta, estudiando mi rostro.

—¿Cómo supiste que no quería?

—Parecías horrorizada cuando acepté venir ayer. Pensé que simplemente no me querías contigo, que estabas tratando de ocultar algo, y eso solo me motivó más a venir —se ríe, sacudiendo la cabeza—. Pero ahora veo lo incómoda que estás aquí. Eres ingeniosa y de lengua afilada, pero aquí eres como una sombra de ti misma.

Cierro los ojos, la verdad de sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

—Nunca me he sentido como si encajara. En ningún lado. Y sus amigos, siempre apuntan a los puntos débiles.

—De acuerdo, no te dejaré irte de aquí sintiéndote así —Entrelaza sus dedos con los míos y me tira hacia adelante, la determinación grabada en cada línea de su apuesto rostro.

—¿Qué estás haciendo? —susurro, tropezando tras él.

—Haciendo que se sientan tan patéticos como son —se dirige hacia el grupo que está de pie en la esquina, riéndose de algo, y se inserta en su círculo, arrastrándome con él.

—Hola —dice, su voz llevándose por encima de su cháchara—. Soy Lucas Valeur. CEO de Valeur Real Estate.

Nunca se presenta así. Aprieto su mano, tratando de señalarle que se detenga, pero me ignora.

—Y ya conocen a mi esposa, Ava —sonríe hacia mí, con orgullo y afecto iluminando sus ojos—. Es difícil ignorarla. Es preciosa, también es una CEO, brillante. Lo tiene todo —Su mirada recorre mi cuerpo—. A veces no puedo creer la suerte que tengo.

Chantal me fulmina con la mirada, con envidia y hostilidad evidentes torciendo sus facciones.

—Tú eres Mick, ¿verdad? —Lucas dirige su atención al tipo, con una sonrisa afilada y peligrosa.

Mick asiente, luciendo cauteloso.

—No te preocupes, seguro que algún día lo lograrás tú también. Quizás primero córtate el pelo, porque a las mujeres no les va el look de indigente —Lucas sonríe burlonamente.

—Él ya tiene novia —Chantal escupe las palabras, su voz destilando veneno —. Yo.

—Oh, lo siento —dice Lucas, sin sonar para nada arrepentido—. No lo sabía. Eso explica mucho —se ríe y se vuelve hacia Mick—. ¿Ves? Tu apariencia determina a quién atraes. Si quieres conseguir una mujer del nivel de Ava,

tendrás que esforzarte un poco más. Vi cómo mirabas a mi esposa. Solo quiero que sepas que está muy comprometida.

Dios mío. ¿De verdad dijo eso? Lo miro fijamente, luego a ellos. Todos parecen atónitos, con la boca abierta.

Sin esperar una respuesta, nos alejamos.

No puedo resistir mirar por encima de mi hombro. Chantal parece furiosa, con la cara roja.

—¿Qué acabas de hacer? —murmuro en voz baja, entre mortificada y emocionada.

—Dejar claro lo que valen ellos —dice—. Y lo que vales tú. Spoiler: no están en tu misma liga.

Seguimos avanzando hacia la puerta, mis tacones resuenan en el suelo de madera.

—Y ahora, si no te importa, preferiría salir de aquí —Su mano aprieta la mía, su pulgar dibujando círculos tranquilizadores en mi piel.

Asiento, sintiendo una oleada de alivio.

—Y la próxima vez, simplemente dime si no quieres ir a algún sitio. Podríamos habernos quedado en la cama.



Estoy tumbada en la cama, con cada músculo de mi cuerpo dolorido.

No puedo moverme. Por suerte, insistí en ducharme primero porque sabía que en el momento en que me acostara, no habría posibilidad de que me moviera de nuevo.

Lucas sale del baño, con una toalla colgando baja en sus caderas. Me encantaría lamer cada músculo de su cuerpo, pero incluso el pensamiento es doloroso después del agotador paseo en bicicleta al que me obligó.

—Necesito ponerle comida a Cartman —intento sentarme y gimo, el dolor atravesando mis músculos rígidos—. Salimos tan temprano que no me acordé de dejarle nada.

—Quédate aquí. Yo iré a alimentarlo —Lucas se da la vuelta para salir de la habitación. La toalla se desliza de su cintura mientras camina, exponiendo su trasero perfecto, la tela descartada forma un charco en el suelo detrás de él.

Pongo los ojos en blanco.

Por supuesto, lo hizo a propósito, y por supuesto, está funcionando.

Regresa unos minutos después, aun gloriosamente desnudo.

—El loro me gritó que me fuera a la mierda, pero volví ileso. Lo considero un éxito —sonríe y se sienta en el borde de la cama junto a mí.

Mi mirada se dirige hacia abajo, a la unión de sus muslos donde yace su miembro, ya comenzando a cobrar vida.

—Te prometí una recompensa después del paseo —Se inclina y besa mi frente, sus labios cálidos y suaves contra mi piel.

—Sí, pero creo que tendremos que posponerlo para otro momento porque no puedo moverme —Hago una mueca, incluso ese leve movimiento enviando nuevas oleadas de agonía a través de mi dolorido cuerpo.

—Pobre esposita. ¿Te hice trabajar demasiado duro? —Un brillo juguetón aparece en sus ojos—. ¿Qué tal un masaje?

—Dios, sí —Aceptaría casi cualquier cosa para aliviar el dolor en este momento.

Va al baño y regresa con una botella de aceite. Luego me quita la parte de arriba del pijama, seguida de la de abajo, y me quedo solo en bragas.

Él sigue desnudo, y la reacción de su cuerpo a mi estado de desnudez no tarda en llegar. Me encanta ver cómo lo afecto, que tengo poder sobre él. Aunque sea solo físico.

Vierte un poco de aceite en sus palmas y frota sus manos.

—Boca abajo —ordena, y obedezco, girándome con un gemido.

Cuando sus manos cálidas aterrizan en mis hombros, gimo en voz alta. Sus pulgares se hunden en los músculos doloridos, dibujando círculos firmes en mis omóplatos.

—Sí, justo ahí. Sí —gimo mientras amasa un punto sensible.

Una mano se desliza hasta mi cuello, resbalando sobre mi piel, ahora resbaladiza con aceite.

Jadeo mientras masajea mi cuello, sus fuertes dedos hacen magia en los músculos tensos.

—Mmm.

—Me estoy ofendiendo —dice, con diversión impregnando su voz profunda.

—¿Por qué? —murmuro contra la almohada, mis ojos cerrándose en éxtasis.

—Porque estás gimiendo más ahora que cuando te follo.

—Entonces tal vez deberías mejorar tus habilidades —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas, burlonas y con un toque de desafío.

—¡Ay! —chillo cuando me da una palmada en el trasero, luego calma el ardor con una suave caricia.

—¿Mejorar mis habilidades? —gruñe, inclinándose sobre mí hasta que su pecho presiona contra mi espalda, su aliento caliente en mi oído—. No recuerdo que me pidieras mejorar mis habilidades anoche cuando gritabas que tengo la

mejor polla, la más grande que has visto jamás. Ya sabes, después de hacerte correr tres veces.

—¿Qué? —giro la cabeza para mirarlo, frunciendo el ceño—. No dije nada parecido —Aunque la parte de los tres orgasmos sí que es precisa.

—Entonces tal vez deberías haberlo hecho —se sienta a horcajadas sobre mis muslos, inmovilizándome con su peso—. A los hombres nos gusta escuchar cumplidos sobre nuestras pollas.

Me retuerzo debajo de él, el calor sólido de su cuerpo enciende chispas bajo mi piel a pesar del dolor. —No mentiré y diré cosas que no son ciertas —Lo provoco, con anticipación vibrando por mis venas.

Me da otra nalgada, el sonido agudo resuena en la habitación.

Joder, eso es más placentero de lo que esperaba.

Sus dedos se deslizan por mis nalgas y luego se hunden entre mis muslos.

Contengo la respiración cuando aparta mis bragas y su dedo se desliza dentro de mí. Luego lo curva justo así, y veo estrellas, el placer estalla a través de mis terminaciones nerviosas.

—Dios, sí —gimo de nuevo, los sonidos arrancados de mi garganta mientras acaricia ese punto perfecto dentro de mí.

—Tu sucia boca está llena de mentiras —Lucas se inclina y susurra, sus dientes atrapando el lóbulo de mi oreja—. Pero tu coño no me miente. No me mintió ayer, y no me está mintiendo ahora.

—¿Qué te está diciendo? —jadeo, mis caderas meciéndose hacia atrás contra su toque, buscando más fricción, más plenitud.

—Que le encanta esto. Que estás disfrutando lo que te estoy haciendo. Que quieres más.

Me elevo, retorciéndome debajo de él, apretando mis muslos, pero solo intensifica la sensación.

—Lucas, no puedo.

Mis gemidos se vuelven más fuertes, más desesperados mientras me toca, aumentando la presión en la base de mi columna hasta un punto insoportable.

—Sí puedes, esposita —Se levanta y frota su polla entre los globos de mi culo, luego retira sus dedos y embiste dentro de mí en un suave deslizamiento.

Grito, mi espalda se arquea mientras me llena, me estira.

—Me recibes tan dulcemente —Sus muslos enmarcan los míos, y sus dedos se clavan en mis caderas, manteniéndome firme mientras se mueve—. Es jodidamente hermoso.

Establece un ritmo implacable, embistiendo dentro de mí, la fuerza de sus embestidas me empujan contra el colchón. No puedo hacer nada más que gritar su nombre, el placer y el dolor se funden en un dolor exquisito que me consume.

—Estás cerca, ¿verdad? Puedo sentir cómo me aprietas, ordeñándome. Me encanta —gruñe, su ritmo vacila mientras se acerca su propio clímax—. Córrete en mi polla, esposita. Muéstrame cuánto le encanta mi polla a tu coño.

Cuando me da otra nalgada, me deshago con un chillido, mi cuerpo se fragmenta en mil pedazos brillantes que se dispersan por el aire. La euforia me golpea en ola tras ola, borrando todo lo demás hasta que no queda nada más que el éxtasis pulsante, la sensación de él enterrado profundamente dentro de mí mientras encuentra su propio alivio con un grito ronco.

Desciendo de las alturas, los fragmentos se unen de nuevo en la forma de mi cuerpo, lánguido y saciado.

Yacemos en silencio, dejando que nuestros corazones acelerados se calmen, nuestras respiraciones agitadas se nivelen.

—Está bien —digo mientras aún está anidado dentro de mí y su reconfortante peso me cubre—. Estoy dispuesta a admitir que le tengo algo de cariño a tu polla.

—Y yo te tengo cariño a ti —susurra de vuelta, frotando su rostro en mi cabello—. Más que cariño.

Mi pecho se contrae, una oleada de calidez me envuelve ante sus palabras. Luego me recuerdo a mí misma que los hombres dirán cualquier cosa durante el sexo.

—Está bien, no tienes que mentir. No necesitas decir cosas así para tener sexo conmigo. Tenemos un acuerdo, ¿recuerdas?

Se tensa y sale de mí, rodando hacia un lado.

—No estoy mintiendo.

—En serio, no tienes que fingir por mí. Nos estamos divirtiendo juntos, y eso es todo. Es suficiente —Tiro de la sábana para cubrirme, sintiéndome de repente expuesta.

Se levanta y se pone los pantalones, con movimientos bruscos.

Me siento, aferrando la sábana contra mi pecho, la confusión y la aprensión se arremolinan en mi estómago.

—¿Qué pasa? ¿Estás enojado?

—No pasa nada. Voy a correr —Sale a grandes zancadas de la habitación, la puerta se cierra de golpe detrás de él con un estruendo reverberante.

Me quedo mirando tras él y mi corazón se hunde como una piedra. ¿Qué acaba de pasar? Un minuto estábamos disfrutando de la velada, y al siguiente, sale enfadado como si lo hubiera ofendido.

Me dejo caer de nuevo en la cama y me cubro los ojos con un brazo, un pesado suspiro escapa de mis labios.

Treinta Y Uno

AVA

—Te ves feliz —le digo a Cora mientras nos acomodamos en nuestros asientos en el café. No nos hemos reunido desde la boda, y ella es la única persona con la que puedo hablar que sabe la verdad sobre nuestro matrimonio además de Lucas, la única con quien no tengo que fingir.

Y sonaba encantada cuando le pedí que nos reuniéramos.

—¿Sí? —Se lleva las manos a las mejillas y sonríe, con los ojos brillantes—. No sé. Creo que Arlo podría ser el indicado.

—¿En serio? —Abro los ojos de par en par—. ¿Cuánto tiempo llevan saliendo?

El camarero llega para tomar nuestros pedidos y guardamos silencio.

—Un sándwich Santa Fe para mí —devuelvo el menú.

—Lo mismo para mí. Y un vodka con naranja —añade Cora.

Le lanzo una mirada, arqueando una ceja.

—¿Qué? En algún lugar son las cinco.

Me río.

—Entonces, ¿cuánto tiempo llevan saliendo? —pregunto de nuevo una vez que el camarero se va.

—Unos meses —responde Cora con un gesto de la mano—. No es mucho, lo sé. No espero que me proponga matrimonio ni nada, solo quiero saber que lo he encontrado. ¿Sabes? Mi alma gemela. —Suspira y se recuesta en su silla—. Miro a Logan y veo cuánto ha cambiado. Era tan serio antes de Sloane. Creo que ni siquiera recordaba cómo sonreír, y ahora es una persona diferente. Es tan feliz con ella. Yo también quiero eso para mí. Ese amor que te cambia la vida.

Asiento, entendiendo perfectamente ese anhelo.

—Oh, lo siento. —Pone su mano sobre mi brazo, dándole un suave apretón —. Aquí estoy divagando sobre mi novio, y tú estás atrapada en este matrimonio falso con Lucas, atada por un contrato, sin amor. De verdad lo siento.

—No pasa nada. —Bajo la mirada, jugueteando con la servilleta en mi regazo, retorciendo el papel entre mis dedos.

—¿Ava? —Cora entrecierra los ojos, estudiándome—. ¿Pasó algo con Lucas? Te estás sonrojando.

—No me estoy sonrojando —niego, pero mis mejillas solo se calientan más bajo su escrutinio.

—Te pusiste roja ante mis ojos. —Cora sonríe, con un brillo de reconocimiento en su mirada—. Te acostaste con él, ¿verdad?

Sonrío, incapaz de ocultarle la verdad.

—¡Sí! Lo sabía. Te acostaste con él —se regodea, rebotando un poco en su asiento.

—Shhh... —Miro alrededor, esperando que nadie haya escuchado su exuberante arrebato.

Baja la voz a un susurro conspiratorio.

—Por esa mirada, fue bueno.

—Él es...

—¡No! Espera. No me lo digas. Dios, no puedo escuchar historias sobre mi hermano. Estoy bastante segura de que eso es ilegal o algo así. —Se estremece dramáticamente.

Me río, la tensión se libera de mis hombros.

—Digamos simplemente que es posible que haya una ventaja en el hecho de que tiene mucha experiencia.

Sonríe.

—Entonces, ¿ahora te gusta, o es solo sexo?

—Me gusta un poco —admito, jugueteando con un hilo suelto.

Más que gustar. Creo que me estoy enamorando de él, pero de ninguna manera voy a decir esas palabras en voz alta. Decirlas lo haría real y le daría el poder de destruirme. Así que lo mantendré encerrado en ese pequeño y descuidado rincón de mi corazón donde escondo todos los sentimientos inconvenientes.

—Oh, estoy emocionada. Es gracioso porque ya están casados, pero si se convierten en una pareja real...

—Eso no va a pasar. —Desinflé su entusiasmo, mi estómago se retuerce ante la idea. No puedo permitirme esperar lo imposible.

—Pero ¿por qué no? Sé que nuestras familias no están en los mejores términos, pero sabes, eso fue en el pasado. Tú no eres tu padre, y Lucas no es su padre. Pueden empezar de cero. Unir a las familias. Sería genial si fueras parte de la familia. Es decir, no es que ya no lo seas, pero ya sabes...

Ya no tengo una familia que unir. Ese puente está completamente quemado.

—No sucederá porque Lucas no está interesado. Solo está esperando el día en que nuestro contrato termine. En cuanto sea el CEO.

Cora niega con la cabeza.

—No creo que esté esperando a que termine el contrato, no como tú piensas. En las cenas familiares, habla de ti, y dice cosas buenas.

—¿Habla de mí? —Nunca he ido a sus cenas familiares. A su padre no le agrada mi presencia por razones comprensibles. Al menos no ha desterrado a Lucas de su casa como a mí.

—Todo el tiempo. Siempre es «Ava esto, Ava aquello. Si no lo conociera mejor, diría que está a punto de enamorarse. —Sonríe, pareciendo demasiado complacida consigo misma.

—¿Enamorado? ¿Qué es esto, una novela de Jane Austen? Nadie dice enamorado así ya. —Desvío el tema, tratando de ignorar la forma en que mi corazón de repente está acelerado, mis palmas sudorosas.

—Sí. Creo que incluso mi padre se ha ablandado un poco. Tal vez te invite pronto.

—La esperanza tiñe su voz, pero no dejo que eche raíces en mi corazón.

—Ojalá mi padre se ablandara un poco. —Suspiro, hundiéndome en mi silla.

—¿Qué está pasando realmente? ¿Has intentado hablar con él? —pregunta Cora, la simpatía suaviza sus facciones.

—No desde que visitó mi oficina y Lucas lo echó. —Me desinflo aún más, el recuerdo todavía doliendo—. Tal vez sea mejor así.

—No entiendo por qué te dio el control de la empresa si ahora la quiere de vuelta —Cora frunce el ceño, la perplejidad arruga su frente.

—Yo tampoco lo sé —miento. No menciono que ha estado malversando fondos durante años y me lo ocultó, y que ahora estoy enredada en sus mentiras. Que su intención era que yo me hiciera cargo de la empresa y me convirtiera en un chivo expiatorio de sus acciones.

—Sé que esto va a sonar radical, pero ¿qué tal si solo le devuelves la empresa? Es decir, dijiste que está en mal estado, de todos modos.

Niego con la cabeza.

—No puedo. No ahora. Lucas no lo permitiría. Ha invertido dinero en la empresa y odia a mi padre.

Cora frunce los labios.

—Bueno, era una idea.

—Cuéntame sobre Arlo. ¿Se ven mucho? —pregunto, desesperada por cambiar el tema a algo menos doloroso.

—Vamos a encontrarnos en un rato. Viene a recogerme aquí después de una semana sin vernos. No nos reunimos tanto como me gustaría. Ambos trabajamos mucho. —Se encoge de hombros, tratando de parecer indiferente, pero puedo ver la decepción persistiendo en sus ojos.

—¿Así que te estoy robando tu tiempo con él? —Frunzo el ceño, la culpa me molesta.

—No, claro que no. Me encanta quedar contigo. Y Arlo no estaba libre, de todas formas. A veces no entiendo cómo puede estar más ocupado que yo —se ríe, pero suena hueca.

—Todo el mundo está ocupado estos días —sonrío, intentando aligerar el

ambiente—. ¿A qué se dedica?

—Es ingeniero informático —dice Cora, jugueteando con su pajita—. Uno pensaría que podría hacer tiempo para una vida personal, pero parece que lo hacen trabajar muy duro. Siempre está tan cansado, el pobre.

Asiento, pensando en Lucas y su exigente agenda.

—Tal vez deberías animarlo a buscar otro trabajo si ni siquiera puede ir a una cita —Lucas canceló sus planes para poder acompañarme a la fiesta de Michelle aunque ni siquiera le importo, y no se puede decir que Lucas no sea un hombre ocupado.

—Sí, tal vez. No le gusta hablar mucho de su trabajo —Hace una mueca, arrugando la nariz—. Lucas dijo que fueron a montar en bicicleta juntos el fin de semana. ¿Te engañó para que fueras?

—¿Engañarme? —Abro los ojos de par en par.

—Lleva años intentando convencer a todos sus hermanos para que lo acompañen. Nadie acepta excepto Liam. Todo el mundo sabe que su ruta es brutal —Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Vaya, sí, definitivamente fue brutal. Y eso que dijo que era la fácil. Casi me desmayo al final —Hago una mueca al recordar mis músculos gritando y el ardor en mis pulmones. Pero su trato hacia mí después valió la pena.

—Oh, espera. Veo a Arlo —Saluda con la mano, y el hombre que acaba de entrar se dirige hacia nosotras—. No os habéis conocido aún, ¿verdad?

—Encantada de conocerte. Soy Ava —Extiendo mi mano, y él la estrecha con un apretón firme y frío.

Sonríe.

—Encantado de conocerte también.

Arlo es muy guapo —aunque no al nivel de Lucas—, alto y delgado, con facciones cinceladas y ojos oscuros. Se inclina y besa a Cora.

—Ava me estaba contando cómo mi hermano la llevó a su ruta semanal en bicicleta —dice Cora, sonriendo a Arlo.

—¿Su ruta semanal? —Arlo mira entre nosotras.

—Sí. Sale todos los fines de semana por la mañana a dar un paseo. Una ruta difícil, muchos kilómetros. Lo lleva haciendo por años —explica Cora—. Le encanta montar. Es una afición seria.

—Sí, y esta vez me convenció para que lo acompañara —Me río.

—A mí nunca me convencería —dice Cora—. Bien por ti por sobrevivir. Yo moriría en el primer kilómetro —añade, sacudiendo la cabeza.

—¿Así que te gusta el ciclismo? —pregunta Arlo, sus ojos clavados en mí con una intensidad que me hace removerme en mi asiento.

—En realidad es algo nuevo. Lucas me enseñó a montar —admito,

sintiéndome a la defensiva bajo su mirada inquisitiva.

—¿En serio? ¿No sabías montar en bicicleta? —La sorpresa parpadea en su rostro antes de que sus rasgos vuelvan a mostrar un interés educado.

—No. Podríamos decir que tuve un trauma infantil con eso —Me encojo de hombros, sin querer profundizar en los dolorosos detalles.

—Ah, ya veo —Cora sonríe, comprendiendo—. Así que te hizo sentir culpable para que lo acompañaras. Te sentiste obligada porque te enseñó a montar.

—No, no fue así. No exactamente —¿Cómo explico lo importante que fue ese momento para mí? ¿Cómo me animó a no rendirme, a creer que podía hacerlo? ¿Cómo me hizo sentir digna y capaz por primera vez en mi vida? La única persona que me ha dicho esas palabras y las ha dicho en serio.

—Sí, ese es Lucas. Podría venderle arena a un habitante del desierto —se ríe, sacudiendo la cabeza—. Supongo que es una de las razones por las que es un excelente gerente de negocios.

—Sí... —Tal vez tenga razón. Tal vez todo sea parte del encanto de Lucas y no tenga nada que ver conmigo. El pensamiento se hunde como plomo en mi estómago.

Pedimos la cuenta y nos levantamos, recogiendo nuestras cosas.

—Ha sido un placer conocerte, Arlo —digo, ofreciéndole una pequeña sonrisa.

—Sí, igualmente —Vuelve a estrecharme la mano.

Los veo marcharse, Cora acurrucada bajo su brazo, y una punzada de anhelo me atraviesa. Quiero eso. Quiero bromas internas e historias compartidas, afecto fácil y apoyo inquebrantable.

Quiero una pareja en todos los sentidos de la palabra.

Quiero amor. Amor real, desordenado, complicado, extraordinario.

Con Lucas.

Treinta Y Dos

LUCAS

Aparco el Jaguar en el estacionamiento cubierto de la finca de mi familia, con la grava crujiendo bajo los neumáticos. Respiro hondo y ensayo el discurso que preparé una última vez, mirando mi reflejo en el espejo retrovisor.

—Padre, he pensado mucho en el plan y he decidido no desmantelar Gant Construction. En su lugar, voy a rehabilitar la empresa y absorberla en Valeur. Creo que Valeur Real Estate puede beneficiarse de tener su propia división de construcción. Sería una pena desperdiciar esta oportunidad —asiento para mí mismo, satisfecho con el argumento. Es lógico y bien razonado. Verá el valor de mi propuesta, estoy seguro.

Extiendo la mano hacia el asiento del copiloto y recojo la carpeta de cuero llena de proyecciones financieras y análisis de mercado preparados. Sé que no tengo ninguna posibilidad de convencerlo sin datos concretos que respalden mis afirmaciones. Los números siempre han sido el lenguaje que más respeta. Si puedo mostrarle, en blanco y negro, cómo este plan impulsará los resultados de Valeur, cederá. Tiene que hacerlo.

Tiene que funcionar. Hay demasiado en juego.

Porque si no es así, me arriesgo a perder a Ava. Para siempre. Y ese no es un resultado que esté dispuesto a aceptar. Puede que ella no me ame todavía, pero tengo que creer que lo hará.

Mi corazón se encoge al recordar su reacción cuando se me escapó que me estaba encariñando con ella. La forma en que sus ojos se abrieron de pánico. Y eso fue cuando solo admití que me estaba encariñando. Solo puedo imaginar el puro terror que habría provocado si hubiera confesado la verdad completa y, sí, aterradora: que estoy total e irrevocablemente enamorado de ella.

Tuve que irme, fingiendo un asunto repentino, antes de que viera lo cerca que estaba de quebrarme, de caer de rodillas y suplicarle que nos diera una oportunidad real.

Pero no me rindo. No puedo. Ella es lo mejor que me ha pasado en la vida, y me condenaré si dejo que la cruzada vengativa de mi padre me la arrebate.

Si quiero que sea mía, tengo que salvar su empresa.

Salgo del coche y me dirijo a la casa por la entrada lateral. La puerta se cierra tras de mí con un clic, el sonido resuena en el vasto espacio.

Paso por la cocina gourmet con sus relucientes encimeras de mármol y electrodomésticos de última generación, luego por el opulento salón con sus obras de arte invaluables. Mi padre no se ve por ninguna parte. Extraño. Ya es

tarde y normalmente está aquí a esta hora, estudiando informes financieros con una copa de whisky en la mano.

Anika, nuestra ama de llaves de toda la vida, aparece en el vestíbulo, su amable rostro está arrugado por la preocupación.

—¿Está todo bien, señor Valeur? Su padre no mencionó que vendría esta noche.

Le dedico una sonrisa forzada, tratando de transmitir una calma que no siento.

—Sí, todo está bien. Fue una decisión de último momento y no tuve oportunidad de avisar. ¿Por casualidad está en su despacho?

Ella asiente, señalando el largo pasillo flanqueado de retratos hacia el ala oeste.

—Sí.

—Gracias, Anika. Iré a verlo. No hace falta que me anuncies.

La gruesa alfombra persa amortigua mis pasos mientras me dirijo al despacho privado de mi padre, con la carpeta apretada contra el pecho como un escudo. La puerta está entreabierta, la cálida luz se derrama en el oscuro pasillo. Estiro la mano para llamar a la puerta, pero me quedo paralizado cuando la voz alzada de mi padre se filtra por la rendija.

—No pueden procesarme, ¿verdad? Es decir, han pasado años. Décadas. Seguramente hay un plazo de prescripción para este tipo de cosas.

No puedo oír la otra parte, así que supongo que está al teléfono.

Frunzo el ceño. ¿Procesarlo? ¿Por qué? Me acerco más, esforzándome por oír.

—Sí, sí, entiendo que no se aplica al asesinato. Pero no podrán probar nada sustancial, ¿verdad? Ha pasado demasiado tiempo, las pruebas han desaparecido, no hay testigos —su tono es cortante, muy lejos de su habitual compostura imperturbable.

¿Asesinato? La palabra me golpea como un puñetazo físico, quitándome el aliento. Un horror helado se desliza por mi columna vertebral, mi mente da vueltas. ¿De qué diablos está hablando?

—No puedo ir a la cárcel ahora, no a mi edad. No con el imperio que he construido. Tienes que arreglar esto. ¿Me oyes? No me importa lo que cueste, a quién tengas que sobornar, amenazar o enterrar. Haz que esto desaparezca —sigue una pausa mientras la persona al otro lado responde, y luego mi padre deja escapar un gruñido de reconocimiento—. Sí, sí. Bien. Solo hazlo.

El clic decisivo del teléfono al ser colgado me saca de mi parálisis conmocionada. Retrocedo tambaleante desde la puerta, con el corazón martilleando contra las costillas y la sangre rugiendo en mis oídos. Tengo que

salir de aquí. No puedo dejar que me pille escuchando a escondidas, no puedo soportar mirarlo a los ojos con la magnitud de lo que acabo de descubrir.

Me doy media vuelta y regreso por el pasillo, mis piernas se mueven en piloto automático. Anika aparece en mi visión periférica, su boca se abre para hablar, pero paso junto a ella con un seco:

—Ha surgido algo. Tengo que irme.

No recuerdo el camino de vuelta a mi coche, ni el giro frenético de la llave en el contacto. Vuelvo en mí kilómetros más allá en la carretera oscura y sinuosa, la finca ha desaparecido hace rato del espejo retrovisor.

Giro el volante hacia un lado y derrapa hasta detenerse en el arcén, y aparco el coche con manos temblorosas.

Y entonces me doblo sobre el volante, jadeando en busca de aire, los bordes de mi visión chispeando en negro. *Oh Dios. Oh Dios, oh Dios, oh Dios.*

Esto no puede estar pasando. Tiene que ser una pesadilla, una pesadilla enferma y retorcida. Porque la alternativa es demasiado horrible para contemplarla: que mi padre, el hombre que me crio, a quien he admirado y emulado toda mi vida, es un asesino.

Las preguntas giran en círculos vertiginosos, golpeando contra el interior de mi cráneo. La náusea se revuelve en mi estómago. Quiero gritar, enfurecerme, atravesar el maldito parabrisas con el puño. Pero me quedo sentado, agotado y entumecido, mientras la terrible verdad se hunde como un veneno, que contamina todo lo que toca.

Mi padre es un asesino, y yo soy quien tiene que decidir qué hacer al respecto.

Logan. Debería llamar a Logan. Contarle lo que he descubierto. Él sabrá qué hacer.

Pero no. No puedo hacerle eso, no puedo destrozar su mundo como acaba de destrozarse el mío. Él venera a nuestro padre incluso más que yo, modelando toda su vida a su imagen. Esto destruiría a Logan. Lo aplastaría de una manera de la que no estoy seguro que pudiera recuperarse.

¿Tal vez lo he malinterpretado?

Una parte de mí, pequeña e infantil, quiere aferrarse a la duda. Complacerse en la desesperada esperanza de que todo sea un malentendido, una terrible falta de comunicación. Que haya una explicación inocente que haga que todo esté bien.

Pero lo escuché, claro como el agua. Asesinato. Cárcel. Hacer que todo desaparezca. No hay ambigüedad ahí, no hay lugar para ilusiones reconfortantes.

El hombre que me formó, me moldeó, me enseñó todo lo que sé... es un asesino.

Y no tengo idea de qué hacer al respecto.

Vuelvo a la carretera, con las manos blancas de tanto apretar el volante. No puedo ir a casa, no puedo enfrentar a Ava y fingir que todo está bien. Necesito aclarar mi mente, adormecer la angustia que me corroe por dentro. Necesito un maldito trago. O diez.

Giro por una calle lateral, con los neumáticos chirriando, y me dirijo al único lugar donde sé que puedo encontrar un bendito olvido, aunque sea temporal.

El pub O'Malley's.

Mi segundo hogar durante mis alocados días universitarios, el escenario de innumerables borracheras y noches olvidadas. Han pasado años desde que crucé su puerta, pero sé que seguirá allí, esperando. Un santuario mugriento para los perdidos y rotos.

Aparco en el agrietado estacionamiento de asfalto, el letrero de neón parpadeante proyecta un resplandor rojo espeluznante. Me quedo sentado un largo momento, con el motor en marcha, mirando la fachada de ladrillo cubierta de grafitis.

Mi padre es un asesino.

Mi vida es una mentira.



—Gracias —le doy propina al conductor de Uber, luego entro en la casa oscura. Tiro mis llaves, el metal tintinea ruidosamente al golpear el suelo.

Mierda.

Bebí mucho, pero no tanto. No lo suficiente para olvidar, de todos modos.

Camino hacia el dormitorio. Ava está aquí. Mi hermosa y dulce Ava, durmiendo en mi cama. Me quito la ropa y me deslizo en la cálida cama, acercándome a ella.

La necesito.

Necesito sentir algo.

Lo que sea.

—Ava —susurro, pero ella no se mueve, su respiración profunda y uniforme.

—Ava —lo intento de nuevo, mi voz ronca por la desesperación.

Está acostada de lado, de espaldas a mí. Me presiono contra ella hasta que estamos pegados, mi pecho contra su espalda, y subo su camisón por sus muslos. Todavía está dormida, perdida en sueños.

—Ava, te necesito, nena. Por favor —mi voz se quiebra, ahogada por las

lágrimas que amenazan con derramarse. Dios, no me dejes llorar ahora.

Alcanzo entre sus piernas y aparto sus bragas, exponiendo su calor cálido e invitante.

Masajeo su clítoris en círculos lentos hasta que se humedece, luego me froto contra su trasero, una y otra vez. Mis testículos duelen, mi polla tan dura que podría romper piedras. No puedo esperar.

—¿Lucas? —murmura, su voz espesa por el sueño.

—Te necesito. Te necesito tanto —gimo, casi delirante de deseo.

Levanto su pierna y empujo dentro de ella por detrás, llenándola en un suave deslizamiento. Me hundo en ella hasta la empuñadura, un gemido gutural escapa de mí. Cierro los ojos, conteniendo las lágrimas por pura fuerza de voluntad.

Salgo y vuelvo a sumergirme, estableciendo un ritmo frenético. Ella hace estos pequeños ruidos de gemido que me vuelven loco, y sé que no hay manera de que dure mucho. Estoy demasiado tenso, mis emociones dispersas a los vientos. Solo hay una cosa que quiero ahora: correrme dentro de ella, sentirla a mi alrededor.

—No puedo —murmuro, palabras sin sentido brotando de mis labios mientras sigo embistiendo, sigo tomando—. Te necesito.

—Estoy aquí —susurra ella en respuesta, su voz un bálsamo calmante para mi alma maltratada.

Pierdo el control entonces, embistiéndola más fuerte, con más fuerza. Agarro sus caderas, tirando de ella para encontrar cada uno de mis empujes, tomando lo que necesito de ella. No soy gentil esta vez, no soy considerado.

Solo tomo. Todo lo que ella está dispuesta a dar, lo tomo.

—Sí, nena, sí —jadeo, aumentando el ritmo hasta que la cama tiembla con la fuerza de mis movimientos. Ella gime, el sonido agudo y entrecortado, pero no me detengo. No puedo.

Un escalofrío me recorre cuando me acerco al clímax, y luego me estoy corriendo con fuerza, gimiendo en su oído mientras el éxtasis se estrella sobre mí en olas implacables.

Me envuelvo alrededor de ella, todavía enterrado profundamente, tratando de acercarme aún más, de meterme dentro de su piel.

Pasan los minutos, y me quedo dormido, mi polla se ablanda y se desliza fuera de su calidez. Me despierto de golpe.

Mierda. ¿Qué he hecho?

—¿Ava? Lo siento. Dios, lo siento tanto —la vergüenza me inunda, caliente y cáustica.

Ella se da la vuelta para mirarme, acariciando mi mejilla con su suave palma.

—Está bien. Me necesitabas, y estoy aquí para ti. Estoy bien.

Cierro los ojos y me inclino hacia su toque, saboreando la ternura, la aceptación.

¿Cómo puede ser tan perfecta?

—¿Quieres contarme qué pasó? ¿Por qué llegaste tan tarde a casa y qué te hizo venir a mí así? ¿Qué pasa? Algo no está bien, Lucas —Su frente se arruga con preocupación, sus ojos verdes escrutan los míos en la tenue luz.

—Te lo compensaré. Lo prometo —Las palabras suenan huecas, inadecuadas.

—Solo quiero que hables conmigo —Acaricia mi rostro, su toque gentil.

—Todo lo que pensé durante toda mi vida resultó ser un error —digo, cerrando los ojos para no ver su reacción—. Él no es el hombre que creí que era.

Ella permanece en silencio, esperando que continúe.

¿Puedo decírselo? Necesito decírselo a alguien. Tengo que decirlo en voz alta.

—Creo que mi padre hizo algo terrible —La palabra me sabe a cenizas en la lengua—. Creo que mató a alguien.

Sus ojos se abren, el shock y la incredulidad luchando en sus delicadas facciones.

—¿Por qué pensarías algo así?

—Fui a hablar con él, y estaba al teléfono. No sabía que yo estaba escuchando. Estaba hablando con alguien, tal vez un abogado, sobre ser procesado por asesinato —Trago con dificultad, mi garganta áspera y dolorida.

—¿Tal vez entendiste mal? ¿Tal vez estaba hablando de otra persona? ¿Alguien de la familia? —Intenta racionalizar, hacer que todo esté bien.

Niego con la cabeza, el movimiento pesado y lento.

—No. Es decir, no escuché la otra parte, pero no había forma de malinterpretar lo que dijo. Creo que mi padre mató a alguien.

Treinta Y Tres

AVA

—Lo idolatraba. Siempre quise ser como él, hacerlo sentir orgulloso. Era mi modelo a seguir, mi héroe. Un padre que, por un lado, dirige una empresa exitosa, un imperio construido desde cero, y por otro, lidera una familia de cuatro hijos y está presente en la vida de cada uno de ellos, involucrado y comprometido. Era nuestra roca, nuestra fortaleza. Sabía que le era infiel a mamá, pero ¿asesinato? —Lucas sacude la cabeza, con incredulidad y angustia grabadas en cada línea de su hermoso rostro.

—Sigue siendo tu padre —susurro, con mi rostro cerca del suyo sobre la almohada. Puedo sentir el calor de su piel, el roce entrecortado de su respiración. Me duele consolarlo, absorber su dolor en mí—. Lo que haya hecho o dejado de hacer no tiene nada que ver con su relación contigo, con su amor por ti y tus hermanos.

—Siento como si hubiera pasado por un terremoto. Como si el suelo bajo mis pies se hubiera desmoronado. El mundo que conocía se ha hecho añicos en un millón de pedazos irreconocibles. ¿Cómo puede ser mi padre, el hombre que me crio, si es capaz de algo tan terrible? ¿Y a quién mató? ¿Y si es más de una persona? ¿Y si es un asesino en serie y yo nunca tuve ni idea? —La voz de Lucas se eleva, bordeada de histeria y autodesprecio.

—¿Le has preguntado al respecto? ¿Has hablado con él? —Mantengo mi tono suave. Paso mis dedos por su cabello, los sedosos mechones deslizándose entre mis dedos.

—No. ¿Cómo podría? ¿Qué se supone que debo decir? «Oye papá, ¿eres un asesino?» —Se ríe, pero es un sonido áspero y roto que me atraviesa como una cuchilla. Sus ojos están desenfocados, perdidos.

—No. Por supuesto que así no, y no cuando estás tan alterado, tan vulnerable. Pero necesitas hablar con él, Lucas. Le debes al menos eso, una oportunidad de explicarse. Podría no ser lo que piensas en absoluto. Podría haber más en la historia. —Acaricio su mejilla.

—¿Yo le debo? —Sus ojos se abren de golpe, brillando con repentina ira, su tono agudizándose y volviéndose cortante—. No le debo una mierda si lo que escuché es cierto.

—Sí, se lo debes. Por lo que me has contado, los ama mucho a todos. Amar es estar ahí en lo bueno y en lo malo, en la luz y en la oscuridad. Y eso va en ambas direcciones. Él ha estado ahí para ti en cada paso del camino, y ahora tú necesitas estar ahí para él. Aunque sea difícil. Aunque duela. —Justo como

Lucas estuvo ahí para mí cuando mi padre irrumpió en mi oficina, inquebrantable en su apoyo, y ahora estoy aquí para él, ofreciendo el poco consuelo que puedo.

—Mi padre nunca me amó —continúo—. No creo que sea capaz de amar, de poner a alguien antes que a sí mismo y sus propios deseos egoístas. Pasé años tratando de complacerlo, de hacer cualquier cosa para que me amara, para ganarme una migaja de su afecto. Satisfizo mis necesidades físicas, pero ahí terminó todo. Nunca estuvo presente ni interesado en mi vida o mis sueños. Me crio únicamente para ser su marioneta. Eso no es amor, Lucas. Eso es posesión y control. El amor no debería ser condicional. No debería venir con ataduras o expectativas. —Parpadeo para contener las lágrimas, mi garganta se aprieta con viejas heridas, viejas cicatrices que aún sangran si las presiono demasiado—. Tú tienes un padre que te ama. Que se preocupa por ti como persona, no solo como una extensión de sí mismo.

Él asiente, pareciendo absorber mis palabras, luchar con ellas.

—No entiendes cuánto tienes. Cuán raro y precioso es. Tienes un mundo, una familia. Yo no tengo nada, a nadie. —Una lágrima se desliza por mi mejilla, caliente y abrasadora. La aparto, odiando la muestra de debilidad—. No pertenezco a ningún lugar. No tengo una sola persona que me ame.

—Eso no es cierto. —Lucas se apoya sobre su codo, sus brillantes ojos azules destellando hacia mí en la oscuridad, feroces e intensos—. Sí la tienes.

—Acabo de decirte que mi padre nunca me amó, no de verdad. No de la manera en que un padre debería amar a un hijo —le recuerdo, mi voz se quiebra bajo el peso de toda una vida de anhelo, de ansiar algo que nunca pude tener.

—No estaba hablando de tu padre. —El músculo de su mandíbula se tensa, su expresión se vuelve decidida, determinada. Hay un fuego en su mirada, un calor que me quema hasta la médula.

—No tengo otra familia. Mi madre se ha ido, y soy hija única. —Sacudo la cabeza, sin entender a qué se refiere.

—No, pero me tienes a mí.

Me siento, levantando la sábana para cubrir mi cuerpo, mi corazón golpeando contra mis costillas.

—¿Lucas?

—Te amo, Ava. Estoy enamorado de ti.

El mundo parece detenerse, contener la respiración.

Sacudo la cabeza de nuevo, más fuerte esta vez, el pánico araña mi garganta.

—No. No me mientas. No sobre esto.

—No estoy mintiendo. Nunca podría mentir sobre esto, sobre lo que siento. He estado enamorado de ti durante mucho tiempo, por más tiempo del que

incluso me di cuenta. —Traga visiblemente—. No pensé que querrías escucharlo de mí, que podrías corresponder mis sentimientos, pero no puedo quedarme sentado aquí y permitir que pienses que nadie te ama, que estás sola en este mundo. Porque no lo estás. Me tienes a mí. Te amo, Ava. Con todo lo que soy, con cada latido de mi maldito corazón. —Su voz es cruda, urgente, quebrándose con emoción.

—No me digas cosas así. No si no las dices en serio. No puedo... no puedo soportarlo. —Estoy llorando ahora, las lágrimas corriendo por mi rostro en calientes riachuelos. No las limpio. ¿Cuál es el punto? Siguen viniendo, un diluvio interminable de dolor y anhelo reprimidos.

—Ava, mírame. Por favor, solo mírame. —Extiende sus manos hacia mí, sus manos en mis brazos, atrayéndome más cerca. Resisto por un momento, luego dejo que me atraiga hacia él, demasiado cansada para seguir luchando. Demasiado desesperada por su toque, su calor.

Toma mi rostro entre sus manos, sus pulgares recorriendo mis pómulos, difuminando las lágrimas. Sus ojos son luminosos en la tenue luz, brillando con un amor feroz e inquebrantable que me roba el aliento de los pulmones.

—No estoy diciendo esto por decirlo. Esto no es una frase hecha ni tampoco palabras vacías. Te amo, Ava. Te amo con una profundidad e intensidad que me aterroriza. Amo tu fuerza, tu resiliencia, tu enorme corazón compasivo. Amo tu mente hábil y tu ingenio rápido, la forma en que siempre me mantienes alerta. Amo cómo me desafías, me impulsas a ser mejor, a querer más. Amo tu sonrisa, tu verdadera sonrisa, la que mantienes oculta del mundo. Amo la forma en que arrugas la nariz cuando te ríes y cómo te muerdes el labio cuando estás pensando intensamente. Amo tus cicatrices y tus miedos y tus defectos, cada centímetro imperfecto y hermoso de ti. Estoy enamorado de ti, Ava. Total, completa, irrevocablemente enamorado de ti. Y lo diré tantas veces como sea necesario, de todas las formas que pueda, hasta que me creas.

Nadie me ha dicho algo así antes. Nadie me ha mirado así, como si fuera preciosa, querida. Como si lo fuera todo.

—Lucas, yo... —me interrumpo, con la voz estrangulada, las palabras enredadas en mi lengua. Quiero decirle lo mismo, contarle cuánto lo amo, cuánto lo necesito.

Pero no puedo.

Las palabras no salen, atrapadas detrás del nudo en mi garganta, del torniquete alrededor de mi corazón.

Porque, ¿cómo puedo aceptar su amor, sabiendo lo que sé? ¿Conociendo el secreto que podría destruirnos, destruirlo todo?

Mi padre le robó a Valeur. Malversó millones. Y yo soy cómplice, lo supiera

o no. Soy cómplice de sus crímenes, de su traición.

Y cuando Lucas lo descubra, lo destrozará. Nos destrozará.



—Me dijo que me ama —le confieso a Cora. Estamos sentadas en su sala de estar, y ella derrama el té que estaba sirviendo por toda la mesa.

—¡No puede ser! —chilla, saltando para agarrar una toalla—. Espera a que termine de servir antes de soltar bombas como esa. —Limpia el desastre y luego deja la tetera con un estrépito—. ¿Hablas en serio? ¿De verdad dijo esas palabras? ¿Que te ama?

—Sí —asiento, retorciendo mis manos en mi regazo, con el corazón revoloteando ante el recuerdo.

—¿Y le has respondido lo mismo? —Se deja caer frente a mí, sus manos agarrando mis rodillas mientras se inclina hacia delante, con los ojos muy abiertos y ansiosos.

Niego con la cabeza, mi garganta se aprieta.

—¿No le dijiste que lo amas? —Su boca se abre—. Pero tú lo amas. Es tan obvio. Cualquiera con ojos puede verlo. ¿Por qué no se lo dijiste? Dios, eres buena saboteándote a ti misma, ¿verdad? —Sacude la cabeza, exasperada.

Intento sonreír, pero se siente más como una mueca.

—Quería hacerlo, pero las palabras simplemente no salían. No pude forzarlas a salir. —Bajo la mirada, jugueteando con un hilo suelto de mis pantalones—. Fue horrible de mi parte, ¿no? No decírselo.

—Sí, es una mierda. Pero también comprensible. Has sido muy lastimada. Es difícil para ti abrirte, hacerte vulnerable. —Extiende la mano y aprieta la mía, su toque cálido y reconfortante.

—¿Es tan obvio? ¿Qué estoy enamorada de él? —pregunto, mis mejillas ardiendo.

—Para mí lo es. Lo sé desde hace un tiempo. Probablemente antes de que tú misma te dieras cuenta. —Sonríe, con un brillo de complicidad en sus ojos.

—¿Y si no lo dijo en serio? ¿Y si se arrepiente de haberlo dicho? —Las dudas se arremolinan en mi mente, susurros insidiosos que no puedo acallar del todo.

Cora se ríe.

—¿Arrepentirse? No puedes arrepentirte de amar a alguien, Ava. No es como si pudieras simplemente apretar un interruptor y apagar tus sentimientos.

¿Podrías dejar de amarlo solo porque yo te lo dijera?

—No —admito, la verdad se siente muy pesada en mi pecho.

—Exactamente. Y para alguien como Lucas, que siempre pensó que el amor era solo una táctica de manipulación, una debilidad... Estoy segura de que fue difícil para él decirlo. Si te dijo que te ama, créeme, lo ha pensado mucho y detenidamente. No diría esas palabras a la ligera. —Se reclina, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Fue una noche bastante intensa —digo, sabiendo que Lucas no le ha contado sobre la conversación que escuchó. Dijo que necesitaba tiempo para procesarlo, para calmarse, antes de confrontar a su padre en busca de una explicación. Solo entonces se lo dirá a los demás.

—Sí, me lo imagino. —Mueve las cejas sugestivamente—. Espera, no me lo cuentes. No quiero esas imágenes mentales en mi cabeza. —Levanta las manos, riendo.

Agradecida por el cambio de tema, lo aprovecho.

—¿Cómo van las cosas con Arlo?

—Bien. —Se encoge de hombros, su sonrisa se apaga un poco.

—¿Solo bien?

—Sí. —Frunce los labios, apareciendo un pequeño surco entre sus cejas—. No sé. En realidad, no tan bien como antes. Ha estado presionando mucho últimamente para unirse al grupo de amigos de Lucas. Le pedí a Lucas que lo incluyera una vez, y lo hizo, pero Lucas dijo que fue raro y que realmente no quería que Arlo viniera de nuevo. Así que ahora estoy atrapada en una posición incómoda entre ellos, y creo que Arlo está enojado conmigo por eso.

—¿Por qué estaría enojado contigo porque Lucas no lo quiera allí? ¿Cómo es eso tu culpa? —Frunzo el ceño, sin entender.

Se encoge de hombros otra vez.

—No lo sé. Creo que se siente excluido, ¿sabes? No tiene familia y quiere establecer un vínculo con los chicos. Y ahora piensa que soy yo quien le impide encajar.

Asiento, la empatía brota en mi pecho. Sé lo que es vivir sin familia, anhelar ese sentido de pertenencia.

—¿Quieres que hable con Lucas al respecto?

Sus ojos se iluminan.

—¡Dios mío, sí! ¿Podrías? ¿No te importaría?

—No hay problema en absoluto. Le pediré que le dé a Arlo otra oportunidad.

Tomo mi teléfono.

—Mierda. Parece que se me agotó la batería. ¿Me lo recuerdas más tarde?

Ella asiente.

—Gracias, Ava. Eres la mejor. Intentaré hablar con mi padre también. Hacer que te dé una oportunidad. Deberías venir a nuestras cenas familiares. Eres parte de la familia.

Su móvil suena con un mensaje entrante. Lo toma para mirar, y observo cómo el color se drena de su rostro, sus ojos se abren de par en par.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —pregunto, alarmada por su reacción.

Levanta la mirada hacia mí, su expresión afligida.

—Estoy segura de que no es nada.

—¿Qué ha pasado? —exijo saber de nuevo, con el pulso acelerado.

Sin decir palabra, me entrega el móvil.

Miro fijamente la pantalla, se me cae el estómago hasta los pies. Es una foto de Lucas besando a una hermosa mujer rubia, sus manos agarrando su trasero mientras están de pie frente a lo que parece ser un hotel. Se ven íntimos, perdidos el uno en el otro. Intento forzar una sonrisa, pero se siente frágil y falsa.

—Sí, estoy segura de que no es nada.

Pero incluso mientras digo las palabras, la duda se enrosca en mis entrañas, fría y viscosa. Hicimos el amor dos veces anoche y otra vez esta mañana. Me dijo que me amaba.

Cora hace zoom en la foto, entrecerrando los ojos para ver los detalles.

—No creo que esta sea una foto reciente. No, no puede ser. Él no te haría eso. —Deja el móvil, con convicción en su tono—. Conozco a mi hermano. Esa es una foto antigua.

Tiene razón. Más o menos. Él no le haría eso a Valeur.

Ella no sabe sobre la cláusula de infidelidad en nuestro contrato, sobre lo que le pasaría a Valeur si lo atrapan engañándome. No hay manera de que arriesgue hundir su empresa por un polvo. Y tan públicamente además. No es tan estúpido.

Esto tiene que ser una foto antigua de antes de nuestra boda. Solo está saliendo a la luz ahora. Tiene que ser eso.

Mi corazón acelerado se calma, y la opresión en mi pecho disminuye. Estoy casi segura de que no es nada. A él no le gusta engañar.

—Llámalo —me insta Cora, acercándome su móvil—. Probablemente él también esté viendo esto y entrando en pánico, y tu móvil está muerto.

Marco su número, pero salta directamente al buzón de voz.

—Tal vez esté en una reunión y haya apagado el móvil —digo, tratando de convencerme tanto a mí misma como a ella.

Ella asiente, pero la preocupación no abandona sus ojos.

—No te estreses. Estoy segura de que aclarará todo esto en un minuto.

—Sí. Claro. No estoy preocupada. —Suelto un suspiro, pasándome una mano por el pelo—. Probablemente tengas razón.

Cora vuelve a coger su móvil y empieza a marcar.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Llamando a su oficina. —Se lleva el móvil a la oreja, golpeando el suelo con el pie.

—No es urgente. —Intento detenerla, tratando de alcanzar el móvil.

—¿No es urgente? —Se levanta y se aleja de mí, fuera de mi alcance—. Esto es lo más urgente de la historia.

—¿Hola? —dice cuando alguien contesta al otro lado—. ¿Puedo hablar con Lucas? Soy su hermana y es una emergencia. Escucha por un momento, frunciendo el ceño—. ¿Qué él qué? —Otra pausa—. Vale, gracias.

—¿Qué? ¿Qué dijo? —exijo saber, con los puños apretados sobre mi regazo.

—Salió hacia casa hace casi una hora —dice Cora.

Asiento, sintiendo una oleada de alivio.

—Eso tiene sentido. Hay una zona muerta en el camino a la finca. Probablemente aún no tenga cobertura. Si salió hace una hora, ya debería estar casi en casa. Yo también debería irme. Él no sabe que estoy aquí, y querrá hablar conmigo en privado. —Me levanto y me aliso el pantalón con las manos.

—Sí, ve. Habla con él. Y no te olvides de mantenerme informada. Y no lo mates, ¿vale? —intenta bromear.

—Primero dejaré que se arrastre —respondo en broma, forzando una risa. Probablemente esté preocupado y buscándome.

Necesito llegar a casa, necesito verlo. Necesito asegurarme de que todo está bien, de que nosotros estamos bien.

De que cada palabra que dijo anoche era cierta.

Porque si no lo era, si esta foto es real, si me traicionó...

No sé qué haré. Cómo sobreviviré a eso.

Treinta Y Cuatro

AVA

—¡Hola! —grito al entrar a la finca después de hora y media de conducir —. ¿Lucas?

No entiendo qué está pasando, mi estómago se revuelve con inquietud.

Hugo aparece en el vestíbulo, su rostro arrugado de preocupación.

—Señora Ava.

—¿Dónde está Lucas? —pregunto, con la voz tensa por la urgencia—. Necesito hablar con él.

—El señor Valeur estuvo aquí. La estaba buscando. Le dije que usted no estaba en casa. —Hugo se mueve inquieto, con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—De acuerdo. Pero ¿dónde está ahora? ¿En la oficina?

—No lo sé. Se fue, pero no me dijo adónde iba.

—¿No está en casa? —Mi corazón se hunde, el temor se despliega en mis entrañas.

Hugo niega con la cabeza.

—No.

—Pero vi el Jaguar afuera.

—Lo siento, señora Ava. Se fue mientras yo estaba en la cocina. Parecía bastante alterado. ¿Está todo bien? —La voz de Hugo es suave, y su tono está lleno de preocupación.

—Lo estará tan pronto como lo encuentre —digo con más confianza de la que siento.

Corro al garaje y abro la puerta de golpe. Todos sus otros coches están aquí. No hay espacios vacíos. ¿Se fue a pie? ¿Adónde iría?

Intento llamarlo de nuevo, pero no contesta.

Mierda, debe pensar que creí en la foto. Vino a casa y vio que me había ido y asumió lo peor. No sabía que tenía planes de encontrarme con Cora. Si tan solo hubiera esperado, si tan solo hubiera hablado conmigo, lo sabría.

Nunca lo dejaría así. Lo amo.

Excepto que nunca dije las palabras. Él no lo sabe.

Salgo del garaje y vuelvo a la casa. Lo esperaré aquí. Cuando regrese, me encontrará esperando. Lo amo, y necesita escucharme decirlo.

Entro en el dormitorio, nuestro dormitorio.

Necesito contarle lo que hizo mi padre, sobre el estado de la empresa. Que lo

siento.

¿Y si ya no me quiere después de escucharlo todo? ¿Y si no cree que no tuve nada que ver?

Me miro en el espejo, mis ojos abiertos y asustados en mi rostro pálido.

—Sé valiente, Ava. Él te ama y tú lo amas. Pueden resolver esto —susurro a mi reflejo, tratando de reforzar mi valor.

Me siento en la cama a esperar.

Luego me acuesto en la cama. Y espero.

Y espero.

Me despierto de golpe cuando suena mi móvil, mi corazón saltando a mi garganta.

Lo busco a tientas, con los dedos torpes.

—¿Lucas?

—No, soy Cora. ¿Pensaste que era Lucas? —Su voz es cortante por la preocupación.

—Sí. —Me incorporo, frotándome la cara, tratando de orientarme.

—¿No está contigo? Pensé que había vuelto a casa hace mucho tiempo —dice ella, las palabras atropellándose unas a otras—. ¿Dónde está?

—No estaba aquí cuando llegué. —Miro el reloj y maldigo—. Joder. —Me pongo de pie de un salto, el hielo inundando mis venas—. Debo haberme quedado dormida. ¿Es realmente casi medianoche? —El pánico se clava en mi pecho, ahogando mi respiración.

—Sí. ¿Me estás diciendo que no lo has visto desde que te fuiste de mi casa?

—Llegué a casa, y Hugo dijo que se había ido sin decir adónde iba. Supuse que fue a aclarar su mente, así que esperé.

—Ava, ¡han pasado horas! Ya debería haber vuelto. —La tensión es clara en su tono, el miedo se filtra.

Dios. La presión en mi pecho se intensifica, apretando como un tornillo.

—Me quedé dormida. Mierda. ¿Tal vez está en casa? ¿Quizás volvió y no lo oí? —Salgo de la habitación y empiezo a abrir puertas, una tras otra—. ¿Lucas?

La casa está a oscuras. Reviso cada habitación, llamando su nombre, solo para estar segura.

—Joder, Cora, no está aquí. ¿Y si... —Mi voz tiembla, lágrimas calientes picando en el fondo de mis ojos.

—No digas eso. Tenemos que encontrarlo. Concéntrate. ¿Adónde iría? —exige ella, sus palabras cortantes y urgentes.

Obligo a mis pensamientos a ralentizarse, a concentrarse. Respiro hondo, luego otra vez.

—Su bicicleta —respiro, las piezas encajan en su lugar—. Tal vez salió a dar

un paseo para aclarar su mente.

Corro afuera hacia el cobertizo de las bicicletas, mis pies descalzos golpeando contra las frías losas. Abro la puerta de un tirón. Escaneo las filas de bicicletas relucientes, con el corazón en la garganta hasta que me detengo en seco.

—Hay... Hay un estante vacío aquí —le digo a Cora por móvil. Extiendo la mano para tocar el metal desnudo.

Abro el armario de equipos.

—Sí, su casco también falta. Creo que salió en su bicicleta.

—¿Salió a andar en bicicleta solo? ¿De noche? ¿Y aún no ha vuelto? —La voz de Cora se eleva con cada pregunta, bordeando ahora la histeria total—. Ava, ¡está oscuro como boca de lobo ahí fuera! ¿En qué estaba pensando?

—Oh, Dios. ¿Y si le pasó algo? —susurro el terrible pensamiento, las palabras raspando mi garganta en carne viva. El tornillo alrededor de mi pecho se aprieta otra muesca hasta que estoy segura de que mi corazón implosionará bajo la presión—. ¿Y si se estrelló o se perdió o...?

—No. No, no vayas por ahí. Probablemente esté bien. Quizás solo sea una llanta pinchada o algo menor y se quedó varado sin recepción —intenta tranquilizarme Cora, pero su voz vacila y se quiebra, traicionando su propio miedo creciente—. Escucha, voy a llamar a Liam, y vamos a la finca ahora, ¿vale? Solo espéranos. No hagas nada estúpido.

Asiento, olvidando que no puede verme.

—Vale —logro decir con dificultad pasando el nudo en mi garganta.

Corro de vuelta al dormitorio y me pongo algo de ropa, mis manos tiemblan mientras me pongo unos vaqueros y un suéter.

—Solo se quedó varado en algún lugar, y está esperando la mañana para que alguien pase. Eso es todo —murmuro para mí misma, tratando de mantener a raya el pánico que araña mis nervios.

Les llevará a Cora y Liam al menos una hora llegar aquí desde la ciudad. Puedo buscarlo mientras tanto.

Salto a mi Jeep y salgo, conduciendo a través de los campos detrás de la finca y hacia las colinas donde le gusta andar. Conduzco lentamente, mis luces altas cortando la oscuridad como tinta, pero es difícil ver algo.

Bajo la ventanilla y grito en la noche.

—¡Lucas! ¡Lucas!

Solo el silencio me responde, las palabras tragadas por las hojas susurrantes y las ramas crujientes.

¿Dónde podría estar? Dios, estoy tan contenta de haber hecho esta ruta con él. De conocer el camino.

Avanzo a paso de tortuga, pero no hay señal de Lucas por ninguna parte.

Mi móvil suena y doy un respingo, con un grito atascado en la garganta.

—Cora —contesto, con la respiración entrecortada.

—Ya estamos aquí. ¿Dónde estás? La casa está vacía.

—Salí a buscarlo en el Jeep —respondo con los nudillos blancos sobre el volante y todo el cuerpo vibrando de tensión.

—¿Encontraste algo? —pregunta con una mezcla de esperanza y temor en la voz.

—Nada.

—Envíame tu ubicación. Vamos para allá.

Abro la aplicación del GPS y comparto mi ubicación, con los dedos temblando tanto que casi se me cae el móvil.

—Vale. Ya la envié —confirmo con palabras mecánicas y distantes, como si vinieran de otra persona.

—Bien. Estaremos ahí en unos minutos. Quédate donde estás, ¿vale? No te muevas —la llamada termina con un clic, dejándome de nuevo en un silencio ensordecedor.

Aparco el Jeep a un lado del estrecho camino de tierra y apago el motor, sumergiéndome en la oscuridad total. Por un momento, me quedo sentada, mirando al vacío en la noche, con la mente convertida en un ruido blanco y estridente.

Inhala.

Exhala.

Está bien.

Tiene que estar bien. No hay otra opción porque aún no se lo he dicho. No le he dicho que lo amo.

Después de unos minutos, que parecen una eternidad, un vehículo grande se detiene junto a mí y baja la ventanilla.

—Sube —dice Cora con el rostro pálido.

Salgo y me subo a su SUV. Liam conduce, con la mandíbula tensa.

Nunca hemos hablado mucho, pero sé que Lucas lo quiere y respeta. Y ha venido aquí en medio de la noche a buscar a su hermano.

—Gracias por venir —digo con la voz ronca por las lágrimas contenidas.

Liam me mira por el retrovisor, con ojos comprensivos.

—Es mi hermano. Esto es lo que se hace por la familia. No tienes que agradecerme.

Asiento, tragando con dificultad. Ojalá mi padre entendiera eso.

Continuamos por los caminos de tierra, lenta y metódicamente. Cora me pasa una linterna.

—Alumbra a los lados del camino. No es mucho, pero mejor que nada.

Bajo la ventanilla y dirijo el haz de luz hacia la oscuridad, buscando cualquier señal, cualquier pista. Ninguna lo dice en voz alta, pero ambas pensamos lo mismo: que algo debe haberle pasado. De lo contrario, no necesitaríamos linternas.

Parece que conducimos durante horas, kilómetros interminables de carretera vacía. Los guío basándome en mis recuerdos del paseo con Lucas. Rezo para que no haya elegido una ruta diferente justo hoy, pero seguimos y seguimos, y no hay rastro de él ni de su moto.

—¿Dónde está? —murmura Cora entre dientes, sus dedos tamborileando un ritmo ansioso en su muslo—. ¿Estás segura de que salió en su bicicleta?

—No —admito—. No lo vi salir. Solo vi que su bicicleta no estaba... ¡Detente! —grito, y Liam frena de golpe, lanzándonos hacia delante contra los cinturones de seguridad—. Retrocede un poco.

Liam pone marcha atrás y retrocede lentamente, con el motor rugiendo.

—¡Para! —grito de nuevo, y él se detiene bruscamente, esparciendo grava.

—¿Qué viste? —pregunta Cora con los ojos abiertos y asustados. Todos salimos precipitadamente del coche, con el pulso acelerado.

—Ahí —señalo al lado del camino con la mano temblorosa—. Hay una bolsa.

Corro hacia allí, con Cora y Liam pisándome los talones.

Liam me adelanta en segundos, sus largas piernas devorando la distancia. Desaparece en la cuneta al lado del camino.

—¡Lucas! —grito al llegar a la zanja, sin aliento y mareada de miedo. Salto al barranco fangoso con el corazón en la garganta.

Por favor, que esté bien. Por favor, por favor, por favor...

Treinta Y Cinco

LUCAS

Mierda.

Gimo mientras el fuerte pitido retumba en mi cabeza.

—¿Lucas?

Parpadeo, pero mis ojos se niegan a abrirse. Las voces suenan ahogadas como si tuviera algodón en los oídos.

—Está despertando.

Lo estoy intentando, maldita sea. ¿Por qué mis ojos no cooperan?

—Lucas —dice una voz suave, más clara esta vez.

Alguien aprieta mi mano, la presión me ancla a la realidad.

Hago otro esfuerzo y abro los ojos en estrechas rendijas. Quiero protegerlos de la luz cegadora, pero no puedo levantar el brazo.

¿Qué me pasa? El miedo inunda mis venas, y ese molesto pitido se intensifica más rápido ahora.

—Está bien, Lucas. Estás bien —tranquiliza otra voz.

No me siento bien. Mi cuerpo no responde. No puedo hablar. Todo duele.

—La luz —gruño, las palabras salen más como un rugido.

—¿Qué está tratando de decir? ¡Necesita agua!

Alguien acerca un vaso a mis labios, y doy un sorbo, encontrando que el líquido frío es un bálsamo para mi garganta reseca.

—La luz —digo de nuevo, tosiendo e intentando pronunciar más claramente esta vez.

—Creo que la luz le está molestando. ¿Podemos atenuarla?

Sí. Exactamente. Apaguen la maldita luz.

El brillo disminuye, y abro los ojos un poco más, parpadeando para despejar la neblina.

—¿Cora? —reconozco el cabello rubio de mi hermana y sus rasgos borrosos que lentamente se van enfocando.

—Nos asustaste, Lucas —dice, con la voz espesa por las lágrimas contenidas.

—¿Dónde estoy? —gimo mientras intento girar la cabeza, descubriendo que el cuello me duele horrores.

Mi padre. Liam. Logan. Cora. Todos están aquí. ¿Dónde está Ava?

—En el hospital —dice mi padre, con el rostro marcado por la preocupación.

Cierro los ojos, incapaz de lidiar con él ahora mismo.

—¿Ava? —susurro, con el corazón en la garganta.

—Estoy aquí. —Da un paso adelante entrando en mi campo de visión, hermosa aunque su rostro esté tenso por la preocupación y el agotamiento.

Suspiro aliviado mientras ella toma mi mano, y curvo mis dedos alrededor de los suyos.

—Estás aquí. —Nada más importa si ella está aquí. No me ha dejado.

Todavía. *No te ha dejado todavía.*

—Siempre —dice, llevando mi mano a sus labios.

—¿Me estoy muriendo?

—Aún no, hermano. —Liam sonríe.

—¿Entonces me voy a morir? —pregunto, medio en broma.

—Tampoco.

—Debo haberme dado un buen golpe si están todos aquí. —Hago una mueca al moverme, el dolor atraviesa mis costillas. —Mierda. ¿Por qué están todos aquí? ¿Qué me pasó?

—Parece que te salvaste por poco. —Logan aparece, inclinándose sobre mí. —Muchos moretones, hombro dislocado, algunas costillas fracturadas. Tu casco te salvó la vida.

—Te encontramos en una zanja al lado de la carretera. Te estrellaste con tu bicicleta —añade Cora, apretando mi mano.

—No me estrellé —protesto, el recuerdo surge a través de la niebla en mi cerebro.

—Sí, lo hiciste. ¿No lo recuerdas? —Se inclina más cerca, estudiando mi rostro. —Te encontramos con tu bicicleta.

—Recuerdo. Lo recuerdo todo, y no me estrellé. Alguien me atropelló.

—¿Qué? —Logan se endereza, con los ojos entrecerrados. —¿Quién?

—No sé quién. Venían detrás de mí. Pensé que me iban a adelantar. Estaba conduciendo por el arcén como siempre, y el coche simplemente me embistió. Me lanzó volando a la zanja. No vi al conductor, y no recuerdo nada después del impacto.

—¿Alguien te atropelló? —Los dedos de Ava se aprietan alrededor de los míos, su rostro palideciendo.

Trago saliva.

—Sí.

—¿Y simplemente te dejaron ahí? —Cora parece horrorizada, su mano vuela a su boca—. ¿Quién hace eso? ¡Podrías haber muerto ahí si no te hubiéramos encontrado a tiempo!

—¿Por qué saliste a montar a esa hora? —interrumpe mi padre, con el ceño fruncido.

—Pensé que Ava me había dejado. Quería encontrarla. —Las palabras rascan

mi garganta seca.

—¿Pensaste que me había ido? ¿En bicicleta? —Los ojos de Ava se entrecierran, un destello de dolor en sus profundidades verdes. —¿Por qué? Eso no tiene sentido.

—Porque tu bicicleta no estaba, y después de lo que pasó… —Mi voz se apaga. Pensé que me estaba dejando. Tal vez todavía planea hacerlo y solo está esperando porque estoy en el hospital. Dios, espero que no. Espero que me dé la oportunidad de explicarle.

—No me llevé mi bicicleta. —Niega con la cabeza, la confusión arrugando su frente.

La miro fijamente, mi cerebro aturdido luchando por procesar.

—Estaba tan seguro de que tu bicicleta no estaba allí. —Casi seguro. ¿Tal vez no la vi?—. Intenté llamarte. —Suelto un suspiro mientras regresa el recuerdo. Lo asustado que estaba cuando no contestó.

Mierda. Miro a Ava, luego a los demás.

—Mi batería estaba muerta. Cuando llegué a casa, no estabas allí...

La enfermera entra entonces, sonriéndome.

—¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera atropellado un coche —respondo con sarcasmo.

—Puedo aumentar la dosis de tus analgésicos —ofrece, ya alcanzando el goteo.

Niego con la cabeza, luego hago una mueca por la aguda punzada de dolor.

—No. Quiero mantenerme lúcido.

—Vale. Todos fuera, por favor. Necesito revisar al paciente. —Hace un gesto con las manos para que salgan.

Todos refunfuñan pero obedecen, arrastran las sillas mientras salen. Luego, un bendito silencio.

—¿Cuál es el daño? —pregunto una vez que estamos solos.

—Costillas rotas y algunas abrasiones desagradables. Tu casco te salvó. Tienes mucha suerte de que no haya daño interno. —Revisa mis signos vitales con eficiencia brusca.

—¿Cuándo puedo irme a casa? —pregunto, impaciente por salir de esta habitación estéril, de esta cama estrecha. Necesito hablar con Ava, necesito arreglar esto.

—¿A casa? —Parece sorprendida. —Acabas de despertar después de estar inconsciente durante horas. Necesitamos completar tus estudios y...

—Estoy bien. Quiero irme a casa —digo, luchando por sentarme más derecho.

Ella asiente, apretando los labios.

—Veré qué puedo hacer para agilizar los resultados. Quizás te demos el alta en unos días si todo está bien.

Termina su chequeo y se va, dejando entrar a los demás.

—¿Puedo tener un momento a solas con mi esposa? —pido, fijando mi mirada en Ava. Parece que ha estado llorando, sus pestañas están húmedas y apelmazadas.

Mi padre me lanza una mirada de desaprobación, pero no me importa. No me importa nada excepto arreglar esto con Ava. Necesito explicarle lo que pasó. Necesito saber que no planea dejarme.

Espero hasta que cierran la puerta, el pestillo hace clic finalmente.

—Ava, lo siento mucho. Esa maldita foto se filtró y no pude contactarte. Pensé que estarías en casa a esa hora, así que conduje allí. Tu bicicleta no estaba, o eso creí, así que fui a buscarte. Necesito explicarte...

—No necesitas explicarme nada —dice ella, con voz temblorosa.

—Sí debo, porque esa foto... No tengo idea de cuándo es. Ni siquiera recuerdo a esa mujer. Creo que debe ser de hace años. Lo juro. Nunca te haría algo así. Lo sabes, ¿verdad? —escudriño su rostro, la desesperación araña mi garganta.

—Sí —asiente, sus ojos brillantes con lágrimas contenidas—. Lo sé.

El peso se levanta de mi pecho, permitiéndome respirar de nuevo.

—Claro. Estás bajo contrato. No pensaría ni por un segundo que harías algo así y arriesgarías Valeur. Es decir, si te atrapan engañándome, pierdes la empresa —dice ella.

—No —intento negar con la cabeza, pero duele demasiado—. No tiene nada que ver con la empresa o el contrato. Te amo más que a mi vida, Ava. Puedes quedarte con la empresa. No me importa una mierda. No puedo creer que esté diciendo estas palabras, pero has ocupado ese lugar en mi corazón. Me importas tú. Solo tú.

Las lágrimas se desbordan, deslizándose por sus pálidas mejillas.

—Estaba tan preocupada cuando no te encontré en casa. Salí a buscarte, y luego Cora y Liam se unieron. Y cuando te encontramos en esa zanja... Pensé... —Su voz se quiebra en un sollozo.

—Estoy bien, cariño. Estoy aquí. ¿Estabas preocupada por mí? —La maravilla me invade, calentándome desde dentro.

Ella asiente, limpiándose la cara con una mano temblorosa.

—¿Por qué estabas preocupada por mí?

—¿Qué quieres decir? —Frunce el ceño.

—¿Por qué estabas preocupada por mí? —repito, sosteniendo su mirada.

—Porque te amo. Te amo, Lucas, y pensé que te había perdido —Ahora está

llorando, las lágrimas corriendo por su rostro—. Pensé que nunca podría decírtelo. Que era demasiado tarde.

Tiro de su brazo, atrayéndola hacia mí, aplastando sus labios contra los míos. Mi mano rodea su nuca para mantenerla cerca, presionada contra mí mientras devoro su boca, saboreando su gusto. Mi lengua se adentra, acariciando la suya, y me trago su jadeo. La beso como si no hubiera un mañana, ni un ayer. Solo ahora. Solo nosotros y el amor entre nosotros.

—No llores —murmuro entre besos, saboreando la sal de sus lágrimas en mis labios—. Nunca quiero que vuelvas a llorar.

—Te estoy diciendo que te amo —hipa—, ¿y tú me dices que no llore?

Mi corazón se hincha, el monitor a mi lado pitando. Lo miro y me río.

—Valió la pena lastimarme y terminar aquí para escucharte decir esas palabras. No puedo creer que me ames —La suelto, y ella se endereza, secándose las mejillas húmedas.

—Necesito decirte algo. Ahora, antes... No estoy segura de que te sientas igual después —Se muerde el labio, desviando la mirada.

—Nada cambiará el hecho de que estoy enamorado de ti, Ava —lo digo con absoluta certeza, deseando que me crea.

—Mi padre hizo algo con las finanzas de la empresa. Creo que tal vez también defraudó a Valeur en ese entonces. He estado tratando de averiguar qué hizo con el dinero durante un tiempo, pero no dejó cabos sueltos. Lo siento —Baja la cabeza, sus hombros hundiéndose.

Dios. Ella no lo sabía. De verdad no lo sabía. Mi corazón martillea contra mis costillas.

—Ava.

Ella no levanta la mirada, su cabello cae hacia adelante para ocultar su rostro.

—Mírame, Ava —Espero hasta que sus increíbles ojos verdes se encuentran con los míos, una sola lágrima deslizándose por su mejilla. La limpio con mi pulgar—. Sé que ha estado malversando fondos. ¿Por qué crees que comenzó toda esta rivalidad entre Valeur y Gant? Siempre lo he sabido.

—¿Lo sabías? —Me mira boquiabierta, el shock es evidente en sus delicadas facciones.

—Por supuesto. Nos estafó y casi derrumba toda nuestra empresa con él. Por suerte, mi padre se recuperó del golpe y reconstruyó.

Ella niega con la cabeza, la incredulidad y la traición se mezclan en sus ojos. —Siempre pensé que Valeur eran los que nos habían engañado. Eso es lo que mi padre me dijo. Que todo el imperio Valeur se construyó sobre contratos que nos robaron. Dijo que por eso Gant Construction nunca tuvo éxito.

—Eso no es cierto —digo.

—Ahora me doy cuenta. Cuando me pediste todos esos documentos financieros, empecé a revisarlos, y los números no cuadraban. Retrasé su entrega porque estaba tratando de entender qué estaba pasando, y cuanto más investigaba, más me daba cuenta de que mi padre era responsable de todo lo que sucedió. No fue honesto —su voz se quiebra, nuevas lágrimas se asoman.

—Pensé que siempre lo supiste. Que eras parte del plan —La vergüenza me invade al admitirlo, al darme cuenta de lo mal que la juzgué.

—¡No! Créeme, nunca aprobaría algo así. Nunca —Agarra mi mano, sus ojos suplicantes.

—Te creo, esposita —La atraigo para otro beso, deleitándome con la sensación de sus suaves labios sobre los míos—. Yo también necesito confesarte algo.

Ella se aparta, escrutando mi rostro. Sus ojos brillan, tan llenos de amor que me quita el aliento. Esta mujer me ama, y podría estar a punto de echarlo todo a perder, pero tengo que poner todas las cartas sobre la mesa.

—Pensé que si estabas dirigiendo Gant, tenías que ser consciente de todas las irregularidades allí.

—Solo descubrí lo que pasó cuando pediste los documentos y empecé a revisarlos —Se apresura a explicar.

—Lo sé —Tomo su mano, trazando círculos en su palma con mi pulgar. No estoy seguro si es para evitar que huya o para consolarla por lo que estoy a punto de decir. O tal vez para consolarme a mí mismo—. Lo sé ahora. Pero... creí que lo sabías, y por eso cuando me casé contigo, cuando hice redactar ese contrato, planeaba desmantelar Gant Construction, absorber los activos en Valeur.

—¿Qué? —Arranca su mano de la mía y se pone de pie, tambaleándose.

Me paso los dientes por el labio inferior, armándome de valor.

—Sí. El plan era arruinar a Gant, dejarte sin nada cuando nuestro matrimonio terminara.

Ella cierra los ojos y, por un momento, creo que podría desplomarse. El impulso de salir de esta cama y abrazarla es abrumador, pero no puedo moverme. Vaya momento para estar así.

—Hace tiempo que no tenía intención de llevarlo a cabo. No desde que empecé a conocerte. Ya no tenía ninguna intención de seguir ese plan —digo, deseando que vea la verdad en mis ojos.

Ella retrocede, negándose a encontrarse con mi mirada. La distancia entre nosotros se siente como un abismo, vasto e insondable.

—De eso fui a hablar con mi padre esa noche. Para decirle que no iba a seguir adelante con esos planes, que iba a romper el contrato —Lo intento de

nuevo, con la desesperación filtrándose en mi voz.

—¿Así que tu padre estaba metido en esto? —pregunta, con un tono desprovisto de emoción.

Asiento, odiándome por haber puesto esa mirada perdida y traicionada en su rostro.

—¿Quién más lo sabe? —Ella camina por la habitación, con una energía inquieta que vibra en oleadas.

—Liam y Logan —admito, cada palabra cortando mi garganta como fragmentos de cristal.

Ella suelta una risa amarga, sacudiendo la cabeza.

—Y... Noah y Kaleb —me obligo a terminar, para darle toda la fea verdad.

—¿Tus amigos también lo saben? Entonces, ¿cada vez que salían juntos se reían de mí? ¿De la estúpida mujer que no sabe lo que le espera? —Sus ojos arden de dolor y rabia, con las manos cerradas en puños a los costados.

—No, no era así. Nunca pensé que fueras estúpida, y nunca nos reímos de ti. Ellos pensaban que estaba cometiendo un error. —Dios, la estoy perdiendo. Puedo sentirla alejándose con cada palabra, cada revelación.

—Entonces son más inteligentes que tú. ¿Qué hay de Cora? ¿Ella lo sabe? ¿Fingía ser mi amiga mientras conspiraba contigo para hundirme? —La acusación en su voz quema como ácido, dejándome en carne viva.

—No. Cora no lo sabe. No se lo dije porque sabía que nunca estaría de acuerdo. Ella no fingía. Es tu amiga de verdad. —Intento poner cada gramo de sinceridad en las palabras para que me crea.

—Todo este tiempo, estaba tan preocupada, tan asustada de lo que pasaría cuando descubrieras lo que hizo mi padre... Y todo el tiempo, tú planeabas destruirme. —Vuelve a reír, pero es un sonido hueco y quebradizo. La derrota y la resignación apagan el verde vibrante de sus ojos.

—No era así —protesto, pero ella me corta con un brusco movimiento de su mano.

—¿No? ¿Entonces cómo era? —Planta las manos en sus caderas, con la barbilla sobresaliendo en desafío.

—Ese era el plan inicial, pero hace mucho que dejó de serlo. ¿Por qué crees que acepté tu propuesta de rehabilitación? Porque quería ayudarte, no arruinarte. —Intento hacer que vea, que entienda.

Ella niega con la cabeza, con un músculo palpitando en su mandíbula.

—Pregúntame. Verdad o reto —suelto de repente, aferrándome a un clavo ardiendo.

—¿Qué? —Me mira como si hubiera perdido la cabeza. Tal vez lo he hecho.

—Quiero cambiar las respuestas que te di antes. Pregúntame —suplico,

sosteniendo su mirada.

—¿Verdad o reto? —dice, con la voz temblorosa.

—Verdad. Me preguntaste cuál era mi mayor arrepentimiento. Mi mayor arrepentimiento es haber redactado ese contrato y no haberte dicho la verdad en el momento en que me di cuenta de que estaba enamorado de ti.

Ella permanece en silencio, con el rostro indescifrable.

—Me preguntaste cuál es mi mayor temor —continúo—. Es esto. Este es mi mayor temor. Estoy aterrado de que no me perdones. De que no creas que te amo y que lo último que quiero es hacerte daño. Tengo miedo de que me dejes porque no quiero vivir en un mundo donde no estés conmigo. —Mi voz se quiebra, las palabras raspan mi garganta en carne viva.

—Creo que me amas —dice lentamente, midiendo cada palabra—. Y me alegro de que estés bien, de que te estés recuperando, pero...

Me muerdo el labio, con el miedo enrollándose en mis entrañas.

—¿Vas a romper conmigo?

—No. Pero necesito tiempo para pensar. —Se abraza a sí misma, un gesto protector que se retuerce como un cuchillo en mi pecho.

—Por favor, no te vayas. —No estoy por encima de suplicar, no cuando se trata de ella—. Te necesito.

—Deberías haber pensado en eso antes de mentirme durante meses. Me hiciste sentir como con mi padre: inútil y estúpida. Y ese es un sentimiento que nunca quiero volver a experimentar. —Se gira para marcharse, con la mano en la puerta.

—Ava, espera. —Me esfuerzo por sentarme, ignorando la protesta gritona de mi cuerpo maltrecho. Tengo que detenerla, tengo que arreglar esto.

Pero ya se ha marchado, la puerta se cierra tras ella con un sonido como un disparo, un toque de muerte.

Me desplomo contra las almohadas, toda la fuerza se drena de mí. Se acabó. La he perdido.

Lo he perdido todo.

En un minuto, todos están de vuelta en mi habitación, sus rostros un borrón de preocupación y confusión. Todo lo que quiero es que se vayan, que me dejen solo, para llorar, para destrozarme en paz.

Pero fuerzo una sonrisa, fingiendo que todo está bien. Justo como siempre hago.

Incluso mientras mi mundo se desmorona en cenizas a mi alrededor.

Incluso mientras lo único que importaba se me escapa entre los dedos.

Mi Ava.

Mi corazón.

Mi todo.
Se ha marchado.

Treinta Y Seis

LUCAS

—Ten cuidado. No estás completamente recuperado —me regaña Cora mientras salgo al área de la piscina, con el brazo anidado en el cabestrillo. El sol me caliente la piel—. Ni siquiera deberías estar levantado.

—Tampoco se supone que deba estar acostado en la cama volviéndome loco durante semanas —replico, bajándome a la tumbona junto a ella. El suave cojín se siente celestial contra mi cuerpo maltratado. Me reclino, consciente de mis costillas aún en recuperación, y cierro los ojos contra el resplandor cegador—. No tienes que estar aquí, ¿sabes? Puedes ir a pasar el rato con tu juguetito en lugar de cuidarme —agito mi mano buena, ahuyentándola.

—Hoy estoy de guardia, Lucas —dice, ajustándose las gafas de sol.

—No soy un bebé. No necesito supervisión constante. Además, Hugo también está aquí. No es como si fuera a caerme y romperme otra costilla mientras intento alcanzar el control remoto.

Mis hermanos se han estado turnando para vigilarme como halcones desde que me dieron de alta del hospital hace una semana. Claro, todavía me muevo más lento que una tortuga de noventa años, y solo puedo usar un brazo, pero no es como si fuera a dejar que me laven el pene en la ducha o me limpien el trasero. Su constante revoloteo es innecesario y más que un poco molesto. Sin embargo, sospecho que su vigilancia tiene menos que ver con mis lesiones y más con cierta morena de ojos verdes.

Cora me lanza una mirada conocedora, confirmando mis sospechas.

—¿Ava te ha respondido ya?

Justo como pensaba. Están preocupados de que me derrumbe por Ava, no por el accidente. Bueno, no están muy equivocados. Sí me *estoy* derrumbando.

—No —admito, la única sílaba pesada.

—Lo siento —extiende la mano para darme una palmadita en la mano buena, la simpatía suavizando sus facciones—. Solo dale el tiempo que te pidió.

—Si le doy tiempo para pensar, podría llegar a la conclusión equivocada —parpadeo contra el escozor de las lágrimas, el dolor siempre presente en mi pecho agudizándose.

—¿Sr. Valeur? —Hugo aparece a mi lado, con una expresión de disculpa en su rostro.

—¿Sí, Hugo? —pregunto, arrastrando mi atención lejos del agujero negro de miseria que es mi vida amorosa.

—Hay dos oficiales de policía aquí que quieren verle.

Suspiro y me siento más derecho, suprimiendo una mueca mientras mis costillas protestan por el movimiento.

—Hazlos pasar aquí.

—¿Qué quieren? —pregunta Cora, poniéndose un pareo transparente alrededor de su cuerpo en bikini.

—Espero que tengan una pista sobre el coche que me atropelló —Pero no me hago muchas ilusiones. Ha pasado una semana sin progresos.

Los oficiales salen a la terraza de la piscina, sus zapatos pulidos desentonan con las coloridas baldosas. Se paran frente a mí, sus rostros sombríos.

—Están bloqueando el sol —digo, entrecerrando los ojos hacia ellos—. ¿Tienen alguna novedad para mí? ¿Encontraron al imbécil que intentó convertirme en papilla?

Se mueven a un lado, permitiéndome verlos más claramente.

—Estamos cerrando el caso, Sr. Valeur. Normalmente no informamos estas noticias en persona, pero dada la posición de su familia en la comunidad, pensamos...

—¿Así que se supone que debemos sentirnos halagados de que se hayan esforzado en venir a decirnos que no van a hacer nada? —estalla Cora, levantándose de golpe—. ¿Qué quieren decir con que están cerrando el caso? ¿Alguien atropelló a mi hermano y no pueden encontrar al responsable?

—El incidente ocurrió en un área remota sin cámaras y sin testigos. No tenemos descripción del vehículo ni del conductor. Intentamos buscar en pueblos cercanos coches que hubieran tenido accidentes, que hubieran ido a talleres, pero es un callejón sin salida. Sin nuevas pruebas, no tenemos forma de rastrear al conductor. Si surge alguna evidencia, se lo haremos saber. Y por supuesto, Sr. Valeur, si recuerda algo, estaremos encantados de escucharlo —dice el oficial, claramente imperturbable ante el huracán Cora y su boca de cien kilómetros por hora.

Cora resopla, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Inútiles.

—¿Disculpe? —El otro oficial levanta una ceja, su boca se afina.

—Ella no quiso decir eso —pongo mi mano en su brazo, instándola a calmarse—. Gracias por venir.

Asienten y se van, Hugo los sigue para escoltarlos fuera.

Espero hasta que ya no pueden escucharnos antes de volverme hacia mi hermana.

—Cora, no puedes arremeter contra ellos así.

—Es ridículo que no estén haciendo su trabajo. Alguien te atropelló y huyó, y está ahí fuera caminando libre —levanta las manos, desbordando frustración.

—Está bien. Estoy seguro de que fue un accidente, y el conductor simplemente entró en pánico. Seguramente ha sido algún chico cuyos padres ni siquiera se han dado cuenta de que tuvo un accidente —intento calmarla, aunque la misma ira e impotencia se agitan en mis entrañas.

—¿Tú crees? —Se desinfla un poco, hundiéndose de nuevo en su silla.

—Estoy seguro —miento descaradamente, forzando una sonrisa. Luego, intentando sonar indiferente—: Entonces, ¿cómo está Ava?

—¿Qué te hace pensar que estoy en contacto con ella? —pregunta Cora, examinando sus uñas.

—¿No lo estás? —Levanto una ceja, retando su afirmación.

Frunce los labios, atrapada.

—Bueno, sí.

Sonrío, triunfante. Lo sabía.

—Ella no estaría feliz de que te cuente sobre nuestras conversaciones —advierte Cora, mirándome con severidad.

—No te pedí detalles, solo cómo está —levanto la mano en señal de rendición, la imagen de la inocencia.

—Está bien. Triste.

Asiento, mi corazón se contrae.

—¿Pregunta por mí?

—Lucas... —Me da una mirada de reproche, negando con la cabeza.

—¿Qué? Quiero saber si hay alguna posibilidad de que me perdone. ¿Pregunta por mí? —insisto, sin rendirme. Necesito saberlo. Necesito algún atisbo de esperanza al que aferrarme.

Cora me estudia por un largo momento, luego baja la mirada.

—Sí.

Mi corazón da un salto, una esperanza salvaje y desesperada se despliega en mi pecho. No le soy indiferente. Todavía le importo, todavía se preocupa. Porque todos saben que lo opuesto al amor no es el odio, es la indiferencia. Si me odia, puedo trabajar con eso. El odio es apasionado. El odio puede transformarse.

Pero la indiferencia... Eso sería la sentencia de muerte, el fin de todo.

Así que aceptaré su ira, su dolor. Soportaré la tormenta de sus emociones con gusto si significa que todavía hay una oportunidad.

Todavía hay una oportunidad para nosotros. Para nuestro futuro.

Me arrastraré, suplicaré, haré lo que sea necesario.

Y no descansaré hasta que ella esté de vuelta donde pertenece.



Aparco frente a su casa, como he hecho todos los días durante las últimas semanas. Observo su silueta moverse por las habitaciones, del baño al dormitorio y luego a la sala de estar. He desarrollado un nuevo juego para pasar el tiempo. El juego de las adivinanzas. Intento adivinar qué está haciendo en cada momento. Probablemente esté poniéndole comida a Cartman ahora.

Presiono el botón del altavoz del coche y marco.

—The Haven Sanctuary—responde una voz femenina—. Soy Stephanie. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, Stephanie. Mi nombre es Lucas Valeur. Ustedes rescatan loros, ¿verdad? —Me reclino en el asiento del coche, con una sonrisa tirando de mis labios. No saben lo que está a punto de ocurrir.

—Así es, somos un centro de rescate de loros.

—Excelente. Quiero hacer una donación.

—Maravilloso, señor. Gracias. Estaré encantada de tomar sus datos. Una donación de treinta dólares alimentará a un loro durante un mes. Cien dólares alimentarán a tres loros —gorjea Stephanie, su voz brillante de entusiasmo.

—Estaba pensando más bien en diez millones de dólares.

Stephanie se atraganta y empieza a toser, balbuceando al teléfono.

Mi sonrisa se ensancha hasta convertirse en una amplia mueca.

—¡Marcus! ¡Marcus, ven aquí! ¡Ahora! —grita, con la voz amortiguada como si estuviera cubriendo el auricular—. Disculpe, señor, ¿ha dicho... *diez millones* ?

—Así es —confirmo, conteniendo la risa.

—¿No se ha equivocado? —pregunta como si no pudiera creer lo que oye.

—No me he equivocado. Estaba pensando que tal vez podrían usar unas nuevas instalaciones para los loros —sugiero, con un tono suave.

—Sí, por supuesto, señor. Eso sería maravilloso —balbucea Stephanie, sus palabras tropezando unas con otras en su excitación.

Se oye un ruido de fondo.

—El caballero al teléfono quiere donarnos unas instalaciones completamente nuevas. Diez millones de dólares.

Más voces amortiguadas se filtran, un intercambio rápido que no puedo entender bien.

—Disculpe, ¿Sr. Valeur? —Una voz masculina toma la línea, profunda y autoritaria.

—¿Sí? —confirmo.

—¿Está interesado en donarnos unas instalaciones completas? —pregunta, con un tono de incredulidad en sus palabras.

—Sí. Solo tengo una petición. Quiero que las nombren en honor a mi esposa, Ava, o cualquier nombre que ella elija. Y quiero que la mantengan informada de todos los detalles. Quiero que esté involucrada en el proceso de planificación.

—Por supuesto, señor —acepta el hombre, y casi puedo oír los signos de dólar tintineando en sus ojos.

Concluyo los detalles con ellos y termino la llamada, con una sonrisa satisfecha jugando en mis labios. Sonaban tan sorprendidos, tan alegres. Supongo que los santuarios de loros no reciben muchas donaciones grandes. Pero Ava ama a ese pájaro asesino suyo, y quiero hacer algo que sé que apreciará.

Saco el gran sobre blanco de mi maletín, sosteniéndolo con ambas manos. Tomo un respiro profundo y fortificante antes de abrirlo y revisar el nuevo contrato que me envió mi abogado.

Llamo a Liam, poniéndolo en altavoz.

—¿Revisaste el contrato que te envié? —pregunto sin preámbulos, mis ojos escaneando la densa jerga legal.

—Buenos días para ti también. —Liam bosteza, su voz espesa por el sueño.

—¿Lo revisaste o no?

—Sí, lo hice. ¿Así que planeas darle a Ava la propiedad exclusiva de Gant Construction? —Vuelve a bostezar, y se oye el crujido de las sábanas de fondo.

—Sí. ¿Te quedaste despierto toda la noche? ¿Por qué bostezas? No es como si te hubiera despertado al amanecer.

Ignora mi pregunta.

—¿Qué pasó con el plan original de hacerte cargo de la empresa? Según este nuevo contrato, no tienes poder de decisión, ni participación. ¿Y qué hay de su padre?

—Ya no quiero hacerme cargo de su empresa. Y compré la participación de control. Ahora soy el accionista mayoritario, y quiero dársela a Ava.

—¿Estás seguro de esto? Si te deja, perderás el dinero que ya invertiste y la empresa. Han pasado semanas desde que se fue, Lucas. Tienes que enfrentar la posibilidad de que no vuelva —dice Liam—. De que no te perdone.

Cierro los ojos, con un dolor punzante en el pecho ante la idea. Pero lo sacudo, decidido.

—No quiero recuperar el dinero. Quiero que ella tenga todo lo que quiera, todo lo que se merece. Si decide no volver conmigo, quiero que pueda valerse por sí misma, sin mí y sin su padre corrupto. Quiero verla triunfar. Solo

asegúrate de que no haya lagunas en el contrato que permitan a su padre estafador recuperar el control de la empresa. —Apoyo la frente contra el volante, exhausto.

—Me encargo de ello. Hasta ahora, el contrato parece hermético. Me aseguraré de que lo sea —me asegura Liam, y se oye un crujido de papeles mientras hojea el documento.

—Genial —murmuro, frotándome el dolor sordo que late detrás de mis ojos.

—¿Nuestro padre estuvo de acuerdo con este nuevo contrato?

—No. Es decir, no se lo pregunté, y me importa un bledo su opinión. Voy a firmarlo y enviárselo a ella. Si quiere la empresa, es suya. Mi padre no tiene nada que ver con esto. —Ya no soy un niño pequeño. No necesito su permiso ni su aprobación para cada decisión, y no me importa si lo desaprueba.

No sé qué elegirá Ava, pero no se merece lo que le hice. Se merece todas las cosas buenas de este mundo, y me voy a asegurar de que obtenga lo que le prometí. El dinero para salvar su empresa y la propiedad total. Lo que haga después de eso depende de ella.

—¿Estás bien, Lucas? —pregunta Liam.

—Lo estaré. Tengo que irme. —Corto la llamada, sin querer detenerme en mi estado emocional. Es un maldito desastre, y no tengo energía para desentrañarlo ahora mismo.

Miro de nuevo hacia la casa de Ava justo a tiempo para verla apagar las luces. Está a punto de salir.

Salgo de mi coche y me apoyo contra la puerta, esperando. Observando.

Ella me ve y se detiene, sus ojos verdes encontrándose con los míos a través de la distancia. Me mira fijamente durante un largo y cargado momento, su expresión indescifrable.

—Buenos días, esposita —la llamo con una sonrisa, sosteniendo una taza de café como una ofrenda de paz. ¿Tal vez esta vez me responda?

Pero ella simplemente se da la vuelta, subiéndose a su Jeep sin decir una palabra, sin una mirada atrás.

Espero hasta que se ha alejado conduciendo antes de volver a subir a mi coche. Me sobrepongo al dolor, al anhelo, y conduzco hacia la finca Valeur. No puedo posponerlo más.

Tenemos que hablar.

Treinta Y Siete

LUCAS

—Hola, padre —Lo encuentro sentado en la sala de estar, leyendo un periódico. Es una de las últimas personas que aún lee un diario físico.

Dobla las páginas y las coloca sobre la mesa, frunciendo el ceño.

—Lucas. ¿Qué era tan urgente?

—Necesito hablar contigo —Me quedo de pie, con las manos metidas en los bolsillos para ocultar su temblor.

—Te escucho —Se reclina, cruzando las piernas.

—Deberíamos hacer esto en privado —Miro alrededor de la habitación, con los nervios en tensión.

—No hay nadie aquí —Agita las manos señalando el espacio, con un destello de confusión en sus ojos.

No, no hay nadie aquí, pero tiene todo un personal de empleados que, estoy seguro, escuchan cada palabra. Sigo de pie, con la mandíbula apretada.

—Está bien —se levanta con un suspiro pesado, sus zapatos de cuero italiano se hunden en la lujosa alfombra persa—. Vamos a mi oficina, si eso te hace sentir mejor.

Lo sigo por el largo pasillo lleno de retratos, nuestros pasos son amortiguados por la gruesa alfombra. Cierro la puerta detrás de nosotros, asegurándome de que esté bien cerrada para que nadie pueda escuchar como yo lo hice.

Me giro para enfrentarlo, con el corazón latiendo contra mis costillas.

—Voy a devolverle la compañía Gant a Ava. No voy a desmantelarla. La amo y quiero que esté bien.

Mi padre inclina la cabeza, estudiándome con una expresión inescrutable.

—¿Has venido a pedir mi permiso?

—No. He venido a informarte —Levanto la barbilla, enfrentando su mirada directamente.

Una sonrisa se extiende por su rostro, sorprendiéndome.

—Me alegro.

Entrecierro los ojos, con la sospecha enroscándose en mis entrañas.

—¿Te alegras de que le devuelva la empresa?

—No. Me alegro de que hayas decidido sin mí y que estés dispuesto a enfrentarte a mí. Eso es lo que siempre he querido de ti. Que muestres algo de

carácter. Que luches por lo que es importante para ti. Ahora sé que estás listo para tomar mi lugar al frente de nuestro imperio, y yo puedo dar un paso atrás —El orgullo brilla en sus ojos, suavizando sus facciones severas.

Lo miro, desconcertado.

—¿Así que querías que me enfrentara a ti?

Se ríe, el sonido discordante en la tensa atmósfera.

—No exactamente. Quería que lucharas por ti mismo. No estoy encantado de que hayas elegido a alguien de la familia Gant, pero estoy dispuesto a aceptar que ella es buena para ti. Has cambiado. Y me alegro por eso.

Asiento, procesando sus palabras.

—La amo —La admisión sale de mis labios, cruda y honesta.

—Lo sé. También sé que dejó la casa —Levanta una ceja, interrogándome con la mirada.

—¿Cómo sabes eso? —Sacudo la cabeza, maravillándome de su omnisciencia.

—Hay pocas cosas que se me escapan. Lucha por ella, hijo. Te dije antes que hay pocas cosas en la vida más valiosas que el amor. El amor es algo por lo que vale la pena luchar. El amor ha movido el mundo desde el principio de los tiempos —Su voz es fervorosa, sus ojos distantes como si recordara algo del pasado lejano.

Tiene razón. Vale la pena luchar por Ava.

Me humedezco los labios, preparándome. No hay una manera fácil de abordar esto, no hay forma de suavizar lo que estoy a punto de preguntar. Mejor arrancar la tirita de una vez.

—Padre —Mi voz se quiebra en la palabra, y aclaro mi garganta—. Necesito saber. ¿Tú… asesinaste a alguien?

Sus ojos se abren de par en par, y se pone tan pálido como la pared detrás de él.

—¿Por qué me preguntas algo así? ¿De dónde viene esto?

—Eso no es una respuesta —señalo, con voz firme—. ¿Mataste a alguien? Es una pregunta simple. Sí o no.

—¿Dónde escuchaste eso? —exige, inclinándose hacia adelante, sus manos agarrando el borde de su escritorio.

Suspiro, con el peso del mundo presionando sobre mis hombros.

—De ti. Estabas hablando de ello por teléfono.

—¿Quién más lo sabe?

Niego con la cabeza, manteniendo su mirada.

—¿Se lo has contado a alguien más? ¿A alguno de tus hermanos? —presiona, con urgencia en su tono.

—No. Quería hablar contigo primero. Para darte el beneficio de la duda. Entonces, ¿asesinaste a alguien? —pregunto de nuevo, cada palabra como fragmentos de vidrio en mi garganta.

Asiente, luego gira su silla para mirar por la ventana, dándome la espalda.

—No es lo que piensas, Lucas. Es complicado.

—Entonces simplifícamelo —exijo.

Dios, es cierto. Mató a alguien.

—Fue hace años. Muchos, muchos años.

—¿Entonces es cierto? ¿Asesinaste a alguien? —Necesito que lo diga, necesito la confirmación.

—No tuve elección. Tienes que entender. No era un buen hombre —suplica, la desesperación quebrando sus palabras—. Le hizo algo terrible a nuestra familia.

—¿Así que en lugar de ir a la policía, lo mataste? —La incredulidad tiñe mi voz, mezclado con un creciente horror.

—No lo planeé. No fue tan simple —Su voz tiembla, y por un momento, parece tener toda su edad, las líneas de su rostro se profundizan por el peso de su culpa—. Créeme, hijo. Si hubiera habido otra manera...

—Entonces dímelo —Me inclino hacia delante—. Hazme entender cómo mi padre, el brillante multimillonario al que he admirado toda mi vida, pudo quitarle la vida a otra persona a sangre fría.

—No puedo —Niega con la cabeza, sus ojos suplicantes—. Si te lo digo, serás cómplice. Accesorio de asesinato. Hay una razón por la que he mantenido este secreto durante tanto tiempo, Lucas. Estaba tratando de protegeros. A todos vosotros.

—¿Ah, sí? ¿Esa es la razón? ¿No era porque estabas ocultando un asesinato y no querías ir a la cárcel? —Me pongo de pie y empiezo a caminar por la habitación, con la agitación vibrando en mis venas. Todo lo que pensaba sobre este hombre, mi roca, mi guía... todo se está haciendo añicos, cortándome en pedazos. ¿Qué queda ahora? ¿Quién es él? ¿Quién soy yo?

—¡Sí! —se gira de nuevo para enfrentarme, con los ojos salvajes y desesperados—. Esa es la razón. Si lo hubieras sabido, lo habrías matado tú mismo. Cualquiera habría hecho lo que yo hice. Pero no quería que cargaras con mi carga. Por favor, no indagues más, te lo suplico. Nada bueno saldrá de ello. Las cosas que descubrirás solo te harán daño. Sigo siendo tu padre, todavía te amo a ti y a nuestra familia. Nada ha cambiado.

Es como si estuviera leyendo mi mente, expresando mis miedos más oscuros.

—Si esto fue hace años, ¿por qué estabas hablando de ello por teléfono ahora? ¿Quién era? ¿Un abogado? ¿Por qué estabas preocupado por ser

demandado? ¿Qué ha cambiado?

Aprieta los labios, con un músculo palpitando en su mandíbula.

—Algo pasó, ¿verdad? No sacaste este tema de la nada. ¿Me pone en peligro? ¿A Liam? ¿A Cora? ¿A Ava? —El pánico me atenaza la garganta, y unos gélidos tentáculos de temor se desenrollan en mi estómago.

—No. No lo creo —murmura, evitando mi mirada.

—¿No lo crees? ¡Eso no es suficiente! —grito, golpeando su escritorio con la mano. El sonido estalla como un disparo en el tenso silencio—. ¿Está relacionado con esto? —Saco el sobre que recibí de mi bolsillo y lo arrojo sobre su escritorio, el papel se desliza por la madera pulida.

Me mira de reojo, luego al sobre, con el ceño fruncido. Con manos temblorosas, lo abre y se queda mirando la nota en su interior.

Ahora es tu turno.

Deja caer la carta como si le hubiera quemado, con el rostro pálido.

—¿Qué es esto? ¿De dónde lo sacaste?

—Apareció en mi oficina. Y eso después de que alguien grabara el mismo mensaje en mi coche. Y luego alguien intentó atropellarme. Así que, padre... ¿lo que hiciste me pone en peligro o no?

—¿Crees que hay una conexión entre el intento de atropello y esta nota? —pregunta, escudriñando mis ojos.

—No tengo ni puta idea de qué pensar, pero he estado recibiendo amenazas, y luego pasó esto. ¿Necesito protección? —Me paso una mano por el pelo.

—Han pasado veinte años. Lo hecho, hecho está —dice, pero hay un temblor en su voz, un destello de duda en sus ojos.

Lo miro fijamente. ¿Es esta mi vida ahora, desentrañando tramas de asesinatos de hace décadas y temiendo por mi seguridad, por la seguridad de los que amo?

—Mira, Lucas... Esto es muy fuerte. Debes tener un millón de preguntas y un millón de dudas. Necesito que confíes en mí. Necesito que olvides esto. —Se inclina hacia delante—. Nada bueno saldrá de hurgar en esto. Solo traerá dolor y angustia. Por favor, hijo. Deja que el pasado quede enterrado.

Niego con la cabeza, con la garganta apretada por la emoción.

—No sé si puedo hacer eso, padre. No sé si puedo simplemente olvidar lo que escuché.

—Tienes que hacerlo. Por el bien de todos nosotros. Este secreto no es solo mío. Es más grande que yo. Si sale a la luz... —Se interrumpe, con una mirada atormentada en sus ojos—. Confía en mí, Lucas. Hice lo que tenía que hacer. No estoy orgulloso de ello, pero lo volvería a hacer para proteger a los que amo. Para proteger a nuestra familia.

Cierro los ojos, con la cabeza palpitando. Quiero creerle. Quiero tomarlo por su palabra, aferrarme a la imagen del padre que creía conocer.

Pero no puedo. No puedo dejar de saber esto, no puedo dejar de ver las grietas en la fachada.

—Necesito tiempo. Necesito pensar —digo, mi voz vacía y distante a mis propios oídos—. No diré nada, al menos no por ahora. Pero no puedo prometer que olvidaré esto. Si pone en riesgo a las personas que me importan, haré lo que sea necesario para mantenerlas a salvo. Incluso si eso significa ir en tu contra.

Él asiente, un destello de dolor cruza su rostro antes de ocultarlo.

—Lo entiendo. Tómate el tiempo que necesites. Pero Lucas, ten cuidado. No vayas a despertar a osos dormidos. Solo terminará en tragedia.

Un escalofrío recorre mi columna ante sus palabras ominosas, pero me obligo a mirarle fijamente.

Con eso, me doy la vuelta y salgo, mis pasos son pesados y lentos. Siento sus ojos en mi espalda, taladrándome, pero no me doy la vuelta.

Subo a mi coche y agarro el volante, con los nudillos blancos y tensos.

¿Y ahora qué? ¿Adónde voy ahora?

No tengo ni puta idea.

Lo único que sé es que mi mundo está de cabeza, sumergiéndome en una realidad que nunca podría haber imaginado.



Decido dedicar las próximas semanas a recordarle a Ava que sigo aquí, que mi amor por ella no ha flaqueado, y que nunca me rendiré con nosotros.

—Buenos días —la saludo cuando sale de la casa, con una sonrisa juguetona en mis labios—. ¿Necesitas que te lleve a conquistar el mundo?

Ella no responde, sus ojos verdes cautelosos y llenos de un dolor que me atraviesa hasta el alma. Sé que soy la razón de ese dolor, y me mata por dentro.

—¿La ley del silencio, eh? Está bien, puedo hablar suficiente por los dos.

A la mañana siguiente, estoy de vuelta en su puerta, con una taza de café en la mano.

—Buenos días, esposita. —Le ofrezco una taza cuando se acerca, su cabello brilla bajo la luz temprana—. Latte de vainilla, extra de espuma. Justo como te gusta.

Me mira pero toma la taza ofrecida.

—Gracias.

Su voz es cautelosa, pero no paso por alto la forma en que sus dedos se demoran en los míos un instante de más.

—Cuando quieras. —Le guiño un ojo, deleitándome con el destello de exasperación en sus ojos verdes—. ¿Segura que no quieres que te lleve? Prometo dejarte elegir la música.

Ella resopla, negando con la cabeza.

—Creo que puedo arreglármelas. —Se gira hacia su Jeep, pero capto el indicio de una sonrisa jugando en sus labios.

No es mucho, pero es un comienzo.

Espero hasta que está fuera de vista y levanto el puño en señal de victoria.

—¡Sí!

Envalentonado por mi éxito, aumento mi juego al día siguiente.

—Buenos días, preciosa. —Sonrío, sosteniendo una bolsa de papel—. Te traje el desayuno. Un bagel de sésamo con crema de nuez y miel. Y antes de que preguntes, sí, pedí que no le pusieran aceitunas con mi voz más encantadora. El barista estaba en la palma de mis manos.

Me mira a mí y luego a la bolsa, frunciendo el ceño.

—¿No te cansas de estar sentado aquí todas las mañanas?

—¿Cansarme de ver tu hermoso rostro? Nunca. Además, lo considero mi cardio diario. Perseguirte es todo un entrenamiento.

Pone los ojos en blanco, pero capto el tic en sus labios.

—Eres ridículo.

—¿Ridículamente guapo? Lo sé. Es una maldición. —Suspiro.

Resopla, negando con la cabeza.

—Me voy a trabajar.

—¡Que tengas un día fabuloso, esposita! ¡No trabajes demasiado! —Agito la mano mientras se aleja conduciendo, con una sonrisa tonta en mi cara.

A la mañana siguiente, ella sale para encontrarme esperando como de costumbre.

—Sigues aquí —dice mientras me acerco, con dos tazas de café y una bolsa de pasteles en la mano.

—Y siempre lo estaré. —Le ofrezco su taza, con el corazón acelerado cuando sus dedos rozan los míos—. Hablaba en serio cuando lo dije, Ava. No me voy a ninguna parte.

Me estudia durante un largo momento, sus ojos verdes escrutadores.

—¿Por qué? —pregunta al fin, con la voz apenas por encima de un susurro.

Dejo los cafés sobre el capó de su coche y doy un paso más cerca.

—Porque te amo. Porque eres todo para mí. Porque pasaré el resto de mi vida demostrándotelo si es necesario.

Su respiración se entrecorta y sus labios se entreabren. Por un momento, creo que podría acercarse a mí.

Pero luego retrocede, negando con la cabeza.

—No puedo hacer esto, Lucas. No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —La desafío.

Ella me mira fijamente, con dolor y anhelo grabados en cada línea de su rostro.

—Ambas cosas.

Extiende la mano, pasando un dedo por mi mejilla, y me estremezco.

—Tenías una pestaña —dice, mostrándome su dedo.

Le agarro la muñeca, ambos congelados en el momento.

—Déjame pedir un deseo —susurro, con el corazón latiéndome con fuerza.

Ella arquea una ceja.

—No me digas que crees en eso.

Sonrío y me inclino hacia delante, cerrando los ojos y soplando su mano, haciendo que la pestaña vuele.

—Tal vez sí.

Al día siguiente, cambio de táctica.

—Sal conmigo.

Ella parpadea.

—¿Qué?

—Sal conmigo. En una cita. Tú y yo. ¿Qué dices?

—¿Por qué haría eso? —Se cruza de brazos, desafiándome.

Doy un paso más cerca, mi cuerpo vibrando con su proximidad.

—Porque, esposita, está en el contrato. Sección dieciocho, subsección B. Estás obligada a acompañarme a eventos sociales una vez por semana. Hasta que el contrato se cumpla.

Ella resopla, entrecerrando los ojos.

—¿Hablas en serio?

—Tan serio como un ataque al corazón. Aunque, evitemos esos, ¿vale? Me gustaría tenerte cerca por mucho, mucho tiempo.

—Está bien. Pero no es una cita.

Me encojo de hombros, levantando las manos.

—Llámalo como quieras. Una reunión de negocios, una obligación contractual, una oportunidad de disfrutar de mi gloriosa presencia. No soy exigente.

Ella frunce los labios, considerando.

—Bien. Envíame los detalles.

—Lo haré. Ponte algo bonito. O no. Te ves impresionante con cualquier

cosa. O sin nada en absoluto. —Muevo las cejas sugestivamente.

Ella pone los ojos en blanco, luchando contra una sonrisa.

—Adiós, Lucas.

—¡Oye, Ava! —la llamo mientras se aleja.

Se detiene, mirándome por encima del hombro.

—Funcionó. ¿Sabes? Lo de la pestaña. Mi deseo se cumplió.

Treinta Y Ocho

AVA

Tomo el sobre del mensajero en la puerta y firmo el recibo.

—¿Qué crees, Cartman? ¿Estará Lucas aquí de nuevo mañana por la mañana? —Me dejo caer en el sofá.

No se rinde. Espera aquí cada mañana solo para desearme los buenos días. Han pasado semanas. El impulso de correr hacia él y besarlo se vuelve más difícil de resistir cada día.

Requiere cada gramo de mi fuerza de voluntad no correr a sus brazos, a su fuerte abrazo, para respirar su aroma familiar. Mi corazón duele de anhelo, el amor que siento por él arde como un incendio en mis venas.

Todavía lo amo, sigo perdidamente enamorada de él, pero tampoco puedo olvidar cómo me hizo sentir su duplicidad. Como una tonta. Los recuerdos apagan las llamas, dejando solo brasas humeantes de dolor y traición. ¿Cómo podré volver a confiar en él después de eso?

Abro el sobre y saco un montón de papeles, conteniendo la respiración al darme cuenta de lo que son.

Es un contrato.

Mi pulso se acelera y se me seca la boca. ¿Qué es esto? ¿Algún tipo de truco? ¿Otra manipulación?

Voy al final. Ya está firmado por Lucas.

Examino los puntos principales. Me está transfiriendo la propiedad total de Gant Construction. Sin condiciones ocultas ni letra pequeña. Sin trampas.

Lo leo de nuevo, luego una tercera vez, convencida de que debo estar malinterpretando. Pero ahí está, expuesto en blanco y negro. Me está entregando el legado de mi familia, la empresa en la que he puesto mi corazón y alma. La empresa que había jurado destruir.

Echo un vistazo dentro del sobre y encuentro una nota, que saco.

Ava:

Tus sueños son mis sueños. Ya sea que eso signifique construir rascacielos o casas para perros, estoy dispuesto a mover cielo y

tierra para verte cumplirlos.

Te he fallado. He roto tu confianza de la peor manera posible, y me arrepentiré de eso hasta mi último aliento. Pero por favor, nunca dudes de mi amor por ti. Es lo único verdadero en mi vida, la única certeza en un mundo de sombras y mentiras.

Lo que sea que necesites, estoy aquí. Incluso si no puedes perdonarme, incluso si has dejado de amarme, yo nunca dejaré de amarte. Nunca dejaré de luchar por ti.

Toma Gant y conviértela en todo lo que siempre has soñado que podría ser. Conquista el mundo, y yo estaré en las gradas, animándote en cada paso del camino.

Estoy tan orgulloso de ti, Ava. De la mujer que eres. Eres una fuerza de la naturaleza, imparable y magnífica. Y me siento honrado de haber sido parte de tu viaje, aunque solo fuera por un corto tiempo.

Sé feliz. Sé brillante. Sé tú misma.

Con todo mi amor, siempre,

Lucas

Las lágrimas corren por mi rostro cuando termino, borrando las palabras en manchas ilegibles. Presiono la nota contra mi pecho, un sollozo desgarrado

escapa de mi garganta.

Ya no estoy segura de nada. Mis sueños, mi identidad, mi lugar en este mundo, todo es un desastre, un rompecabezas al que le faltan la mitad de sus piezas. Sin el nombre Gant, sin la mano guía de mi padre, ¿quién soy? ¿Qué es lo que realmente quiero?

Lo único que sé con certeza es que quiero a Lucas. Lo extraño con una intensidad que me roba el aliento, que me despierta en la noche sintiéndome dolida y vacía. La vida sin él es solo una existencia, no una vida en absoluto.

Y lo loco es que ni siquiera estoy enojada por su plan original de derribar a Gant. Si soy brutalmente honesta conmigo misma, no estoy segura de que hubiera hecho algo diferente en su lugar. Él pensaba que yo era parte de los planes de mi padre, una cómplice voluntaria de su fraude y corrupción. ¿Por qué no querría derribarnos?

No, lo que duele, lo que me mantiene despierta por la noche, es la forma en que su confesión me hizo sentir al final. Como si no fuera nada. Una tonta, una broma, un peón en un juego que ni siquiera sabía que estaba jugando. Nadie me había hecho cuestionar mi valor de esa manera antes. Me cortó hasta el hueso, destrozó mi confianza y mi sentido de identidad.

Pero incluso mientras lucho con las dudas y los miedos, no puedo ignorar la otra cara de la moneda. Porque así como Lucas me hizo sentir sin valor, también me hizo sentir invaluable. Apreciada. Adorada. Como si pudiera enfrentarme al mundo y ganar.

En sus ojos, vi una fuerza en mí. Un fuego, una resiliencia, una capacidad de grandeza. Él creía en mí. ¿De cuántas personas en mi vida puedo decir eso?

Dios, lo extraño.

Alcanzo mi móvil antes de que pueda cuestionarme y marco.

Contesta al primer timbre.

—¿Por qué me estás dando Gant? —pregunto en el momento en que contesta.

—Ava —exhala mi nombre como una oración, enviando escalofríos por mi columna—. Recibiste el contrato.

—¿Por qué me estás dando Gant? —pregunto de nuevo.

—Porque quiero hacerlo —dice—. Porque el plan de derribar la empresa se desmoronó en el momento en que te conocí. En el momento en que me enamoré de ti. Y quiero que tengas éxito, incluso si ya no me amas.

Nuevas lágrimas ruedan por mis mejillas ante la cruda sinceridad en su voz. El dolor en mi pecho se expande, robándome el aliento.

—¿Pero por qué no simplemente darme Pearl Garden? Habría salvado la empresa sin todo esto.

—No pude. Créeme, Ava, si dependiera únicamente de mí, te habría entregado ese proyecto en bandeja de plata. Pero tengo una junta directiva a la que debo responder. Nunca entenderían que le diera nuestra joya de la corona a un competidor, especialmente uno en apuros financieros. Habría sido un suicidio corporativo.

Suspira, el sonido pesado a través de la línea.

—Sé que pusiste todo tu corazón en Gant, Ava. Hiciste todo lo humanamente posible para enderezar el barco en un plazo imposible. Nada de esto es tu culpa. Y de verdad, honestamente creo que vas a levantar Gant y lo convertirás en algo extraordinario. Con tu brillantez, tu dedicación, tu pura determinación obstinada, vas a encender el mundo.

Mi corazón se hincha ante su convicción, ante la fe inquebrantable en su voz.

—¿Realmente crees que puedo hacer esto? ¿Por mi cuenta?

—Sé que puedes. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas. Y te sentirás mucho más orgullosa, mucho más realizada, sabiendo que lo hiciste por tus propios medios. Sin mi nombre, sin mi influencia proyectando una sombra.

Hace una pausa, y puedo imaginarlo pasándose una mano por el pelo, con el ceño fruncido.

—Pero no puedes presentar ofertas para proyectos ahora mismo, no sin garantías. Así que estoy arreglando eso. Voy a cubrir todas las deudas y pasivos de Gant. Y estoy comprometiendo el respaldo financiero total de Valeur para cualquier oferta que quieras hacer de ahora en adelante. Sin importar lo que pase entre nosotros, siempre, siempre te apoyaré. Profesional y personalmente. Eso nunca cambiará.

Suena el timbre y casi salto de mi piel.

—¡Ding! ¡Dong! —chilla Cartman.

—Sí, Cartman, lo oigo. No necesitas anunciarlo.

—¡Lo oigo! —grita Cartman.

—Tengo que irme, hay alguien en la puerta —digo y termino la llamada.

Abro la puerta y me quedo paralizada.

Peter Valeur está en mi puerta, desentonando con su impecable traje de tres piezas. Su cabello canoso está perfectamente arreglado, su postura erguida, pero hay un cansancio alrededor de sus ojos que no recuerdo, un encorvamiento en sus orgullosos hombros.

—Hola, Ava —me saluda—. Siento presentarme sin avisar. ¿Puedo pasar? Tengo algunas cosas que necesito decir, y preferiría no hacerlo en tu puerta.

Dudo por un largo momento, mi mente da vueltas. En los meses desde mi boda con Lucas, apenas he cruzado dos palabras con su padre. Nuestras interacciones han sido frías en el mejor de los casos, hostiles en el peor. ¿Por qué

estaría aquí ahora, pidiendo hablar?

Mi mirada se dirige al contrato sobre la mesa de café, encajando las piezas. Por supuesto. Debe haberse enterado de que Lucas me está dando Gant. Está aquí para convencerme de que no lo acepte, para intimidarme y que rechace el trato.

La ira se enciende en mi interior, caliente y brillante. Me enderezo en toda mi estatura, lo miro fijamente.

—Si está aquí para amenazarme o para socavar la decisión de Lucas, puede ahorrarse el aliento. No tengo intención de rechazar su oferta. Gant Construction será mía. El trato está prácticamente cerrado.

Para mi sorpresa, Peter echa la cabeza hacia atrás y ríe.

—Oh, me caes bien —dice entre risas, sacudiendo la cabeza—. Tienes una columna de acero, Ava. Bien. La necesitarás en nuestro mundo.

Jadeo.

—¿Lucas le pidió que hablara conmigo?

—No. Él no sabe que estoy aquí. Tuvimos una conversación difícil. No vino a nuestra última cena familiar.

¿No fue? Esas cenas son importantes para él. Ama a su familia. Son una gran parte de su vida. Me pregunto si la conversación tiene algo que ver con lo que me dijo aquella noche.

—Dejé a Lucas. Ya no soy parte de la familia Valeur —digo.

—¿Firmaste los papeles del divorcio?

—Em… no.

—Entonces eres parte de la familia. ¿Puedo pasar, por favor?

Me quedo callada un momento antes de apartarme de la puerta.

—Vale. ¿Le gustaría algo de beber?

—No, gracias. —Entra a zancadas en la sala y examina las fotos en las paredes.

Me encojo como si estuviera bajo una lupa y suelto un suspiro de alivio cuando se sienta. Tomo la silla frente a él y cruzo las piernas.

—Primero, necesito disculparme. Cometí un error, y créeme, me cuesta sangre y lágrimas admitir mis errores —dice con una risa llena de autocrítica—, pero no debí haberte tratado como lo hice. Estoy avergonzado de mí mismo. Eres una Valeur y todos los miembros de nuestra familia siempre serán bienvenidos en mi casa. Lamento haberte hecho sentir que no lo eras.

—¿Por qué me está diciendo esto ahora? —Mi voz tiembla.

—Como dije, Lucas y yo tuvimos una conversación difícil, pero una cosa me quedó clara. Él te ama mucho, y si hay algo en lo que creo en esta vida, es en el amor. Su madre y yo tuvimos un amor más grande que la vida. Ella era mi vida y

le daba sentido. Cuando murió, una parte de mí murió con ella. Aun así, nunca lamentaré la parte que ella tuvo en mi vida mientras estuvo conmigo. Quiero eso para mis hijos, y quiero que tú seas esa persona para Lucas.

Me muerdo el labio.

—Pero soy la hija de Michael Gant.

—Lo sé. Créeme, lo sé. —Suelta una risa falsa—. Es todo en lo que podía pensar al principio. Que mi hijo se estaba casando con el enemigo. —Me mira —. Y ninguna venganza justifica tener que casarse con el enemigo. Quería que encontrara una chica linda y saliera con ella un poco antes de la boda, que se enamorara y se casara. Pero es mi culpa que se apresurara al trato que hizo contigo. Es porque lo presioné.

Asiento, recordando que me dijo que necesitaba casarse para obtener el puesto de CEO.

—Mis intenciones eran buenas. La junta estaba preocupada por su comportamiento alocado, y yo quería que encontrara el amor como yo lo hice. Casarse sonaba como la solución a ambos problemas. En retrospectiva, creo que tuve demasiado éxito. —Inclina la cabeza—. ¿Verdad, Ava?

Me humedezco los labios.

—Todavía lo amas, ¿no es así? —pregunta Peter—. Si aún lo amas, el resto se puede resolver.

Todavía lo amo, pero la traición sigue ahí, aun hiriéndome.

Asiento, y los hombros de Peter visiblemente se relajan.

—Ahora sé que no estuviste involucrada en el fraude de tu padre. Lucas me lo dijo. Me tomó un tiempo, pero entiendo que cometí un error. No debí haberte juzgado basándome en los pecados de tu padre, y te pido que no juzgues a Lucas por mis errores.

—No fue su error. Él lo planeó todo solo.

—No. —Peter se endereza y parece agitado—. No. No habría hecho nada de eso si yo no lo hubiera presionado. Si no hubiera crecido pensando que eso era lo que yo quería de él. Y así como puse los pecados de tu padre sobre ti, puse los míos sobre él, y por eso, lo siento. Te suplico que lo perdones. Él te ama tanto, y no quiero verlo caer por mi error. Veo lo fuerte que eres, lo bien que le complementas. Necesita a alguien como tú, una mujer valiente y fuerte que le diga lo que piensa y lo desafíe. Quiero que seas parte de nuestra familia, Ava. Quiero que seas mi hija.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos, y trago y parpadeo. Apoyo las palmas en mis rodillas para que no vea lo mucho que estoy temblando.

Mi padre siempre lo pintó como un monstruo. Nuestro mayor enemigo. ¿Y simplemente me está aceptando?

—¿Estás bien, Ava? —Su voz se suaviza—. No quise alterarte.

—No me ha alterado. Al contrario. —Sacudo la cabeza—. Probablemente ha oído que mi padre me repudió.

—No. Lamento oír eso.

—En lo que a él respecta, no hay perdón por cambiar de bando —una lágrima solitaria rueda por mi mejilla—. No me queda familia. En realidad, nunca tuve una para empezar.

—Estaríamos encantados de ser tu familia —me sonríe—. Si nos aceptas.

Me pongo de pie y me seco las lágrimas.

—Agradezco la oferta y todo lo que ha dicho. Significa mucho para mí. Pero primero, tengo algunas cosas que resolver con su hijo.

Él sonríe y también se levanta.

—Bueno, gracias por aceptar hablar conmigo. Sé que lo resolverán todo porque ambos están motivados por el amor.

Y entonces me atrae hacia un abrazo, cálido y fuerte, lleno de promesas.



El aroma cálido del café recién hecho me envuelve mientras me acomodo en el mullido sillón de nuestra cafetería favorita. Michelle se desliza en el asiento frente a mí, con un enorme batido de chocolate coronado con mucha crema batida. Da un gran sorbo y sonríe.

—¿Debería salir con Lucas o no? —suspiro, jugueteando con el delicado asa de mi taza de café. Los remolinos lechosos en el líquido oscuro parecen reflejar la indecisión que se agita dentro de mí.

—Bueno, ¿qué te dice tu corazón? —pregunta Michelle, inclinando la cabeza. Un manchón de nata permanece en su labio superior.

Resoplo.

—Mi corazón es un narrador poco fiable estos días. ¿Tú qué opinas? —Lucas dijo que este evento social es una obligación contractual, pero no me forzaría si me negara.

—Que tienes que ir. Demuéstrale que estás prosperando sin él. Recuérdale lo que se está perdiendo —Sorbe su batido para enfatizar.

—Pero ese es el problema, no lo estoy —admito, encogiéndome de hombros —. Lo echo de menos, 'Chelle. Muchísimo.

—Oh, cariño. Él no necesita saberlo ahora, ¿verdad? —Me guiña un ojo.

Dejo caer la cabeza entre mis manos con un gemido. Si tan solo fuera tan

simple.

—Ava... —la voz de Michelle se suaviza—. ¿Por qué rompisteis de todos modos? Desde mi punto de vista, parecíais locamente enamorados. Era nauseabundo.

—Planeaba destruir la empresa de mi padre. Quería venganza por todas las fechorías de mi padre a lo largo de los años.

Michelle jadea.

—¡Dios mío! Ese hijo de puta hipócrita...

—Eso no es todo —la interrumpo—. También descubrí que mi querido padre había estado malversando dinero. Durante años. Millones de dólares.

Su boca se abre de par en par.

—Joder.

—Sí. Estaba maquillando los libros, desviando fondos, hizo de todo. Estafó a Valeur y casi los arruina en el proceso —Me rio.

Michelle niega con la cabeza.

—Vaya. Simplemente... vaya. Quiero decir, nunca me cayó bien el tipo, pero esto es otro nivel. ¿Cómo es que no estás volviéndote loca?

—Oh, me volví demasiado loca. Despotrique, grité, lloré hasta quedar hecha un desastre y monté unos berrinches espectaculares. De todo —Jugueteo con mi taza—. Pero honestamente, una parte de mí lo entiende en cierto modo. Lo que hizo Lucas, quiero decir. Si hubiese sido yo, yo también habría querido reducir Gant Construction hasta los cimientos.

—Entonces, ¿por qué la ruptura?

Las lágrimas pican mis ojos mientras el familiar dolor florece en mi pecho.

—Porque me hizo sentir como la mayor idiota del planeta. Como si todo entre nosotros hubiera sido una mentira perfectamente elaborada. ¿Cómo pude haber sido tan ciega? ¿Tan estúpida?

Las lágrimas amenazan con brotar.

—Porque me hizo sentir inútil, como una idiota que cayó en su actuación. Todo parecía falso y manipulado. Sentí que ya no sabía qué era real entre nosotros.

En un instante, Michelle está fuera de su asiento y me envuelve en un feroz abrazo.

—Escúchame, Ava. Eres muchas cosas: brillante, fuerte, amable, una pésima bailarina... pero estúpida nunca ha estado en esa lista.

Una débil risa se me escapa ante eso. No se equivoca sobre el baile.

—Y en cuanto a Lucas... —se aparta, obligándome a mirarla a los ojos—. Ese hombre está perdidamente enamorado de ti. Hasta un ciego podría verlo.

Sorbo por la nariz.

—¿Tú crees?

—Ava. Te mira como si hubieras inventado el oxígeno. Está en cada palabra, en cada acción —Michelle sonríe—. ¿Recuerdas mi fiesta de cumpleaños? ¿La forma en que te defendió, puso a esas niñatas mezquinas en su lugar? No dudó ni un segundo.

—¿Viste eso?

—Todo el mundo lo vio. Fue todo un caballero con armadura Armani.

—Hizo lo que yo debería haber hecho hace mucho tiempo —admito, agachando la cabeza—. Callar sus comentarios maliciosos en lugar de siempre intentar ser amable.

—¿Y por qué no lo hiciste? —pregunta Michelle.

—Quería caerles bien. Patético, ¿verdad? —resoplo—. Pensé que tal vez si me reía de sus bromas, elogiaba sus zapatos, actuaba como si me importaran sus dietas de zumos y sus fiestas... encajaría, de alguna manera. Que finalmente pertenecería.

—Oh, Ava —suspira—. Eres una chica hermosa, ingenua y ridícula. Nunca vas a encajar con ellas. Eres demasiado buena. ¿No lo ves?

Nuevas lágrimas amenazan ante su feroz convicción.

—Para que conste, estuvo mal por mi parte haberte hecho sentir que necesitabas su aprobación. Creo que ya no me caen bien tampoco. Simplemente no quería soltar mis buenos recuerdos —su voz tiembla—. Espero que puedas perdonarme por eso.

—No hay nada que perdonar —insisto, apretando sus manos—. Ambas hemos estado fingiendo durante demasiado tiempo, creo. Tratando de ser brillantes y alegres con personas que no encajan con nosotras. Ya no más.

Michelle suelta una risa acuosa.

—Dios, somos un desastre, ¿verdad?

—El más grande —estoy de acuerdo—. Pero no hay nadie con quien preferiría ser un hermoso desastre.

Nos aferramos la una a la otra por un largo momento, sorbiendo y riendo a partes iguales.

—¿Qué tal si cambiamos de tema antes de que nos convirtamos en un completo desastre lloroso? —sugiero, secándome las mejillas con una servilleta —. Dime, ¿cómo van las cosas con Noah? ¿Todavía en la fase de luna de miel?

Una expresión soñadora cruza su rostro.

—Ese hombre es asombroso. Estoy hablando de habilidades orales de nivel A+, tan buenas como para llamar al Vaticano porque sus habilidades son un milagro.

Me atraganto con mi café.

—¡Dios, 'Chelle!

Ella se ríe a carcajadas.

—¿Qué? Ni siquiera finjas que Lucas no tiene una lengua talentosa. Vi cómo caminabas después de una noche con él.

—Vale, puede que tengas razón —concedo—. El hombre podría ganar medallas de oro por su destreza lingüística.

—Apuesto a que podría. Lo cual es otra razón más por la que debes dejar de perder el tiempo e ir a por tu hombre —puntualiza esto con un sorbo decisivo de su batido ya derretido.

Entrecierro los ojos.

—Por cierto, ¿no sabías de antemano todo este plan de espionaje corporativo y porno vengativo suyo? ¿Noah te dijo algo?

—¿Disculpa? ¡Claro que no! Francamente, me ofende que siquiera tengas que preguntarlo. Eres mi compañera hasta la muerte. Las tías antes que las pollas, las hermanas antes que las zorras, y los ovarios antes que los huevos. Nunca te ocultaría algo así.

La risa que brota de mí suena oxidada por falta de uso, pero Dios, qué bien se siente.

—¡Vale, vale! Mensaje recibido. Solo digo —resopla ella—. Mi lealtad es inquebrantable, perra. Dudar de mí debería ser un delito.

—Tomado en cuenta. Por la presente te absuelvo de todos los crímenes imaginarios y te sentencio a ser mi mejor amiga de por vida.

—Acepto mi castigo con gratitud y humildad —declama, y luego lo arruina con una sonrisa—. En fin, volvamos al asunto que nos ocupa, o sea, a que dejes de hacerte la mártir y vayas a por lo que quieres.

Lanzo un suspiro, con la mirada perdida mientras recuerdo la pura e incansable determinación que Lucas ha mostrado.

—Ha estado pasando por mi casa todas las mañanas. Solo para saludar y mirarme con ojos de cachorro antes de que me vaya al trabajo.

Michelle silba.

—Vaya. Esa es una devoción digna de una comedia romántica.

—Especialmente considerando que vive tan lejos de la ciudad, y aun así, sigue apareciendo, día tras día.

Me encuentro con la mirada calculadora de Michelle.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

Respiro hondo, la determinación se solidifica en mis huesos.

—Creo... creo que voy a ir a este evento con él. Al menos para escuchar lo que tiene que decir.

—Así se habla —dice ella—. Aunque dudo que haya mucha conversación, la

tensión sexual por sí sola podría provocar un incendio.

Mi cara se enciende, pero no puedo evitar el pequeño escalofrío que me recorre ante la perspectiva.

—Eres una amenaza y te odio.

—Para. Me adoras —dice. Luego su expresión se vuelve seria—. En serio, ve despacio, ¿vale? Haz que se lo gane. Tú eres el premio aquí, y que no se le olvide.

Asiento con la cabeza.

—¿Algún consejo profesional para resistir el encanto Valeur? Nunca se me ha dado muy bien hacerme la difícil.

Michelle echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Oh, cariño. ¿Con lo guapa que eres? Lo único que tienes que hacer es respirar para tenerlo jadeando a tus pies.

Se levanta y me agarra la mano, tirando de mí hacia la puerta.

—Ahora vamos a arreglarte porque tú, querida, tienes un hombre al que deslumbrar y un futuro que reclamar.

Una inesperada oleada de emoción recorre mis venas mientras la dejo arrastrarme fuera del café hacia la brillante luz del sol. Tiene razón.

Es hora de averiguar si el profundo amor que nos unió al principio puede soportar los secretos y mentiras destinados a separarnos.

Es hora de ver si estamos destinados a estar juntos.

Treinta Y Nueve

AVA

Lucas
Vístete casual.

¿Casual?

Lucas
Vaqueros y una camiseta.

¿Adónde vamos? Pensé que era un evento benéfico. ¿En camiseta y jeans?

Lucas
Es benéfico, más o menos. Ya lo verás cuando lleguemos.

No me gustan las sorpresas. Y dijimos que esto no era una cita.

Lucas
Relájate, esposita, no planeo asesinarte en un callejón oscuro.

Le envío el emoji del dedo medio.

Tiro el móvil sobre la cama y miro el vestido que había preparado momentos antes. Bueno, supongo que no encaja en la definición de casual. ¿Adónde diablos vamos en vaqueros y camiseta?

Mi corazón late como loco y estoy sudando. A este paso, tendré que ducharme de nuevo.

¿Por qué estoy tan nerviosa? La ira y el dolor que hervían dentro de mí son un sueño lejano. Ahora solo recuerdo los buenos días. La forma en que bromeaba conmigo, las pequeñas cosas que hacía para que me sintiera cómoda, cómo me abrazaba, sus palabras de aliento cuando me enseñaba a montar, que puedo conquistar el mundo. Las palabras que ha dicho todos los días desde entonces. La forma en que espera fuera de mi casa durante horas cada mañana solo para desearme un buen día antes del trabajo.

Mi rabia por algo que sucedió antes de que siquiera me conociera ahora parece ridícula. Saco de nuevo la nota que me escribió.

El papel está desgastado por las muchas veces que lo he leído, mis dedos trazando las letras.

Conquista el mundo, y estaré a tu lado.

No creo que quiera conquistar el mundo. Ese nunca fue mi sueño. Quiero conquistarlo a él, a Lucas.

Quiero que sea mío.

Me pongo unos vaqueros ajustados que abrazan mis curvas como una segunda piel y una camisa entallada con un delicado cuello de encaje que se hunde lo suficiente como para ofrecer un tentador vistazo de escote. Porque, después de todo, esta soy yo. No me verás muerta con una simple camiseta fuera de casa.

Me doy un último vistazo en el espejo, apreciando cómo el atuendo resalta mis atributos, antes de salir a esperarlo.

Llega justo a tiempo, el elegante coche negro ronronea hasta detenerse en mi entrada.

Se baja y camina hacia mí. Está vestido completamente de negro, la fina tela de su camiseta de diseñador se tensa sobre su amplio pecho y sus musculosos brazos. Los mismos brazos que sé que pueden levantarme, apretándome contra la pared mientras me penetra con embestidas profundas y poderosas.

Me lamo los labios.

Se detiene frente a mí, y el intenso calor que irradia su cuerpo me hace dar un paso atrás.

—¿Por qué estás esperando afuera? —Arquea una ceja, sus ojos azules brillando—. Habría entrado a buscarte. —Sus labios se curvan en una sonrisa lenta y maliciosa mientras se inclina, acorralándome contra la pared—. ¿O tienes miedo de que si me dejas entrar, no podrás resistir la tentación de arrastrarme a tu cama y hacer conmigo lo que quieras? Porque Dios sabe que yo estoy tentado.

Su voz es un gruñido áspero que envía escalofríos por mi columna y hace que un calor líquido se acumule entre mis muslos.

—¿Todavía piensas en mí, Ava? ¿En mis manos sobre tu cuerpo, mi boca en tu piel? ¿Te tocas y pretendes que soy yo, trabajándote con labios, dientes y lengua hasta que te desmoronas? Porque yo seguro que pienso en ti. Sueño con tu sabor, con cómo suenas cuando te deshaces en mis brazos. Me persigue, cada minuto de cada maldito día.

El punto entre mis muslos late, mi núcleo se contrae con espasmos necesitados. Pero mantengo mi rostro inexpresivo, aunque mi corazón late con fuerza y mi respiración se vuelve pesada.

—No. No fuiste tan memorable.

—Ambos sabemos que estás mintiendo. —Sonríe con suficiencia, acercando sus labios a los míos sin tocarme. Todavía no. Sería tan fácil inclinarme hacia delante, cerrar esa distancia y besarlo—. Porque recuerdo cada jadeo, cada vez

que gritaste mi nombre. ¿Recuerdas lo que te dije al principio, esposita? ¿Cuándo nos conocimos?

Trago saliva, mi lengua sale para humedecer mis labios resecos.

—¿Qué?

Me lanza una sonrisa salvaje y feroz mientras retrocede, poniendo espacio entre nosotros antes de volverse para abrir la puerta del pasajero con un ademán.

—¿Nos vamos?

Lo miro boquiabierta, mi cuerpo vibra con necesidad negada. ¿Habla en serio ahora? ¿Me va a excitar así y luego simplemente alejarse? ¿Dejarme colgada?

La indignación lucha contra la frustración mientras miro su cara presumida. Oh, va a pagar por esta pequeña jugarreta.

Entrecierro los ojos, paso junto a él y subo al coche sin decir palabra, cerrando la puerta de golpe detrás de mí.

Conduce en silencio, y lo estudio. La nariz fuerte y la mandíbula cuadrada ahora cubierta por una barba de dos días. Aprieto los muslos para aliviar el dolor.

Mi reacción física hacia él es más fuerte que nunca. Si tenía alguna duda, ahora se ha desvanecido.

—Entonces, ¿adónde vamos? —pregunto.

Sonríe.

—Ya lo verás pronto.

—¿Vas a asesinarme en un callejón bien iluminado?

Se gira hacia mí por un momento, con un pliegue entre los ojos.

—¿Qué?

—Dijiste que no me asesinarías en un callejón oscuro. Así que, ¿será en uno brillante, entonces?

Exhala un suspiro.

—Joder, Ava. No sabes cuánto te he extrañado. Tu boca descarada. Nosotros. Ya sea que me odies o me ames, yo siempre te amo.

—No te odio. Lo intenté, pero no puedo. —admito.

Quita una mano del volante y me la extiende, con la palma hacia arriba. No dudo antes de poner mi mano en la suya, nuestros dedos se entrelazan. Se siente como volver a casa. No lo suelto, y él mantiene mi mano apretada en la suya, descansando sobre su muslo.

Conducimos el resto del camino en silencio, dejando atrás la ciudad. ¿Dónde diablos estamos?

Lucas gira hacia un camino de tierra y se detiene frente a una gran puerta metálica pintada de verde. Intento encontrar un nombre o un letrero, pero no hay nada.

—¿Qué es este lugar? —pregunto.

Lucas no responde. La enorme puerta chirría al abrirse ante nosotros.

Avanza el coche lentamente, y unas cuantas estructuras viejas y unas jaulas aparecen a la vista.

Presiono la nariz contra la ventana, tratando de distinguir lo que hay en ellas.

Mis ojos se agrandan y mi boca se abre cuando me doy cuenta.

—¿Loros? ¿Hay loros aquí?

Lucas sonríe.

—En efecto.

Aparca junto a una estructura, y yo salto del coche, dirigiéndome directamente hacia una de las jaulas.

—¡Hay loros aquí que se parecen a Cartman! —exclamo, volviéndome hacia Lucas, solo para encontrarlo de pie junto a un hombre que parece muy emocionado.

Mi rostro se transforma en una sonrisa avergonzada, y me acerco para unirme a ellos.

—Hola. Lo siento mucho. Es que me emocioné al ver que tienen loros grises africanos aquí.

El hombre me sonríe radiante.

—Siempre nos alegra ver a gente entusiasmada con el lugar.

—¿Qué es este lugar? —Mis ojos recorren la vasta propiedad.

El hombre mira a Lucas.

—Pensé que se lo habías explicado.

Lucas sonríe.

—Te dejé los honores.

Miro entre ellos, y el hombre me extiende la mano.

—Encantado de conocerte. Soy Marcus. Dirijo The Haven Sanctuary.

—Encantada de conocerte. Soy Ava. —Estrecho su mano—. ¿Ese es el nombre de este lugar?

Él asiente.

—Sí. Somos un centro de rescate y rehabilitación para loros. —Hace un gesto hacia el sendero y empieza a caminar. Lo sigo.

—Lucas, ¿no vienes con nosotros? —pregunto cuando noto que se queda quieto.

—No. Esto es para ti —dice.

Me detengo por un momento.

—¿Continuamos? —sugiere Marcus.

—Sí, por supuesto.

—Aquí rescatamos loros abandonados y heridos. Le sorprendería saber

cuánta gente compra un loro, descubren que es difícil y simplemente los abandonan —explica Marcus mientras caminamos.

Hago una mueca.

—Lo sé. Mi loro es un rescate. Su dueño anterior le enseñó a decir palabrotas.

Marcus se ríe.

—Sí, hemos tenido algunos así. Es difícil que dejen de maldecir una vez que lo aprenden. Mucha gente no quiere adoptarlos porque tienen hijos.

Nos acercamos a una jaula llena de loros verdes.

—Estos son periquitos de cuello rosa. Muchos de los loros que están aquí ahora llegaron con lesiones en las alas que afectaron su vuelo, así que no podemos liberarlos.

Marcus me guía por las instalaciones, explicando cada jaula y especie de loro. Las jaulas no parecen nuevas, pero son espaciosas e impecables. Las aves están bien cuidadas. Terminamos el recorrido y nos dirigimos de vuelta al punto de partida.

—Marcus, lo siento, pero sigo sin entender qué estoy haciendo aquí —digo mientras caminamos.

—El Sr. Valeur solicitó que usted participara en toda la planificación y puesta en marcha de nuestras nuevas instalaciones.

Sacudo la cabeza.

—¿Lucas lo solicitó? No entiendo.

—Sí, después de que donó diez millones, y no puede imaginar lo raro que es para nosotros recibir donaciones de ese tamaño. La gente prefiere hacer donaciones para cachorros lindos, no para loros. En fin, pidió que usted estuviera involucrada en las decisiones.

—Él donó... —Mi voz se apaga mientras busco a Lucas, pero ha desaparecido. Donó porque sabía que rescaté a Cartman. Un gesto considerado y generoso.

—Aquí vivimos día a día, de donación en donación. Todos somos voluntarios, y algunos pagamos de nuestro bolsillo para cubrir los gastos. Él es como un ángel caído del cielo para nosotros. Estábamos pensando en usar el dinero para construir algunas jaulas nuevas. Algunas de las nuestras están demasiado abarrotadas para las aves. Y también podríamos renovar las que lo necesitan —continúa Marcus.

—Sí, eso suena excelente. —Pronto llegamos de vuelta al edificio donde Lucas aparcó, pero él no está junto al coche—. Marcus, ha sido maravilloso hablar contigo. Me encantaría sentarme y revisar los planes más adelante. Estoy segura de que son geniales. Por lo que puedo ver, están haciendo un trabajo

increíble aquí. —Le doy mi número—. ¿Por qué no me llamas y organizamos una reunión?

Marcus resplandece.

—La llamaré. Muchísimas gracias, Sra. Valeur.

—Ava, por favor. —Sonrío, poniendo una mano en su brazo.

Su sonrisa se ensancha aún más.

—Ava.

El brazo de Lucas se desliza alrededor de mi cintura, y casi salto de la piel. ¿De dónde salió? ¿Del aire?

—Tenemos que volver —dice Lucas—. Gracias por tu tiempo, Marcus.

—Gracias a ustedes —Se despide y desaparece en el edificio.

Me vuelvo hacia Lucas.

—¿Qué fue eso? ¿Estás celoso?

—¿Qué? ¿De quién?

—En el segundo que me tocó, te materializaste como un fantasma.

—¿Fantasma? ¿No crees que eso es un poco dramático?

—No cambies de tema. ¿Estás celoso? —Debería estar molesta, pero no lo estoy. De hecho, me gusta un poco.

—Te lo dije antes, no comparto.

—Acabamos de conocernos. Solo me estaba agradeciendo.

—Puede agradecerte desde la distancia. No hay necesidad de ponerse manos largas.

Resoplo.

—¿Recuerdas que no soy tu propiedad, verdad?

Entrecierra los ojos.

—Sigues siendo mi mujer, Ava. No has dejado que nadie más te toque, ¿verdad?

Levanto la barbilla.

—¿Y si lo hubiera hecho?

—Entonces averiguaré quién es, y sus días están contados. —Da un paso adelante, y yo retrocedo hasta que quedo presionada contra la puerta del coche sin lugar a donde ir. Mi pecho sube y baja mientras jadeo en busca de aire.

—¿Sus días o los míos?

—Nunca te haría daño, Ava.

—¿Matarías por mí? —susurro.

—Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ti, ¿aún no te has dado cuenta? —susurra de vuelta, su rostro a escasos centímetros del mío.

—¿Por qué me trajiste aquí?

—Porque te amo, y quería darte este regalo. Porque desde que te fuiste he

estado vagando aturdido, sin saber qué hacer, cómo lograr que me perdones. Te di Gant Construction. Estoy dispuesto a darte todo lo que tengo, incluso mi vida. Tómalo todo. No tengo nada si tú no estás. —Sus ojos arden.

—Bésame, Lucas —suplico.

Sus labios se cierran sobre los míos y me besa, rozando mis labios, saboreándome como si temiera lastimarme.

Paso mis dientes por su labio inferior, instándolo a darme más, mostrándole lo que necesito.

El beso se enciende, y me rindo a él, a Lucas, dejando que la sensación de su cuerpo contra el mío me consuma. Cuando hace esa cosa con su lengua, mis rodillas flaquean.

Se aparta.

—Vámonos de aquí.

Asiento, y él me abre la puerta del coche. Enciende el motor y sale a toda velocidad por el camino de tierra.

En el momento en que salimos de la propiedad del santuario, la anticipación se enrosca en la parte baja de mi vientre. Me inclino, tomando la gran mano de Lucas en la mía. Su piel está cálida, enviando hormigueos por mi brazo mientras la guío hacia el frente de mis vaqueros. Él inhala bruscamente, sus ojos se desvían hacia los míos, oscureciéndose de deseo.

Mi cuerpo grita, cada terminación nerviosa suplica por su tacto, su posesión. El dolor entre mis muslos es casi insoportable, el calor húmedo me hace retorcerme en mi asiento.

Lucha con una mano con el botón de mis vaqueros. Lo ayudo, desabrochando el botón y bajando la cremallera. Joder, ¿por qué elegí usar pantalones tan ajustados justo hoy?

Su mano se desliza dentro, rozando el encaje de mis bragas. No puedo contener el gemido que se me escapa cuando sus dedos rozan mi montículo cubierto. Me muevo, presionándome más cerca, tratando de dirigirlo a donde más lo necesito.

Su mirada ardiente va de la carretera a mí y de vuelta, sus labios carnosos se separan en un gemido bajo mientras un largo dedo se hunde bajo el encaje y encuentra mis pliegues húmedos.

—Joder, Ava.

No soy la única afectada. El impresionante bulto que tensa su cremallera es prueba de ello. Levanta el pie del acelerador, reduciendo nuestra velocidad.

—Dios, estás tan mojada —susurra con voz ronca, deslizando su dedo medio por mi hendidura empapada. Saca la mano y lleva el dedo brillante a su boca, chupándolo hasta dejarlo limpio. Sus ojos se cierran de placer—. Mmm. Mejor

de lo que recordaba.

—Vas a hacer que nos estrellemos —chillo—. Mira la carretera.

Sonríe, sin arrepentimiento.

—Morir con el sabor de tu dulce coño en mis labios me parece una manera fantástica de irme. —Vuelve a meter la mano en mis vaqueros, su dedo buscando nuevamente mi clítoris hinchado. Encuentra el pequeño botón dolorido y lo rodea.

Grito, mi cabeza golpea contra el reposacabezas.

Ha pasado demasiado tiempo desde que me tocó así. Desde que sentí la perversa maestría de sus manos en mi cuerpo. Y Dios, cómo le he echado de menos. Cómo he echado de menos esto.

—Hazme olvidar, Lucas —suplico—. Hazme gritar.

Se lame los labios.

—Puedo parar.

—No, no pares. Así. —Estoy exaltada por la emoción, el peligro. No pensé que lo disfrutaría tanto.

Asiente, los músculos de su mandíbula tensándose mientras se contiene.

—Bájate los vaqueros, nena. Dame algo de espacio para trabajar.

Me retuerzo para bajar el ajustado denim hasta la mitad del muslo. El aire fresco golpea mi carne caliente, y tiemblo. Pero no es nada comparado con el estremecimiento que recorre todo mi cuerpo cuando sus dedos vuelven a mi coño desnudo.

Me explora lentamente, provocadoramente, girando alrededor de mi clítoris antes de hundirse más.

—Podría hacer esto todo el día —murmura, casi para sí mismo—. Tocarte, saborearte, respirarte. Joder, Ava. La forma en que respondes a mí, es todo. Eres todo para mí.

Con un gemido torturado, hunde un dedo largo y grueso en mí mientras su pulgar masajea mi clítoris en círculos apretados.

—Necesito estar dentro de ti. Ha pasado demasiado tiempo desde que sentí tu perfecto coñito apretándome.

Sus palabras sucias me hacen arder más, avivando las llamas ya ardientes. Aprieto mis músculos internos alrededor de su dedo exploratorio en una demanda silenciosa.

—Más —jadeo—. Necesito más de ti.

Lucas maldice en voz baja pero obedece, añadiendo un segundo dedo, luego un tercero, metiéndolos y sacándolos de mi calor resbaladizo. Su pulgar nunca deja de rodear y rozar mi punto sensible, llevándome más cerca del borde con cada pasada.

La deliciosa presión se acumula rápidamente, mi cuerpo debilitado grita por la liberación. Mi espalda se arquea mientras muevo mis caderas contra su toque, cabalgando su mano con desesperación. Sonidos necesitados e incoherentes salen de mis labios, llenando el coche. Las ventanas se empañan por el calor que estamos generando.

—Eso es, nena —me anima—. Toma lo que necesitas. Úsame para hacerte sentir bien. Quiero sentir cómo te corres en mis dedos. Empapa mi puta mano.

Curva sus dedos dentro de mí, golpeando ese punto mágico, mientras pellizca mi clítoris entre el pulgar y el índice. La inesperada punzada de dolor mezclada con placer me hace volar.

Grito su nombre mientras el orgasmo me invade, mi cuerpo tiembla y mi cuerpo se aprieta alrededor de sus dedos. Parece durar para siempre, con réplicas recorriéndome con cada giro de sus dedos, cada roce contra mi carne hipersensible.

—Joder —gruñe Lucas entre dientes apretados, sus caderas flexionándose casi involuntariamente contra el asiento. Un músculo en su mandíbula se contrae mientras lucha por el control.

Aturdida y jadeante, vuelvo a la tierra. Saca suavemente su mano de mis bragas y lleva sus dedos a su boca, lamiéndolos hasta dejarlos limpios.

—Dios, Lucas —digo con voz ronca—. Eso fue...

—Jodidamente divino —termina, mostrándome esa infame sonrisa que derrite bragas. Pero tiene algo especial. Un hambre.

Una punzada de preocupación penetra mi neblina post-orgásmica.

—¿Qué hay de ti? ¿Quieres que yo...? —Me interrumpo, mirando la impresionante tienda de campaña en sus vaqueros.

Para mi sorpresa, se ríe casi con timidez.

—Ah, no, estoy bien.

Frunzo el ceño.

—Pero estás lo suficientemente duro como para clavar clavos. Debe ser doloroso.

Exhala un suspiro arrepentido.

—Tengo treinta y cuatro putos años, Ava. Un hombre adulto. Pero juro por Cristo que me haces sentir como un adolescente hormonal de nuevo. Casi me corrí en los pantalones solo de verte deshacerte por mí.

Mis ojos se abren mientras proceso su admisión, el calor subiendo a mis mejillas.

—¿En serio?

Sacude la cabeza con aparente asombro.

—Me destrozas, mujer. Cada puta vez.

Una extraña mezcla de orgullo femenino y ternura surge dentro de mí.

—No me siento mal por ello —susurro.

Sus ojos se suavizan.

—Bien. Nunca te sientas mal por cómo me afectas. Es la cosa más embriagadora que he experimentado jamás.

Nos miramos, el aire chispeando con todo el amor y anhelo no expresados entre nosotros. No más palabras. No ahora.

Arreglo mi ropa, y justo a tiempo, ya que estamos llegando frente a mi casa.

Como todo un caballero, Lucas sale del coche y viene a abrirme la puerta. Pero no retrocede para dejarme salir. En su lugar, se acerca a mi espacio, una mano apoyada en el marco junto a mi cabeza.

—Gracias por confiar en mí hoy —dice, sus ojos intensos en los míos—. Por escucharme. Significó más de lo que puedo expresar con palabras.

—Me alegro de que me llevaras. De que me dejaras entrar, aunque fuera solo un poco. —Alzo la mano para acariciar su mejilla con barba incipiente, deleitándome con la aspereza contra mi palma—. Sé que todavía tenemos un camino por recorrer, cosas que resolver. Pero este fue un buen comienzo.

—El mejor —está de acuerdo, frotándose contra mi toque.

Dejo caer mi mano y reúno mi coraje. Se necesita cada onza de fuerza de voluntad que poseo para decir mis siguientes palabras.

—Debería entrar. Sola.

La decepción y el dolor oscurecen su expresión antes de que lo enmascare.

Asiente y retrocede.

—Entiendo. Todavía necesitas tiempo.

—Así es —admito, odiando el destello de dolor que veo en sus ojos antes de que lo oculte—. Pero te prometo que no es para siempre. Solo... necesito estar segura, Lucas. Antes de dejarte entrar completamente de nuevo.

—Lo entiendo, Ava. Y estaré aquí cuando estés lista. Buenas noches.

—Buenas noches —susurro en respuesta. Permanezco clavada en el sitio mientras él vuelve a su coche y se aleja. Solo cuando sus luces traseras desaparecen de vista me doy la vuelta y me dirijo a la silenciosa casa.

Pero mi mente está lejos de estar en silencio.

Quiero dejar que Lucas vuelva a entrar en mi vida, en mi corazón, en mi cama. Perderme en sus brazos y no soltarme nunca. Sin embargo, estoy aterrada de volver a salir herida. De depositar mi confianza en él solo para que se haga añicos una vez más.

Lo amo. Dios, cómo lo amo. Tanto que es como un dolor físico. Pero el persistente espectro de la traición a ese amor dejó una marca, y necesito hacer las paces con eso. Saber, con una certeza profunda, que puedo contar con él, pase

lo que pase.

Suelto un suspiro y me arrastro hasta la sala de estar y me derrumbo en el sofá. Enciendo la televisión, más por el ruido que por un verdadero interés.

Debo haberme quedado dormida porque lo que sé es que me despierto sobresaltada por el chillido discordante de un «*¡ring-ring!* »

—Dios —murmuro, frotándome los ojos para quitarme el sueño. Al otro lado de la habitación, veo a Cartman balanceándose en su percha, luciendo demasiado satisfecho consigo mismo.

—Sí, sí, ya estoy despierta —le gruño mientras busco a tientas mi móvil. El número que parpadea en la pantalla me hace fruncir el ceño—. ¿Michelle? ¿Está todo bien?

—Bueno, eso depende —canturrea mi mejor amiga—. ¿No estarás en medio de un salvaje sexo de reconciliación con tu enamorado, verdad? Porque no quiero ser una aguafiestas, así que si lo estás, colgaré y te dejaré volver a montarte en el Expreso Lucas.

—Oh, Dios mío, Michelle. —Me pellizco el puente de la nariz. Mi amiga tiene muchas cualidades excelentes, pero el tacto nunca ha sido una de ellas—. No estoy teniendo sexo. Acabo de despertar de una siesta.

—Vale, bueno, estoy aquí con Noah, y tienen esta tradición de cumpleaños donde se llaman y se maldicen el uno al otro o alguna tontería así. El problema es que Lucas no contesta, y recordé que tenías esa cosa con él hoy, así que pensé que os habíais reconciliado y estabais juntos. ¿Está contigo? ¿Puedes pasarle a Lucas para que Noah pueda hacer lo suyo y yo pueda tener mi orgasmo?

—Espera. ¿Qué?

—Hola, Ava —interviene Noah—. ¿Puedes ponerme en altavoz para que Lucas pueda oír?

—¿Hoy es el cumpleaños de Lucas?

—Sí. —Noah suena sorprendido—. Espera, ¿no lo sabías?

—No, no lo sabía. Y no está aquí.

—Oh. Bueno, ¿sabes dónde está? No contesta su móvil.

—Me dejó en casa y se fue. Intentaré llamarlo.

—Vale, genial. Si logras contactarlo, dile que me llame, por favor.

—Lo haré. —Cuelgo.

¿Hoy es el cumpleaños de Lucas? Mis mejillas se calientan. Todo ese tiempo, el viaje al santuario de loros, el regreso. Y no mencionó ni una sola vez que era su cumpleaños.

Soy de lo peor.

Lo llamo, pero no contesta. En su lugar, recibo una respuesta con una foto de una jarra de cerveza en un bar, sostenida por la mano de Lucas. Sin texto

adjunto.

¿Se fue a beber? Amplío la imagen. Espera. Reconozco ese posavasos. Es el ANSYS Pub. Un lugar bastante conocido cerca de aquí. Debe haberse detenido en el primer sitio que vio de camino.

En dos minutos, estoy en mi Jeep, dirigiéndome hacia allá.

Cuarenta

AVA

Lo encuentro fácilmente, sentado en la barra. Su figura corpulenta destaca en el espacio. Entro y tomo asiento a su lado. Ni siquiera levanta la cabeza, sus dedos hacen girar el vaso sobre la barra.

—Estoy comprometido —dice sin levantar la mirada.

Sonrío, mi corazón se hincha.

—Yo también.

Su cabeza se levanta de golpe y sus ojos se clavan en los míos.

—Ava —gime mi nombre.

—¿Qué haces aquí, Lucas? Esto no es propio de ti.

—No sabes qué es propio de mí y qué no —baja la mirada de nuevo hacia el vaso.

—¿Cuánto has bebido?

—Lo suficiente. ¿Cómo me encontraste?

—Reconocí el posavasos de la foto que me enviaste. Entonces, ¿así es como eliges pasar tu cumpleaños? ¿Por qué no me dijiste que era tu cumpleaños?

Se encoge de hombros.

—Lo pasé contigo. Fue el mejor cumpleaños de mi vida hasta que te fuiste.

—Creo que deberíamos irnos de aquí —digo en voz baja.

—¿Por qué? ¿Para que pueda volver a acostarme solo en mi cama, mirando al techo, pensando en cómo te perdí? Lo mejor que he tenido en mi vida, y te perdí —sus ojos brillan en la tenue luz del pub.

—Vamos a algún lugar y hablemos de esto —estudio su rostro. Se ve atormentado y mi corazón siente dolor por él.

—Lo intenté todo. No sé qué más hacer.

Me estremezco. Ahora está claro que está borracho.

—Hice todo para convencerte de que me perdonaras. Dime qué más hacer. Haré lo que quieras. Solo dímelo. No puedo seguir así —agarra mi brazo.

El camarero se acerca a nosotros.

—¿Está todo bien, señorita? ¿La está molestando?

Sonrío.

—No, todo está bien.

—¡Es mi esposa! —exclama Lucas, con la voz quebrada—. Es mía. Déjenos en paz.

El camarero se ríe.

—¿Tu esposa? Ya quisieras, amigo. Ella está fuera de tu liga.

—Está bien. Soy su esposa —le digo al tipo. Él mira entre nosotros, asiente y se aleja.

—Estás fuera de mi liga —murmura Lucas—. Tal vez ese sea el problema.

—Estás borracho. Salgamos de aquí —intento tirar de su brazo, pero no se mueve. Quiero sacarlo de aquí mientras aún puede caminar.

—No estoy borracho. Solo sé que no quiero pasar el resto de mi cumpleaños solo en la Mansión Fanfarrona.

Mis ojos se abren de par en par.

—Sí, sé que llamas así a la casa. Te escuché hablando con Michelle. No quiero estar allí solo, así que déjame terminar este día aquí.

—Ven a mi casa.

Se endereza.

—¿Tu casa?

Asiento.

—Sí. Vamos, cariño, vámonos.

—Me llamó cariño —le dice al camarero—. ¿Oíste eso? Soy su cariño.

Reprimo una risa.

—Vamos, *cariño* , antes de que termines en todas las columnas de chismes mañana. No quieres eso, ¿verdad?

Niega con la cabeza y se levanta, arrojando algunos billetes de cien dólares en la barra. Lo sostengo por la cintura para asegurarme de que no se caiga mientras caminamos hacia mi Jeep. Huele a pub, alcohol y humo.

En los cinco minutos de viaje a mi casa, ya está roncando a mi lado. Me tomo un momento para mirar su hermoso rostro, ahora pacífico, y al instante, he tomado una decisión.

Ya no quiero estar separada de él. Me lastimó, pero no puedo culparlo por algo que sucedió antes de que nos conociéramos, por decisiones tomadas antes de que nos conociéramos bien. Nunca me lastimó a propósito y siempre hizo todo lo posible para hacerme sentir protegida. Era feliz con él, feliz envuelta en sus brazos.

No soy feliz sin él.

Esa es mi respuesta.

Despierto a Lucas, y me mira con los ojos entrecerrados.

—Hemos llegado.

Me rodea con su brazo mientras subimos las escaleras.

—Vamos, necesitas asearte.

Una amplia sonrisa se extiende por su rostro y sus ojos brillan.

—Sí, sigue soñando. Estás borracho —me rio mientras se tambalea hacia el baño, pero joder, eso sí que me hace sentir cosas.

Lo ayudo a desvestirse, mis ojos vagando por sus músculos esculpidos, hasta la V que conduce entre sus piernas. Mi estómago se tensa y me muerdo el labio inferior.

Lucas se queda quieto, desnudo, observándome.

—¿Qué? —pregunto.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida —dice, sin apartar sus ojos de los míos.

Mis labios se estiran en una sonrisa.

—Solo estás borracho.

Niega con la cabeza.

—Yo no me emborracho. Me mareo, sí, pero no me emborracho. Todavía soy consciente de lo que digo, y lo repetiré. Eres lo más hermoso que he visto en mi vida.

—Apenas podías caminar derecho.

Su sonrisa se ensancha.

Entrecierro los ojos.

—Espera. ¿Lo hiciste a propósito?

—Me dejaste abrazarte, ¿no?

Lo empujo a la ducha y abro el agua fría.

—¡Mierda! Ava, ¿qué estás haciendo? ¡Está helada! —El agua lo empapa, corriendo por su rostro y cuerpo. Me agarra del brazo y me mete, aún vestida.

Grito, pero él me abraza, levantando mi camiseta por encima de mi cabeza y arrojándola al suelo. Su rostro baja y besa mi cuello mientras sus manos viajan por mi espalda hasta que acaricia mi trasero.

Me desabrocho los vaqueros y me los quito junto con las bragas, consciente de su creciente erección. Estiro la mano y ajusto la manija para que salga agua caliente, suspirando de alivio cuando dejo de temblar.

Él hace una pausa.

—¿Puedo?

Asiento, y como si eliminara una barrera entre nosotros, me ataca como un hombre hambriento, su boca sobre la mía, sosteniéndome como si fuera lo último que queda en el mundo, lo único que necesita.

—Envuelve tus piernas alrededor de mí —me indica.

Hago exactamente eso, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura, su miembro roza mi entrada mientras me presiona contra la pared de la ducha. Gimo cuando mi espalda toca los azulejos fríos.

Desliza su mano entre nosotros por un momento, explorando.

—Oh, Ava —gime mi nombre, dándome solo un instante antes de embestirme con un poderoso movimiento de sus caderas.

—Te amo, Ava Gant —me penetra, profundo, duro. Doloroso—. Soy tuyo. Mi corazón y mi cuerpo, tuyos.

Me entrega su pasión y amor con cada poderosa embestida de sus caderas.

—Ava Valeur —corrijo, las palabras escapando entre gemidos.

Me mira a los ojos, con preguntas en los suyos.

Asiento.

—Ya no quiero ser Gant. Soy Ava Valeur.

Él tiembla.

—Joder. Me encanta escucharte decir eso. Te amo tanto —pierde el control, embistiéndome más fuerte, más rápido. Mi espalda golpea contra la pared, pero no me importa. No siento nada más que a él, su amor por mí. Su necesidad de mí.

Cierro los ojos.

—Ábrelos —exige—. Quiero que me mires cuando te corras. Quiero ver esa expresión en tu rostro, a la que soy adicto, la que persigue mis sueños.

Mis músculos tiemblan, mis ojos se ponen en blanco.

—Sí. Ava, suéltalo. Dámelo todo —susurra, y me deshago en sus brazos, sintiendo cada parte de su cuerpo, mi cuerpo como si fuéramos uno solo. Una conexión verdadera, toda emoción. Se corre dentro de mí unos segundos después, y nos quedamos así, abrazándonos durante largos minutos, jadeando.

Lucas cierra el agua y me saca en sus brazos. Toma una toalla y seca cada parte de mi cuerpo con cuidado y delicadeza, luego hace lo mismo consigo mismo. Después de eso, me levanta de nuevo y lleva mi cuerpo ahora dócil a la cama.

Se acuesta a mi lado, envolviéndome como si pudiera escapar. Me acurruco contra él, piel con piel, y en cuestión de minutos, estoy dormida.



El sol de la mañana se filtra por la ventana, proyectando un cálido resplandor sobre mi piel mientras voy despertando. La voz ronca de Lucas susurra en mi oído:

—Buenos días, hermosa.

Estiro mis extremidades y su dura longitud presiona contra mi trasero. Un delicioso escalofrío recorre mi columna.

—Sigues aquí —murmura, su aliento haciéndome cosquillas en el cuello—. ¿O estoy soñando?

Me giro para enfrentarlo, miro sus ojos azules adormilados.

—Este es mi hogar, así que por supuesto que sigo aquí.

Él mira alrededor de la habitación.

—Mi hogar está donde tú estés.

Aparto un mechón de pelo de su frente.

—¿Recuerdas lo que pasó ayer?

—Sí. Te dije que no estaba borracho —me rodea con sus brazos, acercándome—. ¿Hablabas en serio sobre lo que dijiste ayer?

Asiento, mi corazón se hincha de emoción.

—Sí. He dejado de huir. Quiero estar contigo. Tus planes me hirieron, pero sé que no volverás a hacerme daño.

Él niega con la cabeza.

—Nunca. No te haré daño, no intencionalmente. Preferiría cortarme un brazo.

—Elijo perdonarte y dejarlo atrás en lugar de vivir sin ti. Te amo, Lucas Valeur. Eso nunca fue una elección.

—¿De verdad? —Sus ojos escudriñan los míos, mostrando una vulnerabilidad y esperanza crudas.

—De verdad —acuno su rostro, vertiendo todo mi amor en mi mirada.

Me abraza, enterrando su rostro en el hueco de mi cuello.

—Eres el mejor regalo que podría haber pedido jamás.

Beso su mejilla con barba incipiente, saboreando su cercanía, la textura áspera encendiendo mi deseo.

—Tú también lo eres.

—Entonces, ¿quieres que nos mudemos aquí? ¿A tu casa? —pregunta, trazando besos ligeros como plumas a lo largo de mi mandíbula.

—No. ¿Por qué? —respiro, echando la cabeza hacia atrás.

—Porque no te gusta mi Mansión Fanfarrona —me muerde el lóbulo de la oreja.

La comisura de mi boca se curva en una media sonrisa.

—En realidad, me he acostumbrado a ella. Ahora entiendo lo que ves en ella.

Sonríe, sus ojos brillando.

—¿Así que te gusta mi mansión?

—Te amo, y mi hogar está donde tú estés —repito sus palabras anteriores—. Además —hago una pausa, arqueando una ceja—, tengo algunos buenos recuerdos de los campos allí. Y el camino de entrada. La cama. La mesa de billar —me río.

—Joder, te he extrañado tanto —reclama mi boca en un beso profundo y desesperado, deseo y amor brotando de él antes de perderse en mi cuerpo

acogedor.

Solo nos separamos cuando no tenemos otra opción, sin aliento, saciados, con las extremidades entrelazadas, mi piel aun hormigueando en todas partes donde me tocó.

Más tarde, mientras nos sentamos en la cocina con tazas humeantes de café, saco el tema que tengo en mente.

—Tu padre vino.

Él levanta la mirada, con el ceño fruncido.

—¿Qué quería?

—Darnos su bendición. Dijo que soy buena para ti. Supongo que ustedes dos arreglaron las cosas, ¿no?

—Es complicado. No me quiso decir qué pasó. Ya sabes, ¿el tema de la conversación que escuché? Dijo que fue hace veinte años y que no es lo que yo pienso. Quiere que confíe en él. Y quiero confiar en él. De verdad.

Extiendo la mano a través de la mesa, tomando la de Lucas.

—Sigue siendo tu padre. Siempre ha sido bueno contigo por lo que me has contado. Tienes que darle el beneficio de la duda.

Él asiente.

—Lo estoy intentando. Pero no sé qué decirles a los demás.

—No creo que debas decírselo tú.

—Pero si me quedo callado, les estaré ocultando algo enorme. Hiriéndolos. Sabes lo unidos que somos, lo mucho que significan para mí.

Me encanta su vínculo inquebrantable con sus hermanos. Es una de las muchas cosas hermosas de este hombre complicado y maravilloso.

—Si así es como te sientes, entonces habla con ellos, mi amor. Sabrás qué decir. Confío en ti.

Asiente, la determinación es visible en sus rasgos.

—Supongo que lo haré —una lenta sonrisa se extiende por su rostro—. ¿Así que dijo que eres buena para mí?

—Sí —me río, negando con la cabeza—. Dijo que necesitas una mujer que te diga lo que piensa y que no aguante tus tonterías.

Lucas sonríe con picardía.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que dijo? Bueno, supongo que estamos cubiertos en ese aspecto, ya que nunca has tenido problemas para ponerme en mi lugar.

—Y te lo merecías cada vez.

—Sí. Supongo que sí. —Se inclina y besa mis labios—. En parte me enamoré de ti por ello —murmura contra mi boca—. Esa boca inteligente, atrevida y sexy.

—¿Ah, sí? —lo desafío, mordisqueando su labio inferior—. ¿Entonces te

gusta cuando te llamo grosero, insufrible y engreído?

Sonríe, y su hoyuelo se hace más profundo.

—Tengo que admitir que nunca pensé que fueras detestable —bromeo, mordiéndome el labio.

—Lo sé. Nadie puede resistirse a mi encanto diabólico y mi apariencia de pícaro. —Mueve las cejas de forma juguetona.

—Eres insufrible.

—Joder, sí, me encanta. Sigue siendo muy sexy. —Se pone de pie y me levanta con él. Envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas mientras él agarra mi trasero—. Y más que cumplí mi palabra, haciendo que gritaras mi nombre una y otra vez.

Rodeo su cuello con mis brazos, frotando mi centro palpitante contra el impresionante bulto que tensa sus pantalones.

—Mmm, lo hiciste, semental, de las formas más deliciosas. —Lamo un camino por su cuello hasta su oreja, deleitándome con su estremecimiento de placer.

En un instante, barre las tazas de la mesa, enviándolas al suelo con estrépito, y me tiende sobre la superficie lisa.

—Creo que es necesaria una repetición.

Mientras cubre mi cuerpo con el suyo, me entrego al éxtasis trascendental que solo su toque puede brindar, con mi corazón y alma entrelazados para siempre con los suyos.

Cuarenta Y Uno

LUCAS

Me siento en el borde del sofá de cuero mientras Logan se sienta frente a mí, sus ojos azul hielo taladrándome con una intensidad láser.

—¿Por qué nos llamaste aquí? —pregunta.

Respiro hondo, mi corazón golpea contra mi caja torácica como un pájaro enjaulado desesperado por escapar.

—Porque necesitamos hablar. Hay algo que tengo que decirles, algo que no puedo mantener enterrado por más tiempo. —Mi mirada se mueve entre Logan y Cora, tratando de medir sus reacciones.

Liam entra en la habitación, con una sonrisa divertida jugando en sus labios.

—¿Estás embarazado?

En este momento, anunciaría con gusto un embarazo no planeado en lugar de la bomba que estoy a punto de soltar.

—No, idiota —le espeto—. Ava aún no está lista para eso.

Los ojos de Liam se ensanchan y su sonrisa desaparece.

—Un momento. ¿Hablas en serio? ¿Lucas «el-amor-es-una-mierda-manipuladora» Valeur no solo se enamoró perdidamente sino que también quiere hijos? —Se agarra el pecho—. Creo que estoy teniendo un ataque al corazón.

Me levanto de un salto y le golpeo el hombro con fuerza.

—Te pondría en una llave de cabeza y te haría rendirte por eso, pero no convoqué esta pequeña reunión familiar para tu rutina de comedia —gruño.

—Vale, vale, mensaje recibido. —Liam levanta las manos en señal de rendición fingida y se deja caer en el sofá junto a Logan, apoyando los pies en la mesa de centro—. Solo no digas que también estás renunciando a la empresa porque no quiero ser responsable de todo el asunto. Apenas estoy empezando a manejar mi mierda en Valeur-Techo.

Niego con la cabeza.

—No es eso.

La atmósfera juguetona se evapora cuando perciben mi expresión grave, el aire cargado de mal presagio. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes mientras me preparo para arrancar la venda ensangrentada.

—¿Recuerdan cuando les dije que nuestro padre había sido infiel?

—Sí —corean, inclinándose hacia adelante.

—Bueno, puede que me haya equivocado.

—¡Ja! —Cora salta de su asiento, levantando el puño en el aire—. ¡Lo sabía! Él siempre dijo que ella era el amor de su vida. No tenía sentido que la engañara.

¡Lo sabía!

—Sí, bueno, no descorchen el champán todavía —susurro, mi voz quebrándose por la emoción—. Porque ahora creo que la verdadera razón por la que se distanciaron es peor.

—Oh, por el amor de Dios, deja de dar rodeos y suéltalo de una vez —gruñe Logan, su intensa mirada perfora mi cráneo como un taladro eléctrico.

Levanto la cabeza, enfrentando su mirada ardiente, preparándome.

—Creo que nuestro padre asesinó a alguien.

Cora emite un sonido estrangulado, su mano vuela a su boca.

La expresión de Logan no cambia, pero puedo decir que está afectado por el ligero ángulo de su cabeza y el casi imperceptible cambio de sus anchos hombros. Crecimos juntos. Puedo leerlo como un libro abierto.

Liam palidece, agarrando el reposabrazos con los nudillos blancos, su respiración se acelera.

—¿Esta no es una broma macabra? —pregunta, la desesperación aferrándose a cada palabra, suplicándome que me ría y diga: «¡Os engañé!»

Pero no lo hago.

—Por Dios. ¿Crees que papá... que nuestro padre es un puto asesino? —Liam parece que podría vomitar sobre la cara alfombra turca.

—¿Crees que los reuniría aquí para decir tonterías? —espeto.

—¿Qué te dio esta absurda idea? —pregunta Logan con voz tranquila. Pero no me engaña. Una tormenta se agita detrás de sus ojos. Está colgando de un hilo.

Con un tono cortante y sin emoción, relato la condenatoria conversación que escuché, cada palabra sabiendo a bilis, ácida y ardiente. Al final, estoy temblando, mi respiración viniendo en jadeos ásperos.

—E…eso no prueba nada —balbucea Cora—. Tal vez lo malinterpretaste. Quizás estaba hablando de otra cosa, como... como en un libro o una película...

Está aferrándose a un clavo ardiendo, ahogándose en la negación, y entiendo por qué lo haría. No tengo duda de que escuchar esto es tan difícil para cada uno de ellos como lo fue para mí.

—Lo confronté, ¿vale? —la interrumpo—. Se lo pregunté directamente.

Liam se sienta erguido como una vara, con los ojos como platos.

—¿Y? ¿Qué dijo?

Agarro el respaldo de un sillón, mis dedos se hunden en el cuero suave.

—No lo negó —digo con voz ronca—. Dijo: «No es lo que piensas, hijo. Necesito que confíes en mí». Pero ¿cómo puedo? ¿Cómo puedo volver a mirarlo de la misma manera, sabiendo que tiene sangre en sus manos?

Un silencio pesado y opresivo cae mientras digieren esta impactante

revelación, el aire chisporrotea con shock y horror.

—¿Sabes quién era? La persona que él... —Liam se interrumpe, incapaz de decir las palabras en voz alta como si eso lo hiciera demasiado real.

Niego con la cabeza.

—No. Se negó a darme detalles. Dijo que sucedió hace veinte putos años. Pero entonces, mientras pasaba la noche en vela, conectando los puntos, me di cuenta de que fue cuando él y mamá...

—Empezaron a distanciarse —termina Logan en un susurro dolorido, pellizcándose el puente de la nariz—. La cronología encaja.

—Exactamente —digo—. Cuanto más le daba vueltas en mi mente, más me convencía de que ella lo sabía, o al menos lo sospechaba. Y por eso se separaron; no podía soportar estar con él más, sabiendo lo que había hecho.

Cora niega con la cabeza, cubriéndose los oídos.

—No. No, estás equivocado. No se separaron. Estuvieron juntos hasta que mamá murió —llora, su voz entrecortada por un sollozo.

—¿De verdad? —replico, frotándome la cara con una mano—. Piénsalo, Cora. En los últimos dos años, nunca compartieron la misma habitación, nunca intercambiaron un solo toque afectuoso. Mantenían una buena fachada en público, pero ¿en casa? Eran prácticamente extraños. No estaban divorciados legalmente, pero tampoco juntos de verdad.

Cora se desmorona como si la hubiera golpeado en el estómago, doblándose sobre sí misma.

Me apoyo contra la pared, sintiéndome cien años más viejo.

—Por eso siempre asumí que él había sido infiel. Era lo único que tenía sentido. Pero la verdad es mucho más oscura de lo que jamás imaginé. Y no sé qué mierda hacer ahora. —Me deslizo por la pared hasta sentarme en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho, los dedos enredados en mi cabello.

Logan cruza la habitación en dos zancadas largas y se agacha frente a mí, agarrándome los hombros.

—Hiciste lo correcto al contárnoslo —dice en un rumor bajo y tranquilizador —. Resolveremos esto juntos. No estás solo en esto, hermano.

—Hay algo más —digo con voz ronca.

Tres pares de ojos se fijan en mí, abiertos de par en par con temor, la tensión aumenta a niveles insoportables.

Hurgo en mi bolsillo y saco las arrugadas cartas de aspecto inofensivo.

—He estado recibiendo amenazas.

Logan me las arrebata de las manos, con los nudillos blancos.

—¿Qué demonios, Lucas? ¿Por qué no nos lo dijiste? —ruge.

Me encojo, levantando las manos en señal de rendición.

—Eso fue un error de mi parte. No quería asustarlos por algo que podría ser insignificante. Pensé que era algún exempleado loco con un resentimiento. Contraté a un investigador privado para que lo investigara.

Puedo ver por la expresión de Logan que no está apaciguado en lo más mínimo. Se pone de pie de un salto, alzándose sobre mí con los ojos desorbitados.

—¿Insignificante? Esto está muy lejos de ser insignificante. «*Ahora es tu turno* », ¿qué demonios se supone que significa eso?

Me pongo de pie, enfrentando su mirada furiosa.

—No conecté los puntos, ¿vale? No hasta mi accidente, que el investigador piensa que no fue un accidente en absoluto, por cierto. Fue demasiado limpio: sin evidencia, sin marcas de derrape, sin testigos. Y luego está la bici de Ava.

Logan entorna los ojos.

—¿Qué pasa con la bici de Ava?

Las palabras salen de mí apresuradamente.

—La noche del accidente, solo salí en mi bici porque la de Ava no estaba en el cobertizo. Pensé que ella había salido. Al principio, creí que estaba perdiendo la cabeza, pero juro por mi vida que no estaba allí. Pero más tarde, cuando ella fue a buscarme, estaba de vuelta en su lugar habitual. Como si nunca se hubiera ido.

Liam inhala bruscamente, con los ojos redondos como platos.

—Mierda. Entonces, ¿alguien la tomó? ¿La quitó para que salieras esa noche y luego, qué? ¿Fue a por ti?

Me llevo las manos a la cabeza, tirando de mi pelo.

—No lo sé, joder. Suena como una locura, pero es lo único que tiene sentido. Quien me ha estado amenazando quiere que desaparezca. Permanentemente. Y entró al cobertizo para orquestarlo.

Cora retrocede tambaleándose, con una mano presionada contra su pecho agitado.

—Dios mío. Dios mío. Esto no puede estar pasando. ¿Y si lo intentan de nuevo? Lucas, no puedes quedarte en esa casa. No es seguro.

—Está bien —le aseguro—. Ya he llamado a Mercer Security. Desde hace una hora, tengo dos guardaespaldas ex navy seals vigilándonos a Ava y a mí las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. También les estoy haciendo renovar por completo el sistema de seguridad de la finca. —Me giro hacia Logan y Liam, endureciendo mi expresión—. Todos deberían hacer lo mismo. Contraten protección. Mejoren sus medidas de seguridad. Por si acaso.

Logan asiente.

—Ya les estoy enviando un mensaje.

—¿Por qué crees que necesitamos protección? —Liam se pone de pie, con la comprensión dibujándose en su rostro—. Crees que hay una conexión entre lo que pasó con papá y lo que te pasó a ti.

No es una pregunta; es una afirmación.

Asiento.

—No estoy seguro, por supuesto. Es solo una corazonada, una sensación enfermiza en mis entrañas. Pero no puedo quitármela de encima.

Liam parece listo para arrancarse el pelo de raíz.

—¿Pero por qué? Han pasado veinte putos años. ¡Dos décadas! Quienquiera que nuestro padre... matara —comienza, ahogándose con la palabra—, hace mucho que se fue y está pudriéndose bajo tierra. ¿Por qué alguien vendría por nosotros ahora? No tiene sentido. ¿No es mucho más probable que esto se trate más de ti? ¿Un rival con ganas de venganza, alguna mierda de espionaje corporativo? No somos precisamente el señor Rogers. Hemos pisoteado a mucha gente y nos hemos hecho enemigos escalando posiciones.

—¿No crees que he considerado eso? —grito, perdiendo el control—. Me he exprimido el cerebro, he repasado cada escenario un millón de veces. Y tal vez tengas razón, y estoy perdiendo la cabeza, tan desesperado por darle sentido a esta pesadilla que estoy conectando puntos que no existen. Pero no puedo ignorar mis instintos, Liam.

—Esto es una locura —gime Cora, abrazándose a sí misma—. Una locura. Siento que estoy atrapada en una película enferma y retorcida. No lo creo.

Me vuelvo hacia Logan, con la desesperación cruda grabada en cada línea de mi rostro.

—El video —digo con voz ronca—. De ti y Sloane. El nombre que eligieron. ¿No lo ves?

La comprensión cae sobre Logan como un tsunami, sus ojos se abren de par en par.

—El Testigo Silencioso —dice, con la voz quebrándose—. Crees que es un mensaje. Una burla. Una señal de que todo está relacionado.

Asiento.

—Podría ser una coincidencia. Pero el nombre... encaja demasiado perfectamente para ser casualidad. Creo que quien va por mí conoce el secreto familiar. Sabe lo que hizo nuestro padre.

Cuarenta Y Dos

AVA

Empaqué todas mis pertenencias y las mudé a la mansión hace unos días.

Acordamos quedarnos en mi casa esas noches en las que queramos estar en la ciudad, pero de ahora en adelante, no dormiremos separados. No si yo tengo algo que decir al respecto.

Me acerco a la ventana que da a los cuidados jardines donde un verdadero ejército de guardias de seguridad vestidos de negro patrulla el perímetro, alerta y con rostros impasibles. Lucas insistió en triplicar la seguridad después de la conversación con sus hermanos.

No ha recibido nuevas amenazas desde el accidente, y no ha habido más incidentes. Una parte de mí se pregunta si no se está excediendo un poco con el enfoque de Fort Knox, pero confío en su juicio, aunque su tendencia sobreprotectora pueda resultar asfixiante.

Estoy perdidamente enamorada de ese hombre, con todos sus defectos. Incluidas sus tendencias mandonas, dominantes y obsesivas con el control.

Incluso he llegado a amar a su familia, que me recibió con los brazos abiertos como si siempre hubiera sido parte de ella. Por primera vez, siento que he ganado no solo una pareja, un marido, sino una familia entera. Un auténtico sentido de pertenencia, algo que nunca antes había tenido.

Examino nuestra habitación, observando las paredes adornadas con obras de arte nuevas.

Los familiares pasos de Lucas se acercan desde atrás, y me giro justo cuando entra en nuestra habitación palatina. Su rostro se ilumina al verme, con los ojos azules arrugándose en las comisuras. En unas pocas zancadas, cruza la habitación y me envuelve en sus brazos. Me derrito en su abrazo, saboreando su calidez y aroma masculino.

—¿Te gusta, esposita?

—¿Cuándo compraste esto? —pregunto, recostándome en su sólida calidez.

—Los compré mientras estabas fuera —acaricia mi cuello con la nariz, su barba incipiente áspera—. Llegaron hoy.

Inclino la cabeza para mirarlo.

—¿Compraste los cuadros aunque yo no estaba aquí?

Toma mi mano y presiona un beso en mi palma, sus ojos ardiendo en los míos.

—Sabía que volverías a mí —dice—. Nunca hubo otra posibilidad. Eres mía, Ava. Así como yo soy tuyo. Para siempre.

El calor inunda mis mejillas ante su feroz declaración, pero no puedo resistirme a provocarlo un poco.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿eh, Valeur?

Mordisquea mi lóbulo, enviando escalofríos por mi columna.

—Así es como te gusto. Arrogante, en más de un sentido —presiona su creciente excitación contra mi trasero para enfatizar.

—Mmmm... —gimo, luchando por mantener la compostura mientras el calor se acumula entre mis muslos—. Estos son algunos de mis artistas favoritos.

—Lo sé. Vi sus obras colgadas en tu casa y quería que te sintieras como en casa aquí. Podemos cambiarlos si prefieres.

Niego con la cabeza, conmovida por su consideración.

—No, me encantan. Gracias. Son perfectos.

—Esta es tu casa ahora también. Puedes hacer lo que quieras, solo evítame la agonía de las sábanas rosas —bromea.

Sonrío.

—Creo que compraré esas sábanas de satén rosa chillón. Con volantes. Solo para torturarte.

Con un gruñido juguetón, me echa sobre su hombro. Grito y golpeo su espalda con mis puños.

—¡Lucas! ¡Bájame, bruto!

—No hasta que prometas que no habrá sábanas rosas.

—¡Jamás! —declaro.

—Mujer respondona. Todavía me vuelves loco. ¿Lo sabes?

—He cambiado de opinión. Quiero el divorcio —digo con seriedad—. Una mujer necesita su espacio, ¿sabes? No puedo dejar que pienses que ya me tienes atada.

Gruñe y me arroja sobre la cama tamaño king, gateando sobre mí con un brillo depredador en sus ojos que hace que mi corazón se agite y mis muslos se tensen.

—¿Atada, eh? No me des ideas, mujer traviesa.

Pongo los ojos en blanco mientras enlazo mis brazos alrededor de su cuello.

—En tus sueños, Valeur.

—Cada noche —ronronea, mordisqueando mi lóbulo—. Tengo una imaginación vívida y una colección de corbatas de seda.

—Insufrible —acuso, arqueándome mientras traza un sendero de besos apasionados por la columna de mi garganta.

—No te oigo quejarte.

—Menos charla, más seducción —ordeno, enredando mis dedos en su cabello grueso y rebelde y arrastrando su boca hacia la mía.

Me besa como un hombre ahogado tragando aire, y así, el ambiente juguetón se evapora, reemplazado por una marea de necesidad cruda.

La ropa sale volando mientras nos arrancamos las prendas, la piel hambrienta de piel. El deslizamiento húmedo de su lengua contra la mía envía un calor ardiente directamente a mi centro.

En un instante, me tiene desnuda, su excitación pesada e insistente contra mi vientre. Alcanzo entre nosotros para envolver mis dedos alrededor de su grosor, estremeciéndome ante el acero envuelto en terciopelo.

Mi réplica muere en mis labios mientras bebo la gloriosa visión de su cuerpo cincelado, toda piel bronceada y músculos ondulantes. El deseo palpita en mi centro.

Me levanto de la cama y me hundo de rodillas en el suelo. Él inhala bruscamente.

—Ava, ¿qué estás haciendo?

—Shhh —susurro, envolviendo mis dedos alrededor de su gruesa longitud —. Déjame mostrarte cuánto te amo.

Él se queda en silencio, con la cabeza echada hacia atrás mientras tomo la punta en mi boca, girando mi lengua alrededor de la sensible cabeza. Lamo la gota de humedad acumulada allí, gimiendo ante el sabor salado, almizclado de él.

—Joder, Ava —gruñe entre dientes apretados.

Envalentonada, intento tomarlo más profundo, pero es demasiado grande. Me atraganto, y él se retira, con el pecho agitado.

—En la cama. Boca arriba —ordena, y yo rápidamente obedezco, con el deseo corriendo por mis venas.

Me arrastra hasta el borde del colchón y se arrodilla frente a mi cara, su impresionante erección llena todo mi campo de visión. Mis muslos están resbaladizos por la excitación.

—Inclina la cabeza hacia atrás. Abre la boca, nena. Tómame.

Separo mis labios, y él se introduce en mi boca, embistiendo superficialmente al principio, luego más profundo, más rápido, perdiendo el control.

Me encanta cómo puedo hacerle perder el control así. Que tengo este poder sobre él.

La saliva gotea de las comisuras de mi boca estirada mientras golpea el fondo de mi garganta, pero no me importa. Estoy ebria de su placer, su deseo.

Tanteando con una mano entre mis piernas, froto círculos apretados sobre mi dolorido clítoris, persiguiendo mi liberación.

—Joder, estás tan hermosa así —dice con voz ronca—. Los labios estirados

alrededor de mi polla, tomándome tan profundo en tu dulce calor. Estoy cerca, Ava. Tan cerca.

Zumbando, añado un poco de succión, y él se corre con un grito ronco, derramando el salado y amargo semen sobre mi lengua.

Me retiro y lo trago todo, lamiéndome los labios.

—Cristo, mujer, ¿qué me estás haciendo? —jadea, mirándome con asombro.

Arqueo una ceja.

—Lo que estás a punto de hacerme a mí.

Una sonrisa maliciosa se curva en sus labios mientras me empuja hacia atrás y hunde su cabeza entre mis muslos, decidido a dar tan bien como recibió.

Minutos después, estoy tendida en sus brazos, mi cuerpo aun temblando con réplicas.

—Podría acostumbrarme a esto —murmuro.

Besa mi sien húmeda.

—Ese es el plan. Voy a malcriarte tanto que nunca volverás a pensar en irte.

Girándome, me acurruco en su amplio pecho, calmada por el latido constante de su corazón.

—No voy a ir a ninguna parte. Estás atrapado conmigo, Valeur.

El sonido de su móvil interrumpe nuestra juguetona charla. Se tensa pero no hace ningún movimiento para desenredar nuestras extremidades.

Suena de nuevo, más insistente.

Me apoyo en un codo.

—Deberías contestar. Podría ser importante.

—¿Más importante que disfrutar con mi hermosa esposa? Ni de coña —se burla, pero ahora hay un filo en su voz.

Al tercer timbre, maldice entre dientes y se aleja rodando. Agarra el móvil de la mesita de noche.

—¿Qué?

Observo cómo el color desaparece de su rostro, su expresión es de shock y horror. Un helado hilo de temor se desenrolla en mi estómago.

—¿Lucas? ¿Qué ha pasado? ¿Qué anda mal? —pregunto, sentándome.

Agarra el móvil con tanta fuerza que temo que pueda romperse, con los nudillos blancos como el hueso. Cuando habla, su voz tiembla.

—Es Cora. Ha sido atacada. Golpeada y asaltada en plena calle. Está en un hospital.

Sumérgete en Cora, donde un gruñón guardaespaldas encuentra a su radiante pareja en una emocionante historia de proximidad forzada y tensión ardiente. Consigue tu copia ahora.

Acerca del Autor

Karin Winter crafts steamy slow-burn romances and gripping romantic suspense novels. This former software engineer now creates stories of brooding billionaires and guarded alpha males finding passion and redemption.

When not writing, Karin juggles motherhood, appeases a tiny toy dog with a Napoleon complex, and indulges her insatiable appetite for travel and exotic snacks.

Though shy enough to make wallflowers look like social butterflies, Karin cherishes connecting with readers through her words. Craving a romance that’ll steam up your e-reader and set your pulse racing? Subscribe to her newsletter for exclusive content and a free novella that’ll hook you from page one.



SAY HELLO!

Join Karin’s newsletter and never miss a sale or new release
https:// subscribepage. io/ karinwinter

Join her Facebook group and discuss the books:
https:// www. facebook. com/ groups/ 1060206537985717/

You can connect with her at
https:// linktr. ee/ karinwinter

Follow her on